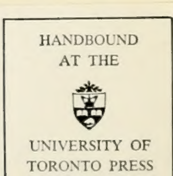

UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO


HANDBOUND
AT THE
UNIVERSITY OF
TORONTO PRESS



JOCELYN



Alfonso de Lamartine

ALFONSO DE LAMARTINE

JOCELYN

POEMA EN VERSO

DIARIO ENCONTRADO EN CASA DE UN CURA DE ALDEA

TRADUCIDO EN PROSA POR JUAN B. ENSEÑAT

Académico correspondiente de la Historia

EDICIÓN ILUSTRADA POR A. MAS Y FONDEVILA

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚM. 255

1913

LAMARTINE

CUATRO PALABRAS SOBRE EL POETA

Una tarde, al principio de la restauración borbónica que había sucedido al Imperio, Luis XVIII recorría las salas del museo del Louvre en un sillón rodante, cuando se le cayó el catálogo que llevaba en la mano. Un joven guardia de corps se apresuró a recogerlo y se lo presentó al rey.

Luis XVIII miró sonriendo al joven y dijo a las personas de su séquito:

—¡Guapo militar!

Indudablemente, el monarca no sospechaba entonces que aquel buen mozo ocultaba bajo su uniforme cualidades muy distintas del militarismo, y si alguien le hubiese pronosticado que, antes de treinta años, el joven guardia de corps recibiría la sucesión de dos dinastías, el escéptico rey se hubiera burlado del vaticinio.

Aquel soldado era Lamartine.

Nacido de una familia noble, había recibido en la cuna el sello de aristocráticas tradiciones. No es pues de extrañar que, a la caída del Imperio, se hubiese pre-

sentado en las Tullerías para ser destinado al servicio del rey.

Pero no había nacido seguramente para la profesión de las armas. Desde la juventud sintióse llamado a otros destinos.

¿Qué destinos? No lo sabía; ignoraba el porvenir y hasta se ignoraba a sí mismo. Aceptó un puesto en la diplomacia y partió para Italia en calidad de agregado de embajada.

Un día, entre dos copias de despachos, descubrió que sabía hacer versos, y cultivó la poesía. Su inspiración era tan espontánea y fecunda que, hasta el fin de su vida, admiróse de haber sido un gran poeta. Parecía haberse asimilado el alma entera del Dante y del Petrarca.

Amoldó la lengua francesa al lirismo italiano, y elevó la poesía a las serenas alturas de los ideales más puros.

Como aun se inspiraba en las tradiciones del pasado, su poesía era a un mismo tiempo religiosa, amorosa y mística.

Según él, «la poesía sirve para orar, para amar, para soñar, para gemir...,» y fué siempre tan fiel a este concepto, que nunca intentó disminuir el ideal en el alma humana; antes bien procuró siempre elevar la frente del hombre hacia el cielo, hacerle contemplar los espacios inconmensurables, asociar sus ideas y sentimientos a lo que hay de más infinito en el universo, y hacer de modo que, después de haberle leído, se

sienta más orgulloso de su naturaleza y de su destino.

Había dado sucesivamente a la estampa sus Meditaciones, *sus* Harmonías *y sus* Recogimientos poéticos, *obras admirables que ya le habían colocado a la altura de los más grandes poetas de la historia, cuando publicó el* Jocelyn, *ese incomparable idilio, esa epopeya del renunciamiento, ese himno de una vida resignada, desde su aurora, al sacrificio.*

Esta obra maestra es de las que elevan y fortalecen el espíritu. La joven más honesta puede dejar que arrullen su sueño los acentos melodiosos de esos cantos en que lo casto y lo tierno se mezclan harmoniosamente con lo sublime; después de haber leído tan deleitosas y confortantes páginas, le parecerá tener un ángel custodio más a su cabecera.

Hemos confiado la traducción de este hermosísimo poema al eximio literato D. Juan B. Enseñat que goza justa fama de escritor castizo en ambos idiomas, y estamos seguros de que su labor concienzuda ha de ser apreciada en todo lo mucho que vale.

Es evidente, y de ello estamos firmemente convencidos, que la traducción en prosa de una obra poética como Jocelyn *no puede dar idea alguna, por bien hecha que esté, de la magistral versificación del poema; pero sabemos asimismo que en toda traducción en verso, por admirable que sea, es punto menos que imposible reproducir las ideas, los conceptos con los mismos matices, con las mismas modalidades en que el autor los expresó.*

Por esto, deseosos de dar una versión fidelísima de tan magnífico poema a los que no pueden saborear las bellezas del original, hemos creído que el mejor modo de realizarlo era publicar una traducción en prosa que ofreciese todas las seguridades de escrupulosa exactitud, como tenemos la certeza de que las ofrece la del señor Enseñat.

LOS EDITORES

A MARIANA ELISA

¡Dulce nombre de mi dicha; si yo pudiera escribir una cifra indeleble en el zócalo de mi lira, mi corazón se me adelantaría a escribir el tuyo; ese nombre en que vive mi vida y que duplica mi alma! ¡Mas para conservarle su casta sombra de mujer, no lo escribiría sino para ti!

¡Lecho de sombra y de flores, en que el manantial de mi vida corre secretamente medio agotado, y cuyos bordes entristezco con harta frecuencia; si algún punto del cielo se deja ver en él por momentos, si alguna onda canta en él arrastrando consigo una estrella, que ese murmullo suba hasta ti!

¡Abrigo en la tormenta, donde el árbol del poeta crece obscuramente bajo un cielo ya sombrío, y cuya savia asciende y fluye todavía en mí; si algún verde despojo de mi pálida corona llega a florecer de nuevo en sus ramas y cae al soplo de los vientos otoñales, que estas hojas caigan sobre ti!

Enero de 1836.

ADVERTENCIA DE LA PRIMERA EDICIÓN

Los anuncios insertos en algunos periódicos me obligan a dirigir cuatro palabras al lector. Esos anuncios han podido hacerle formar un falso concepto de esta obra, que no es un poema, sino un episodio.

Estas páginas, demasiado numerosas tal vez, no son sin embargo, más que hojas sueltas de la obra poética que ha sido el pensamiento de mi juventud, y que sería el de mi edad madura si Dios me concediese los años y el ingenio necesarios para realizarla. Todos comprendemos, tanto por instinto como por raciocinio, que el tiempo de las epopeyas heroicas ha pasado. Su forma poética es la de la infancia de los pueblos, en que, no existiendo aún la crítica, se confunde la historia con la fábula, lo imaginario con lo verdadero, y en que los poetas son los maravillosos cronistas de las naciones. También entonces los pueblos, que, para nacer y engrandecerse, tienen necesidad de la tutela de los grandes hombres y de los héroes, manifiestan naturalmente su interés y su agradecimiento a aquellas poderosas individualidades que los han emancipado o civilizado. Consagran su memoria en los cantos populares, que, al ser escritos, se convierten

más tarde en poemas, y la epopeya es individual y heroica.

Pero hoy, las individualidades desaparecen, o figuran con toda su verdad en el drama de la historia. En ésta es donde se las busca. El movimiento de las cosas es tan rápido, el drama de la historia presenta tantos personajes en escena, la crítica ejerce tan escrupulosa sagacidad sobre las figuras de la época, que el prestigio de la imaginación queda en breve destruído, y a los grandes hombres no les queda más que el de su poder o de su genio, porque el de la poesía ya no les pertenece. Por otra parte, la vista humana se ha dilatado por efecto de una civilización más elevada y más amplia; por la influencia de las instituciones que requieren el concurso del mayor número, cuando no de todos, en la obra social; por las religiones y filosofías que han enseñado al hombre que no era más que una parte imperceptible de una inmensa y solidaria unidad, y que la obra de su perfeccionamiento era colectiva y eterna. Los hombres no se interesan ya tanto por las individualidades, las toman por lo que son: medios u obstáculos en la obra común. El interés del género humano se fija en la propia humanidad. La poesía vuelve a convertirse en sagrada por la verdad, como lo fué en otros tiempos por la fábula; vuelve á ser religiosa por la razón, y popular por la filosofía. La epopeya no es ya nacional ni heroica; es mucho más, es humanitaria.

Penetrado desde mi juventud y por instinto de esta

transformación de la poesía; amante de escribir, sin embargo, en el lenguaje cadencioso del verso que da sonido y color a la idea, y que vibra algunos días más que el lenguaje vulgar en la memoria de los hombres; buscaba el asunto épico más apropiado a la época, a las costumbres y al porvenir, que permitiese al poeta ser a la vez local y universal, maravilloso y verdadero, inmenso y uno. Este asunto se ofrecía por sí propio, pues que no existen dos: es la humanidad misma, es el destino del hombre, son las fases que el espíritu humano debe recorrer para llegar a su fin por la vía de Dios.

Pero asunto tan vasto y del cual cada poeta, cada siglo tal vez, no pueden escribir más de una página, necesitaba su forma propia, su drama y sus tipos individuales. Esto es lo que he intentado encontrar; si lo termino algún día o si, antes de morir, puedo al menos bosquejar un número de fragmentos suficiente para que la idea aparezca en su variedad y en su unidad, podrá juzgarse si habrá un germen de vida en este pensamiento, y otros poetas más inspirados y más completos podrán fecundarlo después de mí.

La obra es inmensa. Ya ejecuté varias partes de ella en distintas épocas de mi vida: descontento de algunas, las arrojé al fuego; he conservado otras, y las hay que sólo esperan para salir a luz tiempo e inspiración. Las distracciones del pensamiento, los viajes, la política y el ruido de sucesos exteriores me han interrumpido a menudo y me interrumpirán sin duda

todavía. No se debe consagrar a estas obras de esparcimiento del ánimo sino las horas que dejen libres los deberes de la familia, de la partia y del tiempo; son las voluptuosidades del pensamiento, no se las debe convertir en trabajo habitual de la vida. En el poeta no está contenido todo el hombre, del mismo modo que la imaginación y la sensibilidad no constituyen el alma entera. ¿Qué diríamos del hombre que, al cabo de su vida, no hubiese hecho más que rimar sus ensueños poéticos; mientras sus contemporáneos combatían con toda clase de armas, en la gran lucha de la patria o de la civilización; mientras que todo el mundo moral se agitaba en torno suyo en la terrible elaboración de las ideas o de las cosas? Diríamos que es una especie de histrión propio para divertir a los hombres serios, y para ser relegado al sitio de los bagajes entre los músicos del ejército. Hay, por más que se diga lo contrario, una gran impotencia o un grande egoísmo en ese aislamiento contemplativo que se aconseja a los hombres pensadores en los tiempos de labor o de luchas. Sólo el pensamiento y la acción pueden completarse recíprocamente. Así se comprende el hombre.

De todos modos, yo he escogido, entre las diversas escenas de mi drama épico ya terminadas, una de las más locales y más contemporáneas, para darla hoy al público, y para pedir a éste su dictamen sobre un género de poesía que yo no había sometido aún a su crítica. Es un fragmento de epopeya íntima; es el tipo cristia-

no de nuestra época; es el cura de aldea, el sacerdote evangélico, una de las más interesantes figuras de nuestras civilizaciones modernas. No he tenido más que añadirle un prólogo y un epílogo, para hacer de este episodio una especie de pequeño poema con su principio y su fin.

El lector se equivocaría si creyese ver en este asunto algo ajeno a su parte poética. No hay en él intención oculta ni sistema ni controversia en pro o en contra de tal o cual fe religiosa; no hay en él más que el sentimiento moral y religioso sacado de esa región en la cual todo lo que se eleva a Dios se encuentra y une, y no de aquella en que las especialidades, los sistemas y las controversias dividen los corazones y las inteligencias.

Pero este episodio no se me ocurrió por casualidad; no es una invención, es casi un relato. «Siempre hay, dice el poeta, algo de verdad en lo que se inventa.» Aquí, casi todo es cierto; lo único ficticio es el lenguaje. Que el lector substituya mi nombre al del botánico, y se hallará bien cerca de una aventura enteramente real, que el poeta, amigo de Jocelyn, se ha limitado a referir. Esta anécdota es bien sencilla, y el estilo muy diferente de la atmósfera de ideas que hoy nos envuelve. No se dirige más que a las imaginaciones juveniles. Debe ser leída como fué escrita. Es el sueño de un corazón de dieciséis años.

Si el público acoge con interés y benevolencia este fragmento, publicaré otros sucesivamente. Si le deja

caer en el olvido, no por eso dejaré de continuar en silencio la obra que quisiera legar, aunque incompleta, a la posteridad. Pero no publicaré nada más de ella, y me limitaré a pedir de vez en cuando al lector su indulgencia para algunas de esas inspiraciones líricas que las circunstancias y el pensamiento hacen brotar del corazón o de la mente del poeta, y que no tienen la pretensión de sobrevivir a la impresión que las produjo.

15 de enero de 1836.

POSDATA DE LAS NUEVAS EDICIONES

Cuatro palabras ahora sobre cuestión más grave.

Algunas personas han creído ver en el libro de *Jocelyn* un ataqne al cristianismo católico.

El autor no necesita hacer aquí profesión de fe; pero sí hace profesión de veneración, de reconocimiento y de amor a una religión que consigo ha traído o resumido en sí todo el misterio de la humanidad; que ha encarnado la razón divina en la razón humana; que ha hecho un dogma de la moral y una legislación de la virtud; que durante dos mil años ha dado un alma, un cuerpo, una voz y una ley al instinto religioso de tantos millones de seres humanos, una lengua a todas las plegarias, un móvil a todas las abnegaciones, una esperanza a todos los sufrimientos. Aun cuando disintiese por lo que respecta al sentido más o menos simbólico de tal o cual dogma de esa gran comunión de los espíritus, ¿podría el poeta, sin pecar de ingrato o de criminal, manifestarse jamás hostil a una religión que fué la leche nutritiva de su infancia, que fué la religión de su madre, que le ha enseñado todo cuanto a las cosas divinas se refiere, y llenar de arena o manchar de lodo este pan de vida que alimenta y fortale-

ce a tantos millones de almas y de inteligencias? Jamás se le ocurrirá tal pensamiento, ni se inspiró en él al escribir este libro. El poeta no tiene más que una idea: inspirar la adoración a Dios, el amor al hombre, y el gusto de lo bello y de lo honesto a todos los que sientan tan nobles y divinos instintos.

Me han acusado o elogiado, en fin, de panteísmo: tanto valdría que me acusaran de ateísmo, de esa gran ceguedad moral de algunos hombres, privados, por no sé qué aflicción providencial, del primer sentido de la humanidad, del sentido que ve a Dios. Porque el poeta ve a Dios en todas partes, se ha creído que en todo lo veía. Se ha tomado también por panteísmo la frase de San Pablo, el primer comentador del cristianismo: *In illo vívimus, movémur et sumus.* Esta frase es la mía. Pero negar la individualidad suprema, la conciencia y el dominio de sí mismo a Aquel que nos ha dado la individualidad, la conciencia y la libertad, equivale a negar la luz al sol y la gota de agua al Océano. No: mi Dios es el Dios del Evangelio, el *Padre que está en el cielo*, es decir, en todas partes.

Pero ya me he extendido demasiado sobre un libro tan pequeño que no debe suscitar cuestiones tan arduas, ni tocar nada tan elevado.

París, 26 de marzo de 1836.



La sirvienta lloraba a su querido amo

PRÓLOGO

Yo era el único amigo que tuvo en este mundo, fuera de su pobre rebaño; como de costumbre, el día de San Juan, dirigíme a la casa rectoral, a pie, por la senda que frecuentan las gamuzas, con la escopeta debajo del brazo y mis dos perros atraíllados, cansado de subir por aquellos montes que crecen sin cesar, pero pensando en la alegría de llamar por la tarde a su puerta, de subir y sentarme junto al hogar donde ardería un buen fuego de arce, de ver puestos los

blancos manteles, y la mesa cubierta por sus manos de legumbres y frutas, de conversar juntos hasta una hora avanzada de la noche. Parecíame ya oir el acento trémulo y cariñoso de su voz conmovedora, y sentir, a falta de frases rebuscadas, el lenguaje de su corazón expresado con muda elocuencia en un apretón de mano; porque cuando la amistad no tiene ya otro lenguaje, la mano acude en ayuda del corazón, siendo testimonio de lo que éste siente.

Cuando llegué a la cumbre desde la cual el libre horizonte dejaba divisar el tejado de su casa, puse mi escopeta sobre una piedra gris y me enjugué la frente, cuyo sudor la brisa acabó de secar; fijando luego la mirada, sorprendióme no ver su negro traje vagando por la huerta de árbol en árbol; porque era la hora santa en que, solitario y libre, solía leer su Breviario a los rayos del sol poniente; y todavía me sorprendió más no ver subir la acostumbrada humareda de su hogar vespertino, que con tanta frecuencia veía yo flotar sobre el tejado. Pero al ver su ventana cerrada al sol, asaltóme una vaga tristeza, un funesto presentimiento; se me estremeció el corazón, y sin indagar la causa de mi repentino terror, proseguí mi camino, acelerando el paso.

Buscaba con la vista alguien a quien interrogar; pero en los campos desiertos, ni siquiera se veía un pastor con su ganado; sólo un mulo pastaba la escasa y polvorienta hierba a orillas del camino, y en el sue-

lo que aquél labraba, la reja del arado yacía medio dormida en mitad de un surco; únicamente se oía a lo lejos el canto del grillo, en vez del animado rumor de esas múltiples voces que todas las tardes suben al espacio desde el fondo de los valles.

Llego y llamo en vano; ni siquiera el guardián de la casa, su perro, acude ladrando a mis golpes; levanto el picaporte con rápida y temblorosa mano, y penetro en el patio, tambien mudo y vacío.

¿Vacío? ¡Ay no! Al pie de la escalera que del patio conducía a la rústica meseta, veíase una negra figura sentada a la sombra como un mendigo acurrucado en el umbral de una iglesia; inmóvil, con la frente apoyada en las rodillas y el rostro oculto en su delantal. No profería queja ni murmullo alguno, y sólo un ligero movimiento convulsivo y continuo del negro paño qne le cubría la cara, daba a conocer que su seno estaba henchido de mal reprimidos sollozos.

Aquel mudo emblema me hizo olvidar la muerte; la sirvienta lloraba a su querido amo.

—¡Marta! exclamé ¿es posible?

Levantóse al oir mi voz, y contestó, enjugándose las lágrimas con el dorso de la mano:

—¡Ah, qué desgracia! Subid, señor; aun podéis verlo; no le enterrarán hasta mañana al amanecer; su pobre alma se irá más tranquila si la acompañáis con vuestros últimos votos. Estuvo hablando de vos hasta su última hora. «—Marta, me decía, si Dios quiere »que muera, dile que su amigo le deja cuanto posee

»para que cuide de ti, de los pájaros y del perro».
¡Cuanto poseía!.. ¡Si todo su afán consistía en no guardar nada! No se llenaría con ello el estante de un armario. Lo poco que le quedaba se ha ido, sueldo a sueldo, en ropa y víveres, Dios sabe adónde. Mientras ha durado su penosa enfermedad, lo ha dado todo, señor, hasta su vida, porque confesando día y noche a unos y a otros, ha encontrado la muerte.

—¡Y también el cielo! dije.

Y subí.

La estancia estaba desierta y sombría; sólo dos cirios disipaban la obscuridad, mezclando sobre su frente sus fúnebres reflejos con los dorados rayos del sol poniente que atravesaban los postigos de la ventana, cual luchan entre sí, en la santa agonía, la esperanza inmortal y la noche de la vida.

La muerte había respetado la tranquilidad y dulzura de su rostro: sus apacibles facciones parecían conservar aún la dulce impresión de éxtasis iniciados, pues había vislumbrado seguramente el cielo en su imaginación, y el júbilo que debió sentir el alma al emprender su vuelo, era aún visible en su divina sonrisa.

Una blanca sábana cubierta con su negra sotana adornaba su lecho mortuorio; en sus manos cruzadas sobre su dormido seno descansaba un crucifijo de marfil, cual amigo que duerme sobre el pecho de su amigo; y su perro blanco, echado a los pies de su amo, mirándole con fijeza, inquieto ya por tan prolongada

guardia, gruñía al más pequeño ruido, y cansado de velarle, escuchaba si su aliento lo iba a dispertar.

A la cabecera del lecho había una rama seca de boj metida en agua bendita, conforme al rito sagrado, mi mano la sacudió tres veces respetuosamente, trazando sobre el cuerpo la señal de la cruz.

Luego besé los pies y las manos; el rostro llevaba ya impresa la imagen de la inmortalidad, y en aquella frente donde se leía su destino, mi respetuosa mirada ya no veía sino a un elegido del Señor.

Después me puse a recitar las santas preces con el acólito y sentéme para llorar junto a tan caras reliquias; y rezando y cantando, y llorando alternativamente, consumí la noche y vi despuntar el día.

. . . .

Cerca del umbral de la iglesia, en un rincón del cementerio, depositamos el ataúd en la tierra de los muertos; cada campesino echó sobre el féretro un puñado de tierra santa en señal de luto: todos lloraban al pasar, y miraban cómo iba hundiéndose lentamente la tumba bajo la tierra que caía; cada vez que ésta resonaba al caer, salía un sordo gemido de la silenciosa muchedumbre.

Cuando llegó mi turno: ¡Oh, santo amigo! exclamé, ¡duerme en paz! No es mi corazón el que se aflige, sino mis ojos. En vano será que cierre el lecho en que yaces, pues harto sé que mi amigo no está ahí, sino donde sus virtudes han encendido su pura llama! ¡Está donde sus suspiros han sido precursores de su alma!

Durante toda la noche, la campana, entristeciendo aquellos desiertos, le lloró gimiendo en el espacio, mientras su perro, mezclando con el fúnebre tañido sus ladridos quejumbrosos, lo llamaba aullando en las tinieblas.

Yo, solo con Marta en aquella triste mansión, iba y venía del jardín al patio, buscando y encontrando en todas parte sus huellas, viéndole, hablándole, dejándole su sitio, hojeando algún libro piadoso que había quedado abierto, leyendo algún pasaje y enjugando mis lágrimas.

—¿No escribía nunca? pregunté a Marta.

—A veces, los domingos, contestó la sirvienta, se ponía a trabajar sobre un papel blanco; cuando lo había llenado de escrito, lo tiraba al fondo de un cesto viejo, y yo lo barría a la mañana siguiente, arrinconándolo en el granero. Allí puede ser que haya todavía lo que las ratas han dejado.

Subí y hallé aquellas páginas trazadas por su mano sin orden ni designio, semejantes a esas frases que un pensador solitario escribe misteriosamente con la punta de su bastón, caracteres azotados por la lluvia y el viento, y cuyo sentido la vista no puede reanudar sin trabajo.

Muchas fechas faltaban en aquel diario sin ilación, ya porque hubiera rasgado la página luego de escrita o porque Marta hubiese encendido las luces con ellas, y el viento dispersara los despojos por el tejado. De-

plorando a mi vez la pérdida de tantas hojas, mi vista trazaba de nuevo el cuadro de su vida con aquellos restos, de la misma manera que los ojos, a la claridad de la noche, perdiéndose en el horizonte que huye en lontananza, ven la corriente de un río de brillante agua, desplegar a oleadas su sábana resplandeciente, desaparecer a trechos bajo las obscuras lomas para reaparecer más puro en el llano, y romperse de nuevo en los prados que riega; pero siguiendo el surco que suponen trazado por el agua y adivinando sus rodeos por entre los obscuros ribazos, de mil rotos fragmentos recomponen un solo curso.

Así es como yo, a través de confusas imágenes, logré coordinar las páginas de ese diario destrozado. Si alguna sombra obscurece el texto con frecuencia, aclárase completando la lectura de estas páginas.

PRIMERA ÉPOCA

1.º de mayo de 1786

El día ha transcurrido como se deshace en la boca una fruta exquisita, sin dejar tras sí más que aroma y buen sabor. ¡Dios mío! ¡Cuán llena de felicidad está la tierra! Hoy es el primero de mayo, fecha que forma época en mi corazón, fiesta también de la aldea paterna y aniversario del día en que mi madre dió a luz un hijo; su dulce beso ha resonado en mis mejillas al cumplir yo dieciséis años. ¡Dieciséis años! ¡Ojalá que esos dulces aniversarios repiquen largo tiempo tanta dicha en el campanario de mis padres!

¡Qué sereno amaneció hoy el valle! Cada casa parecía revivir a la primera luz del día; cada ventana, abierta al alba próxima a despuntar, parecía solicitar amistosamente la aurora; de cada humilde hogar veíase salir una columna de azulado humo, remontándose al puro firmamento, los ligeros tañidos del piadoso esquilón corrían saltando a través de los valles; al oir las muchachas de la aldea tan alegres sones, entreabrían su ventana restregándose los ojos, saludábanse desde lejos con sus sonrisas y sus ademanes, e inclinando la modesta frente sobre los altos antepechos,

peinaban sus largas cabelleras, que colgaban al exterior, como madejas cuyos extremos se alisan; en seguida bajaban descalzas, medio vestidas con esas ropas transparentes que en las estatuas parecen pegadas, y cogían en el seto o en el jardín claveles y lilas bañadas de matinal rocío; y las gotas de las flores, cayendo sobre su seno, corrían cual otras tantas perlas sueltas.

En todos los floridos senderos que descienden de los bosques resonaban pasos, murmullos y voces; se veía circular por ellos amarillos sombreros de paja y corpiños de púrpura ceñidos al talle. Por todas aquellas veredas llegaban al lugarejo de hora en hora variados grupos que se confundían al pie del olmo, y todo allí eran abrazos, escenas de familia, blanquísimas canas tocando las frentes de las doncellas, entrevistas de amigos, recuerdos lejanos, huéspedes atraídos a los rústicos festines, vírgenes arrodilladas en torno de la capilla y piadosos grupos que acudían a los sonidos de la campana, con el rosario en la mano y la frente inclinada para ofrecer fervorosamente a Dios el día debido a Él.

¡Qué de alegres danzas amenizaban el prado por la noche! Cuanto más retiraba el día su luz celosa, tanto más se animaban aquéllas, como para recuperar el tiempo que las fugaces horas escatimaban al placer. Cada árbol del vergel tenía su campestre coro, su orquesta colocada sobre añosos troncos de haya; el pí-

fano de agudas notas, el oboe de claros sonidos, la gaita vaciando su odre lleno de aire; el uno juguetón y alegre, la otra quejumbrosa y tierna, concordando, excitándose, uniéndose para difundir a la vez alternativamente con sus diferentes acentos, el delirio o la embriaguez en nuestros alborozados corazones.

Todos los ojos se buscaban, todas la manos enlazadas procuraban con afán responder a las cadenciosas notas. Un torbellino de amor arrebataba en su bulliciosa esfera a las enamoradas parejas: los pies, los ojos, los corazones, atraídos por un mismo instinto, volaban a impulsos del delirio común, y se encadenaban, se rompían para encadenarse de nuevo; del mismo modo que, en una tarde de estío, cuando el sol asesta sus rayos de oro sobre la arena caldeada que brilla en la playa, se ven esos torbellinos de átomos que él agita, subir, bajar, vagar, enlazarse sucesivamente cual si obedecieran al oculto atractivo de un amor invisible, levantar arremolinándose su brillante columna y entregarse a la danza en la esfera donde irradia el sol.

Más tarde, cuando el violín, el pífano y el oboe empezaban a languidecer, cual si ya les faltase la voz, cuando los cabellos empapados en sudor caían en lisas trenzas pegadas a las mejillas, y los grupos indolentes se iban despacio por el césped hablando en voz baja, ¡qué murmullos tan deliciosos llegaban al oído! Despedidas, frases de sentimiento, besos, palabras entrecortadas, rumores que la noche apenas podía amor-

tiguar, tierno y postrer suspiro de un día que se extingue: mi alma se turbaba al percibirlos, y mi oído, extasiado, aspiraba con languidez esas primicias de la vida.

Yo seguía con la mirada, con mis pasos, con mi corazón a las doncellas que trascurrían con los ojos impregnados de languidez; me arrobaba al oir el suave ruido de su traje de seda; y cada una, al marcharse, me arrebataba un placer.

Por último, la danza, el ruido, todo cesó. La luna había traspuesto la cresta de los montes, y apenas se veía alguno que otro amante, olvidado en demasía de la hora, que regresaba lleno de ilusiones a su lejana vivienda, o ciertas parejas rezagadas que, cogidas de la mano y largo tiempo entretenidas en el camino, oían resonar dos veces la hora avanzada y desaparecían entre la sombra de los castaños.

Ahora me encuentro solo en mi estancia. Es de noche; todos duermen en la casa; ya no hay luces; ya no hay ruido; ¡durmamos! Pero no puedo cerrar los párpados. ¡Recemos! ¡Ay! mi espíritu no oye mi plegaria. Aun resuenan en mi oído los aires de las danzas que los ecos del día hacen llegar de nuevo a mis sentidos: en vano cierro los ojos, sigo viendo la fiesta; el vals, con sus voluptuosos giros, aun da vueltas en mi cabeza. Mil sombras de beldades, graciosas visiones del terminado baile continúan danzando ante mis ojos. Veo brillar una mirada en la obscuridad de la noche;

paréceme sentir que estrechan mi temblorosa mano otras manos suavísimas, que una rubia cabellera, impelida sobre mi frente por el movedizo círculo, se desliza por ella como una suave brisa; veo caer de las frentes mil rosas ajadas, y oigo repetir mi nombre por adorados labios. ¡Ana! ¡Blanca! ¡Lucía! ¿Qué me queréis? ¿Qué será el amor, si tan dulce es el soñarlo?

Pero el amor aun no se ha manifestado en mi vida; es un astro de fuego cuya aurora es la hora presente. ¡Ah! Si el cielo echase alguna vez en mis brazos uno de esos sueños vivientes que en todas partes me siguen; si yo pudiese traer aquí una virgen de purísimo corazón, lánguida y enajenada, primer rayo de vida, mi alma viviera mil años en un solo día; porque, así lo siento esta noche, mi alma es todo amor.

No; apartemos de mi corazón tan livianas imágenes; abramos de nuevo las viejas páginas de mis amigos los libros. Helos ahí, siempre abiertos sobre mi mesa; pero mi vista fluctúa en vano sobre la prosa y el verso; las palabras inanimadas caen muertas de mi lira; mi espíritu no lee y deja que lean mis ojos. Sólo una palabra veo trazada en ellos, y esa palabra es de fuego: amor, tan sólo amor. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

. . . .

. . . .

Entre tantas beldades, ¡qué hermosa estaba mi hermana! Mas ¿por qué lloraba a la noche al recogerse?

6 de mayo de 1786

¡Ah! ¡Ya poseo el secreto de las lágrimas de mi hermana! ¡Ojalá que mi sacrificio pueda comprar su felicidad! Paseábame hace poco al azar, pensativo y solitario, por la alameda de Poniente que en el jardín se extiende a lo largo de la casa; mis pasos, que se imprimían sin ruido en el césped, no producían más rumor, al pisar la hierba, del que producen el ave al posarse o la gota de lluvia al caer: llevaba yo en la mano ese libro en que brotan tantas lágrimas de los ojos de Pablo y de los ojos de los lectores, cuando, al partir la lancha, cada golpe de remo se lleva a Virginia y arranca el alma al alma; sentía mi pecho lleno de compasión y no podía acabar de leer aquella página. De pronto percibí algunas palabras pronunciadas en voz baja, que, llamando mi atención, me obligaron a detenerme. Aquel ruido inusitado en el silencioso jardín, aquellos sonidos entrecortados de tímidos sollozos, crecían y menguaban a intervalos, para extinguirse al fin ahogados en un triste silencio.

Alarmado, avancé con discreto y firme paso hacia la ventana baja que había junto a la esquina de la casa, y apartando los pámpanos del emparrado y aplicando el oído a la persiana, dirigí la mirada al obscuro recinto, y vi y oí. Un solo rayo de luz crepuscular, amortiguado por las tablillas y las obscuras hojas, apenas alumbraba la estancia y las personas que se encontraban en ella.



A. Mas y Fondevila, dibujó

Cogían en el seto o en el jardin claveles y lilas bañados de matinal rocío (pág. 28)

Mi madre estaba sentada en el fondo, en el borde de su lecho, fijos los ojos en un papel que parecía leer; la sombra de sus cabellos me ocultaba su rostro, pero yo percibía el ruido de las lágrimas que caían sobre el papel. Mi hermana, sentada a su lado, con un brazo prendido al cuello de nuestra madre, que estrechaba con fuerza, la frente sobre su hombro para disimular el rubor que el pudor oculta, hacía vanos esfuerzos por ahogar sus pesares; los mechones de cabellos, que goteaban abundantes lágrimas, sueltos y pegados a las mejillas, la agitación de su seno sacudido por los sollozos, y el entrecortado rumor de dos voces, todo atestiguaba que allí había también dos corazones destrozados y que se vertía amargo llanto.

—¿Conque es cierto, Julia?, decía mi madre; ¡te ama! Y tú, ¿le amas también?

—¡Más que a mí misma!

—¡Ah! ¡Demasiado comprendo esa tierna y triste confesión! Mi aspiración más grata hubiera sido veros unidos algún día; pero Dios, que fué demasiado avaro de sus dones para con nosotros, con una mano os une y con la otra os separa. Aun cuando te diese, hija mía, todo cuanto poseo, tu dote apenas equivaldría al suyo; y ya lo ves, un padre, inflexible a vuestras lágrimas, no tiene para nada en cuenta a su hijo, ni su desesperación, ni tus atractivos, si juntamente con tanta inocencia y tanto candor, no llevas también oro a su familia. ¡Oro!... ¡Ah! Si pudieran mis lágrimas convertirse en oro, pronto se vería cuánto hay en los

ojos de una madre. Sábelo Dios. A este precio quisiera yo adquirir un esposo para mi hija, y una esposa para mi hijo; pero no poseo más que este campo, herencia mezquina, repartida por mi ternura entre tu hermano y tú. ¡Por consiguiente, sepamos olvidar y sufrir!

–¡Olvidar! ¡No, jamás, madre mía; antes morir!

Después ya no oí más que un confuso rumor de besos y lamentos; luego, la voz de algún ángel me habló al corazón, y con vacilante paso me alejé de allí llorando y sin ser oído.

17 de mayo de 1789

Todo el día he dado vueltas en mi mente a una idea, pero ya pasó la angustia de mi sacrificio.

. . . .

. . . .

18 de mayo de 1786

He aquí lo que he dicho hoy a mi madre:

– Conozco que Dios me apremia y me llama a sí. La tierna piedad, la fe viva y profunda, esa divina sed de los bienes de un mundo mejor de que nutristeis mi alma cuando niño, da hoy sus frutos, quizás amargos para vos, y también para mi juventud, pero gratos al alma. La sombra de los atrios sagrados me atrae y me reclama; deseo consagrar desde joven mi vida a Dios, como un vaso todavía puro, reservado

para el altar. No me tienta nada de cuanto se agita en este bajo mundo; no quiero plantar mi tienda a todo ese viento; no quiero mancharme los pies por esos caminos en que el rebaño humano se encenaga en su marcha. Prefiero apartarme de las sendas terrestres y seguir desde muy temprano mi solitaria ruta. Prefiero cobijarme bajo el techo de los santos lugares, y, desde mis primeros pasos, descansar en Dios. Además, no me siento con fuerzas para tomar parte en la lucha en que se revuelve esa muchedumbre entregada a tantos cuidados; entraría en la pelea con armas desiguales, con demasiada piedad en el alma y con un corazón que el menor soplo abate; sobrado sensible o demasiado orgulloso, perecería en la lucha: si vencedor, por efecto del triunfo; si vencido, de resultas de la derrota. Mi corazón apasionado aventuraría mucho o muy poco en esos azares en que se juega la vida, y puesto que la vida es pesada y el viaje duro, vale más llevarla sin esa onerosa carga de cadenas, pesos, cuidados, ambiciones, amores, vínculos rotos, hijos y aflicciones. Sea cual fuere el camino que se siga para dirigirse al cielo, se llega más pronto a donde quiere Dios que se llegue; se acuesta uno menos tarde en el lecho de polvo; se tienen menos preocupaciones y se vierten menos lágrimas al emprender la marcha.

»¡Oh! madre mía, no resistáis a mis ruegos. Si lo reflexionáis bien, algún día os mostraréis orgullosa de haber pronunciado esa palabra que os parece una do-

lorosa despedida. ¿A qué renuncia uno cuando se echa en los brazos de Dios? ¿Qué más podéis desear para el hijo que os suplica, sino la paz en la tierra, y el cielo por patria? ¡Humilde es el nombre de sacerdote! pero no os avergoncéis de él, madre mía, porque no hay otro más noble en la tierra.

»Dios, único conocedor del misterio de sus designios, ha señalado su tarea a cada uno de los hijos de la tierra; a unos les ha dado el suelo que abrir y campos que sembrar; a otros, hijos y mujeres a quienes amar; a éstos la satisfacción de fundar un monumento; a aquéllos el estrépito de sus pasos por el mundo. Pero ha dicho a los corazones dispuestos a suspirar y a creer: «No toméis nada de eso; todo lo tendréis en mí.»

»El sacerdote es la urna santa suspendida de la cúpula, en la cual no se vierte nunca el agua turbia del pozo, y que no enrojece jamás el néctar de los humanos, los cuales no se la pasan llena de mano en mano; en ella se evapora en todo tiempo la olorosa hierba, el incienso de la aurora quemado en el fuego del sacrificio. El sacerdote es, en su silencio, relativamente al resto de los mortales, lo que el órgano de los santos altares comparado con los demás instrumentos; jamás se oye su voz profunda y solitaria mezclarse fuera del templo con los vanos ruidos de la tierra. Las vírgenes no encadenan sus pasos a sus sones ni el profano eco los repite; sino que en el retiro de la iglesia eleva a Dios su voz majestuosa, que

se dilata y corre como una brisa, y dirige a la Divinidad, en santos impulsos, el himno de la naturaleza y del género humano.

»Pero tal vez digáis: «El sacerdote vive solo, y su alma, que no recibe jamás el dulce calor de la mujer, se seca y apoca viviendo en semejante aislamiento; como no tiene familia se endurece su corazón.»

»Decid más bien que extiende su familia a todos los hombres; los pobres son para él madre, hijas e hijos. Jesucristo transmite a su corazón su amistad inmensa: la piedad hace que considere como propios el llanto y el sufrimiento ajenos. No, no temáis que en mis pensamientos felices y recogidos llegue a olvidar mi amor. ¡Ah! El Dios que me llama no es un Dios celoso: los votos que deberé pronunciar me entregarán a El sin arrancarme a vos. Cuanto más nos inunda el océano de su caridad, tanto más le pertenecemos, y tanto más pertenecemos al mundo, a sus piadosos deberes, a sus relaciones lícitas, a los dulces vínculos de parientes y amigos. Ante ese Dios de amor cuyo apóstol seré, ningún nombre podrá borrar el vuestro en el altar, y en cada suspiro de los que, con mis pláticas, suban al cielo, allí subirá también ese nombre con el mío. No cerréis así vuestros labios suspensos; no me miréis tan tristemente; antes bien decidme: «¡Cúmplase en ti la voluntad de Dios!» ¡Decídmelo como Sara, madre mía, y bendecidme!

. . . .

. . . .

26 de mayo de 1786

La pobre ha estado llorando siete días, como en la montaña la hija de Jefté, cuando, seguida de sus compañeras, pidió al Señor enojada algunas noches de vida para llorar su juventud y su virginidad, y después cual inocente corderilla, fué á presentar su garganta al sacrificio. Así lloraba mi madre; pero al fin pronunció el esperado «Sí», que llenará de alegría a un corazón, y tan pronto como haya bendecido el júbilo de mi hermana, sin volver la vista atrás emprenderé mi camino.

1.° de junio de 1786

Dios me ha recompensado: ayer fué el día en que el Señor bendijo la inocencia y el amor; el santo día que unió en manos de Dios los destinos de mi hermana y de Ernesto. ¡Ya se poseen ambos en paz! ¡Qué dicha tan esplendente radiaba en torno suyo! No parecía sino que todos los felices días de una larga existencia, todos los castos goces de una pura unión, revelándose anticipadamente ante el altar, añadían un rayo de luz a la antorcha del himeneo, y concentrando sus primicias sobre sus serenas frentes, prodigaban en un día todo un siglo de delicias.

¡Qué vida tan nueva animaba la casa antes de la hora en que empieza a amanecer! Todas las ventanas,

cerradas desde el triste momento en que mi padre salió para ocupar otra morada, las puertas que aun guardaban luto por el que fué su dueño y cuyo umbral estaba lleno de flores desde muy temprano, parecían adquirir un alma, comprender aquel emblema, estremecerse sobre sus goznes y abrirse por sí mismas para dar paso a la felicidad, como a esperado huésped que regresa tras largo destierro. A intervalos resonaban los gratos acordes de la música; los criados iban presurosos de sala en sala; los parientes, los amigos llegaban de dos en dos con las manos llenas de regalos y el corazón de parabienes; los delicados primores de los presentes del esposo, expuestos sobre el lecho, rebosaban de las canastillas; las jóvenes se agolpaban en torno para verlos; los tocaban, los designaban y prorrumpían en sucesivas exclamaciones: una arreglaba el velo sobre la cabeza de la desposada, otra prendía perlas en las trenzas de sus cabellos, y todas con su frente virginal ceñida de gracia y de rubor, contemplaban con afán los preparativos del fausto enlace, tocándolo todo, de la misma manera que se las ve tocar los collares, los anillos, los secretos talismanes de un rico joyero asiático, cuyo brillo agrada sin que se comprenda su simbolismo.

Siguiéronse por la tarde las danzas en la pradera, y la ronda que arrastra en su círculo giratorio a todo el mundo, menos a los novios, que prefiriendo a estos placeres otros más dulces, aguardaban impacientes la llegada del crepúsculo, que debía ahuyentar a la mu-

chedumbre y contaban las horas y llamaban a la noche, buscándose, reuniéndose, dándose el brazo, esquivándose entre los árboles y hablándose en voz baja; pues la verdadera dicha, que huye del bullicio, necesita silencio y soledad. ¡Y cómo trascendía esta dicha aun a través de su misma impaciencia! En todo se revelaba su vago embeleso. Aquellos suspiros, aquellas miradas que penetraban en lo más profundo de su ser, aquel mudo lenguaje, más elocuente que el nuestro, aquella marcha indolente o sus frecuentes paradas, que les hacían parecer abrumados bajo el peso de su felicidad, aquella esquivez para con la muchedumbre y la necesidad de encontrarse en sí mismos, todo contribuía a hacerles sentir la realidad de ese ensueño de amor que se tiene toda la vida y que se realiza al fin.

Y yo, solo, meditabundo, siguiéndolos sin ser visto, observaba su júbilo con la mirada y con el corazón; todo el día, a cada momento, nos encontrábamos en todas partes, pero ellos no me veían; gozándome a lo menos en la imagen de la ventura de ambos amantes, contemplaba mi obra en su felicidad, y decía para mí con el corazón satisfecho:

—¡Esa dicha es mía, porque la he labrado yo!

3 de junio de 1786

Ayer, en el baile, y en la cena de familia, más de una joven de aquellas cuya conversación me deleitaba no ha mucho y cuya dulce mirada me obligaba ahora

a bajar los ojos, decía a menudo, señalándome con el dedo:

—¡Dios mío!, ¿es posible que él, tan joven y tan gallardo, prefiera a nuestro amor una sotana negra? ¡Pobre muchacho! El mundo le da miedo.

Pasando luego por delante de mí, me dirigían una mirada abrumadora y triunfante exclamando:

—¿Acaso no somos ya bellas?

Y todas procuraban contener la risa. Yo me fingía insensible a aquel burlón sarcasmo; ¡sin embargo, vos, Dios mío, leíais en mi corazón!..

6 de junio de 1786

Fué ayer; el día, melancólico y sombrío, parecía envuelto en la sombra de mi tristeza. Hubiérase dicho que el alma de aquel ameno lugar quería simpatizar a su vez con el día de la despedida; tan brumoso estaba el cielo, tan sin aliento el aire que dejaba inclinada la hoja y la espiga sobre la llanura, tan dormido el riachuelo que contenía su voz, tan calladas las avecillas ocultas en la espesura.

Tampoco se oía el más leve rumor en la cerrada casa: nadie se atrevía a mirar a un rostro amado; nadie osaba hablar al encontrarse con otro, por miedo de que el sonido de la voz revelase el sollozo disimulado bajo la tierna sonrisa, e hiciese estallar el corazón que una sola palabra podía desgarrar. Todos iban y venían; mi madre y mi hermana preparaban arrodilladas

un equipaje; y cada una de ellas, al meter las manos en el cofre, guardaba en él, a la vez que sus regalos, alguno de sus pensamientos.

Sentóse la familia a la mesa, pero inútilmente; las lágrimas brotaban de los ojos y caían sobre el pan. Así transcurrió el día, y cuando la noche, noche suprema que para siempre debía separar lo que se amaba, tendió sobre nuestra vista su espeso manto, dije a mi madre:

—Id y dormid en paz; haced que vuestro corazón descanse de suspiros y lágrimas; bendecid a vuestro hijo, y dormid sin cuidado; que este sueño postrero que a vuestro lado voy a conciliar, descienda sobre vuestros ojos tranquilo y dulce todavía: no anticipéis la hora de nuestra larga despedida. ¡Ah! ¡Harto pronto llegará esa interminable noche de llanto! Pero entonces el espíritu que consuela y el ángel de las despedidas oirán mis ruegos y acudirán a enjugar vuestras lágrimas; y me veréis emprender más ligero mi camino, porque lo que a Dios se ofrece, debe dársele con alegría. ¡Dormid! Antes de que la luz del nuevo día brille sobre la iglesia, quiero estar al pie de vuestro lecho, y si entonces asoma a nuestros ojos alguna lágrima amarga, que Dios nos la perdone. El hombre no tiene más que una madre.

Imprimió en mi frente un prolongado beso y no pude comprender lo que me contestó, porque, henchido el corazón del llanto que ocultaba mi rostro, y no pudiendo contenerlo más tiempo, salí presuroso de su

habitación y busqué la obscuridad de la noche para llorar libremente.

Las brisas de la montaña, llegadas con el ocaso, habían despejado el cielo barriendo las nubes, era una de esas noches cuya serena quietud habla al alma de paz, de amor, de eternidad; en que la luna, ostentando su pleno disco y como sentada en el límpido cielo, difunde por los bosques su indeciso fulgor, hace resaltar los pálidos contornos de los objetos, y parece un mudo recuerdo de la vida y del día.

Penetré llorando en las umbrosas alamedas, en cuyo suelo aun aparecían marcadas las huellas de mi madre, y me puse a recorrer el campestre recinto donde mis días, como otras tantas flores, se habían abierto a la vida; oía murmurar el agua en la marmórea taza de la fuente; tocaba cada pared, hablaba a cada árbol, pasaba de tronco en tronco y los abrazaba; les atribuía la facultad de comprender mi aflicción, y, tanta es la fuerza y vehemencia de nuestra alma, que me parecía sentir cómo palpitaba debajo de cada corteza un corazón amigo. Descansaba un momento en cada banco de piedra donde solía sentarme, donde había visto a mi madre sentada con su hijo; volvía el rostro hacia el sitio en que mis ojos creían ver su imagen, le hablaba del alma y ella me respondía: su voz, su propia voz resonaba en mi corazón, y de este modo iba pasando yo del haya al sicomoro, haciendo revivir mi pasado para llorarlo de nuevo.

Desde el palomar hasta la caseta del perro, volví a

visitarlo todo, sin olvidarme de nada; a todo di un simpático adiós; y llevándome de todo alguna reliquia, me llenaba el seno de hojas enroscadas, de arena del patio pisada por mi madre, de musgo arrancado de los verdes muros de las torrecillas, y del plumón caído del nido de las tórtolas; cuando hube completado mi doloroso tesoro, para invertir el resto de la noche fuí al parterre, al pie de la ventana del aposento donde mi madre quizá velaba también, y me dejé caer sobre el césped junto al estanque de agua viva en que el abedul proyecta su temblorosa sombra; incliné la frente sobre el agua, que me pareció que sollozaba al correr como el paso de un amigo que nos deja y se va amortiguando poco a poco, y allí, cogiendo puñados de tierra y hierba, besé aquella tierra que iba yo a dejar el dia siguiente, aquella amada tierra donde yo había arraigado y de la cual me arrancaba tan joven una fuerza divina; abrí mi corazón henchido de llanto, y derramé un torrente de lágrimas.

No sé cuántas horas transcurrieron así, ni los miles de pensamientos que rodaron en mi mente; sólo Dios puede contarlos con su mirada infinita, y sólo el corazón puede confiarlos en su lenguaje al corazón. Hay noches borrascosas en que la oleada de las ideas, semejante a un caudaloso río que se desborda, rueda con furia demasiado impetuosa para que nuestra alma tenga siquiera conciencia de ellas; en nuestra cabeza hierve un vértigo confuso, y hasta el corazón, próximo a estallar, cesa de latir.

Hallábame entonces sin oir ni ver, en un estado de completo anonadamiento, comparable a una pesadilla de desesperación, y sólo de vez en cuando me despertaba el llanto que caía a raudales en el sonoro estanque.

Por fin el alba coloró su franja en el horizonte, cual repentina antorcha que vino a herir mis ojos. Entonces quise, sin volver a ver a mi madre, decirle una palabra de despedida que le dejase mi alma; me aproximé temblando, y de rodillas al pie de la ventana, la toqué en silencio, con mi frente inclinada; pasé mis dedos al través de las persianas, y creí sentir el contacto de otras manos que encontraban las mías.

—¡Adiós! exclamé.

Y en vano quise añadir alguna palabra más: mi corazón, ahogado de angustia, apenas logró exhalar un sollozo, y me escapé corriendo y sin volver la cabeza, como un hombre temeroso de que algún remordimiento le detenga.

Fuí atravesando campos sin camino, por temor de encontrar o de oir algún ser humano, hasta que llegué a la árida cumbre desde la cual empieza la sombría montaña a descender hacia otra campiña. Sobre una peña gris tapizada de musgo y en que anidan las águilas, elévase una cruz de granito, para bendecir a la vez las dos vertientes como un hombre que extiende ambos brazos sobre dos cabezas.

Allí me volví por última vez y me senté cabe la cruz. Desde allí vi cuál se dilataba a mis pies el pai-

saje; cómo verdeaba el jardín junto a las tapias del pueblo; cómo las palomas blanqueaban el tejado y cómo la casa iba retirando poco a poco su sombra del césped. Vi elevarse al espacio el blanco penacho de su primera humareda, y distinguí una mano que entreabría la ventana.

Mi alma entera voló a aquel dulce sitio en alas de un suspiro, y cayendo de hinojos sobre la hierba, exclamé:

—¡Dios mío! vos que os lleváis el hijo, no abandonéis a la madre; haced que, para ella, ni aun la hora de mi partida sea amarga! No me alejo ¡oh, Dios mío! de esa morada y de esos corazones sino para depararles más paz y más amor; que el amor y la paz queden en mi puesto y que mi sacrificio atraiga al menos vuestra gracia. Velad en lugar mío por esos amados seres; bendecid día y noche su ruta y sus instantes, y sed vos mismo, ¡oh Dios!, ¡oh padre celestial!, para la madre el hijo, para la hermana el hermano! Colmadles de vuestros dones; llevadlos de la mano por larga vida y por un camino fácil al término en que deberemos daros gracias juntos, y haced que ya desde esta baja tierra vuestro seno nos reúna.

Dije, y, tras las selvas de aquellas últimas cumbres, el horizonte paterno desapareció para siempre.

SEGUNDA ÉPOCA

Seminario de ***, 1° de enero de 1793

Han transcurrido seis años de mi juventud sin dejar una sola huella de su paso. Días y noches, mañanas y tardes, hoy como ayer, mañana como hoy, todo fueron pasos iguales dados por un mismo camino, y sólo he conocido que transcurrían al calcular su número. El claustro con sus ennegrecidas columnas me ha ocultado en su sombra; desde mi elevada celda al melodioso coro, las baldosas han contado mis silenciosos pasos; la meditación, el rezo y el estudio han acabado por embotar mis sentidos en fuerza de una glacial costumbre; esos obscuros corredores, esas naves, esos espesos muros han derramado sobre mi frente su silencio y su paz; los incitantes recuerdos, los sentimientos del bien perdido, las imágenes de libertad, de amor, de risueños paisajes, apenas han penetrado hasta aquí en mis solitarias noches; aquí todo se impregna gradualmente de la paz del Señor, como se matiza en las naves del templo la claridad de la aurora al atravesar los ventanales de colores. ¡Cuán dulce es depositar el corazón en Dios, como se guar-

da una esencia en un pomo de oro para conservar su aroma! ¡Haber puesto las miras a tanta altura, tener el camino ya trazado, y acariciar seis años el mismo pensamiento!

Así es que está en blanco la página en que anoté mis días. ¿Qué hubiera podido escribir? El Dios a quien he servido constantemente, el cuidado de sus altares, la afición a su morada, han alimentado por igual todas mis horas, y su mano, abierta siempre a la mía, me ha guiado sin tropiezo ni incidente alguno. ¡Ah! ¡Ojalá mi vida entera fuese una página en blanco, merced a la represión de las pasiones que mi corazón evita!

Febrero de 1793

A menudo, cuando las sombras de la noche, que van creciendo de pilar en pilar, invaden todo el claustro, cuando después del toque de las oraciones y de la cena, los seminaristas diseminados van a sentarse en los bancos y, buscando cada cual entre ellos a su amigo predilecto, le abre discretamente y a solas su corazón en voz baja, yo, que todavía no he encontrado aquí ningún amigo, porque un corazón sobrado lleno no sabe amar a medias, me esquivo, y buscando ese confidente supremo cuyo amor es siempre igual a lo que ama, penetro en su templo por la puerta secreta, y, en la callada noche, deposito a sus pies toda mi alma.



A. Mas y Fondevila, dibujó

Sobre una peña gris tapizada de musgo, elévase una cruz de granito, para bendecir a la vez las dos vertientes (pág. 45)

¡Osian! ¡Osian! Cuando en mi primera juventud soñaba con las brumas y los montes de Inisture; cuando, con tus versos en el corazón y tu arpa en la mano, penetraba durante el invierno en bosques sin veredas, y escuchaba silbar entre las malezas, como si fuera el alma de los muertos, el soplo de la brisa; y los cabellos azotaban mi frente, y los torrentes, bramando de horror al borde de los devoradores abismos, al precipitarse desde el cielo sobre las humeantes peñas, lanzaban a mi rostro sus mugidos y su espuma; cuando los troncos de los abetos temblaban como débiles cañas y sacudían la nieve de sus copas, sobre las cuales revoloteaba el cuervo; y una bruma helada, rasando los agrestes picachos, me rodeaba de tormentas como a un hijo de Morven (1); si algún súbito relámpago rasgaba la niebla, y el sol, reanimado, me lanzaba una mirada, y con uno de sus húmedos rayos, que luchan y se disipan, alumbraba a mis pies el abismo del espacio, exaltados entonces todos mis sentidos por el aire puro de los altos lugares, por aquella soledad y aquella obscuridad de los cielos, por los sordos estruendos que la borrasca arrancaba a los pinos, y por las glaciales escarchas que blanqueaban mi cabeza, elevábase mi alma hasta el tono de un sonoro instrumento que sólo producía arrobamientos y éxtasis; y mi corazón palpitaba comprimido en el pe-

(1) Morven *(montaña negra)*, monte del condado de Caithness (Escocia), célebre en las poesías de Osian. – *N. del T.*

cho; y mis lágrimas brotaban, de un manantial divino; y yo aplicaba el oído y extendía los brazos; y, como un insensato, andaba a grandes pasos; y parecíame alcanzar en la sombra de la nube la sombra de Jehová, llevada en alas de la tormenta; y creía percibir en el aire prolongados ecos de su voz que la tempestad se llevaba al caos; e inundado de júbilo y de amor por todos los poros de mi cuerpo, habría deseado tener un alma y acentos a propósito para contemplar mejor la naturaleza y fundirme aún más en ella, y crearme nuevos sentidos para entregarme a nuevos transportes.

Momentos son ésos de inefables delicias, cuyo cáliz no permite Dios que apuremos; relámpagos de luz y de dicha que confunden la vida con la eternidad. Nuestra alma los recuerda como se guarda el recuerdo de una idea fugaz que cruzara por ella en sueños; ¡y los goza, sin sospechar que en la tierra brotan también de un manantial eterno!

Al trasponer el umbral del obscuro templo, cuyas sombras me rodean la segunda noche; al ver interpuestos entre el mundo exterior y yo esos anchos muros amasados por los siglos y por la fe; al vagar con silencioso paso por este profundo asilo, soledad de piedra, inmutable, inmóvil, imagen de la mansión habitada por el mismo Dios, en la que todo es profundidad, misterio, eternidad; cuando los rayos del

sol en su ocaso extinguen su postrer destello en los ventanales; cuando brilla en el fondo del santuario una oscilante luz, que centellea como la mirada de unos ojos abiertos en medio de la noche; cuando la voz de la campana se disipa en sonidos tenues, yo, con la frente apoyada contra un pilar sonoro, los oigo vibrar como la clave de un celeste instrumento, cuya resonancia me conmueve, y la inmensa catedral, con sus muros, sus torres, su cripta sepulcral, parece estremecerse desde la cúspide hasta sus cimientos como un ser animado al oir la voz que sale, armonizando con ella en mutuo transporte; y cuando, al alzar la vista del pavimento a la cúpula, siento que en este vacío me escucha un oído, y que un amigo invisible, difundido por la nave, me atrae y me habla un lenguaje convenido, y se comunica conmigo en íntimo silencio, y me envuelve y abisma en su anchuroso seno; entonces, cayendo de rodillas sobre las baldosas y cubriéndome los ojos con un pliegue de mi manteo cual hombre sorprendido por la tempestad del alma, deslumbrada la vista por mil fulgurantes relámpagos, me cobijo silencioso en el seno del Señor y le escucho y le oigo, y se confunden mi voz con la suya y su corazón con el mío. Lo que entonces ocurre en tan piadoso delirio, no hay lengua humana capaz de expresarlo: el alma experimenta un instante lo que experimentan nuestros ojos cuando, fijándolos en la orilla del mar junto a un escollo, se proponen contar las oleadas cuya espuma centellea a los rayos del sol, corre, bro-

ta y humea, y, cegados por los reflejos y por aquel hervor, al fin no ven sino olas, luz y movimiento; o bien lo que sienten los oídos en la proximidad de un torrente que, bajando de los picos del Montblanc, rueda, repercute y muge: en vano se esfuerzan, en medio de tan estruendoso ruido, por distinguir un sonido del sonido que le sigue en los choques sucesivos que hacen retemblar la tierra; no oyen vibrar más que un perenne trueno.

Y luego ese ruido se amortigua, y el alma, adormeciéndose, flota en el infinito, sin alas, sin esfuerzo, sin sostener su vuelo sobre pensamiento alguno, sino inmóvil, muerta, vagamente mecida, con el sentimiento que experimentamos al soñar que un torbellino de estío nos arrebata, y que, merced al viento, que nos presta un instante sus impalpables alas, nos cernemos en el éter sembrado de luminares, y, bajo más dulces rayos, recibimos nuevo calor del foco de los soles que se aproximan a nosotros.

¡Así es que en vano suenan para mí unas tras otras las horas de la noche, y cuando vienen a cerrar la divina morada, cuando las macizas puertas de bronce giran sobre sus goznes estremeciendo la bóveda subterránea, me alejo a paso lento, y mi helada mano enjuga la gota, tibia aún, de la celeste lluvia!...

Seminario de *** 15 de febrero de 1793

En tanto que vivimos en el fondo de un mundo aparte, en Dios sólo, por él sólo y bajo su sola mirada, el otro mundo, animado de diferente espíritu vital o de un hálito de muerte, de cólera y de envidia, rebrama en torno nuestro, y hasta en este sagrado asilo persigue con sus pasiones a los servidores de Dios. Un gran pueblo, agitado por el espíritu de la destrucción, derrumba sobre sí todo cuanto le domina: quiere renovar trono, altares, costumbres y leyes; todo lo abisma a la vez en pólvora y sangre. ¡Oh! ¿Por qué he nacido en esta tormentosa época en que el hombre no sabe dónde reclinar su cabeza ni dónde termina su ruta; en que el espíritu de los humanos busca, tantea, vacila entre mil opuestos caminos, no pudiendo permanecer sobre un pasado que se desmorona, ni echar de una vez el porvenir en su molde? ¡Metal extravasado que hierve y se escapa, corre, desuela, derriba, devora y destruye, y, consumiendo la mano que toca a su cráter, desarraiga de la tierra al siglo y al hombre!

¡Venturoso yo, al menos, puesto que aun guía mis pasos el resplandor de la fe, y, apartándome de la impetuosa multitud, traza una ruta aparte a mi pobre pensamiento, ruta que conduce a un punto muy distinto que la de la tierra, que el mismo Dios alumbra y que no tiene fin!

Dícese que el poder se rompe en manos del rey y que el pueblo lo reduce a menudos fragmentos: ¡el pueblo!, ¡niño cruel que goza destruyendo, que nunca ensaya sus fuerzas sino para romper, y que, obedeciendo al instinto de su genio brutal, no comprende el poder sino por la tiranía! ¡Fuerza ciega que Dios suelta, de vez en cuando, como el alud, como el vendaval, para dar una corriente más rápida al éter, descargar un terrible golpe y producir un gran vacío!

25 de febrero de 1793

¡Oh qué días! ¡Días de dolor, de silencio y de espanto! La tierra del reino ha bebido la sangre del rey; y la sangre de los súbditos degollados a centenares corre por los arroyos como el agua de las fuentes. Todos los que brillan por su nombre, por su genio o por su virtud, caen al punto bajo el nivel del crimen: el dedo del delator hace una seña al verdugo: ¡la única ley del pueblo es la sentencia de muerte para los más dignos! ¡Su hacha prefiere al justo y escoge al inocente! ¡La inocencia es un crimen! ¡Oh pueblo ebrio de sangre, tú destruyes con tus manos el error que nos ciega, y tu ejemplo sirve de disculpa a tus tiranos!

28 de febrero de 1793

Medito día y noche sobre ese sangriento abismo de las revoluciones, remedio o dolencia del gran cuerpo

social, que rompe o rejuvenece la embotada máquina; esfuerzo incalculable de la naturaleza humana que hace que luchen en su seno, con titánicos esfuerzos, la vida y la muerte.

Para equilibrar los platillos de la balanza en que se las quiere pesar, es preciso acallar las pasiones y los intereses del siglo; tiembla la mano del que se propone juzgarlas de demasiado cerca, del propio modo que al juez que principia su carrera, el polvo mundanal le oculta con frecuencia el fin a que se propone llegar. Pero yo, joven, sepultado en la sombra del santo asilo, apartado del siglo y viéndolo todo únicamente a la luz de Dios, tal vez juzgo desde una altura excesiva ese problema, ese proceso eterno del tiempo contra sí mismo, esa lucha fatal en que el pasado vencido dice como única razón para seguir viviendo: «¡Bien he vivido hasta aquí!»

¿Quién puede sondear los insondables juicios de Dios? ¿Quién será capaz de decir dónde termina su obra comenzada? ¿Quién podrá usurparle el cuidado de los mundos futuros? ¿Quién podrá decirle como al mar: «No pasarás de aquí» y colocar su grano de arena ante ese océano, y agotar con una palabra el abismo inagotable? ¡Menos insensato sería el que dijese al sol: «Aguarda a derramar tus esplendores para cuando yo despierte: limita a mi horizonte tu fecunda luz, y cuando mis ojos se cierren, extínguete para el mundo»!

No; Dios no ha confiado a nadie sus designios; el

tiempo y la naturaleza son aquí sus únicos confidentes, y si algo deja transparentar de su sabiduría no lo busquemos sino en la naturaleza misma que lo revela. Sólo en ella levanta una punta del velo que tiene sumidos en la duda nuestros espíritus, y dice: «¡Ved!»

¿Qué anuncia la naturaleza en su marcha eterna? ¿Dónde detiene su carrera? ¿Dónde descansa? ¿Cuál de esos mil soles que giran a la vista de Dios, centelleantes rayos de su celeste eje, duerme en medio de su inflamada órbita? ¿Qué ruta de los cielos hay cerrada ante ellos? ¿Qué oleada de los aires se estanca en el reposo? ¿Qué gota de los mares duerme en el lecho del piélago? ¿Qué océano reclinado en eternas riberas, cesa de devorar o de engendrar playas? ¿Qué montes han sofocado su crisol subterráneo? ¿Qué era ayer lo que será mañana? Y desde el grano de arena hasta la roca, desde el alma hasta la materia, desde el abismo de los cielos hasta el átomo del polvo, ¿quién, sino Dios, y sólo Dios, puede reconocer en semejante movimiento un ser, un elemento, una forma? ¡En ese trabajo que cambia, rompe y procrea, se adivina que fermenta en el universo una levadura eterna, que la mano creadora está siempre atenta a su obra, que la carrera del Ser eterno es eterna, que el tiempo nace del tiempo, las cosas de las cosas; que una forma perece para que otra salga a la luz, que en todo ser, el fin es principio; el padecimiento, trabajo; y la muerte, alumbramiento.

En vano el hombre, orgulloso de esa nada fundada por él, se cree único exento de esa ley del mundo, cierra su símbolo y dice por milésima vez: «Ese Dios será tu Dios, esas leyes serán tus leyes.» A cada cosa que juzga y proclama eterna, responde al punto el estrépito de una caída, y el tiempo, cuya marcha no le es posible detener ni acortar, se encarga de confundirlo y desmentirle; a cada siglo, a cada hora, arrebata, convertidos en polvo, esos deleznables refugios de la sabiduría humana: imperio, leyes, altares, dioses, legislaciones, tiendas que plantan las naciones para un solo día, y que derriban las que las siguen para levantar otras nuevas; bagaje que al huir dejamos a nuestro paso, y que el porvenir menosprecia sin dignarse ni recogerlo.

Desde aquellos nebulosos días, cuya tardía historia ha conservado hasta el presente algún recuerdo, ¿con cuántos cielos ha jugado el tiempo?; ¿cuántas veces ha sacudido la tierra las creencias, las leyes, los dioses de otras épocas, como sacuden los árboles su árido follaje en la primavera? Tanto valdría preguntar cuántas hojas marchitas han abonado el suelo formado con sus restos, o cuántos arroyos o gotas de tempestuosa lluvia han henchido los mares sin fondo y sin orillas.

Sí, el espíritu del Señor trabaja sin cesar por el espíritu de los mortales, su ciego instrumento; ha dado

por vida al pensamiento humano ese flujo y reflujo que le lleva y le arrastra; si cesara de girar en ese círculo divino, si algún día se paralizara, ese día sería el de su fin. Mas para él siempre hay una idea delante de otra en la ruta concedida a sus pasos; se lanza, llega al término de su senda, crea un mundo entero a su imagen, y no bien entra en la obra comenzada, cuando anhela ya correr tras otra idea; la realiza y pasa adelante, y, de impulso en impulso, llega a otro horizonte para trasponerlo también.

De este modo va legando sus quimeras de siglo en siglo; las verdades son para él madres de verdades, y Dios, al mostrárselas un día tras otro, paso a paso, le conduce hasta donde se propone que llegue en la tierra, límite que él solo ha fijado en su sabiduría, y al que jamás se alcanza, por más que a él nos acerquemos sin cesar.

Mas si el espíritu de Dios, trabajando por nuestras manos, ha condenado a los hombres a esos cataclismos, ¿cómo es que sella las revoluciones, ese solsticio de los crímenes, con la pura sangre de las víctimas? ¿Cómo es que el espíritu de amor, de justicia y de paz sirve a la iniquidad, al odio y a las maldades? ¡Ah! es que, en su obra, trata con el hombre; es que esas revoluciones las concibe la virtud y las consuma el crimen; el obrero es divino, pero el instrumento es mortal; uno quiere cambiar de Dios, y otro destruye

el altar; otro se propone fundar la justicia sobre la libertad, y otro hace que el edificio se derrumbe sobre todos los derechos. Llega luego la noche fatal en que el combatido espíritu no acierta a discernir el crimen de la virtud, y en que cada partido toma horribles represalias.

Las revoluciones son campos de batalla en que chocan en el tiempo dos derechos violados; cualquiera que sea el vencedor, ¡ay de los combatientes! El uno, celoso poseedor de una herencia inicua, convierte en sagrado título una injusticia inveterada, y cree vengar al cielo defendiendo el error: el otro, con el corazón agriado por antigua ofensa, no ve sino una venganza en la razón que luce, y, armándose a su vez de un derecho ensangrentado, quema, saquea y mata a golpes de verdad.

El abismo atrae de esta suerte a otro abismo más profundo; pero ¿qué hacer? la razón tan sólo tiene la elección del crimen; ¿es necesario que el bien ceda y retroceda para siempre?, ¿es necesario vencer el mal a fuerza de maldades? Ante tales mudanzas, el corazón del justo vacila: ¡desdichado el que las hace!, ¡feliz quien las hereda!

Seminario de *** 2 de marzo de 1793

¡Ay! ¡pobre madre! ¡pobre hermana mía! ¡Dios de misericordia! ¡Cómo! ¡La tempestad desciende tam-

bién hasta tan humilde sitio! ¿La morada de paz, de oración y de limosna, donde únicamente la caridad tenía modesto trono, no ha podido hallar gracia a los ojos de las facciones? ¡Aquel techo donde habían llovido sus bendiciones; aquel umbral donde se socorría siempre su miseria, y por el cual entraban la viuda y el huérfano como en la iglesia; aquel aposento en que mi madre, con benéfica mano, curaba sus lacerados pies y les distribuía el pan, todo lo han entregado a las llamas! Han expulsado a su providencia, se han entregado a horribles danzas en torno de sus muros humeantes, mientras que mi madre y sus hijos huían a los bosques guiados por el resplandor que salia de aquellos techos!

Así es que todo cuanto yo amaba ha sido arrancado de la tierra, y si buscase la casa de mi padre, mis ojos no verían ya sino un lienzo de pared ennegrecido, y únicamente algún mendigo me diría: «¡Aquí estuvo!»

¡Ah! ¡Ante esa horrible imagen de mi madre huyendo de las incendiarias teas del pueblo, siento en mí mismo que sólo Dios es capaz de otorgar el perdón a los humanos, y, si yo no hiciese pedazos mi corazón entre sus manos, sacrificaría cien veces mi vida a mi sed de venganza, o mejor dicho, de justicia; con tal de castigar a sus verdugos con un puñal en cada mano, me entregaría a los dioses infernales, y vengando cada partícula de aquella morada, iría a apagar cada chispa con una gota de sangre!

Seminario de *** 6 de marzo de 1793

¡Perdonadme, Dios mío! Sólo a vos corresponde la venganza. ¡Ah! Para desarmarla me postro de hinojos ante vos. ¡Que la falta y el horror de estos días de tormenta caigan sobre la época, y no sobre la cabeza de los facciosos!

Seminario de *** 8 de marzo de 1793

Un desconocido me ha entregado esta tarde un rollo envuelto en un pliego de pergamino: al punto he conocido el carácter de letra, aun cuando por toda firma tenía una lágrima, y mientras leía su contenido, he besado mil veces, oh madre mía, esas palabras que me parecía oirte pronunciar, y besaba también esos doce luises, tu último recurso, que tu mano me entrega todavía en señal de despedida. ¡Oh!, ¡que no se separe de mí este oro sagrado, o, ya que es prenda de tu amor, inviértase tan sólo en hacer beneficios!

Seminario de *** 9 de marzo de 1793

¡Heme pues solo, huérfano en el mundo!, ¡Mi madre, acompañada de mi hermana, va errante por el piélago, a merced de los vientos y de las olas, en busca del

pan amargo de un pariente desconocido, y a cambiar de cielo, de amigos, de corazón y de costumbres, en un continente poblado de soledades!

«¡Huye, parte, ven, hijo mío, me dice mi madre; llévete Dios todo el amor que arde en esta despedida. No disfrutaré un solo día de calma durante tu ausencia; aléjate de un país devorador que proscribe la inocencia y en que hasta la misma oración es un crimen mortal. ¿Para qué necesita sacerdotes el que no tiene ya altar?..»

¡Ah, madre mía! Te extravía la ternura que por mí sientes. ¿Acaso arde menos el espíritu cuando las chispas son escasas? Aun cuando no pudiésemos encender otra vez aquí más que una, aun cuando sólo tuviésemos una lágrima que enjugar en unos ojos tristes, eso bastaría para no alejarnos de esta tierra, para alimentar en nuestros senos el fuego del santuario, para continuar en el templo, y para vestir la túnica del levita o la del mártir. Me quedaré...

Gruta de las Aguilas, en la cumbre de los
Alpes del Delfinado, 15 de abril de 1793

Grabemos, al menos para recuerdo mío, la espantosa historia de estos dos meses tan abundantes en acontecimientos.

El pueblo amotinado, dando crédito a una noticia falsa, allana el umbral sagrado, nos hiere y nos persi-

gue; embriágase de vino en el oro de los santos cálices, aúlla por mofa los cánticos de los sacrificios, y, como si no se atreviera a destruir el altar por ser aún novel en tales tropelías, lo viola antes de socavarlo.

Los sacerdotes, sin oponerle más armas que la oración, son arrastrados por el polvo; los unos tiñen con su sangre aquellas queridas baldosas; a otros se les destina al patíbulo; algunos, como yo, a quienes salva su misma juventud, pues su tersa frente excita compasivo interés, se dispersan bajo la lluvia de balas, para encontrar más lejos el suplicio o el destierro. Una mujer me coge de la mano entre la muchedumbre, me conduce fuera de los muros a favor de las tinieblas, me muestra en lontananza estas brillantes cumbres y me dice:

– Huíd, hijo mío; aquí tenéis pan.

Fugitivo anduve siete noches por los campos, encaminándome siempre hacia las montañas; dormitaba de día en los trigos y aceleraba de noche mi perturbada marcha lejos de todo sendero trillado; llego al pie de los montes, cruzo a nado torrentes cuyas oleadas me arrojan a la orilla opuesta; un cazador me descubre por los ladridos de sus perros, y, movido a compasión, trueca su traje por el mío.

Empiezo entonces a trepar por esas escalonadas colinas, estribaciones de los Alpes del Norte, inmenso pedestal deprimido por su propia masa, que parece haberse hundido por el peso de los montes, y que en

el encajonamiento de sus peñas derrumbadas oculta lagos profundos y obscuros valles. Prosigo la marcha contra la corriente de sus mil riachuelos, que corren lanzando humo en vez de agua; avanzo tembloroso bajo el arco de las cascadas; los pinos me abren luego sus enhiestas columnatas, las traspongo, y llego a esos prados de las mesetas, verdes y dilatadas alfombras, en donde las cabañas de madera orlan los precipicios.

Un anciano pastor guardaba allí un rebaño de terneras, con la vista fija en el sol poniente y pasando por sus dedos las cuentas de un rosario de madera. Aquel espectáculo infunde aliento a mi alma enternecida; estoy seguro de encontrar un amigo en todo hombre que reza. Me acerco en seguida al pastor, sin recelo e invocando el nombre de Dios; él se turba al ver un ser viviente en aquel sitio; al punto me toma por un criminal. Yo le tranquilizo; escucha llorando mi conmovedora aventura, y, extendiendo la hojarasca que le sirve de lecho en su cabaña, parte conmigo su pan negro y su leche.

A la mañana siguiente me dice:

— Tranquilizaos; no despediré al que Dios me envía. Siguiendo el pastoreo según la estación y el estado de la hierba, mis vacas han acabado ya de pastar la de estos prados. Mañana me trasladaré a otras verdes montañas. Pero cuando, después del invierno, subimos aquí desde los cortijos, al partir nos dan pan para todo el verano; todo ese pan es para vos, ya que lo habéis probado; los pastores, a quienes más de una



A. Mas y Fondevila, dibujó

... SE HAN ENTREGADO A HORRIBLES DANZAS EN TORNO DE SUS MUROS HUMEANTES, MIENTRAS QUE MI MADRE Y SUS HIJOS HUÍAN (pág. 60)

vez he socorrido en su miseria, me indemnizarán del que os dejo; pero no podéis seguirme adonde ellos están, porque extrañarían que seamos dos. Se ve que vuestros rubios cabellos no han sido azotados por las tormentas, y la blancura de vuestras manos os delataría. Tampoco podéis continuar en esta cabaña, porque su humo se ve desde muy lejos. Los soldados del verdugo conocen estos senderos, y a veces suben hasta la región de las nubes para espiar, desde mayor altura, a los proscritos, que caen sorprendidos en sus garras, parecidas a las de las aves de rapiña. Pero venid; sé de una gruta profunda, que nadie en el mundo conoce sino yo, y a la que sólo pueden llegar el viento, el rayo y el águila, cuyo nido solía yo robar, acechándola desde esas cumbres, cuando en mis juveniles años mis pies y mi vista se burlaban de los abismos; todavía puedo subir hasta allí con la ayuda de Dios, cuya mano me descubrió ese sitio en obsequio vuestro; allí viviréis muy frugalmente, pero sin sobresaltos, si vuestro ángel custodio basta para acompañaros en esa soledad. Allí se puede beber el agua en el hueco de la mano, y cuando yo calcule que carecéis de pan, cada dos o tres meses, sin que nadie pueda seguirme, os traeré de lejos el que necesitéis para vivir. Fijaos bien en la hendedura de esa peña; venid de vez en cuando a registrarla cuando el tiempo esté brumoso; pues cuando yo acuda a traeros lo preciso para vuestro sustento, no pasaré de aquí por temor de que me espíen.

Partimos, poniendo nuestra atrevida planta donde ningún cazador montañés se arriesga a fijar la vista, agarrándonos con los dedos crispados a las hiedras, a los tallos y raíces de las plantas y a los ángulos salientes de las rocas; apenas llega a nuestros oídos el rumor sordo y profundo que produce alguna que otra oscilante peña al derrumbarse a nuestro paso, y las aguas de la nevera, que impulsadas por el viento se elevan a modo de menudo polvo, nos hieren la frente cual la helada hoja de una espada.

Ante el abismo abierto por aquellas aguas, detiénese mi pie como si el horror lo hubiera clavado en el suelo. La columna de espuma se precipita desde la negra mole de la montaña en aquella humeante sima, brama al deshacerse con todos sus arroyos, se remonta en blancos copos, cae de nuevo en verdes jirones, y llena de viento, estruendo, oleadas, polvo y vértigo todo el vacío en cuya profundidad flota su cólera.

Un solo vestigio de roca horadado por el torrente, estremeciéndose a los continuos embates de las ondas y anegado en espuma, muestra erguida su inmensa bóveda como un vasto arco iris apoyado en dos cimas y tendido sobre el abismo. Mi guía hace la señal de la cruz al ir a pasar aquel puente natural, tantea con dudoso pie sus frágiles paredes, y se lanza por él; yo le sigo.

Bajo el arco, vemos a cien pies de profundidad la huracanada corriente que pasa como una saeta que la vista no puede seguir; el puente, socavado, vacilante,

resuena bajo nuestros pasos; nuestra mirada oscila, nuestras manos buscan algo, nuestros pies resbalan, pero nuestro ángel nos oculta el precipicio, y poco después hallamos en la orilla opuesta un valle lleno de hierbas en flor regadas por la espuma.

La naturaleza, más propicia y dulce en aquel sitio, festonea las rocas de arbustos y de musgo. Subimos por las peñas con más sosegado paso, y se abre a nuestras miradas un nuevo horizonte. Bajamos las pendientes de colina en colina, de loma en loma, hasta esa hueca cañada que la naturaleza redondea a propósito para ostentar únicamente a la mirada de Dios sus divinos atractivos.

Detiénese allí mi guía y me enseña el asilo que la Providencia depara a los que el hombre destierra; me indica, por su rumor, el manantial que brota en la espesura del bosque; me enseña a labrar la madera para beber de aquella agua; a secar al sol los musgos que han de servirme de lecho; a juzgar por el gusto de la calidad de los frutos; a apoderarme, en el hueco de la roca, del huevo recién puesto que allí oculta el águila; a conservar un fuego lento entre los tizones; a poner trampas para coger pájaros; a lanzar al lago el sedal que agita la onda cuando el pez toca al anzuelo; a sorprender en la camada al cervatillo que acaba de nacer; a robar el cabrito de leche para que su madre, al oir los quejidos que le arranca el hambre, acuda a amamantarlo en la mano. Recomendándome luego a

esa Providencia que nutre sin trabajo y guarda sin prudencia, me dijo:

—¡Rogadla, hijo mío! ¡Aquí todo lo llena!

Rezamos, le abracé, partió y me quedé solo.

Gruta de las Águilas, 17 de abril de 1793, por la noche

¡Oh noche majestuosa! ¡Bóveda inmensa y profunda en que se vislumbra a Dios como el fondo de un piélago a través de las ondas!; en que tantos astros refulgentes, llevando inscrito su nombre, van a iluminar el horizonte con ese nombre esplendoroso, siendo portadores de sus ojos, de su mano, de su sombra, de sus pensamientos, hasta el espacio infinito por donde trazan sus órbitas. ¡Y tú, luna límpida y clara, en la que me parece ver reflejarse estas montañas como en un espejo, para que dos mundos, brillante el uno y sombrío el otro, se hablen, en la obscuridad, del Dios que los ha creado; y vosotros, vientos que palpitáis durante la noche en estos elevados parajes, acariciando la tierra y perfumando los cielos; ruidosos torrentes; pálidas nubes, que pasáis sin empañar estas radiantes playas, como al través de una vida casta, cruza la sombra de las pasiones por un corazón puro sin mancharlo; misterios de la noche que sólo es dado contemplar al ángel, esta hora también levanta para mí un velo del templo. Estos picos aéreos me han acercado a vosotros, os veo a solas, me postro de hinojos, y

contemplo la noche como el espectáculo divino que Dios ofrece a los espíritus en su santo tabernáculo.

¡Cuán lejos penetran las miradas en ese purísimo firmamento! ¡Qué azul tan suave y, al mismo tiempo, tan deslumbrador! ¡Parécese al agua de los mares cuando una débil brisa hace resplandecer las olas en que se rompe un rayo de luz! He ahí la estrella que desciende por el horizonte. La sombra de los negros abetos me oculta la luna; su móvil y blanca luz parece, a través de esa nube, una lluvia de nieve que cae y se derrite en el follaje. ¡Qué inmenso suspiro han exhalado sus copas al recibir el suave viento que apenas ha percibido mi mejilla! Este nace, muge, se acalla..., muere; es la tempestad que pasa con sus voces y sus embates sobre mi cabeza; es el velamen en que el viento sopla y resuena durante la noche, cuando las ondas lo persiguen por los tenebrosos mares. Pero no, es un soplo muerto con que la noche pasa rozándolos. ¡Oh! ¡con qué ternura llora aquí la brisa en este momento! ¿No es el suspiro de algún espíritu amigo, que en parte se revela en esos sonidos tan dulces, y que viniendo a prestar a esos vientos su suave voz femenil, compadecido de nosotros, acude a llorar con nuestra alma?

¡Árboles armoniosos, abetos, arpas de los bosques, en que todos los vientos del cielo modulan una voz: sois el instrumento en que todo llora y todo canta, en que la naturaleza se embelesa con sus mil ecos, y en que, a los suaves acentos de un soplo aéreo, todo

hombre suspira al unísono con él! ¡Árboles santos que sabéis lo que Dios nos envía: cantad, llorad, deparadme tristeza o júbilo! Sólo él sabe si al embelesarnos con vuestros sonidos, cantáis o lloráis por nosotros.

Gruta de las Águilas, 18 de abril de 1793

El sueño me sorprendió bajo la nocturna bóveda, y la alondra me ha dispertado con su canto; mi reino se ha ofrecido a mi vista en un esplendente día de florida primavera y lo he estado recorriendo mañana y tarde. ¡Qué frondoso es! ¿Y para quién creó Dios en estos altos precipicios un valle tan delicioso, cerrando con una triple muralla su acceso y su vista a los humanos?

Allí, la tonante sima en que la nevera se vierte, y que cruza, a través de la muerte, el puente de rocas; aquí, esos blanquísimos picos, cuyo hielo no se derrite jamás, lo rodean en parte con sus nevadas crestas; más abajo, en el sitio donde su tortuoso lecho parece querer unir su pendiente con la de los montes, la roca lo intercepta y contiene de pronto, sosteniéndolo con una aérea escarpadura; en sus bordes bruñidos por el agua de los barrancos, no pende ninguna hierba, ninguna flor; y la voz de los pastores, que apenas diviso abajo, se pierde en la distancia sin llegar hasta mí. Resguardado por los torrentes, por las rocas y por las

nieves, sin temer sorpresas ni lazos tendidos por los mortales, encuentro, como el águila, en mi elevado refugio, todo cuanto puede soñar el deseo de un poeta: árboles nacidos de su simiente, encorvados bajo el peso abrumador de las tempestades, pero cuyas cabezas nadie, sino el rayo, se atreve a conmover; bejucos que serpentean desde su pie hasta su cima y cuyas flotantes redes mecen flores y nidos; rayo dorado del día que juguetea bajo su obscuro ramaje, temblando sobre la hierba, a merced del viento que los sacude; altos musgos sobre cuyo oro revoloteaban las mariposas, y en los que tan sólo los vientos dejan impresas sus huellas en verdes surcos; hierba que cada brisa inclina en blandas oleadas, y que despide mil olores al ser hollada por mi pie; agua que duerme bajo la espesura donde la sombra la obscurece, o que llena hasta los bordes sus copas de granito; espuma de los arroyos sobre sus pendientes floridas, que se pierde cual lácteo surco en las verdes praderas; lago límpido y durmiente, que parece un fragmento de cielo desprendido de la bóveda azul, cuya transparente cavidad se divisa hasta el fondo, en el que la obscura noche se refleja tachonada de estrellas cuando la luz del día se extingue, y en el cual no se ve flotar más que la flor del loto, caída sobre las ondas a causa del peso del rocío, y el argentado plumón que el cisne silvestre ha dejado en la orilla al bañarse en sus aguas; golfos estrechos, escondidos en los repliegues de los valles, paisajes sin límites, de dilatado horizonte; abismos

en que el oído percibe el estrépito del alud; cumbres que introducen su blanco picacho en el azulado éter; grandes sombras de los montes que obscurecen sus laderas; rayo repercutido en las cimas centelleantes; aire elástico y tibio, en que el seno que lo absorbe cree aspirar un alma siempre nueva; ruido que se oye subir o bajar en lontananza, silencio en que el alma se adormece y se oye soñar; por doquiera, con la paz, el movimiento que la anima; manadas de gamuzas que corren sobre el abismo, corzos que roen la corteza de los árboles, ardillas en la selva, cantos de millares de pájaros que confunden sus voces, vuelos de dorados insectos y zumbidos de alas, que van sembrando las chispas de sus prismas flotantes; por todas partes flores en el suelo y aromas en los aires: he aquí lo que el cielo ha prodigado en estos desiertos.

El mismo día, por la tarde

Pero la obra maestra de estos sitios encantadores es la bóveda de la roca, cuyo camino tan sólo el águila ha encontrado; al Oriente del lago y a lo largo de sus aguas, la montaña se rompió en pedazos al derrumbarse, y sembrando sus peñascos en ruinas confusas, amontonó en las colinas sus disgregados fragmentos. Esas rocas acumuladas, hendidas por el choque de su caída, han quedado suspendidas al azar; los años transcurridos han cimentado su rara estructura, y cubierto

sus vertientes de tierra y verdor. Andase por doquiera sobre un cerro aplanado, al que la hojarasca y el musgo han comunicado un color amarillento; mas cuando se da algún golpe, se oye resonar todavía el terreno bajo las plantas. Cinco robles añosos, que han germinado en sus concavidades, inclinan en todos sentidos sus troncos huecos y arqueados; con sus vacilantes raíces reúnen los insterticios que quedan entre las bases colosales del granito; entrelázanse en el suelo como negras serpientes, y con sus rastreros nudos retienen los peñascos: el más viejo, suspendido sobre uno de los barrancos, lo cubre como un puente con sus gruesas raíces, para ocultarlo mejor a la luz del día, extiende un brazo descomunal que luego deja caer, y bajo este doble abrigo de ramas y follaje vela a todas las miradas angosta abertura. Para descubrir este antro subterráneo, es forzoso arrastrarse separando las ramas con la mano.

Apenas se ha logrado penetrar bajo el arco verde y sombrío, encuéntrase un obscuro y estrecho pasadizo, siendo preciso andar algo encorvado bajo húmedas bóvedas y dar continuos rodeos, percibiendo el profundo rumor de las aguas que, abriendo un canal en la piedra, corren murmurantes hasta el lago por su sólido lecho.

En aquel cavernoso sendero se divisa ya una pálida y lejana claridad que parte del fondo; la bóveda se agranda, la roca se retira, el pecho se dilata y respira con más libertad, el terreno sube, tres peñas sirven

de gradas y por fin se penetra en el hueco de la roca.

Veinte fragmentos de peñas, suspendidos sobre sus agudas aristas, sostienen su cúpula cual gigantesca ojiva; sus ángulos de granito rotos en otros mil ángulos, sus flancos cogidos entre sus flancos y plantados uno sobre otro, han resaltado a consecuencia del peso como blanda arcilla; el agua, que la piedra destila aún gota a gota, ha bruñido los contornos de aquellas moles pendientes; ha formado húmedas estalactitas en sus dentellones, adelgazándolas a modo de inmensas espirales, esculpiéndolas como arañas pendientes de las bóvedas de las catedrales.

Reuniéndose las gotas, por efecto del declive del terreno, han abierto en un ángulo un estanque de granito en el que se oye llover, de minuto en minuto, el agua sonora que llora y canta al caer; alguna golondrina de vuelo bajo y rasante se cierne sobre él, ó se posa en sus bordes para beber, y luego, remontándose a la bóveda en que anida el ave friolenta, se suspende de uno de los nidos que festonean la cornisa.

Aquella roca pelada rodea por todas partes a la gruta envuelta en tan sombrías murallas, pero hacia la parte del lago hay una salida secreta, angosta, invisible, hendida entre dos peñas, que renovando el aire tibio que reina en aquel subterráneo, da paso a los rayos del sol meridional. Desde la parte de fuera no es posible descubrir aquel intersticio, pues lo cubre la roca que allí forma un precipicio suspendido sobre el agua, y cuyo flanco, pendiente y hueco, mina de continuo el

lago. Por cima de la gruta ha arraigado una hiedra, que dejando colgantes sus festones y su follaje, los extiende como verde cortina, trénzase a modo de celosía, y cruzando sus tallos, espesa sus ya compactas mallas sobre la oblonga hendedura. Separando esa verde cortina de hiedra, puedo graduar a mis ojos la obscuridad o la luz, amortiguar el calor o el resplandor del sol, o bien abriéndome con la mano un inmenso horizonte, contemplar desde el fondo de mi retiro, suspendido en estos montes, todo el espacio que puede alcanzar la vista.

Junto a la abertura hay un banco de piedra, donde puedo a mi albedrío sentarme o tenderme, leer a los flotantes rayos de luz que tiemblan sobre mi Biblia, o contemplando la sombra de Dios, más visible aquí, con los ojos fijos en la naturaleza, elevar al Señor en silenciosos transportes el himno de mi corazón.

Un aire igual y suave, tibio hálito de la onda, reina aquí cuando el cierzo hiela o ruge en el exterior; ningún viento penetra, y ni de día ni de noche resuena en este nido de mi alma otro ruido sino los gorjeos de las golondrinas, el vuelo de alguna mosca de invisibles alas, el tenue roce de la hiedra sobre la roca, o los sordos golpes del lago, cuyas azuladas ondas, subiendo casi al nivel de mi verde ventana, renacen para caer y caen para renacer, y desde el borde que lamen, suspenden sus guirnaldas de espuma de las paredes de la peña.

20 de marzo de 1793

He aquí pues, apenas derribada mi tienda en otra parte, la que en este sitio encuentro ya plantada; he arreglado ya mi lecho sobre la roca con hojarasca del bosque reblandecida por el musgo; he colgado también en mi abrigada vivienda mi báculo de viaje y mi reloj que me permite seguir la marcha del tiempo; he amontonado leña seca para mi hogar, he visto ondular en la gruta el resplandor del fuego, y pasado en alegre soledad un día, precursor de tantos otros a que tendré que acostumbrarme.

TERCERA ÉPOCA

Gruta de las Águilas, 3 de julio de 1793

Cuando ese sol de estío, foco flotante de vida, me obliga a bajar los párpados sobre mis deslumbrados ojos, y, ofuscándome aún al través de este velo, traspasa mis pestañas con sus tibios reflejos de oro; cuando sus rayos, hiriendo esas nieves eternas, son rechazados por el suelo en haces de chispas, y hacen que esos picos y ese firmamento azul semejen al mar que blanquea sobre espumante roca; cuando en ese cielo parecido a lagos sin orillas no veo más que el éter diáfano en que nada flota, excepto la negra águila que, semejante a un punto obscuro, parece dormir elevada en el espacio inmóvil, o, mecida allá arriba sobre sus oblicuas garras, desciende trazando círculos concéntricos, y, sumergiéndose en los rayos del sol, despide vivos y plateados reflejos de sus bronceadas plumas, y al verme tendido junto a su dominio lanza un grito de asombro en que vibra su cólera; cuando el árbol o la roca proyectan alguna sombra sobre el césped; cuando muellemente reclinado sobre este verde lecho cubierto únicamente por el pabellón de los

cielos, desaparezco entre la espesura de altas hierbas que se doblan bajo el peso de sus flores; cuando me envuelve el perfume del heno seco, y cuando no oigo más rumor que el del aire cálido que susurra, o el de mi aliento que se mezcla con el aire virgen de los cielos, o el de los latidos de las sienes en mi silenciosa frente; entonces siento en mí tan vivas voluptuosidades, un olvido tan completo de las fugaces horas, que mi alma, escapando a veces a mis sentidos, no siente ya el peso del cuerpo desprendido de ella, del mismo modo que el cisne, al probar la fuerza de sus alas, no siente el leve peso de las que le sustentan en el aire.

Me gusta dejarme mecer en este silencio; no sentir que pienso ni que vivo; creer que el espíritu, llamado en vano por el cuerpo, se ha desprendido para siempre de su envoltura mortal, y boga en la luz del sol como la abeja en los rayos estivales. En ese estado, en que el hombre se transfigura en Dios, el tiempo huye y renace sin que nada lo mida; se tiene conciencia de la inmortalidad; pero cuando un soplo, el vuelo de un insecto, me hace por fin recobrar los olvidados sentidos, me reconcentro en mí con amargo placer; conozco que Dios me escucha en ese cielo del que torno tan cansado, pero no me contesta; busco en torno mío, en este bajo mundo, algo que conmigo sienta y me responda; tengo el corazón demasiado henchido para que no rebose, y si la suerte quisiese concederme siquiera otro corazón, vacío y mudo todavía, en el que acabasen de brotar la vida y el amor,

este ardor, que el mío ya no puede contener, bastaría para estrecharlo y abrasarlo; derramaría en él lo que ya no cabe en mi alma; su llama serviría de alimento a la mía, y multiplicando en mí esta doble existencia, haría que yo fuese, Dios mío, como una sombra tuya. ¡Siento en mí que podría infundir en ese otro yo lo que me oprime, y duplicar lo que amo, abrasarme a mi vez en el espejo de mi corazón, crear el alma del alma y el amor del amor, y, así como tu mirada se ve en tus obras, consumirme con mis ardores y amarme en mi imagen!

¡Entonces esa bóveda azul me parece un magnífico sudario; en vano abro mis brazos al viento: mi corazón continúa solo; en vano busco algo con los ojos en esta vida árida; en vano lanzo un nombre al azar en este vacío: sólo el desierto me rodea y me responde! Voy del lago al pico y de la gruta al puente; vuelvo sobre mis pasos, me siento, me levanto; mi propio seno me pesa, y no hay nada que lo reanime; paréceme que me falta una mitad de mi ser, objeto de casto amor o de santa amistad. ¡Cuán a tientas ando! ¡No soy en este mundo más que una voz sin eco que la responda, unos ojos que no se reflejan en otros ojos, un cuerpo que no proyecta sombra a su paso; y a pesar de ese cielo y de este sitio encantador, vivir solo es languidecer, es esperar la actividad de vivir! Así toda mi dicha se convierte en vago tedio; ¡oh soledad, sólo un Dios es capaz de llenarte de sí propio!

Gruta de las Águilas, 6 de julio de 1793

Impulsado por ese instinto que me atrae hacia el hombre, he traspuesto esta mañana el umbral de mi imperio; he medido con la vista la caída del torrente, he tocado con la mano el transparente arco iris, he cruzado con atrevida planta, que se acostumbra al peligro con la audacia, la roca temblorosa bajo la bóveda de espuma.

Cuidando de ocultarme entre la hierba, al menor ruido, y andando descalzo por temor de que alguien oyera mis pasos, siguiendo los contornos del sinuoso barranco, he bajado por la pendiente de estos montes hasta el borde de un desfiladero donde he oído alguna vez mugir los bueyes del pastor y cantar una voz. Allí, agachado entre la maleza y oculto tras los troncos de los castaños que circundan el descampado, he visto sin ser descubierto, y pudiendo divisarlo todo, lo que mi corazón se complacía en concebir: una escena de paz, de amor y de inocencia, de esas en las que se sueña de noche y en las que, despierto, se piensa; imagen ¡ay, innata de un tiempo que ha huído de nosotros y que todo hombre lleva en sí como un recuerdo!

Una porción de cabras, de ovejas y de gordas terneras, aquéllas pendientes de las flores de los precipicios, y éstas enterradas hasta las rodillas en la hier-



A. Mas y Fondevila, dibujó

... Y LLEGÓ A LOS PRADOS DE LAS MESETAS... UN ANCIANO PASTOR GUARDABA ALLÍ UN REBAÑO DE TERNERAS (pág. 64)

ba, rumiaban pastando entre los acebos, mientras que varios toros, luchando en el prado, bajando oblicuamente sus cabezas armadas de afiladas astas y empinados sobre sus jarretes, chocaban como dos bloques sus frentes sonoras y pesadas, que resonaban a sus golpes.

En el ángulo de un matorral y al pie de un tronco de carpe, estaban sentados en la misma raíz un joven montañés y una doncella: hallábanse solos, sin más compañía que el cielo y los bosques; fiados en la vigilancia de su perro, apacentaban sin cuidado alguno aquellos ganados cuya esquila resonaba de roca en roca como lejana llamada, y cantaban de vez en cuando para que algún cabrito descarriado se guiase por su voz. El pastor, con los codos apoyados en las rodillas, tenía inclinada su frente poblada de negros cabellos sobre el rústico hogar en que humeaban, entre la hierba, los restos de unos tizones, y, con la vista fija en el suelo, parecía trazar maquinalmente algunas letras en la ceniza; su ensimismamiento tenía algo de tierno, y cuando levantaba la frente, y abría a la viva luz del día sus ojos límpidos y serenos, veíase sonreir la idea que le preocupaba en el precioso pliegue de sus fruncidos labios; y cuando aquella mirada se inundaba de su amor, escapábase de su pecho un suspiro contenido; suspiro que era tan sólo un desahogo sin tristeza, un peso de que aliviaba su corazón henchido de dicha.

La joven estaba dotada de esa belleza en flor que ningún rayo estival ha madurado todavía, de ese tenue vello en las mejillas que la menor impresión suscitada por una mirada tiñe de ruboroso carmín, en sus ojos azules y húmedos se veía retratada la tranquila voluptuosidad de un mutuo amor; sus párpados, adornados de largas pestañas, jamás habían tenido que bajarse para disimular una acción vergonzosa ni una falta ni un mal pensamiento; su mirada se posaba confiada, firme, como se posa una mano en la mano de un amigo. Una negra redecilla aprisionaba sus cabellos entre las mallas; y, escapándose de ellas, dos trenzas que le bajaban por la espalda y en las cuales había entrelazadas algunas blancas florecillas de los prados, rodaban en rubios bucles sobre la blanda hierba que detrás de ella había; un estrecho corpiño encarnado se ajustaba a su talle; una saya de pesados pliegues y de color obscuro, que le llegaba a media pierna, dejaba ver sus pies descalzos y blancos apoyados en el musgo donde daba el sol, como en las ruinas de que la tierra está cubierta brillan dos pies de mármol sobre la verde hierba. Sus dedos tejían mimbres, mientras que su mirada se perdía vagamente en la pradera.

De esta suerte transcurrían las horas, todas iguales; la sombra iba dando la vuelta en derredor de los nudosos troncos de los arces; el buey, harto ya, se tendía sobre la hierba, el cordero se acercaba a las adormecidas ovejas, sin que los dos amantes, ebrios de

soledad cambiasen de dicha, de mirada, de actitud. En el sosiego de su lenta conversación adivinábase que no estaban sus corazones tan vacíos como el mío; apenas brotaban de sus labios, de vez en cuando, algunas palabras que interrumpían el silencio, de la misma manera que el agua que se escapa de un estanque transparente huye murmurando.

Cuando el sol, que se remonta acortando la sombra, hubo llegado a la mitad del cielo, el joven se tendió para dormitar sobre la blanda hierba, y como si descansase su frente en una almohada, dejó caer su codo y su cabeza dormida sobre las dobladas rodillas de su compañera. Esta no dormía mientras él descansaba, sino que se entretenía en enjugarle la frente bañada de sudor, o en acariciarle los cabellos con sus dedos de marfil, enrollando y desenrrollando sus negros y espesos bucles.

Llegó la hora de la comida y comieron; la mano de uno y otro ordeñó la misma leche y partió el mismo pan: sus rodillas unidas les sirvieron de mesa: comieron fresas en la misma escudilla de palo; se repartieron las uvas y el panal de miel, y bebieron agua en el mismo vaso.

Pero los rayos del sol vespertino, que aspiran las tormentas, iban atrayendo las nubes sobre el valle obscurecido; el follaje, que al medio día no agitaba el menor soplo de viento, empezó a estremecerse en los

bosques murmurantes, y la bruma descendió sobre la hierba, convertida en finísima lluvia; ambos buscaron abrigo al pie del negruzco tronco del haya, donde se iba reuniendo también el rebaño; y como, al ruido del viento que sacudía su copa, las hojas iban destilando la lluvia gota a gota sobre ellos, pasaron a guarecerse bajo los tenebrosos flancos de un peñascoso arco, en los cuales se cobijaron también las avecillas mojadas, y, ocultos a mi vista por una cortina de espesura, dejaron que la nube se agotara.

Al escuchar desde lejos su ingenua conversación, comparé envidioso su suerte con la mía, y de vez en cuando el viento hacía llegar hasta mí alguna alegre carcajada, en la que se mezclaban las voces de la doncella y del pastor.

Me alejé de aquel sitio, llevando impreso en mis ojos, cual ensueño celeste, aquel cuadro de felicidad, más devorado por el ardor de mi desasosiego, más solo en mi pensamiento y en mi soledad, firmemente resuelto a no volver a acercarme a aquellas aguas que aumentaban mi sed sin extinguirla.

Gruta de las Aguilas, 24 de agosto de 1793

Está descansando: escribamos. ¡Qué día! ¡Qué semana! ¡Cuán llena está para mí de luto y de ventura! ¡Y en qué terribles circunstancias he adquirido ese niño, compañero de mi adversidad!

El día declinaba; había yo pasado hora tras hora vagando de sitio en sitio en torno de mi morada; acababa de sentarme sobre la escarpada roca que la cascada ha socavado al caer desde las alturas; con mi cabeza inclinada y mis piernas pendientes sobre el abismo, seguía con la vista aquel torbellino sublime que, aturdiéndome con su estrépito, me quitaba hasta la conciencia de mis propios pensamientos; desde allí dominaba yo la profunda abertura en que la nieve del verano rueda con las ondas convertida en polvo, y el puente natural que se alza sobre sus dos ribazos, e intercepta el terrible acceso a mi lago.

Mi alma, indolentemente mecida, se dejaba llevar de las oleadas y de sus pensamientos, y perdiéndose en el seno de aquellas obras de Dios, estaba ya muy lejos de cuanto me rodeaba, cuando suena de pronto un tiro que el eco repercute, y cuyo estampido domina el sordo estruendo de la cascada. Vuelvo en mí sobresaltado, me levanto, y veo dos soldados persiguiendo de cerca a dos proscritos; separados apenas por una corta delantera. Los fugitivos no abrigaban más que una débil esperanza; los soldados volvían a cargar sus armas sin dejar de correr; los dos proscritos llegaban ya a las márgenes del torrente, y como había que perecer o encontrar un paso, se detuvieron petrificados de horror en la orilla: tenían el abismo a sus pies y la muerte a sus espaldas.

Al verlos abrazarse, no reflexiono que la menor voz puede descubrir el misterio de mi morada, y lanzo un

grito repentino, penetrante, involuntario: me oyen, corro a ellos, les señalo con la mano el arriesgado paso sobre la humeante sima: el proscrito de más edad se lanza al punto por él dando la mano al otro, que estaba aún en la infancia; acudo a mi vez para sostener sus pasos; ya llegan a la cúspide del puente, y el hombre me tiende desde lo alto del arco al niño pálido y tembloroso, cuya marcha sostengo.

– Salvad, salvad, me dice, oh joven generoso, a ese niño a quien voy a defender o a vengar: a lo menos arrastraré a sus verdugos en mi caída: huid, y que mi muerte os depare un minuto de ventaja.

Ya los dos soldados, llevados de su ardor, sin sondear la inmensa profundidad del barranco, suspendidos sobre aquellas peñas más lisas que el cristal, avanzan tras las huellas de los fugitivos apuntándoles sus fusiles.

Cuando el proscrito los ve en el paso más horrible, amartilla su escopeta de dos cañones dispuesto a quitar dos vidas; brotan del pedernal cuatro relámpagos a la vez, y los cuatro disparos no producen más que una sola detonación; los dos soldados, heridos por aquella doble muerte, caen como una sola masa, resbalan, ruedan, y en vano es que sus manos crispadas y sus dientes convulsivos se aferren, muerdan los bordes del puente sin parapeto; la cascada los precipita al ondulante abismo; sus piernas y sus brazos se sumergen agitándose: todo su cuerpo no es ya más que un punto obscuro en el polvo blanco de la roca azotada por el alud.

El proscrito, que los ve caer, cuando él se mantiene aún de pie, siente por fin que su sangre mana de dos heridas que tiene en el pecho, y que se escapa a borbotones de su camisa abierta; intenta dar un paso, mas sus pies no le pueden sostener; va a despeñarse, pero mi brazo alcanza a retenerlo y le arrastro expirante hasta la hierba de la orilla. La dicha y la muerte se mezclan en la expresión de su rostro; besa con placer su arma triunfante, y su voz devuelve la palabra y alma a su hijo. Restañamos su sangre, le lavamos las heridas, y formando presurosos unas parihuelas de ramaje, le transportamos en ellas, sosteniendo yo la cabeza y el niño los pies, hasta depositarlo moribundo en mi gruta.

25 de agosto de 1793

Tendido en su lecho de musgo ensangrentado, descansaba la cabeza sobre el brazo de su hijo; sólo tenía fuerzas para mirarle; a veces parecía dormirse y soñar, y su mano desprendida de la mía, parecía buscar a tientas sobre su lecho un hilo que la retuviera.

En vano el pobre niño intentaba ocultarme los sollozos que a pesar suyo se escapaban de su pecho; cuantas veces levantaba su pálida e intranquila frente, veía yo brotar de sus ojos gruesas lágrimas que caían sobre la frente de su padre apoyada contra su corazón, y que enjugaba con un tímido beso; luego interrogaba mis ojos, como para leer en ellos la terrible verdad

que no me atrevía a decirle, y cuando, a pesar de mi silencio, se la revelaba mi turbación, estrechaba al herido aun más entre sus convulsos brazos, me lanzaba en la obscuridad una mirada de amigo, y cubriendo con su cuerpo el de su padre, parecía lanzar un reto al cielo y a la muerte, desafiándolos a que arrancaran aquel moribundo de sus brazos.

Cayendo entonces sus blondos cabellos sobre su rostro, mezclados con las canas del anciano, ocultábanme las facciones de ambos, y yo tan sólo percibía un confuso murmullo de besos y sollozos, dos hálitos confundidos con un solo aliento, ora fuerte, ora apenas perceptible, en el cual los postreros impulsos de dos corazones y de dos voces parecían reanimarse y extinguirse a la vez.

Mi antorcha difundía mientras tanto en aquellas tétricas tinieblas su luz rojiza y sus fúnebres vapores; yo, de pie en un rincón de la gruta, me mantenía aparte, temeroso de profanar aquel dolor con una mirada, y ora reanimaba la desmayada antorcha, o refrescaba al herido con agua de la corriente para despertar en él alguna señal de vida, o calentaba con mi aliento sus pies, o bien arrodillado en el lugar más obscuro, trayendo a la memoria los cánticos sagrados con el crucifijo en la mano, murmuraba los himnos con que la fe arrulla a la muerte, para que a lo menos una plegaria de esta tierra precediese en el cielo a aquella alma solitaria.

Así transcurrió la mitad de la noche. Al despuntar

la aurora, pareció recobrar vida el moribundo; contempló a su hijo; dirigió a la bóveda una mirada en la que parecía oscilar alguna duda, y luego, contemplándome con esa fijeza propia de la agonía, y haciendo un esfuerzo supremo para recoger sus sentimientos, murmuró:

– Me muero: el cielo os confía ese hijo, mi única preocupación, mi segunda vida; velad por su destino, que entrego en manos de Dios; sed para él un padre, un hermano. ¡Adiós!

Aun acudía la palabra a sus labios; pero ¡ay! sus apagados sonidos ya no podían brotar de ellos: su imaginación se extraviaba por momentos y murmuraba frases incoherentes; hablaba a los ausentes, a los difuntos, a su familia, y, mirando a su hijo, llamaba a su hija. Finalmente, cuando se extinguió la mirada de sus ojos, llevóse un dedo a la boca con cierto misterio, y llamando aún a su Laurencio con la escasa voz que le quedaba, murió haciendo el ademán de recomendar el silencio.

26 de agosto de 1793

He pasado todo el día como en una tumba; el muerto envuelto en su ensangrentada capa; el pobre niño, echado junto a él en el suelo, con la frente sepultada en el sudario de su padre, tan pronto parecía dormir en la misma almohada, como escuchar con atención

el sueño del difunto; a veces levantaba la capa que cubría su rostro, tomando algún leve soplo de aire por el aliento de su padre; entonces aplicaba el oído a su boca, y permanecía largo tiempo conteniendo sus anhelantes sollozos, hasta que, desengañado al fin, clavaba en la frente del difunto una mirada impregnada de indecible tristeza y larga como aquellas horas, una de esas intensas miradas que parecen concentrar el alma entera en un solo sentimiento, y que le devolvería la vida a la muerte misma, si el amor, solo, pudiera reanimar lo que ama.

27 de agosto de 1793

Mientras un pesado sueño, más fuerte que nuestras penas, se apoderaba del niño en medio de su llanto, desprendí sus brazos del frío cuerpo de su padre, y anoche di sepultura al cadáver.

A la orilla del lago hay una pequeña playa a cuyo nivel no puede llegar el agua ni aun en invierno, pero donde las olas forman pequeñas dunas de finísima arena. Allí, la pared de la roca bajo su concavidad, cubre un altozano más verde, cobijándolo con su sombra; en aquel punto la roca parece por su forma el coro obscuro y bajo de una antigua capilla cuando la naturaleza ha revestido sus escombros de plantas trepadoras y floridos arbustos.

Allí, mis manos abrieron durante la noche la fosa

del pobre forastero, que regué con mis lágrimas; y en las palabras que consagré a la suprema despedida, encomendé su descanso y su despertamiento a Dios; luego, para santificar aquel sitio con alguna señal, haciéndolo para siempre digno de su sagrado depósito, derribé desde lo alto cinco grandes pedruscos, gigantescos fragmentos de aquellas rocas hendidas; y agrupándolos en cruz sobre la capa de arena, fijé en el suelo aquel signo imperecedero. Los alelíes y los verdes alcaparros no tardarán en cubrirlos de ramas y flores, y el cisne, santo y encantador presagio, al salir del agua, acudirá a cambiar en ellos de plumaje.

Gruta de las Aguilas, 28 de agosto de 1793

Nos hemos abierto mutuamente nuestros corazones; mi joven compañero me confió anoche su historia y su nombre; es hijo de un proscrito y se llama Laurencio; su madre falleció, joven aun, al darle a luz; no tiene hermana ni hermano; ha cumplido diez y seis años, y durante su infancia jamás ha conocido otros cuidados, otro amor, ni otro rostro, sino los cuidados, el amor y el rostro de su padre. Feliz con él solo, y a su lado siempre, había vivido hasta estos tiempos de matanza en una casa solariega de una árida campiña, situada en las procelosas playas del mar de Bretaña.

Cuando la guerra civil estalló en aquella comarca, su padre combatió por su Dios y por sus leyes; ven-

cido, obligado a huir de sus posesiones, ocultando bajo un falso nombre su nombre y sus miserias, había cruzado la Francia con su hijo; desde lo alto de estas cumbres, que había visitado en otro tiempo, sus ojos veían de cerca los campos de Italia y se le llenaba el alma de esperanza y de dicha cuando, descubierto en las orillas del Frere, salieron en su persecución unos soldados, instigados por viles delatores; iban a escapar merced a la obscuridad de la noche, ¡noche funesta!... Al llegar a este punto del relato, no pudo continuar; sus lágrimas ahogaban su voz .. Pero yo sabía ya lo demás.

En la Gruta, 16 de septiembre de 1793

Me lo había dicho el corazón: toda alma es hermana de otra alma: Dios las creó por parejas y las hizo hombre o mujer; en vano puede el mundo separarlas algún tiempo: su destino hace que tarde o temprano se reúnan, y cuando esas hermanas del cielo se encuentran en la tierra, invencibles instintos las dan mutuamente a conocer; cada alma atrae con su fuerza a su mitad. Este encuentro es amistad o amor, unión que es siempre la misma y que lleva diferente nombre según el ser y el sexo en que Dios la consuma; pero que no es más que un relámpago que revela a cada cual el ser que lo completa, y que de dos hace solamente uno.

Cuando este relámpago llega a brillar, el rayo no es tan rápido como él. Los ojos no buscan ya nada; en el alma no hay ya vacío; el corazón, advertido de pronto por el infalible instinto, no teme ya tener que arrepentirse ni haberse engañado: encuéntrase lleno de un encanto que no ha sentido nacer; antes de hablarse, esos dos seres creen haberse conocido ya; dan al olvido todo el tiempo pasado, y únicamente se lamentan y gimen por haberse visto tan tarde; están de acuerdo en todo antes de responderse; y el alma aspira más y más a confundirse. Es la luz del cielo, reverberada por el agua, que remonta a la misma luz para duplicar su esplendor, es el sonido que vuelve del eco que lo repite, cual segunda y misma voz, a la voz que lo ha emitido; es la sombra que el sol ve siguiéndonos, hermana del cuerpo, que no es posible apartar de nuestros pasos.

17 de septiembre de 1793

¡Este complemento de vida, os lo debo a vos, Dios mío! Por fin queda satisfecha mi sed de amar. Desde el día en que ese niño llegó a mi gruta, he conocido todo cuanto soñaba en otro tiempo. Yo, cuya alma aislada jamás se había confundido hasta aquí con otras, yo, que, en todo lo que se acercaba a mí, encontraba siempre cierta cosa de menos que no buscaba mi corazón, he reconocido por primera vez en el

rostro, en la mirada, en el sonido de la voz, en el ademán, en la emanación de ese rayo celeste, en las primeras dulzuras del primer coloquio, en el corazón de ese niño, he reconocido mi propio corazón. Mi alma, corroída por su vaga soledad, se ha derramado en la suya en toda su plenitud, y mi corazón perturbado, que no cuenta ya los días, aunque sólo le ama desde ayer, cree haberle amado siempre.

En la Gruta, 20 de septiembre de 1793

No siento ya el peso del tiempo; el vuelo de las horas roza mi rostro al deslizarse con suave y acompasado aleteo. Todas las noches quisiera que el día transcurrido hubiese apenas comenzado; ya despunte o termine el día, ya esté radiante o sombrío el cielo del valle, ya cante o enmudezca la alondra al despertarme, mi corazón ha cesado de depender de un rayo de sol, de la estación que huye, de la nube que pasa; tiene cifrada en él su ventura: cualquier hora, lugar, estación y cielo son buenos cuando se está en compañía de otro.

¿Qué les importa a los corazones unidos lo que cambia en torno de ellos, si el uno es el tiempo, el cielo, el mundo para el otro? La hora que transcurre vuelve más llena y fecunda; su corazón inagotable, abierto el uno para el otro, es para el otro, es para ambos un firmamento nunca nublado, en el cual penetran sin

hallar sombra y en el cual leen sin que les estorbe ningún velo. Sin cesar aparece ante ellos un nuevo horizonte; la resonancia de la voz de cada amigo despierta en el seno del otro un mismo sentimiento; la palabra con que el uno revela su pensamiento, empieza ya a brotar al mismo tiempo de los labios del otro; el ademán ayuda a la palabra, la mirada sirve de intérprete al corazón; el alma mana de continuo y ya no languidece; la mutua impresión de un universo nuevo vibra a la vez, fúndese en ella y se reduce en breve a una sola; nos vemos vivir y nos oimos sentir en ese otro yo, en que todo encuentra eco; al comunicarnos francamente nuestros ingenuos pensamientos, nos creamos una lengua desconocida; al oir en boca del otro la palabra que queríamos pronunciar, nos comprendemos, pensamos y decimos: «¡Soy yo!» Encontramos nuestro emblema en nuestra viviente imagen; admiramos el mundo a través de lo que amamos, y la vida, recibiendo y prestando apoyo a la vez, es una carga sagrada que amorosamente llevamos.

En la Gruta, 25 de septiembre, de 1793

Cuando regreso al anochecer de mis lejanas cacerías, con los pies lastimados, los dedos desgarrados por el hielo, llevando a cuestas el ciervo o la gamuza, y desde lo alto de un picacho diviso en lontananza mi lago azul que parece un poco de agua recogida en

el hueco de la mano de un niño, y veo el verde festón que rodea su copa de granito, y la cabeza amarillenta de mis inclinados robles, y allá en el fondo de la humeante gruta la claridad del fuego que Laurencio enciende; cuando pienso un momento, y me digo: «Allá abajo, en ese punto luminoso que un lince no divisaría, tengo la mejor parte, la otra parte de mí mismo, una mirada que me busca, un recuerdo que me ama, un amigo cuyo corazón latirá con más fuerza al ruido de mis pasos, un ser del que me ha constituído protector el cielo, que lo es todo para mí y para quien yo lo soy todo en la tierra, patria, amigos, parientes, madre, hermana, hermano y padre, que cuenta todos mis pasos en su corazón palpitante, y para quien, lejos de mí, el día no tiene más que un momento, el momento en que, viéndome bajar de estos montes, acude presuroso a echarme sus brazos al cuello, y brincando después como un cervatillo, me conduce a la gruta corriendo delante de mí;» entonces, acelerando la marcha por el nevado camino, busco de una ojeada el sendero que más lo acorta; en vano es que la nevada suspendida me oponga su muro, yo me deslizo por las azuladas pendientes: encuentro a Laurencio al pie de la montaña, pues aun no permito que me acompañe en mis excursiones, apoya su débil brazo en el mío, le cuento cómo he pasado el día, él me dice lo que ha hecho; penetramos en nuestra morada, y una vez allí prosigue haciéndome saber cuántos huevos han incubado nuestras tórtolas por la mañana y se han abierto



A. Mas y Fondevila, dibujó

Ella se entretenía en acariciarle los cabellos con sus dedos de marfil (pág. 83)

bajo sus alas, cuánta leche ha dado nuestra cabra negra o cuantos peces han caído en la red; me enseña el montón de musgo y de hojarasca que recoge para alfombrar la cueva antes de que llegue el invierno, los frutos que ha probado y traído del bosque y cuyas agudas espinas han ensangrentado sus dedos, la rama de parra o de hiedra que flotaba suelta, y que ha sujetado a las paredes de la gruta, las avecillas que ha cogido echándoles grano, y los corzos domesticados que comen en su mano; porque, ya sea por preferencia o por hábito, los gamos, los corzos de la montaña y las aves del bosque, todos esos dulces compañeros de nuestra soledad, acuden al verlo y vuelan al oir su voz.

Comemos en la mano lo que el día da de sí, la leche, los sencillos manjares que la alegría sazona; probamos unos tras otros, frutos desconocidos, o exprimimos su jugo para beberlo, cuidando de reservar para el invierno los que el sol seca y el tiempo conserva. A cada invención del uno, aplaude el otro; probamos, combinamos, y si nos equivocamos, reimos; en eso pasamos las largas veladas agradablemente entretenidos, y cuando en el mortecino hogar humea el último tizón, salimos a pasear juntos al lago, espejo de nuestras noches, donde con frecuencia vemos salir la estrella del alba.

Entonces nos arrodillamos sobre la piedra mirando a la ventana en que oscila un resto de claridad, y des-

de la cual Laurencio, inclinando su frente grave y piadosa, dirige con frecuencia la vista hacia la cruz de la tumba; y cuando, después de bendecir el día transcurrido, que devolvemos a Dios tal como nos lo ha dado, después de rogar porque nos conceda muchos días semejantes al que termina, después de rezar por cuantos viven, elevamos también nuestras plegarias por el reposo eterno de los difuntos; Laurencio, al contestar a los versículos, prorrumpe muchas veces en llanto, y a menudo las lágrimas que vierte aún por su padre caen sobre sus manos cruzadas.

Así termina el día, y en seguida cada cual se va a dormir en paz en su lecho de espeso follaje, hasta que la voz del primero que despierta viene a halagar el oído del otro juntamente con el canto de la alondra.

En la gruta, 23 de octubre de 1793

Desde que el tiempo mitiga su dolor, ¡qué hermoso y gallardo se vuelve Laurencio! ¡Cómo crece! A veces, cuando su rostro irradia sobre el mío, el esplendor de su frente me deslumbra y maravilla; no puedo resistir el brillo de su belleza, y cuando mi mirada se fija extática en la suya, paréceme sentir a veces lo que sintieron las mujeres que encontraron junto al santo sepulcro al hombre sentado, que les dijo: «Idos, que no está aquí»; cuando, después de haber creído, en la

turbación que estas palabras les causaran, que estaban hablando al hombre, vieron, al serenarse, que estaban en presencia de un ángel...

En la gruta, 24 de octubre de 1793

Anoche miraba yo a Laurencio a la claridad de la flameante hoguera que se reflejaba en su frente, mientras él, sentado en el suelo, se entretenía en ver jugar entre sus pies su cervatilla predilecta; jamás se ha ofrecido a mi vista un cuadro tan dulce y tan gracioso como el que presentaban el mancebo y el cachorro.

Doblando sus blancas patas bajo el vientre, a la manera que se tiende de día sobre la blanda hierba, la cierva se acomodaba sin recelo entre sus rodillas, fijaba en él su suave e inteligente mirada, cogía de entre sus dedos tiernos retoños de sauce, estiraba el cuello descansándolo sobre su hombro, y lanzándome desde allí una mirada triunfante, lamía y mordiscaba los cabellos del niño.

28 de octubre de 1793

¡El niño! Ya no puedo llamar así a Laurencio: sus diez y seis años le han hecho entrar ya en la adolescencia; su frente llega casi a la altura de la mía; mi pie apenas puede competir con el suyo en la carrera; únicamente su voz tierna, angelical, argentina, con-

serva aún el timbre de la infancia, y sus inflexiones, vibrantes de dulzura, me recuerdan con frecuencia la voz de mi hermana. Entonces, esos sonidos, hallando eco por un instante en mi corazón, parecen escaparse del pecho para retroceder un poco al tiempo pasado, y me vuelvo a los días en que llegaban a mi oído los tiernos acentos de mi madre y de mi hermana, acentos que de tan sublime atractivo rodeaban al hogar doméstico, y que constituían la suave música de mi infancia. Yo los busco, mi corazón palpita al recuerdo de los ausentes; se agolpan las lágrimas a mis ojos. Laurencio se acerca, se sienta a mis pies, apoyándose en mis rodillas, me contempla silencioso, me pregunta por qué lloro, en qué pienso; le hablo de mi infancia, llora al escucharme y dice: «¡Cuánto te amaban! Pero yo no te amo menos. ¿No soy yo para ti como un hijo de tu madre? ¿No has reemplazado hasta un padre en mi corazón?» Luego, apoyando nuestras frentes en la misma piedra, uno delante de otro, lloramos juntos.

Pero cuando vuelvo en mí al oir su voz, y levanto la cabeza para enjugar mi llanto, cuando se disipa la tristeza de mi frente, y veo aquel rostro encantador, inundado de lágrimas, levantarse también, y que las sombras que lo anublan se desvanecen al par de las mías, cual viviente imagen de mi propio rostro, cual sombra animada en que todo cuanto siento palpita en otro corazón, y se imprime en otros sentidos; cuando pienso que Dios me devuelve, en ese solo ser, todos

aquellos entre los cuales me hizo nacer su bondad, que ese pobre huérfano no tiene más apoyo que el mío, que existe en mí solo como yo existo todo en él, que mi brazo es su brazo, que mi vida es su vida, y que el mismo Dios ha creado la amistad que nos une, ¡ah! entonces no tardan en secarse mis lágrimas, y mi corazón halla suficiente ventura en un solo sentimiento.

En la gruta, 29 de octubre de 1793

¡Belleza! secreto celestial, rayo, divino emblema ¿quién sabe de dónde desciendes?; ¿quién sabe por qué se te ama, por qué te sigue la vista, por qué el corazón amante se precipita hacia ti como el hierro hacia el imán; se adhiere a tu sombra con incontrastable fuerza, se abrasa al acercarse a ti y muere cuando se le arranca de tu lado?

Ya sea que, difundida por la tierra y por el espacio como primero o quinto elemento, se revele tu fuerza bajo diferentes aspectos, atraiga nuestras miradas a los rayos de la estrella, al movimiento de los mares, a la bóveda del cielo, a los flexibles riachuelos, a los graciosos árboles; o sea que, estampando tu sello en la animada naturaleza que se imprime en nuestros ojos con caracteres más elocuentes, des al león su mirada terrorífica, al caballo la ondulación de sus abundosas crines, al águila la extensión y la sombra de sus alas, o sus anulares matices al cuello de las tórtolas; o sea

en fin que brillando en el rostro humano, espejo de tu poderío, compendio de tu mano, reflejes en las facciones, en los colores con que tu mano lo adorna, en la frente del hombre o de la mujer adonde asomas, ese rayo de gracia y de nobleza que la vista no puede sostener sin impregnarse de él; nadie conoce tu secreto, todo está sometido a tu imperio; toda alma, a tu aspecto, lanza exclamaciones o suspiros, y este impulso, producido por la fascinación que causas, parece la revelación de nuestro instinto.

¿Quién sabe si eres en efecto algún trasunto del mismo Dios, que pasa a través de esa nube, o si ha vaciado en su divino molde esa alma, a la que dotó de tan hermoso cuerpo? ¿Quién sabe si el Creador habrá modelado la encantadora armonía de ese rostro en la belleza suprema, inefable, infinita? Y ese cuerpo ¿no se habrá apropiado, al nacer, y en virtud de secretas relaciones, las facciones y la forma del alma? Y en ese esplendor que la corpórea forma revela, ¿no nos dice tambien: «Aun es más bella el alma que contiene»?

Algún día lo sabremos, más tarde, más arriba. En cuanto a mí, sólo Dios es testigo, y sólo Él sabe por qué, tanto si la belleza brilla en la naturaleza, en los cielos, en una hierba, como en un rostro, mi corazón nacido para amar y admirar, vuela a ella espontáneamente como la vista vuela hacia la luz, la abarca de una ojeada, se posa en ella con deleite, dejando siem-

pre en ella algo de sí mismo, y mi alma inflamada lanza sobre ella sucesivamente una o más chispas de su foco de amor.

Con frecuencia me he reprochado estas simpatías, sobrado repentinas en mí, sentidas con demasiada vehemencia, esos instintos de la primer mirada, esos movimientos súbitos que una sola impresión convierte en sentimientos. A menudo me he dicho: «Quizá Dios condena en mí esas inclinaciones que profanan la pura llama del corazón; mas ¡ay! a pesar nuestro, los ojos se vuelven hacia esa antorcha. ¿Es un crimen, ¡Dios mío!, amar demasiado lo bello?

En la gruta, 1.° de noviembre de 1793

Tales pensamientos acudieron a mi mente el otro día contemplando a Laurencio, porque siempre pienso en él. Jamás imprimió la mano de Dios en un rostro de quince años el alma humana con rasgos más seductores; jamás combinó más bellezas, haciendo dudar de si lo que se contempla es un niño o un ángel. Cuanta pureza puede encerrar un alma en sus albores, cuanta limpidez puede haber en unos ojos inmaculados, cuanta embriaguez en la aurora de la vida, cuanta ternura grave en un corazón más formado, reunido todo ello en sus facciones risueñas o serias, forma un conjunto armonioso, y según el rayo que el pensamiento difun-

de en esas facciones, la sombra que las recorre, el relámpago que las atraviesa, así brilla en sus ojos con esplendoroso fulgor, colora sus mejillas con las tintas de color de rosa, flota en sus párpados cual lágrima transparente, nada en sus miradas como vago ensueño, se frunce entre sus dos cejas formando reflexivas arrugas, se recoge oculto bajo el borde de sus pestañas, entreabre sus labios en un vago deseo, o se esparce sobre su boca en lánguida sonrisa. Por doquiera que el adolescente pasa, parece que va dejando en pos una viva claridad, que emana de él una penetrante luz.

Con frecuencia, al espirar un día moribundo y sombrío, cuando todo está ya envuelto en tinieblas, en torno suyo reina todavía la luz, refléjase un brillo en cuantos objetos le rodean, alumbra la noche con un resto de claridad, y su mirada, semejante a esos encendidos rayos con que Rafael ha coronado la frente de sus celestiales vírgenes, me obliga a bajar la vista. Quizás ese fulgor no sea ningún símbolo; tal vez el alma tenga ya en la tierra su aureola.

Por más esfuerzos de memoria que hago, no recuerdo nada, en cuantos rostros he conocido, que se parezca al suyo; ninguno de los compañeros de mi infancia, ni de los condiscípulos de mi adolescencia, tenía facciones tan puras, esa frente, esa languidez, ese timbre de voz conmovedor que hace vibrar las fibras más profundas del corazón, esa piel que la sangre de sus venas colora con azuladas tintas, esa mirada que se es-

quiva y que no obstante penetra en lo más íntimo del alma, esos negros ojos, parecidos al obscuro firmamento cuando el alba naciente lucha en él con las nocturnas sombras, y de los que brota el rayo húmedo del alma, como una estrella sobre fondo tenebroso; esos cabellos, cuyos rubios y sedosos rizos imitan las ondulaciones y las curvas de un río: al contemplar esa forma, en que todo es gracia y gentileza, creeríase que ese ser celestial ha nacido de otra raza, y que sólo tiene de común con los seres humanos la amistosa miradá que le une a mis pasos.

Y cuando le veo sobre esas alturas, con sus hermosos pies descalzos, con su corbata ceñida a la cintura, con su blusa sin pliegues abrochada hasta el cuello, comprimiendo apenas su seno, con su garganta desnuda y erguida la cabeza como la de un arrogante corcel al que se halaga y acaricia, con sus cabellos que ha más de un año no han sentido el contacto de las tijeras y que crecen en largos bucles a uno y otro lado de su cuello, y con su frente, bañada de sudor o de lluvia, levantada al cielo para que la oree un rayo de sol; cuando le contemplo así corriendo en lontananza y apareciéndoseme de pie sobre un pico del ventisquero, experimento una turbación indecible, y creo ver su celestial figura como un ser ideal superior a la naturaleza, que se desprende de la tierra y se transfigura, y a veces estoy a punto de adorarle; pero la suave resonancia de su voz me hace volver en mí, y me lo presenta como el mortal Laurencio.

En la gruta, 1.º de diciembre de 1793

El año ha retirado por seis meses su calor de los témpanos de hielo cuyos blancos resplandores iluminan estos montes; el sol se ha sumergido en el mar de nubes que se estrella noche y día contra estas altas playas, y en cuyas cimas y vertientes arroja, en vez de espuma, espesos copos de nieve azotados por el viento.

El día apenas tiene ahora un rayo de luz quebrado por las tempestades, que se extiende un momento por estas cúspides impregnadas de humedad, y que la presurosa sombra acude de improviso a disipar, de la misma manera que el viento barre las hojas al pie de los álamos. No parece sino que la suprema cólera de Dios deja entregadas al caos estas cimas de la tierra: el eterno huracán tortura estas cúspides; jamás descansan en ellas las oleadas de bruma; un mugido sordo, acompañado de un quejido, retumba en el aire y sale de los huecos de la montaña: es la lucha de los vientos en el cielo, es el choque de las nubes impelidas contra los escollos de la peña; es el áspero crujido del seco ramaje, que bajo el peso de los carámbanos se retuerce, estalla y gime; es el disonante graznido del cuervo que se precipita; es el fatídico silbido que lanza el austro al engolfarse en los quebrados montes; los saltos irregulares del enorme alud que se despeña y que el viento hace rodar convirtiéndolo en blanca

polvareda; el eterno choque de los torrentes que se precipitan en rápidas cascadas, surcando las rocas con sus saltos destructores, y que arrancan bramidos al abismo en que retumban las aguas con un soplo subterráneo continuo, monótono, parecido de lejos a los sordos estremecimientos de la cuerda de un arco que estuviera vibrando sin cesar.

Ya no presenta el cielo sus risueños cuadros en estas veladas cimas, ni ofrece auroras centelleantes o noches estrelladas; ya no penden de mi roca guirnaldas de flores, ni acuden a ella las avecillas para cantar o anidar; la corneja extraviada recorre sin tino sus negros contornos; los carámbanos de hielo son los únicos festones que engalanan la gruta en la cual estamos como sepultados; la luz no llega a nosotros sino a través de los témpanos; pero, rodeados de templado ambiente, nos calentamos a un buen fuego del hogar que el arce alimenta, pasamos sin tedio el mal tiempo, y ocupamos también los días, que nos parecen cortos; nuestras conversaciones interrumpidas por algunas horas de estudio nos acostumbran plácidamente a nuestra gruta; nos recogemos en ella con la voluptuosidad del ave en su nido cerca del antro habitado, la cual, bajo un cielo lluvioso o en la blanca llanura, se mece abrigada en su rama a impulso de la impotente furia del vendaval.

Cuanto más horribles son los bramidos de los vientos desencadenados, cuanto más retruena el alud des-

peñándose en fragmentos, cuanto más densas son las tinieblas de la noche bajo un cielo encapotado, cuanto más se amontona la nieve alrededor de la caverna, más violento placer y más íntimos arrebatos nos causan esos aullidos, esos terrores del exterior, más nos concentramos en la temblorosa roca y más reconocemos la mano de Dios que nos reúne; y si acaso, al amanecer, vemos penetrar por la ventana algún tímido rayo del sol de invierno, salimos presurosos de la roca como el corzo escapado de su guarida, para gozar de su grato calor, prorrumpimos en exclamaciones de júbilo al ver los cristales de hielo que forman torres, muros, castillos transparentes, arcadas de zafiro, grutas en que la aurora se matiza al pasar por los verdes reflejos de las ondas, troncos resplandecientes en los que la escarcha amontonada adhiere alrededor de las ramas un follaje congelado, y nieve sin límites, cada una de cuyas partículas, al rechinar bajo nuestras plantas, brilla como una chispa.

En esos movedizos desiertos abrimos senderos cuyo polvillo blanco deslumbra la vista, nos revolcamos en esos lechos helados, del propio modo que el corzo se hunde entre las floridas hierbas; nos reimos al ver nuestros cabellos empolvados de escarcha y chorreando nieve; de ésta nos tiramos puñados que entumecen los dedos, y, al volver a la gruta, nuestros pies transidos saltan y brincan de contento, porque Dios, que nos confina en esta ruda morada, hasta en invierno depara un halagüeño aliciente a cada día.

En la gruta, 16 de diciembre de 1793

Por la noche, cuando por casualidad me despierto y pienso que dentro y fuera todo está tranquilo y silencioso, y olvidando que Laurencio duerme cerca de mí, mi corazón mal despierto se cree solo un momento; si de pronto percibo su respiración que sale con regularidad de su pecho, hálito armonioso de un niño dormido, me incorporo apoyándome sobre un codo cual madre que vela a la cabecera de su hijo, y aquel aliento sosegado me tranquiliza; bendigo a Dios en voz baja por haberme otorgado la compañía de este ángel a quien guardo y que me guarda a mí, y en la dulce voluptuosidad de que están llenas esas horas, siento que mi alma respira y vive en dos alientos. ¿Qué música podría tener para mí tales acordes? Escucho largo tiempo cómo duerme, y vuelvo a conciliar el sueño.

6 de enero de 1794

¿Cómo pagar al Señor los bienes que me otorga? Mientras la tempestad resuena a mis pies, y cada día se vierten lágrimas y sangre a raudales, en estos elevados lugares reina una paz inalterable, y la tierna amistad que huye de la muchedumbre convierte en un universo nuestra soledad.

¡Cómo se adhiere ese niño a mi sombra, y cómo su corazón se confunde con el mío sin notarlo! ¡Oh! ¡Quién podrá separar jamás estas dos almas que el cielo y la tierra unen con tantos vínculos? Más fácil sería arrancar una a otra esas dos hayas gemelas que parecen ligadas con un nudo y que enlazándose cada día con más fuerza crecen del mismo tronco y bajo la misma corteza.

Pero en esto no hay comparación posible; recuerdo haber tenido en mi infancia por amigo un perro, una galguita blanca de hocico de gacela, pelaje ondulante y sedoso, cuello de tórtola y mirada profunda y dulce como una mirada humana; nunca había comido sino en mi mano, ni respondido más que a mi voz, ni seguido a nadie más que a mí, que dormía siempre a mis pies y olfateaba mi sitio. Cuando yo salía solo dejándola en casa pasaba llorando todo el tiempo de mi ausencia; para verme ir o volver a la mayor distancia posible, se ponía de un brinco en la ventana, y con los dos pies plantados en las frías vidrieras se estaba todo el día mirando a través de los cristales; o bien recorriendo mi cuarto, buscaba al menos el rastro, la sombra de su querido amo, la último ropa que me había puesto, mi pluma, mi capa, mi libro abierto todavía, y enderezando las orejas en la dirección del viento para oirme mejor, tendiéndose de lado, pasaba las horas aguardándome.

Al percibir el rumor de mis pasos en la escalera el fiel animal salía corriendo a mi encuentro, se echaba

a mis pies como sobre una presa, trazaba en torno mío círculos de júbilo, me seguía a mi aposento hasta el pie del sillón, y pareciendo dormido, no dejaba de mirarme. El sonido de mi voz, un suspiro entrecortado, mi respiración más o menos fuerte, el más leve movimiento de mis pies sobre la alfombra, el entornar de los ojos medio adormecidos sobre el libro, el tenue roce del dedo en la página, una sombra, un vago pensamiento que cruzara por mi rostro, parecían pasar también por su sueño y su repercusión le hacía estremecerse bruscamente, y mi alegría o mi tristeza retratada en sus ojos, no venía a ser sino un rayo de un doble pensamiento.

¡La galguita murió sin apartar sus bellos ojos de los míos! ¡Cuántas lágrimas derramé! ¡La quería tanto!....

Pues bien, aunque mi pluma vacile al correr sobre esta página, temerosa de empañar en mi corazón la amistad con una imagen, porque cualquier comparación entre el alma y el instinto es profanar la naturaleza y mentir a la razón, acude a mi mente ese grato recuerdo de mi dichosa infancia cuando pienso en Laurencio. No me quiere menos ese amigo de mi raza; no puede pasar un momento sin mí; una hora de ausencia le entristece y le hace languidecer; anda cuando ando, piensa cuando pienso; su mirada sigue la mía, como si el rayo de nuestros corazones no pudiera dirigirse más que a un mismo punto. De la misma manera que mi pobre galga o que la golondrina que ya no se alarma al vernos cerca de ella, se ha domes-

ticado paso a paso, día por día; se enoja cuando me voy, brinca cuando vuelvo; mas para cualquier otra persona, ese hijo del desierto se volvería salvaje.

¡Oh! ¿Quién no amaría al que nos ama así? ¿Quién podría igualar lo que aquí encuentro? ¿Qué le falta al corazón nutrido con tales ternuras? ¡Dios mío! Vuestros dones exceden siempre a vuestras promesas, y en mis más bellos ensueños de amistad, mi corazón no había adivinado siquiera la mitad de este sentimiento...

. . . .

. . . .

El manuscrito estaba roto en este punto y faltaban algunos pliegos. Puede presumirse por lo que sigue que Jocelyn había continuado consignando los mismos sentimientos y las mismas circunstancias de su vida feliz durante aquellos meses de soledad.



A. Mas y Fondevila, dibujo

ME INCORPORO APOYÁNDOME SOBRE UN CODO CUAL MADRE QUE VELA A LA CABECERA DE SU HIJO (pág. 109)

CUARTA ÉPOCA

Gruta de las Aguilas, 15 de abril de 1794

Encontré esta mañana en el hueco de la roca el pan que el pastor viene a esconder en él cada mes; acompañábanlo dos líneas de ese hombre de bien ¡piadosa providencia!

«Sed más prudente que nunca, me decía; ¡desdichado del que baja a nuestras ciudades rebeladas contra Dios! ¡El cadalso de los mártires está siempre sediento de sangre!»

¡Romped, romped, Señor, esas espadas de la ira; abreviad, en obsequio de los justos de la tierra, esos dias de desesperación y de convulsiones, en que vuestro nombre se eclipsa a los ojos de los pueblos! ¡Ojalá descienda pronto a ellos el ángel de la paz! Yo, por mi parte, Señor, sólo tengo gracias que tributaros, y si este tiempo no fuese una era de maldades, diría: «¡Ojalá estos días no terminen jamás!»

En la gruta, 6 de mayo de 1794

Hay días magníficos que son como las flores precoces de la vida, azules, matizados de esplendentes

colores, empapados de rocío y llenos de fragantes olores, que amanecen tras una noche tempestuosa, que se saborean un instante, que se respiran una aurora, y que después de embriagarnos con ellos como con el aroma de las flores, hacen que nos preguntemos. «¿Los he respirado? ¿tanto perfume encierran esos estrechos cálices? ¿tantas delicias hay en doce momentos tan cortos?»

El de hoy ha sido para nosotros uno de esos días escogidos: despiertos a los rayos del más risueño de los meses, al himno alborador de la vivaz alondra, cuya voz no sabe prorrumpir sino en gritos de júbilo, y al murmullo de las rizadas aguas del lago, nos hemos levantado con el corazón ya henchido, no pudiendo contener el impaciente afán que nos impulsa a presenciar las sonrisas de la naturaleza, y hemos estado todo el día por esos montes espiando la vuelta de la primavera.

La nieve, que se derretía al contacto de los sonrosados rayos, antes de ir a blanquear las pendientes que riega, destilaba de las rocas y del ramaje de los bosques, como la estalactita del borde helado de las techumbres; y cada gota al caer volvía a subir a modo de polvo sobre la hierba, por la cual rodaba en glóbulos de luz. Todos aquellos prismas, heridos por la luz del firmamento, deslumbraban los ojos con sus destellos, cual si mil enjambres de zumbadoras abejas diseminaran la luz con sus alas errantes y sus coseletes

de fuego, azules y rojizos, susurrando en torno de un rayo de sol. Reunidas luego esas gotitas en mil hilos de agua, iban a buscar su lecho en el hueco de los valles, corrían por las pendientes de sus laderas, desplegaban sus sábanas o sus cintas blancas, gorjeaban con sus mil voces ligeras, como bandadas de avecillas ocultas entre los helechos, y al deslizarse encorvaban la hierba y las flores como un céfiro, dejando al pasar copos de espuma, que la brisa venía luego a enjugar, de la misma manera que arrebata una pluma al ave que está de muda.

El aire tibio y perfumado de odoríferas emanaciones, parecía caer con los celestes rayos, impregnado todavía de savia y de alma nuevas, como el aire virginal que vino a derretir los ríos del globo sepultado en su primer invierno, cuando la vida y el amor se respiraban en el aire; exhalaba suspiros, traía consigo nubes de suave calor, de perfumes, de languideces desconocidas; acariciaba la tierra con tales efluvios, estrechaba a las montañas con tales transportes, sacudía la nieve y los troncos y las copas de los árboles con movimientos y rumores tan sublimes, que creíase oir palabras de amor y besos entre los elementos, y el agua, la tierra, el cielo y el éter responderse en los fuertes suspiros que parecían confundirlos.

Todo cuanto el aire tocaba, despertaba para verdecer; la hoja matinal parecía crecer a la vista, como

si el estío no hubiera sido para ella más que una aurora, lo aceleraba todo con su hálito, hacía que las plantas se apresurasen a germinar, y las hierbas, las flores, los bejucos de los bosques se extendían a modo de alfombras, formaban bóvedas, se entrelazaban a los troncos, se suspendían de las rocas, salían de la tierra en racimos, en encajes, en campanillas; interceptaban nuestros senderos con sus floridas redes de verdura y deslumbraban nuestros ojos con oleadas de colores. La savia, rebosando fuerza y abundancia, manaba cual goma de oro de las grietas de la corteza, suspendía del ramaje pámpanos ajenos, redes de follaje y tejidos ligeros donde se les enredaban las alas a los mirlos silbadores, a los grajos, a las tórtolas al huir entre las hojas. Entonces todas aquellas redes, anudadas por sus extremos de árbol en árbol, temblaban a las sacudidas de las aves y derramaban al pie del tronco que las sostenía una lluvia de plumas y de flores.

Todas esas cúpulas de los bosques, que se estremecían al soplo de los vientos, ondulaban como un lago de verdes y movedizas ondas; en ellas flotaban nidos de avecillas, llenos de huevos diáfanos y salpicados de pintas, frágil y dulce tesoro de las madres que huían asustadas, mecidos al balanceo de las plantas trepadoras, como se mece en la red la perla todavía húmeda.

Cada vez que nuestros ojos penetraban en los obscuros doseles del tenebroso ramaje, descubrían misterios de amor y de fecundidad bajo esos lechos de ho-

jas en que duerme el estío. Cada vez que poníamos los pies en la verdura, las hierbas nos llegaban hasta el cinto; nos acariciaban oleadas de aire perfumado; a nuestro paso se alzaban, como aladas nubes, insectos, mariposas, flotantes enjambres de moscas, que parecían formar las capas de un éter viviente; subían en columna, cual ondulante torbellino, llenaban el aire, nos ocultaban uno a otro un momento como oleada de polvo en un camino; y esos polvillos vivientes iban a caer más lejos, en el agua, en los prados, en el heno, pareciendo cada uno, enajenado de existencia, agotar la felicidad en su gota de vida, y el aire que animaban con sus estremecimientos no era más que zumbante melodía.

¡Oh! ¿quién no hubiera participado de la embriaguez universal que el aire, el día, el insecto llevaban en sus alas? ¡Oh! ¿a quién no hubiera reanimado ese aliento de los aires que entibiaba la nieve y derretía los inviernos? La savia de nuestros sentidos, como la de los árboles, hubiera fecundado troncos y animado mármoles, y la vida, palpitando con fuerza en nuestros senos, parecía afanosa de brotar y desbordarse de ellos.

Corríamos; saltábamos las hendeduras de las grandes peñas, nos echábamos a rodar por las hierbas de las pendientes; nos columpiábamos en dos enlazadas ramas de un abedul; nuestra cierva, sorprendida, saltaba a nuestros pies; prorrumpíamos en fuertes gritos para agitar las bóvedas de los árboles, de los cuales

se desprendía la savia en gruesas gotas; nos extraviábamos adrede para tener el gusto de volvernos a encontrar; pasábamos algunos ratos silenciosos, pensativos, y luego, como si un mismo resorte diera impulso a nuestra imaginación, echábamos a correr hacia otro punto, y corríamos por correr y para adelantarnos uno a otro.

Toda la montaña estaba de fiesta; las nubes de verano que pasaban sobre su cumbre no eran más que un cálido plumón, que los rayos ardientes del sol arrancaban de la nevera, cardándolo a modo de blancos vellones. Las sombras que los troncos proyectaban sobre la verdura se destacaban cual húmeda orla sobre la hierba, difundían más misterio y recogimiento en algún angosto valle, cuna ya durmiente; y cada hora del día, aportando en su magnificencia su color, su ruido o su silencio, agregaba un acorde a la gran armonía, un nuevo espectáculo a nuestra vista y un transporte a nuestros sentidos. Finalmente, como extenuados de íntimas emociones, nos sentamos juntos en un bajo otero que, cual promontorio de flores, se internaba en el lago, más profundo allí que en ninguna otra parte, y cuya superficie, obscurecida por la sombra alta y densa, ceñía con un azulado abismo la pequeña loma. Desde allí abarcaba la vista todo aquel hermoso horizonte: un musgo amarillento hacía las veces de césped, y la sombra errante y ligera de los verdes avellanos, luchando con los rayos solares, flotaba en el suelo.

Nuestros henchidos corazones habían enmudecido; nos entreteníamos en deshojar sobre el agua algunas ramas; no sé qué atractivo tenía para nuestros ojos aquel límpido lago, que nos hacía observar y seguir con la vista cada onda de la superficie, reflexionar, suspirar, discurrir fantásticamente sin pronunciar una palabra, y perder y encontrar de nuevo nuestra alma a cada oleada.

Ninguno de los dos se atrevía a romper tan dulce silencio, cuando, fijando por casualidad mi mirada en Laurencio, vi encendérsele el rostro, y temblarle los labios, y desprenderse de sus pestañas dos gruesas lágrimas parecidas a esas gotas de rocío que un rayo purísimo colora y que una tibia brisa enjuga.

—¿Qué pasa en tu interior, Laurencio? ¿Algún peso secreto te oprime también como a mí?

—¡Oh!, contestó; siento que mi corazón está próximo a estallar; mi alma busca en vano palabras para explayarse; quisiera crear una lengua de fuego para expresar el júbilo y la dicha que emana para mí de la naturaleza y de Dios.

—Explícate, repuse, amigo mío, en virtud de qué influencia pensaba mi alma en el mismo instante lo que piensas tú. A los esplendores de hoy, sentía en mi corazón arranques de deseos, abrazos de amor capaces de estrechar con ellos a Dios, al tiempo y al espacio, y para expresarlos, mi lengua era de hielo. Sin embargo, la naturaleza es un himno incompleto, y Dios no recibe en ella el homenaje que más le place,

cuando el hombre a quien creó para ver en ella su imagen, no eleva hasta Él la voz de su obra; la naturaleza es la escena, nuestra alma la voz; procuremos, pues, amigo mío, como el ave de los bosques, como el viento en el árbol o las ondas en la playa, depositar a sus pies el peso que nos abruma, gorjear nuestro himno a la naturaleza, a Dios: convirtámonos, por virtud del amor, en sacerdotes de este hermoso lugar. En estas ardientes cumbres su sol le proclama; proclamémosle también nosotros en ellas y dediquémosle el cántico de nuestra alma. La soledad será la única que oiga nuestros acentos: escucha los latidos de tu corazón, y di lo que sientes.

LAURENCIO

¿De dónde venís, oh brisas nuevas, llenas de vida y de tan suaves perfumes, que de estos montes, palpitantes como nosotros, hacéis brotar, cual chispas, hojas y flores, al solo viento de vuestras alas? Y esas alas de oro ¿dónde las impregnáis de aromas?

¿Acaso hay montes, valles y llanuras, donde os bañáis en esos perfumes flotantes, donde cada mes es una nueva primavera, donde todo viento tiene ese tibio hálito, donde las flores están siempre llenas de néctar y los corazones siempre palpitantes de éxtasis?

¡Ah! Si los hay ¡oh dulces soplos de la aurora! llevadnos con el incienso de las flores a donde todas las

almas son hermanas. Así rogaremos mejor al Dios que los astros adoran, porque el alma también ansía el cielo para abrirse, y la oración es el perfume de los corazones.

YO

¿Ves allá arriba, en el valle por donde el día se desliza paso a paso, donde la alfombra de nieve se aja, humea y no se derrite; ves el arco iris en su lecho, estremeciéndose al contacto del rayo, como dormida serpiente que en sus mil pintadas escamas refleja a la vista las triples tintas del agua, del aire y del sol?

Es el nido en que esa serpiente del cielo viene a mudar en la montaña. ¡Mira cómo se agitan sus escamas a medida que avanza el día! ¡Mira cómo, en cambiante espiral, enlaza, concentra y ostenta sus anillos anaranjados y azules! ¡Mira cómo levanta erguido su cuello como una espada al acercarse la bruma y le vibra su dardo de fuego!

Sube aspirado por la aurora: ¡oh! ¡cómo se va desprendiendo insensiblemente cada anillo adormecido de la nevera que se decolora! ¡Ya se desenrosca, se cierne, traza desde el monte al cielo su vasta curva, y su cabeza corresponde con sus pies! ¡Oh Dios! ¡Qué arcada de mundo a mundo! ¿Qué océano podría cegar con sus ondas ese celeste puente?...

¡Oh tú! que permites a nuestros ojos contemplar esas extrañas maravillas, ¿es ése un puente para que pasen tus ángeles? ¿Es un puente que conduce a los cielos? ¡Ah! ¡Si yo pudiera, oh Laurencio, subir a donde ese arco comienza, trepar por esas esplendentes gradas! ¡Y para que un ángel me sostuviese en ellas, fija la vista en el cielo, y mi mano en la tuya, pasar sobre la muerte y el tiempo!

LAURENCIO

Mira en su nido a la callada hembra del ruiseñor que está incubando sus doce huevos; ¡cómo el amor le hace ahuecar sus alas para que no se enfríen!

Su cuello, un tanto erguido por su inquietud, es lo único que sobresale del hueco donde duerme su fruto, y sus hermosos ojos, apagados de cansancio y cerrados por el sueño, vuelven a abrirse al menor ruido.

El cuidado de sus hijuelos la consume, su rubio plumón se ha estremecido al oir mi voz; vese cómo palpita su corazón bajo su plumaje, y el nido tiembla a su adormecido aliento.

¿Qué fuerza la encadena a tan dulce cuidado? ¡Ah! ¡Es que resuena en el bosque el canto del macho, que, posado en la copa de una encina, lanza a chorros las ondas de su voz!

¡Oh! ¿Oyes cómo destilan gota a gota sus lentos suspiros después de sus vivos transportes, para volver en seguida a atronar la bóveda del árbol con sus cascadas de gorjeos?

También en sus notas palpita un corazón; ¡el alma se mezcla en ellos con la embriaguez de los sentidos, lanza al cielo el himno de presuroso compás o humedece sus acentos con una lágrima!

Y a él ¿qué es lo que le retiene en esa rama? ¿Quién le hace consumirse de languidez? ¡Es que su voz vibra en lo que ama, y que su canto va a parar a un corazón!

Su hembra, embelasada al escuchar sus acentos, vela atenta olvidando las horas; la estación huye, el huevo se abre, y toda su vida no es más que primavera, música y amor.

¡Dios de ventura! ¡Cuán bella es esta vida! ¡Ah! ¡Hoy siento en mi seno bastante amor para reposar como ella, y suficientes arrobamientos para cantar como él!

YO

¿Ves deslizarse entre dos hojas ese rayo que cae sobre el musgo, por donde la sombra todavía se arrastra; que hiere oblicuamente la hierba que tú coges, y

se apoya en ella por un extremo como una gran palanca de oro? El estambre de las flores que la luz agita, sube por él girando cual esfera de polvo; el aire es visible en él, y en esa claridad se ven arremolinarse millares de chispas, de insectos multicolores, de átomos azules, de alas que flotan brillando a la luz celeste.

¡Cuán cadenciosamente gravitan, enlazando y deshaciendo sus bandadas armomiosas! Creeríase ver la danza de los mundos de Platón al sonido de músicas celestiales. La vista, deslumbrada, se pierde en su innumerable muchedumbre; necesitaríase todo un mundo de ellos para componer un grano de arena; sólo la mirada infinita podría contarlos; y aun cada partícula se subdivide en otras innumerables partículas. ¡Ah! Ahí está la refulgente escala que el infinito ve subir desde el átomo hasta Dios.

¡Y si embargo, cada átomo es un ser! ¡Cada glóbulo de aire un mundo habitado! ¡Cada mundo, rige tal vez otros mundos, para quienes el fugaz relámpago es una eternidad! En su destello de tiempo, en su gota de espacio, tiene sus días, sus noches, sus destinos y su puesto; el pensamiento y la vida circulan por ellos a oleadas, y mientras nuestros ojos se pierden en esos éxtasis, millares de universos han efectuado sus fases en el tiempo que media entre el pensamiento y la palabra.

¡Oh Dios! ¡Cuán inmenso es el manantial de que brota tanta vida, y al que vuelven tantas muertes! ¡Cuán penetrante la vista que llega a semejante distancia! ¡Cuán infinita la mirada que vela por tantos destinos! ¡Cuánto amor hay en tu seno para abrazar esos mundos, para incubar desde tan lejos esos fecundos polvillos, para descender tan potente desde los soles a la diminuta cresa! ¿Cómo soportar el resplandor de que te circundas? ¿Cómo contemplarte a la luz de tus estrellas, ¡oh Dios mío! si tan grande te manifiestas en un solo rayo?

LAURENCIO

¡Oh! ¡Que sintamos su mirada, como ese rayo, ya que Él se digna descender desde tan alto a estas profundidades!

YO

¡Ah! ¡Escuche su oído en mis labios el humilde balbuceo de dos corazones, escúchelo Él, que en el seno de sus esplendores oye el aleteo del insecto anegado en el cáliz de las flores!

LAURENCIO

¡Consérvenos en este lugar para que saboreemos juntos los tesoros que su mano reúne en el desierto!

YO

¡Y como dos ruiseñores salidos a luz en el mismo nido, enseñémonos mutuamente a cantar estas soledades; seamos para Él los postreros ecos de la voz de la tierra que espira en estas cumbres!

LAURENCIO

¡Que salga para Él un solo aliento de dos pechos: que nos depare un solo destino, y disponga de ambos al mismo tiempo!

YO

¡Y perfumemos sus manos divinas, como dos lirios nacidos de un mismo tallo que vienen a formar uno solo, que tiene las mismas raíces en la roca, y que se cogen a la vez en la misma colina, impregnados de idéntico aroma!

¡Las lágrimas ahogaban nuestra voz; yo contemplaba a Laurencio, y nuestros espíritus se absorbieron en larga y silenciosa plegaria!..

25 de julio de 1794

Siendo niño, pasé a veces días enteros en el jardín, en los prados, en los verdes senderos abiertos en las lomas por los bueyes de la aldea y llenos de espinos

blancos y morales silvestres, llevando mi perro al lado y un libro en la mano, deteniéndome sin fatiga, y andando sin derrotero, ora leyendo, ora descortezando alguna rama, o siguiendo con distraída mirada al insecto que revolotea, al agua que corre a la luz del sol como raudal de pequeños diamantes, o escuchando zumbidos.

Escogiendo luego un regazo al abrigo de algún seto, cual liebre agazapada a la que asustó un ladrido, o tendido en el prado cuyas gramíneas en flor me sepultaban en un lecho de misterio y de aromas, e inclinaban sobre mí cortinas de obscura sombra, volvía a fijar la vista y el corazón en la lectura.

El autor por mí escogido era algún poeta de simpático acento, de esos que revelan al espíritu lo que presiente el corazón; hombres predestinados, misteriosos seres, cuyos sentimientos brotan transformados en melodías; que nos agrada llevar con nosotros a los bosques como agrada oir un eco que responde a nuestras voces: o bien era mi libro alguna conmovedora historia de amor y desventura, triste y dura de creer; Virginia, arrebatada a su hermano, emprendiendo su viaje, y el mar arrojándola muerta al corazón que la espera.

Yo regaba el libro con mis lágrimas, marcaba la página, cerraba los ojos y me escuchaba vivir; sentía que por mi seno subía como una oleada de sensaciones dulces, enérgicas, tristes, amorosas y amargas, de imágenes de la vida y de vagos pensamientos indolentemente mecidos en las alas de mi alma, dulces

fantasmas de amor por mí creados, dramas misteriosos en los que yo era actor; luego todos esos dramas concebidos y representados en mi cabeza, se confundían, se mezclaban, y se borraban mutuamente como esas brumas que siguen a las tempestades; mis ideas, agitadas como olas, se calmaban; secábanse mis lágrimas en el borde de los párpados, mi alma transparente absorbía la luz, y, serena y brillante como la hora y el sitio, de un arranque natural elevábase hasta Dios. Todo terminaba en Él, como todo en Él comienza, y mi corazón sosegado se perdía silenciosamente en Él.

Y así pasaba sin notarlo todo un largo día de verano, desde el alba hasta el crepúsculo, sin que la menor cosa íntima, exterior, me indicase la marcha del tiempo, sin conocer la hora sino por el sol que cambiaba de inclinación en el cielo, por la luz que palidecía en mi libro o en mis ojos, o por el relente que humedecía los cálices de las flores; porque un día tan largo no era para mí sino una hora de delicias.

Pues bien, este dulce estío que toca ya a su fin, no ha durado para mí más que uno de esos hermosos días. Pero no veo ya esas vagas imágenes que el alma vacía atrae y colora en forma de nubes; ni vierto esas lágrimas del instinto que sentía agolparse a mis ojos, sin saber quién las hacía brotar; todo eso se desvaneció como una niebla del alma absorbida en la llama de un rayo más poderoso.

¡Ah! Bástame ahora leer en un corazón, ver cuál se abren en él sentimientos en flor, estudiar su alma en cada impresión que cada hora engendra en ella, y verme en él reproducido por completo, aunque seis años más joven, con facciones más candorosas, más dulces, más seductoras; con ese tierno asombro que, al primer contacto, producen todas las cosas en el alma apenas nacida a la vida; con la limpidez que tiene el agua de ese estanque antes de que ninguna rama seca haya caído en su seno.

Así es que ya no leo. ¿Yo leer? ¿Qué poema puede equivaler a la voz de lo que se ama? ¿Qué historia conmovedora podría arrebatar mi corazón en una ficción igual a mi ventura? ¿Qué versos valdrían para mí lo que su alma? ¿Qué página disputaría a mis ojos su rostro encantador, cuando ocultándolo entre sus rubios cabellos, se ruboriza de amistad como se ruboriza uno de amor, y para esconder esa vergüenza pueril, me abraza apoyando la frente sobre mi pecho?

Así es que desde que un corazón palpita al fin sobre el mío, todos mis instintos son puros y me inducen al bien; mi alma, que con frecuencia llegó a secarse en la oración, flota ahora siempre en oleadas de luz, y es tal la claridad que me presta calor en sus ojos, tan melodioso es para mí el timbre de su voz, irradia tantos destellos de luz divina ese candoroso rostro, que el esplendor de Dios me circunda noche y día. ¿Quién

puede negar la luz al recibir un resplandor de las alturas? ¡Ah! ¡Cuánta verdad se encierra en un rayo de amor! ¡Cómo me conmueve su acento cuando ruega al Altísimo! Paréceme que Dios me escucha mejor por su boca.

15 de octubre de 1794

Los únicos acontecimientos de nuestra soledad son el cielo más clemente o la estación más ruda, la flor que tarda más en abrirse en las hendeduras de la roca, un ave roja y azul que empieza a posarse en el roble y prepara un abrigo para su familia, el águila que ha roto el cascarón, alguna lucha trabada en el lago entre el alcón y el cisne, las plumas ensangrentadas que en él caen como vedijas; bandadas de negros cuervos que se reúnen dando graznidos y haciendo temblar las ramas secas con sus alas de azabache; la cierva que empieza a echar su largo pelaje de invierno; una aurora de fuego que cruza de noche los aires: tales son nuestros únicos cuidados en la tierra. Pero nuestra alma es un mundo completo en el que se desarrolla un gran drama, que es siempre el mismo, pero que se renueva sin cesar, pues la amistad es suficiente para variar su curso, con nuestros repetidos coloquios, las fugitivas quejas, las vagas perspectivas del dudoso porvenir, los planes de vida y destino comunes, esta fraternidad de dos seres en uno, la esperanza de tener en la tierra un mismo techo y un mismo pensa-

miento, y de atravesarla sin mezclar con ella nuestros corazones, como solitaria pareja de avecillas cuyo albergue está en otra parte.

Cuando por casualidad insisto sobre estos planes para lo futuro, Laurencio me presta menos atención; el porvenir le contrista, como si presagiara mal de él; siempre teme que el presente huya. ¡Oh! ¡Es que un corazón juvenil se recrea en lo presente; es que una gota acercada a sus labios es un mar de júbilo! ¡También la mosca se enoja y huye, cuando el dedo disipa sobre la flor la perla que bebe!

1.° de noviembre de 1794

Anoche, un dulce soplo del cálido viento del Sur barría la cumbre templada de nuestros montes: ¡cuán triste y tierno es el suspiro que este viento nos trae, postrer beso de despedida de una estación muerta!

El cielo estaba sereno y profundo como un mar, y en sus profundidades íbanse encendiendo los focos de soles de plateadas luces, como la hoguera del pastor brilla de noche en las colinas: la luna resplandecía sobre un pico como un témpano y rielaba en las aguas del lago a modo de blanco y tembloroso cristal: los esqueletos de las encinas despojadas de sus pobladas copas erguían sus largas ramas desnudas; las hojas, que las sacudidas del viento hacían rodar, ondulaban a nuestros pies cual movedizo pantano, y el ramaje

seco crujía en el suelo como las osamentas que un sepulturero desentierra.

Al oir esos chasquidos sordos de las cimas, esos estruendos de las tempestades, se nos encogía el corazón a pesar nuestro, y nos acercábamos paso a paso y silenciosos a la roca en que yacía el padre de Laurencio. Cuando estuvimos junto a ella, no sé qué pensamiento salió de aquella tumba y cruzó por mi mente:

¡Pobre Laurencio! le dije; al privarte Dios de tu padre, hizo que en mí hallases de nuevo padre y madre; mientras yo viva, todo el amor que te tenían ellos aumentado con el mío, sobre ti se cierne y te rodea en mí; pero ¿y si Dios, llamando al único ser que te ama, te arrebatara tu amigo?.. ¿Si yo muriese? ¿Qué sería de ti?

– ¿Qué sería de mí? ¿Y me lo preguntas? ¡Oh! ¡Si tú murieses!..

Y tapándome la boca con irritada mano, me condujo sin responder a la tumba de su padre:

– Él me puso en tus brazos como sagrado depósito, exclamó: tú estás en el deber de devolvérselo allá arriba: él vela desde el cielo por tu doble existencia, y yo creo en tu apoyo como creo en su providencia. Pero al creer en el Dios que tu voz me da a conocer, ¡ah! no lo dudes, en quien creo es en ti; y si en ti destruyera su más perceptible imagen, si yo dejara de ver su cielo en tu rostro, si no iluminase ya mi corazón con tu mirada, sólo creería ya en la desventura, en el

azar, y muriendo a mi vez, iría a interrogarle, para saber si en la otra vida se duerme o se ama.

Y como si volviera de su extravío, añadió:

– Perdóname; conozco que me exalto demasiado y que tal vez he pronunciado palabras ofensivas a Dios; pero la muerte ¿no es una ausencia eterna? No me hablarías de ella si me amases. ¡Yo jamás pienso en tu muerte ni en la mía!

Luego, separándose bruscamente de mí, como si quisiese alejar una idea de su imaginación, corrió hasta el borde de un abismo sin fondo donde había dos peñas encorvadas como el arco de un puente, las cuales, dejando entre sí un inmenso vacío, cubrían toda una ensenada del lago que mugía a sus pies: tomó impulso como para arrojarse en él y lo cruzó de un salto que hizo palpitar mi seno.

– ¡Ah! Te estremeces, dijo con risa extraña: ¡mejor! ¡me has hablado de la muerte, y me vengo!

Quise reñirle, pero ya había huído. ¿Qué siniestro relámpago ha brillado en el corazón de ese niño? Esa alma, que tan profunda aparece a los ojos que la contemplan, ¡cuánto amor y espanto infunde! ¡Y qué precauciones hay que tomar con ella!

6 de noviembre de 1794

El precoz invierno ya se ha presentado aquí. Por doquiera se ve extendido el blanco sudario de la tierra:

los vientos arremolinan sobre nosotros colinas de nieve. ¡Oh! bendita sea la roca cuyo antro nos protege. Porque no podríamos dar un paso fuera del obscuro abrigo que oculta nuestro destierro, sin exponernos a grandes peligros.

No se distinguen ya los valles de sus cumbres, los torrentes de sus orillas, los picos de sus abismos. El diluvio ha cubierto con un océano helado las gargantas y las cimas, todo está nivelado, y los vientos, revolviendo las nevadas superficies, trasladan cada noche las colinas de un sitio a otro. Hasta la cierva tiembla, no se aparta de nosotros y vacila en dar un paso por la falaz llanura. El arco que pone en comunicación estos montes con el valle ha quedado hoy cegado por una enorme avalancha, y nos tendrá encerrados, como en una isla inaccesible a la vista, hasta que lleguen meses lluviosos.

¡Oh! me gustan estos meses durante los cuales el corazón se calienta y concentra en sí mismo como esta tierra, y recoge su savia en esta especie de muerte para manar con más abundancia y fuerza al llegar la primavera. ¡Con cuánta voluptuosidad se repliega durante ellos el alma, rodeándose de paz y de melancolía, mezclando hasta con la dicha un no sé qué de amargo que realza su gusto como la sal marina, goza sintiéndose amar, pensar y vivir, en tanto que todo tiembla y muere bajo la nieve, y se rodea a su albedrío, en estos días sin sol, de sus más predilectas quimeras como si se preparase para un sueño!

7 de diciembre de 1794

¡El rayo ha rasgado el velo de mi alma! ¡Ese niño, ese amigo, Laurencio, es una mujer!.. ¡Esta ciega amistad no era más que un insensato amor! ¡Sombra de estas rocas, ocultad mi vergüenza a la luz del día!..

. . . .

La misma fecha a las once de la noche

Duerme: no tiene ya tan oprimido el pecho; extraviada la mente por la calentura, pronuncia palabras incoherentes: «¡Mi padre! ¡Jocelyn! ¿dónde están? ¡Muertos!» Sus pies quieren correr. ¡Oh, duerme, pobre criatura, duerme! Jocelyn vive aún para devolverte la vida; mas ¡ay! ya la recobres o la pierdas, él vive con el alma pendiente entre estas dos desventuras: ¡muerto para ti si vives! ¡moribundo si mueres!

La misma fecha, a media noche

¡La noche ha derramado la calma sobre su adormecida frente: sus pies están menos helados entre mis manos! ¡Qué víspera, qué día, y qué noche! ¡y mañana y siempre! ¡Qué reposo y qué despertar! ¡qué noches y qué días! ¿Habré estado un año entero soñando en-

tre estas sombras? ¡Mi corazón fluctúa incierto como en un mar sombrío, no pudiendo tocar el fondo ni ver la orilla, entre la desesperación, o el crimen, o la muerte! ¡Ah! ¡Recojamos un poco mi mente que se extravía! Del día de ayer a esta noche me separa un siglo. Hagamos memoria; sepamos al menos representarnos la horrenda sima que hemos atravesado en un instante; describamos una a una todas las circunstancias del día fatal que de un solo golpe ha roto dos existencias: ¡marquemos la hora en que Dios me ha precipitado desde el pináculo de mi felicidad en un abismo sin fondo!

Los rayos matinales, colorados por la nieve, brillaban como cebo puesto en un lazo para las aves: el aire ambiente, más puro, parecía haberse suavizado; algunos pájaros se posaban en la escarcha endurecida. Aquel día de muerte tenía el esplendor de un día de fiesta. La cierva impaciente alargaba su cabeza al viento; yo me sentí ganoso de tomar vuelo a mi vez. Laurencio dormía aún en su lecho de musgo: la cierva, que se acuesta de noche a sus pies, no osaba levantarse por temor de despertarlo, y mirándome salir con inquietud, parecía avisarme como un presentimiento.

Salí. La montaña me deslumbró: todo el horizonte congelado irradiaba intensísima claridad; cada átomo de aire despedía un fulgor. Aventuréme a dar algunos pasos; sólo pisaba nieve, la cual crujía bajo mis

plantas como un pedazo de cristal que se aplasta con los pies. Me estremecí de placer y seguí adelante: mis sentidos tenían necesidad de movimiento y de aire. Corrí hasta el puente formado por la avalancha, atravesé el barranco sobre aquella blanca costra cuya bóveda temblaba y mugía bajo mis pies, ocultándome las aguas que bramaban más abajo. Quise aprovechar aquel arco helado para descender hasta el valle, y ver si el pastor habría venido a depositar algo en el sitio convenido. Sólo encontré allí estas palabras dictadas por su caridad: «¡Guardaos de bajar!»

Volví a subir presuroso; ya se había empañado el cielo matinal, semejante ahora a una bóveda de estaño que apagaba el día en pugna por asomar y traía de nuevo la noche una hora después de la aurora: el viento, que parecía encerrado entre brumas, las agitaba como oleadas de un pesado mar; a los choques de la tempestad, resonaba de vez en cuando un fragor parecido a un cañonazo disparado en las nubes; pero aunque retumbaba todavía a gran altura, la montaña parecía presentirlo y sus vastas ramificaciones de mármol y granito crujían retorciéndose como los brazos de un árbol.

Yo veía humear la montaña en mil puntos, y estos vapores ablandaban la corteza de nieve: mis pies no encontraban ya un camino sólido, sino que, pesados y sin apoyo en aquel terreno movedizo, a cada paso que daba iban hundiéndose más. Eché a correr temeroso de que la nieve derretida hiciese que se derrum-

bara el puente de hielo suspendido antes de llegar yo al otro borde del barranco. ¡Ah! ¡Antes hubiera preferido millones de muertes! ¿Qué sería, lejos de mí, del único ser que me esperaba?.. ¡Ah! ¡Más valiera tal vez! Pero Dios no lo permitió; en el momento supremo en que el puente se hundía en el espumante abismo, en que la avalancha pulverizada se deshacía como fragmentos de una montaña ruinosa, atravesé de un solo impulso la sima y el arco; pero apenas he puesto el pie en la orilla opuesta, cuando se desencadena el huracán, haciendo volar al fondo, desde las crestas, la espuma de las tempestades; lánzala reducida a polvo, en oleadas inmensas, arremolinadas; ciega el estrecho barranco con sus peñascos ondulantes, amontonándolos hasta la abertura del puente. El estribo de granito vacila bajo tan enorme masa, se precipita y rueda, dejándonos en estas negras cumbres separados para siempre de la mansión de los vivos.

Aferréme con las manos a los ángulos del barranco, que temblaban como un promontorio socavado por el mar: la roca cóncava y hueca me guarecía; sus rebordes preservaban mi cuerpo del choque del alud. Agarréme a aquel punto de apoyo, mientras la tormenta se aceleraba, adquiría cuerpo con sus propios destrozos, y pasaba sobre mi cabeza con sus vientos, sus oleadas y su piélago de brumas que flotaban en su caos. Allí, sin aliento el pecho y sin idea la mente, cual hoja seca balanceada en la rama, aguardaba que la nieve, amontonando sus capas, me hubiese sepul-

tado vivo bajo su helado sudario. Desde mi refugio veía desarrollarse a lo lejos, al soplo de impetuosas ráfagas, las colosales oleadas, abrirse altos surcos que se desmoronaban en sus flancos, aglomerarse sobre las cumbres otras cumbres blancas, chocar, romperse, hundirse silenciosas, o brotar cual inmenso haz hasta el tenebroso cielo, girar a modo de nube y caer. Cada vez que la oleada al despeñarse me hundía bajo su peso, con pies y manos aplastaba el polvo para arrancarme al abismo y tornar a ver la luz, y retardando así el fatal instante, levantaba un nuevo pedestal contra la roca.

¡Oh! Cuando alguna claridad me devolvía la esperanza, ¡cómo bendecía a Dios al pensar que no estaba allí Laurencio, que éste dormía en la gruta, al abrigo de la muerte con la que luchaba su amigo! ¡Cuán lejos estaba yo de sospechar que su cariño hacia mí le había precipitado también en tan gran peligro! Sin embargo, en medio de aquel caos de ruidos, de movimientos, a través de los embates, de los golpes y de los bramidos, entre una pausa y un silencio aterrador, parecióme oir dos veces gritos agudos mezclados con los gritos del viento, aunque apagados por la distancia; creí percibir mi nombre pronunciado por una voz que expiraba entre sollozos. Estremecióse mi corazón... ¡Pero era imposible! ¡El mismo ángel de Dios no hubiera osado pasar con sus alas de fuego al través de la horrible lucha de la nieve y el viento que pugnaba por amontonarla!

Ignoro cuánto tiempo duró esta agonía: una hora es infinita cuando la muerte la mide, y para medir la hora y contar los momentos, sólo tenía yo los pesados latidos de mi corazón.

. . . .

Por fin cedió el viento; la luz tiñó las nubes, y su claridad me permitió ver parajes desconocidos; un agudísimo cierzo, que corría como un escalofrío, endureció la polvorienta nieve y convirtió la lluvia en hielo: helados los movedizos abismos al contacto de aquel hálito glacial, transformáronse a mis pies en sólida llanura; la esplendorosa luz del sol me sirvió para orientarme, y me precipité en la cueva jadeante y gritando: «¡Laurencio!» ¡Tan sólo el eco me respondió repitiendo el nombre! ¡Mi corazón petrificado quedóse sumido en aquel silencio!

De pronto me asalta una idea horrorosa: ¡ha desafiado la muerte por salvar a su amigo!.. Vuelvo a salir al instante de la caverna vacía: busco en la nieve una huella, un rastro: llamo, nada contesta. Corro al azar; hubiera deseado sondear el espacio de una sola mirada; mi oído aguardaba la respuesta a mis gritos, como un reo que espera su sentencia: entre aquel espantoso silencio y el grito de mi voz, mi corazón murió cien veces en un solo latido.

Caí, en el momento en que la cierva, acudiendo a mis clamores, se puso a dar saltos en torno mío. Me estremecí al verla; el pobre animal me lamió las manos y echó a andar, volviendo la cabeza para ver si la

seguía; luego, cruzando de un salto una blanca colina, desapareció de mi vista en el fondo de un barranco. Seguíla al punto por el resbaladizo reborde; sondeé de una ojeada todo el precipicio; la vi volar hasta el lecho del profundo abismo por la pendiente de las peñas erizadas de agudas puntas de hielo; la vi apartar con el hocico la nieve espesa del fondo, y descubrir en su congelada fosa el cuerpo inanimado de la criatura.

No cruza la mente un espacio ideal con tanta rapidez como yo llegué al fondo del abismo. Allí estaba Laurencio sobre la nieve enrojecida por su pura sangre, desmayado, herido, pero sin haber perdido todo el calor vital, con sus hermosos cabellos llenos de sangre y de nieve, luchando con la muerte y sus últimos espasmos. Arrojéme sobre él, le cogí, le levanté, me lo llevé insensible y leve como un ensueño, como una madre lleva a su hijo en brazos, sin sentir su peso, ni dar un paso en falso: ¡como si alguna fuerza interior, íntima, me hubiera ayudado a salir del abismo!

Momentos después estábamos al abrigo de la gruta, donde deposité aquel cuerpo que continuaba sin movimiento: después de encender fuego, acerqué a la llama sus helados pies, y apoyando su frente cadavérica sobre mis rodillas, procuré volverle a la vida con mi voz, con mi aliento, con mis manos; pero ¡ay! durante mucho tiempo todo fué inútil. Mis labios no podían comunicar el necesario calor al aliento extinguido de su boca; le puse en mi lecho, restañé la sangre que

se congelaba en su frente. También brotaba de su pecho, y los desgarros de su manchado traje me indicaban que debía tener otras heridas en el cuerpo.

Para facilitar su respiración y reconocer las heridas, rasgué con los dientes la ropa demasiado lenta en desabrocharse... ¡Oh cielo! ¡bajo la ensangrentada camisa aparece a mis ojos un seno de mujer! ¡Mi mano retrocede helada y se anubla mi vista! ¡Mi cerebro gira y zumba, y mis sienes laten sin sentimiento! ¡No sé cuánto tiempo duró aquel espantoso instante!

Sin embargo, el peligro hace que me reponga: la sangre, que el frío hiela en el borde de la herida, vuelve a penetrar en el pecho y parece ahogarle: ¡y no tengo nada para humedecerla!, ¡nada para darle calor! Me inclino sobre aquel seno desgarrado y sin aliento, y lo caliento y restaño la sangre con mis ardorosos labios... Ella recobra la vida..., ve su seno descubierto, se ruboriza, cierra los ojos... y no los ha vuelto a abrir. Apodérase el delirio de sus sentidos debilitados; la fiebre o el dolor la hace desvariar; increpa o bendice, muerde o besa mi mano. ¡Por fin se duerme!.. ¡Oh! ¡qué despertamiento el de mañana!

8 de diciembre por la mañana

He pasado esta larga noche teniendo entre las mías su mano siempre helada, procurando de continuo atraer la sangre y el calor a la planta de sus pies que

abrigaba sobre mi corazón, reteniendo a la cierva junto a su lecho de musgo para que el suave y sano calor de su pelo se comunicase mejor con el contacto de sus cuerpos y reanimara por grados sus miembros inertes; mojando con un poco de agua entibiada a la llama del hogar su cabeza ensangrentada o sus sienes que apenas latían; escuchando al amanecer su aliento mientras dormitaba y reteniendo el mío por temor de despertarla: luego, cuando la postración subsiguiente al delirio, se ha dejado conocer en la igualdad de su respiración, he aprovechado instintivamente este momento de reposo para limpiar la sangre coagulada; he desgarrado un lienzo y hecho una porción de hilas para curar sus heridas; levantándola luego suavemente entre mis brazos, he separado los rizados bucles de sus cabellos y lavado su frente; con una larga venda de lino puro he cerrado la herida más grave de su costado, y he vuelto a poner cuidadosamente el cuerpo en el lecho, temblando, como si mi mano hubiese tocado una criatura dormida envuelta en sus pañales, o como un vil mortal que tocara un ángel.

8 de diciembre, por la noche

Ella ha dirigido en torno suyo una mirada cohibida, y me ha dicho después con tierno y apagado acento:

—¡Con que es cierto! ¡sabes ya!.. ¡ah! ¡si sólo me que-

da una hora de vida, perdóname Jocelyn, y no importa luego que muera! ¡Te he engañado: así lo quiso mi padre: yo debía respetar mi juramento absoluto! En sus últimos momentos, me prohibió revelar a nadie mi sexo, sin exceptuarte a ti. Ya fuese porque creyera menos expuesta la vida de su hija bajo este traje que debia protegerme, o por cualquier otra previsión que ignoro, yo debía prestar ciega obediencia a sus órdenes. ¡Ah! ¡Cuánto me ha costado ocultarme a ti! Yo debí pensar que así ultrajaba tu buena fe, que no éramos dos, que mi alma y la tuya vivían unidas y se pertenecían mutuamente. ¿Debo confesártelo? Muchas veces pensé en ello; a menudo estuve resuelta a hacerlo; pero siempre, en el momento de revelar mi misterio, no sé qué mano me obligaba a callar. Ya había esperado demasiado; ya no me atrevía; mi frente, confusa, se cubría de rubor; además, yo conocía tu vida y tu piadosa infancia, y temía el efecto de esta confidencia; me asustaba la mirada que ibas a dirigirme, el acento de tu voz, las glaciales palabras que pronunciarían tus labios; palabras que eran para mí la vida o la muerte. ¡Sí! ¡Habría muerto a tus pies si me hubieras despedido de tu lado! ¡Oh! ¿Podía yo arriesgar cien veces más que mi vida en una confesión prematura? No. Preferí abandonarme al destino que me había conducido a tu lado desde tan lejos, gozar del bien que cada día me deparaba y dejarlo todo para más adelante, esperarlo todo de Dios, de las circunstancias, de la casualidad. ¡Ay! y esa casualidad ¡cuán pronto se

ha presentado! ¡Pero si tu mano se cierra, si tu corazón vacila, al menos no lo sabré, Jocelyn!.. ¡He buscado la tempestad y la muerte en pos de ti! ¡He corrido con alegría al encuentro de la muerte por seguirte; el abismo se apodera de mí sola, y a ti te deja con vida. Lo sabes todo; pero yo me muero. Di, ¿me perdonas?

¡Oh! ¿Tienen esta virtud los ángeles del cielo? ¿Pueden, sin piedad para sí mismos, desgarrarse con sus propias manos en el corazón que los ama? En cuanto a mí, débil mortal, hecho de sangre y carne, no pude herirme en un ser más querido, y haciendo refluir el amor al seno de que emanaba, le dije:

—¡Oh sí! Te perdono el amor que mutuamente nos hemos tenido; niño o hermana, pobre ser desamparado, te doy todos los sagrados nombres con que se adoran los seres en la tierra... y mi amor inventa otros todavía. ¡Ah! ¡Vive para oirlos y repetirlos todos! ¡Que Dios nos ilumine y disponga de nosotros! ¡En este cielo al que anticipadamente nos había conducido su mano, vivamos en su presencia como dos espíritus puros, y dejemos a Él solo el cuidado de dar nombre al amor o a la amistad con que hemos de amarnos!

9 de diciembre de 1794, por la noche

Hubiérase dicho que su vida manaba de mi boca, y que su corazón levantaba la ropa de su lecho.

—¡Cuánto bien te debo!, exclamó. ¡Oh qué felici-

dad! ¡Sí! ¡Si hasta aquí no hemos sido más que amigos, en adelante seremos hermano y hermana! ¡Hermano! ¡Hermana! Si hay otro nombre más tierno todavía, déjamelo buscar para hacértelo oir. ¿Me amas, pues, lo mismo que antes de la fatal revelación?

– No he dejado de amarte. Pero, Laurencia, hiciste mal en engañarme: se debe decir la verdad a quien se ama: me exponías a que me engañase a mí mismo. a tomar, sin sospecharlo, un día y otro, a tu lado, por santa amistad algún culpable amor; a aspirar en tus ojos y en esta soledad la embriagadora costumbre de gozar de una dicha sobrehumana, y, cuando me hubiera sido forzoso huir para no volverte a ver, a morir de vergüenza o de desesperación; pues aun cuando todavía no me liga ningún voto a los altares, bien sabes que he consagrado a ellos mi vida: mi promesa al Señor me destinaba a servirle, y dudo si puedo faltar a ella. Dudo si puedo abandonar sin deshonra su causa cuando la riega la sangre del martirio, apartarme del seno de la Iglesia donde he entrado, y pertenecerme, sin que Dios me haya devuelto mi libertad. Para saber qué decisión debo esperar del cielo, necesito oirla de boca de los prelados. Mas por ahora no pienses sino en vivir. La roca se ha derrumbado, nadie puede acercarse aquí antes de que el próximo estío, vaciando el agua del precipicio, haya reunido de nuevo el valle a las cumbres; tan sólo el águila puede cruzar el abismo, y el Señor nos condena a la felicidad por espacio de meses enteros.

— Viviré, Jocelyn, lo conozco, dijo ella. ¡Ah! tu voz me hace volver desde el seno de la muerte; viviré siempre dichosa, siempre, siempre! ¿Qué me importan los votos que pueden encadenar tus días, tu trabajo en este mundo, el pan de que vivas y el camino por donde vayas, si Dios me permite que te siga por él? ¡Si doquiera te veo y te oigo como aquí, si marcho al amparo de tu sombra y me despierto a tu voz, si soy por doquiera tu hermana o tu servidora, todo me place o me es indiferente! Tú me amas, y esto me basta: tú lo has dicho ¿qué importa que pertenezcas por entero al universo, si tu corazón es mío?

El mismo día, más tarde

— Pero tal vez ignoras, insistí, que Dios condena al sacerdote a la viudez del corazón, que le veda los dulces nombres de amante y esposo, y que no puede pertenecer a nadie exclusivamente para que pueda ser de todos: que si Dios me quisiera enteramente a su santo servicio, sería necesario que yo bebiese mi sangre en ese cáliz, y que nos acostumbrásemos algún día a vivir el uno sin el otro.

— ¡En ese caso, escucha, replicó: vale más matarme! Pero ¿en qué piensas? Ese Dios que nos reúne, no nos ha puesto aquí juntos, solos, perdidos, uniéndonos en común destierro más de lo que nunca unió dos corazones, o confundió dos destinos en uno? ¿No

me echó en tus brazos, como se encuentra un niño abandonado, a quien se cuida? ¿Me dejarás entregada, fría y muerta, a mi destino? ¿Le dirás a Dios: «Señor, mi único hermano ha muerto? ¿Le consagrarás, a modo de incienso, tu vida y la mía? Sí, la mía, ¿después de haberla encantado? ¿No maldecirá tan abominable ofrenda? ¿No suscitará en ti remordimientos con la evocación de mi nombre? ¡Oh, no! Su voluntad no es un vano problema. Yo fío en la sentencia que Él mismo ha pronunciado, en nuestro completo aislamiento en este desierto, en el solo corazón que su mano me abrió en el mundo, en este trastorno de las cosas terrenales que hace involuntaria nuestra misma felicidad. ¡Ah, sí! Gracias a ese Dios, mi dicha es tu ley. Sin mí, ni ventura ni virtud en este mundo.

Yo vacilaba; entonces ella puso dos dedos sobre mi boca, y atrayéndome a sí con la otra mano, me dijo:

—¡Júrame, júrame, Jocelyn, a mí, a tu pobre hermana, a tu huérfana, jura ante Dios depararme esa felicidad dispuesta por Él! ¡Yo juro morir si me abandonas! Presiento que mi vida o mi muerte, ahora en suspenso, va a salir de tu corazón en la palabra que aguardo.

Y sus ojos, fijos en los míos, su boca entreabierta, imploraban, aspiraban su triunfo o su pérdida. ¡Ah! ¡Todo mi corazón intercedía en mí por ella; una mirada le sirvió de prenda de mi fe, y mis labios, aplicados a su mano, la retuvieron a la vida con una sola palabra!

12 de diciembre de 1794

Desde entonces se va restableciendo de hora en hora; hoy ha dejado el lecho por primera vez, y con paso vacilante, apoyada en mi brazo, ha querido andar por la nieve seca: ¡oh sol de diciembre! ¿alumbraste alguna vez en estas cumbres una flor de invierno más pálida?

¡Cuánto me deleitaba sentir el peso de su debilidad; llevar sobre mi seno aquel hermoso cuerpo extenuado; pensar que sin mí sus pasos, sus débiles pasos, no hubieran podido llevar lo que mi brazo sostenía; allanar el camino, romper el hielo o la nieve endurecida, por temor de que su pie, blanqueado por ella, tuviese que levantarse demasiado para cruzarla! ¡Y cómo su mirada, y su sonrisa, y la dicha que su rostro respiraba, y el suave latido de su corazón que percibía en mi brazo a pesar de su ropa, me embriagaban como otras tantas caricias, para recompensarme de los cuidados de mi ternura!

6 de enero de 1795

La pureza de la sangre, la alegría, el reposo y la naturaleza han cerrado en breve su última herida: el hálito de la vida ha bebido de una vez su llanto, y su rostro, algo pálido, ha recobrado sus colores, como en la rosa, donde flota todavía la lluvia, un rayo hace brillar la gota que enjuga. ¡Ah! Si no hubiera sido por lo que sufría ese ángel, aun en medio de esta felicidad,

mi corazón echaría de menos las interminables noches que he pasado a la cabecera de su lecho contando tembloroso los soplos de su aliento, y los latidos del pulso levantados por el corazón, pasando mi mano por su sudorosa frente, dando vuelta a su cuerpo postrado por la fiebre, humedeciendo sus labios con agua fresca vertida gota a gota, volando a su lado si la oía quejarse, viendo cómo se cerraban sus ojos, escuchándola dormir; cuando el sueño abrumador huía de sus párpados agitados por algún ensueño, acudiendo a la voz de aquella criatura asustada, apoyando mi codo en el borde del lecho, y a fin de adormecerla un poco, buscando en mi memoria o en mi corazón alguna conmovedora historia de amantes olvidados del mundo como nosotros, haciéndose de sí mismos y de sus corazones un mundo suficiente, perdidos bajo la mirada de Dios en su vasta naturaleza, llevados por el azar a alguna isla sin nombre, como las que un amante ve en matinales sueños o como las que canta una madre meciendo a su hijo: viendo luego pasar por su frente el terror o el júbilo que humedecían con el llanto sus sedosas pestañas, mientras yo me entretenía enlazando entre mis dedos los suaves rizos de sus cabellos.

Febrero de 1795

Una timidez extraña, parecida al sentimiento de nuestra desnudez, en su presencia me turba y se apodera de mi alma, y, al pensar que es una mujer, no

me atrevo a hablar. Pero ella no siente, en su candor, esta vergüenza de los sentidos que me invade el corazón; su ingenuo sentimiento, en esa alma tan pura, ha cambiado de nombre, pero no de naturaleza; sigue siendo el ardiente cariño del niño, sin más que un pensamiento y una pasión, y sin sospechar, en su dulce ignorancia, que el amor, ante Dios, no es la inocencia. Por el contrario, desde nuestras confesiones, se muestra más afable y más libre que antes: la virgen se confía con menos abandono que ella al hermano que recibió la vida en el mismo seno; no comprende por qué desde aquél día, soy más reservado teniendo más amor, y por qué rechazo con temblorosa mano la impresión demasiado dulce, que sus labios producen en mi frente.

No puedo sostener como antes esas miradas con que el corazón penetra en el corazón, ni sus brazos enlazados a mi cuello, ni su encantadora cabeza dormida como otras veces sobre mis rodillas, ni sus cabellos empujados por el viento sobre mi rostro, haciendo que se estremezca como el viento hace estremecer el agua, ni esas palabras cariñosas en que se recrea su amor, ni su mano en mi mano, ni su frente sobre mi mejilla. Y cuando, como un niño que juega con fuego, retiro mi cabeza y la riño un poco; cuando salgo, emocionado, para respirar el aire libre y frío que me calma, ella llora y dice que ya no la quiero, o se enoja, o se obstina en seguirme: una sonrisa la tranquiliza y nos reconcilia, y yo la dejo amar y decir, y se olvida todo.

Marzo de 1795

Para mantenernos puros durante la noche, ante la mirada de Dios, nos despedimos después de rezar, y cada cual se retira a su solitario lecho, ella en la gruta, yo fuera, en el suelo, en un obscuro abrigo de musgo y de follaje, que he dispuesto en un reborde de la peña. Allí, como un perro fiel en el umbral de su asilo, guardo su vida y su sueño, de modo que nadie podría llegar a perturbarla sin despertarme antes y pasar sobre mi cuerpo. ¡Oh! ¡Cuánto me halaga sentir, bajo la lluvia o la nieve, que este abrigo la preserva de los rigores del aire; que custodio, a costa de esto, a ese ángel del Señor, sagrado para mí y todo para Él hasta el venturoso día, hasta la hora en que su mano, que bendice lo que se ama, lo deposite por sí mismo en mi alterado seno! ¡Qué pensamiento tan dulce! ¡Sí, pero también, qué lucha!.. ¡Saber que ella está allí, tan cerca; que duerme, que vela quizás, que, mecida por el amor, da vueltas cien veces en su mente a la misma idea; que sólo el ángel custodio ve sus castos atractivos; que entre el cielo y yo no hay más que un paso!

¡Oh! ¡cuántas veces, levantándome de mi lecho, ahogando el grito de mis deseos, como un insensato que se levanta a media noche, y huyendo, por la nieve, de la imagen que me persigue cual ciervo extraviado que busca a su compañera, vago por la montaña para

cansar mi cuerpo, aspiro el viento helado en mi inflamado pecho, estrujo entre mis dedos los cristales del ventisquero hasta que, rendido de fatiga y de desvelo, logro dormitar un rato en mi frío lecho! Pero, despierto en breve por amorosos ensueños, aguardo impaciente el nuevo día, el momento en que Laurencia, despierta a su vez, y vestida en la obscuridad de la gruta, sale con sus hermosos ojos soñolientos todavía, a darme como buena hermana un abrazo matinal, me llama a nuestra abrigada vivienda, y conduciéndome al grato hogar, coge entre las suyas mis manos para calentármelas, junto a un fuego que entre cenizas se conserva toda la noche.

16 de marzo de 1795

No sé qué respeto hacia ella se mezcla y crece diariamente en mi alma con tanto amor; como si se tratase de un dios, temería tocarla con un dedo; a veces quisiera postrarme a sus pies, para que ese ser, rey de toda la naturaleza, me hollara con sus plantas como criatura suya. Cuanto más tierna es su sonrisa y más dulce su mirada para mí, mayor necesidad siento de caer de hinojos ante ella, de consagrarle mi corazón rindiéndole homenaje, y de adorar a mi Dios en esa obra divina. Sin embargo, para no ofender nuestros sentimientos cristianos, me contengo temblando en su presencia; pero cuando ella se baja y vuelve la cabeza, cuando anda un momento delante de mí, me de-

tengo, contemplo abstraído su figura, como si fuese un ser etéreo caído del firmamento, cuya emanación ilumina hasta a la misma luz y cuya celeste planta honra el polvo que pisa. Sigo con mis pies las huellas de los suyos, como si este contacto los santificara; me place ocupar un puesto en el aire en que ella estaba, como si su paso por él hubiera consagrado el espacio; andar tras su sombra, recoger las florecillas de la hierba cuyos colores ha rozado con su cuerpo, respirar el viento que agita sus cabellos, cuando su frente erguida los sacude como una oleada, y el aire que su pecho ha respirado ya, como perfume del corazón aspirado por su alma. Paréceme que el contacto con lo que adoro me incorpora a ese ser divino y que una mirada de sus hermosos ojos podría, si quisiera, elevarme desde la nada hasta los cielos. ¡Amor, cuyo misterio sólo los amantes conocen, tú haces más todavía: tu mirada pone su cielo en la tierra!

Abril de 1795

¡Oh! ¡Qué planes forjábamos esta mañana al pie del árbol! ¡Cuán duradero cree que va a ser todavía este presente! ¡Cómo me recreaba en verla, con su aspecto enajenado, con sus ojos fijos en la inmensidad, que parecían leer en lo futuro, edificar y derribar para levantar de nuevo mil ilusorias sombras de ventura, con sus sueños dorados, para el tiempo en que, saliendo

del desierto en que vivimos, descendamos del cielo a las moradas de los hombres; tanto si logramos hallar algún noble resto de sus bienes paternos en su querida casa solariega, donde, en el seno de una suntuosa holgura, podamos difundir el amor de nuestros corazones convertido en obras benéficas; como si, desheredados de todo bien en la tierra, cultivamos un pequeño campo con nuestros brazos, y construimos en nuestro reducido dominio una humilde choza para albergar en ella nuestros amores; o bien nos veamos obligados a ganar nuestro sustento en las ciudades, viviendo de un salario, fruto de nuestro trabajo, cual pobre pareja que, oculta en alguna desmantelada estancia, bajo cuyo techo anida una alegría desconocida, gana durante el día el dulce reposo de la noche, se retira a descansar al ponerse el sol, y da gracias a Dios por aquella ignorada felicidad oculta en la indigencia, por poseer aquel casto lecho en que el amor los bendice, por aquellas aves enjauladas que cantan sobre su nido, por aquellos hermosos niños que juegan desnudos en el suelo entre sus cunas y los pies de su madre...

Mayo de 1795

¡Un hijo! ¡Ah! ¡Este nombre extiende un velo sobre los ojos! ¡Un ser que sería ella y yo, nuestra imagen, nuestro amor celestial elevándose del suelo, nuestro amor visible en un amor viviente, nuestros ros-

tros, nuestras voces, nuestras almas, nuestros pensamientos condensados en un cuerpo, en un impulso de vida, diciéndonos a todas horas, mientras jugara delante de nosotros «Ambos estáis mezclados en mí; miradme, yo soy vosotros. Soy el dulce fuego en que vuestras dos llamas han podido crear un alma con sus rayos vitales.» ¡Ah! ¡Este sueño, que sólo Dios era capaz de inventar, únicamente el amor podía realizarlo en la tierra!

Mayo de 1795

Los días, los meses se suceden unos a otros, y el año rueda ya arrastrado por su pendiente de flores. Dios mío, a cada instante me prosterno ante vos: ¿hay por ventura soles más dulces en vuestro cielo?

QUINTA ÉPOCA

Grenoble, 2 agosto 1795, por la noche, oculto en casa de un pobre carpintero

¿Soy yo? ¿Estoy aquí?.. ¡Dios mío, velad por ella! ¡Ángeles del Omnipotente, cobijadla bajo vuestras alas! ¿Cómo he podido dejar a Laurencia al amparo de una roca? ¿Y mi destrozado corazón no tiene nada que reprocharse?

. . . .

. . . .

Pero ¡Dios mío! ¿podía yo cerrar mis oídos a la súplica de un moribundo que me llama en su hora postrera? ¿Podía resistir a la voz del pastor, que me protegió en la pobreza, y me acogió, siendo yo todavía un niño, entre los virtuosos alumnos, que me distinguió entre todos, no por mis méritos sino por el abandono en que me veía, y fué, en el santo asilo, mi maestro, mi amigo, mi padre según Dios?

. . . .

Cuando en la tierra tiene hoy por palacio un calabozo, cuando el sagrado carácter episcopal de que está revestido es su único crimen y su sentencia de muerte; cuando el cadalso levantado le anuncia la suerte que le espera, y no teniendo ya más que apurar sino el fondo de su caliz, busca en su memoria un nombre

amigo, y en ella se le presenta el mío, y me llama en su auxilio e implora mi apoyo; cuando una casualidad prodigiosa, que sólo puede dimanar de Dios, hace que llegue hasta mí el clamor de su martirio, ¿podía yo, siendo hombre, dejar de acudir a su llamamiento; dejarle morir sin que escuchara una voz amiga? ¡No, no! ¡yo hubiera sido perjuro, ingrato o cobarde! ¿Qué embriaguez hubiera podido ocultarme semejante misión? ¡Laurencia misma me hubiera aconsejado el sacrificio!

. . . .

¡Oh divino encadenamiento de las cosas terrenales! ¡De qué medios tan sencillos se vale Dios para dirigir el destino, en que nuestros ojos no ven más que casualidades y prodigios!

. . . .

Durante el invierno, un pobre saboyano baja de sus montañas y sirve en la cárcel: lleva agua, corta leña; para suavizar a los rígidos carceleros, desempeña las faenas más rudas que son de incumbencia de éstos, y cuando ha hecho la sopa de los presos, vase, satisfecho de sí mismo, a dormir en su desván. Este hombre es sobrino del único pastor que conoce el misterio profundo de la cueva en que nos ocultamos. Sube a su aldea y dice al viejo pastor que el obispo está preso y que se le va a juzgar; que él le ve a menudo, y que su mano cargada de cadenas se posa todos los días sobre su cabeza inclinada para bendecirle; que espera con ánimo sereno la corona del martirio, como un justo que ve con el corazón la eternidad; que no pide a sus verdugos una

hora más de vida, sino tan sólo que le otorguen la merced de volver a ver antes de morir a uno de sus hijos a quien debía imponer su mano las sagradas órdenes, por tener un secreto divino que confiarle, y que llama a menudo con acento lleno de ternura a Jocelyn, el más joven de ellos. ¡Oh! si éste pudiera oirle... ¡Oh! ¡Este al menos no dejaría que subiera las gradas del patíbulo sin una mano en que apoyarse!

. . . .

El pastor, al oir mi nombre, cree que Dios le ordena revelar el paradero del hijo a quien el obispo llama, y dice dónde está situada la gruta a la que él mismo me condujo. Aquellos dos hombres de bien suben a ella de noche; para atravesar el barranco por donde el torrente se desborda, echan una cuerda a la orilla opuesta sujetándola a un tronco; se acercan. oigo el ruido de sus pesados pasos: Laurencia, que estaba durmiendo, no me ve salir.

Los pastores me exponen en dos palabras su sagrado mensaje, y al punto se entabla en mi interior una terrible lucha: el amor pugna en mi ánimo con la abnegación; pero la muerte no aguarda; ruégoles que esperen un momento; vuelvo a la gruta, arranco una hoja del devocionario de Laurencia, trazo en ella estas palabras: «¡Duerme en paz, amor mío: no estaré más que un día ausente de ti!» y pongo con temblorosa mano a la cabecera de su lecho aquel papel empapado en mi llanto. ¡Ah! ¡qué despertar va a ser el suyo! ¡No puedo pensar en ello sin estremecerme!

Contemplo un instante aquella frente dormida y pura: siento que se me parte el corazón al ver la apacible sonrisa que la engaña en su sueño mientras yo me encamino al martirio. ¡Si la despertase, no tendría yo valor para marcharme!

Oigo resonar los pasos del guía impaciente, me hinco de rodillas al pie de aquella cama, aplico a sus plantas mi frente, mis ojos, mi boca; invoco en mi corazón a todos los ángeles del Señor rogándoles que custodien al ángel allí dormido; le bendigo con la mirada, con mis lágrimas, con el ademán; al fin mis pies se desprenden de aquel suelo donde queda mi corazón, y los pastores me arrastran lejos de la gruta; bajo en pos de ellos por la nudosa escala; una vez en la desierta cabaña, trueco con el pastor mis ropas usadas por un sayo gris, me calzo zapatos de gruesos clavos; mis largos cabellos que caen sobre mis hombros, mi rostro curtido, mis dedos escoriados por el frío, me dan el aspecto de un joven montañés, y así disfrazado desciendo por los caseríos, pasando inadvertido de los transeuntes; mi guía me conduce por la ciudad, me aloja en su albergue como a un compañero suyo, y penetrando con él en la prisión, debo echarme hoy a las plantas del santo mártir.

En el hospital de Grenoble, 5 agosto 1795, por la noche

¿Dónde estoy? ¿Dónde me sepultaré? ¿Dónde podré distraer mi mente?.. ¡Señor! ¡perdonad a esa alma in-



A. Mas y Fondevila, dibujó

Apoyada en mi brazo, ha querido andar por la nieve seca (pág. 149)

sensata! ¡Pero no, no; descargad el peso de vuestro enojo sobre este corazón vacilante, agitado, que no ha sabido distinguir entre el crimen y la virtud, y que, en los accesos de una noche de delirio, no sabe ya si el cielo le detesta o le admira!

. . . .

Sí, me aborrezco: ¡oh! ocultadme donde yo mismo no me vea. ¡El obispo!.. ¡me bendijo!.. Pero ¿y tú, y tú, Laurencia? ¡Asesino y caritativo apóstol a la vez, he salvado con una mano matando con la otra.

. . . .

. . . .

Pero ¿dónde estoy? ¿a qué sitio me han traído moribundo? Todo lo que veo es extraño y nuevo para mí: éste no es el albergue del pobre montañés. ¿Qué significan estas camas provistas de blancas sábanas y cuya numerosa fila se prolonga en la sombra y corresponde a la mía? ¿Qué significa ese emblema del cristianismo puesto en el techo? ¿Qué significan esos velos blancos, esas mujeres o sombras que se cruzan silenciosas por esos obscuros corredores, entreabren las cortinas, y se inclinan sobre los lechos, cual joven madre sobre la cabecera de la cama de su hijo? ¡Oh! A la dudosa claridad de sus lámparas, vislumbro la maravilla de la caridad, esos albergues del pobre donde se bendicen sus pasos, esos refugios de Dios, esos lechos de los que carecen de él, esas esposas de Jesucristo a la cabecera de las miserias, madres de todos los hijos y hermanas de todos los hermanos.

En el mismo sitio, 6 de agosto de 1795, por la mañana

¿Qué ha ocurrido en el mundo en un solo día? ¿Cómo es que estoy aquí, conocido por mi nombre? ¿De qué procede este respeto, esos cuidados que me prodigan, esas miradas de contento que veo en sus miradas? ¡Dicen que París ha dado muerte al tirano, que por fin ha terminado en Francia este largo año de matanza, que los calabozos vaciados se abren en todas partes por sí mismos, que se restablece en los templos el emblema de Dios, que la muchedumbre ha hecho pedazos sus instrumentos de muerte y lleva al pie de los altares su júbilo o sus remordimientos; que me trajeron aquí desde el lugar del sacrificio empapado en la sangre del mártir, moribundo, sin oir resonar en pos de mí, a través de mil clamores, el grito de libertad que parecía resucitar a la Francia en su tumba, y que el carcelero, al abrir la prisión, ha revelado mi nombre a las hermanas del hospital...

En igual sitio y fecha, por la noche

Todo duerme... A la cabecera de mi lecho vela una santa mujer... Recobro la luz de la razón... Recojámonos, alma mía. Mis ojos no pueden reconciliar el sueño; mis pasos quisieran encaminarse adonde está siempre mi corazón, pero no tengo todavía fuerza para darlos; mis pies me llevarán mañana con la aurora; estas hermanas permitirán que abandone la cama para

correr..., adonde temo llegar, ¡oh Dios mío! ¡Ah! en este perpetuo y abrasador insomnio, las escenas de la víspera y de mi agonía acuden a mi mente cual vago y lejano recuerdo, como hilos rotos que procuramos reunir, y que en tropel se reanudan en mi mente; ante mis ojos se despliega el espectáculo ofrecido por mí mismo; al fin me comprendo, me siento, me veo, y vivo por segunda vez en ese terrible día.

. . . .

. . . .

La víspera, el tribunal popular había votado en su saña la muerte del obispo cautivo; y yo oía al pasar los sordos martillazos que clavaban durante la noche los maderos del cadalso. Entré en la prisión; la bajada por aquellas ásperas escaleras era larga y sus peldaños estaban húmedos; al resbalar por ellos los pies, entre el frío y brumoso ambiente, parecían pegarse en sangre; no sé qué olor de lágrimas, no sé qué sudor resbalando en gruesas gotas por los muros, revelaban, bajo aquellas bóvedas, angustias y tormentos humanos: cada baldosa exhalaba allí prolongados gemidos. Hubiérase dicho que aquellas paredes, aquellas heladas *gemonías*, sudaban sus angustias como condenados.

En lo más profundo de aquel tenebroso embudo se llegaba por un negro corredor al horrible calabozo, agujero abierto en la roca, excepto la angosta puerta cuyos pesados goznes recibían la reja baja y robusta. El carcelero descorrió los cerrojos y la puerta retro-

cedió rechinando. La sombra palideció a la luz de la linterna que difundió por las paredes una claridad lívida y tenue, y divisé al anciano que, deslumbrado por ella, miraba sin ver desde el fondo de su mazmorra; aquel rayo de luz, concentrado en su rostro, hacía que éste se destacase sobre la obscura pared, como si hubiera iluminado su frente una aureola santa, para borrar la afrenta de su prisión.

Sus cadenas, remachadas en el muro, le abrumaban con su grave peso, rebajando un poco su elevada estatura; al través de los jirones de sus hábitos asomaban sus enflaquecidos miembros; con una mano sujetaba alrededor de su cintura la mísera manta de los pobres presos, y con la otra sostenía el enorme haz de hierros que pendía en eslabones de sus brazos desnudos; sus pies casi descalzos, pues únicamente los protegía un resto de sandalias, estaban amoratados de frío y temblaban sobre las baldosas. Un montón de paja húmeda, en la cual se veía aún la huella de su cuerpo, una escudilla de madera para recibir la sopa, una gota de vino en el fondo de una copa, era todo el mueblaje de su fangoso palacio, su lecho, su bebida, su vajilla y su alimento; pero las enjutas facciones de un pálido rostro, sus cabellos escasos, sucios, encanecidos por los años, que a modo de corona ceñían su frente casi calva o caían ensortijados sobre sus huesosos hombros; su barba, sin cortar en más de un año, diseminada cual espuma por los cóncavos hoyos de

sus mejillas; sus ojos hundidos, rodeados de un azulado círculo, que brillaban como ascuas en su órbita obscura; su mirada, debilitada por aquella sombra eterna, buscándonos sin vernos desde el fondo de su pupila; el vigor pintado en sus espesas cejas; la apacible sonrisa de sus entreabiertos labios; la resignación en medio de la angustia, impresa en sus facciones llenas de santa armonía; la humanidad vencida y sujeta a la fe, ¡todo resplandecía en él!.. ¡Y creí estar en presencia de uno de esos campeones de las nuevas verdades a quienes los ángeles del Señor servían y cobijaban bajo sus alas y que, nutridos ya con el oculto pan de los fuertes, se regocijaban ante el suplicio y vivían de su muerte!

Al entrar, deslumbrado por aquella frente radiante de claridad, caí temblando de rodillas sobre las losas, como si alguna mano me hubiese obligado a prosternarme y sin atreverme a avanzar ni a retroceder. El carcelero le dijo:

—¡Que en el resto de la noche no os falte la compañía de Dios! He cumplido mi promesa: aquí tenéis a ese joven.

Dejó a mis pies la linterna, y salió cerrando tras sí la pesada puerta.

—¿Sois vos, hijo mío? ¡Venid, que yo os vea! ¡Oh! Tenga yo en mi última hora la suprema satisfacción de estrechar contra mi pecho a un hijo de Jesucristo, a un hermano de mi fe, nutrido en el mismo espíritu.

¡Bendito seáis, Dios mío, cuya gracia infinita me tenía reservado en secreto este don para la hora de mi agonía! ¡He apurado hasta el fondo mi cáliz de hiel, pero su gota postrera tiene ya sabor de gloria! ¡Hijo mío, voy a morir; mi aurora eterna va a brotar muy en breve del seno de mi última noche. Mañana entonaré el Hosanna triunfante. Hoy todavía soy hombre y pecador. Hijo mío, antes de presentarme ante el Santo de los santos, necesito lavar mi alma en el puro manantial de un sacerdote; encargado de un gran rebaño para santificarle, debo, al partir, confiarle mi santo redil; no puedo depositar más que en su mano sagrada las llaves del *Sancta Sanctórum*, cuya entrada custodiaba yo; al morir, sólo de él puedo recibir el perdón que yo tenía la facultad de otorgar y que hoy imploro. Pero cuantos están dotados de esa facultad divina vagan errantes por la tierra, fugitivos o proscritos; el destierro, la cárcel o la mortal cuchilla no respetan a ninguno de los que subían al altar; sólo quedáis vosotros, jóvenes levitas, que todavía no tenéis ligadas vuestras benditas manos. ¡Pedí al cielo de rodillas que me enviara uno de vosotros; Dios me inspiró, hijo mío, y pensé en vos! ¡Oh! ¡Cómo presentía mi corazón el vuestro desde aquí! Tenía la seguridad de que vos, fiel al deber del apóstol, acudiríais a la prisión, al cadalso, seducido por el martirio y hasta tentado de morir, y de que cuanto más lleno estuviese mi cáliz del horror del suplicio, con mayor afán os prestaríais a beberlo.

Yo nada contesté; ya no le oía, e incliné en la sombra mi frente avergonzada y confusa.

—¿Debo explicarme mejor?, repuso él. ¡Dios necesita un santo sacerdote, y vos vais a serlo, hijo mío! ¡La Providencia y yo os hemos designado para consumar aquí un doble holocausto; voy a consagraros al borde de mi tumba; bajad la cabeza, hijo mío, para recibir en ella la sagrada unción; y cuando el Espíritu Santo haya penetrado en vos, yo, moribundo pecador, me postraré a vuestras plantas y recibiré de vuestra mano, en el santo sacrificio, el pan del viático y el vino del martirio. Recibid, pues, de manos del mártir, el augusto sacramento; morid para que Dios viva...

—¡Un momento, padre mío, le dije apartando de mi frente el signo sagrado; esperad y temblad: soy indigno de él! ¡Mi alma pertenece a mi Dios, mi sangre a mi fe; pero mis días profanados no son ya míos, y Dios no puede exigir que yo le sacrifique dos muertes en una muerte, dos corazones en una vida!

Sus ojos sondearon los míos, y anublóse su frente. Entonces, con balbuceante voz, le tracé la historia de los dos años pasados lejos de él, de mi fuga, de aquel niño conducido por Dios a mi desierto, de su triste abandono, de mi tierna compasión, de ese amor largo tiempo incubado bajo las alas de la amistad, de aquel traje engañoso que, ocultando las formas de la mujer, acostumbraba mi alma a la seducción; de ese secreto fatal descubierto harto tarde, de nuestros mutuos juramentos, de mi furtiva partida, de su muerte que se-

guiría pronto e irremediablemente a la mía, si arrancara de tal suerte mi mano de la suya, y si, aun teniendo por premio el cielo, llegase yo a engañar a ese corazón que más valdría traspasar de una puñalada.

Guardé silencio, y me pareció leer en sus facciones indignadas, ora el horror, ora una sonrisa desdeñosa.

—Así, pues, hijo mío, ése es el gran secreto del que se reiría cualquiera que no fuese un padre; ved qué vergonzoso y ridículo lazo os tendía el espíritu del mal para encaminar vuestros pasos al sacrilegio. ¡Insensato! ¡Bendecid la casualidad de mi muerte, que os alcanza y detiene al borde del abismo! ¡Cuán bien conocía el espíritu tentador, pronto a conduciros a esa sima, el corazón que se proponía seducir! Cuando no puede arrastrar al crimen a nuestros elegidos, también los induce a él, hijo mío, valiéndose de sus virtudes. ¡Ah! ¡Destruid sus asechanzas y enrojeced de vergüenza! ¡Pues qué! ¿Ese sueño de un alma demasiado pronta a inflamarse por una criatura que el azar puso en vuestro camino; ese trastorno de un corazón puro que no se conoce a sí mismo; esa amistad, preludio de un peligroso amor, fruto nocivo de la soledad y del ocio; esos arrebatos, esos suspiros; esos apretones de manos que el viento de la vida se llevará mañana; esos juegos de dos niños, apartados de la vista de sus madres, que toman por amor sus cándidas quimeras, ridícula puerilidad de los sentidos y del corazón, ¿eso vencería en vos la voluntad del cielo? ¿Por ese aliciente, por semejante causa, os nega-

ríais a pronunciar el voto que estos tiempos os imponen? ¿Dejaríais mi muerte sin auxilio, sin despedida, el templo sin ministro y el mundo sin Dios? Jamás hubiera creído que en estos días siniestros en que se riegan los altares con la sangre de sus ministros, en que cada uno de ellos se lanza como yo desde el fondo de los calabozos al cadalso por confesar su fe, en que el universo admira horrorizado la sangrienta batalla entre el juez y el mártir, ansioso de saber hacia qué lado inclinará su corazón, y quién resultará vencedor, si los verdugos o nosotros, jamás hubiera creído que uno de los soldados de la Iglesia, luz y ejemplo de sus discípulos en otra época, negándose a acudir con su ayuda al gran combate trabado en defensa de Dios, entregase su alma afeminada a insensatos amores, y ofreciese sacrificios al dios de extrañas mujeres al pie de los cadalsos donde perecían sus hermanos, pensando bajo qué escombros de los templos del Señor iría a ocultar su lecho juntamente con su deshonra.

—¡Oh, padre mío, piedad! ¿Qué palabra osáis pronunciar? ¡Dios sabe que mi corazón no ha temblado ante la idea del martirio! ¡Dios sabe que para llegar hasta vos no vacilé en arrostrar esa muerte de la que me envanecería! Pero vos, deslumbrado por vuestro celo y menos hombre que apóstol, no juzgáis de nuestros corazones sino por el vuestro. ¿Creéis que si el mío triunfara del amor, tan sólo arrancaría un ensueño del seno de esa doncella; que el suyo me olvidaría, que

yo mismo podría consagrar a los altares todo el amor que por ella siento; que absuelto por vuestra mano de un perjurio inocente, podría ahogar su recuerdo en lágrimas o sangre; que este afecto arraigado en el corazón, esta existencia de dos en compañía, esta grata ilusión de un año, ese rayo que nos hizo brotar a la vida al mismo tiempo, podría disiparse cual nocturno ensueño? Conoced mejor el amor del hombre y de la mujer; este amor reúne sus dos existencias en una sola trama, y aun siendo culpable, sobreviviría a la vergüenza, al remordimiento, más vivo que la vida y más fuerte que la muerte.

– ¡Silencio!, exclamó él; estáis profanando esta hora solemne, estos momentos que son todos del cielo y para el cielo, estas cadenas, esta mansión en la que un indigno mártir del Dios tres veces puro jamás hubiera debido escuchar semejantes palabras. ¡Gran Dios! ¡Hablar de amor bajo estas mudas sombras! ¡Insensato! reparad en dónde estáis. Ved en los calabozos estos miembros enflaquecidos, estos brazos levantados al cielo y lacerados por las cadenas; este lecho en que la Iglesia espira y siente entre sueños el beso del Esposo en el filo de una cuchilla; este sepulcro de los muertos habitado por la vida y que jamás se abre sino para la eternidad; estos hierros cuyos anillos enmohecidos en nuestros miembros han unido aún más a Jesucristo a cada uno de sus pastores, y este pan de amargura, y este vaso de hiel, delicioso banquete de estas celestiales bodas. Y aquí, delante de estos testi-

gos del suplicio, ante este moribundo que marcha al cadalso, ¿osáis hablar de esos amores mortales, vos, destinado de antemano a nuestros dichosos altares, vos, a quien su sagrado luto y la sangre que hoy los enrojece os consagraban a ellos con vínculos mucho más fuertes? ¡Ah! ¡Cómo aumenta esta amargura la agonía de mi muerte! ¿Vos, vos traidor? ¡Pero no; es imposible! ¡Vos no mancillaréis una vida tan casta, vos no arrojaréis a mi frente ese lodo; vos no daréis ese vinagre en vez de agua al anciano que pide una gota al verdugo; no permitiréis que parta de este mundo el alma de vuestro padre sin llevar consigo el perdón que espera, sin haber oído antes de un ministro de Dios la palabra de paz y de salvadora despedida! ¡Ah! ¡cuánto he suplicado al divino Maestro que llegara esta hora! ¡Cuánto he suspirado por que un justo, un santo sacerdote, me recibiera, cual Dios, postrado a sus pies, y me dijera antes de morir: «Vivid, yo os absuelvo» porque ofreciese por mí en la víspera del suplicio esa copa de sangre, ese fruto del sacrificio que mis dedos mutilados no pueden sostener ya, y me bendijera ese pan que yo no me atrevo a bendecir! Y cuando el ángel, atendiendo mi último ruego, os trae del cielo al padre que os implora; cuando para divinizar esta hora de la muerte, sólo necesito una palabra, ¿os negaríais a pronunciarla? ¡Oh, hijo mío! ¡en nombre de estas lágrimas postreras que caen de mis párpados sobre vuestras manos filiales, en nombre de estos cabellos encanecidos en los cala-

bozos, de estos miembros prometidos para mañana al cadalso, en nombre de los tiernos cuidados que me tomé por vuestra alma; en nombre de vuestra madre! ¡en nombre de esa mujer que si pudiera veros aquí con sus virginales ojos os incitaría con el ademán y con el corazón a cumplir vuestro deber y que, hija de Jesucristo, no querría sin duda comprar vuestra vida al precio que ella os cuesta, desgarrad la venda que cubre vuestros ojos; decid esa palabra, hijo mío, para que la lleve conmigo a los cielos!..

De mi frente brotaban gruesas gotas de sudor; yo avanzaba y retrocedía como hombre indeciso, y permanecía mudo, meditabundo, sin resolución.

La mirada del anciano lanzó un destello de sobrehumano enojo; irguióse su cuerpo, como si su idea le hubiese levantado del suelo, con un codo más de estatura; extendió hacia mí su brazo cargado de cadenas; el calabozo se iluminó con el resplandor de su fe. ¡Creí ver el rayo interior de su mente brotar serpenteando en la tenebrosa mansión; su voz adquirió la cólera y vibración del profeta lanzando su maldición, terrible rugido de los leones de Judá!

—¡Pues bien! dijo; puesto que os mostráis insensible a mis lágrimas; puesto que la caridad para un padre expirante no puede reavivar en vos el amortiguado fuego, puesto que aun vaciláis entre la salvación que el anciano implora y vuestro infame amor, no sois cristiano ni sacerdote de Jesús; apartaos de mí..., ya no os conozco. Salid de este calvario en que vuestro

maestro expira; no sois sino un verdugo más que le martiriza; no sois sino un testigo cobarde, indigno de presenciar cómo el cristiano padece y muere por el deber, digno tan sólo de vestir en la calle el traje ensangrentado del lictor que le mata. Sí, retiraos de mi presencia y de este lugar sagrado; salid, pero no tal como habéis entrado: salid llevando la cólera divina sobre vos y sobre el objeto...

—¡No acabéis, padre mío! ¡No la maldigáis, deteneos: recaiga todo sobre mí!

De una sola mirada juzgó hasta dónde alcanzaba su fuerza y mi terror, del mismo modo que el leñador ve el árbol que oscila.

—¡Escuchad! me dijo con voz solemne, como si hubiese hablado desde ultratumba a mortales que le escucharan desde aquí abajo: hay en la vida una hora de luz, límite indeciso entre éste y el otro mundo; hora en que el alma de los cristianos, pronta a desprenderse del cuerpo, ve ya las dos orillas del abismo de los tiempos; en que la atmósfera divina de la eternidad la ilumina en sus tinieblas con luz sobrenatural, y, revelándole el sentido de las cosas terrenales, da una entonación profetica a sus últimos acentos. Se habla entonces y se oye sin temor alguno; pues Dios es quien habla por boca del moribundo. Yo me hallo en ese instante, y siento en mi corazón ese Verbo del Altísimo que habla sin error. Me ordena que arranque, con mano sobrehumana, a uno de sus hijos del lazo que le tiende el mundo; comunica a mis acentos la autoridad

del hado; acepto la responsabilidad de la sentencia que emana de mis labios; respondo con mi salvación de la santa violencia que os hace caer a mis plantas sin oponer más resistencia; ¡obedeced al Altísimo que truena en mi voz!

Mi frente sintió entonces el peso de su mano y de sus cadenas; creí sentir la mano y el trueno de Dios que me abrumaban con su peso y con su estampido en la tierra; petrificado de horror, con todos mis sentidos como heridos del rayo, caí sin voz y sin aliento a sus pies; efectuóse entonces una transformación divina en todo mi ser, y cuando el anciano me levantó del suelo, era yo sacerdote...

. . . .

. . . .

El anciano se arrodilló a su vez a mis pies, y confesó su vida al Dios que le escuchó; luego me hizo celebrar para él el santo sacrificio, sirviéndonos de Calvario una piedra saliente del calabozo. Sobre aquel altar de lágrimas, un negro pedazo de pan fué la imagen de Dios que le partió mi mano; una copa de madera hizo las veces de divino cáliz, en el que el vino figuró la sangre del sacrificio; y la linterna, despidiendo fúnebres resplandores, representó el cirio y el blandón de nuestras solemnidades.

Yo iba repitiendo las palabras que él mismo me dictaba; cuando llegué al momento en que, recordando el sacerdote la simbólica despedida de la última Cena, ve en aquel pan un cuerpo y en este cuerpo un

Dios, el sitio, la emoción, la hora, aquellas tétricas paredes, el eco de las palabras sagradas que circulaba por las tinieblas; aquel moribundo a mis pies, pidiéndome con los ojos, en un éxtasis divino, el alimento de su muerte; el sentimiento confuso de sacrificarme yo mismo a esa caridad cuyo enblema tenía en la mano, la resonancia de mi pensamiento en mi interior, todo, en fin, contribuyó a concentrar mi alma en un relámpago de fe; creí percibir al Dios que sufre y consuela, arrancado del mismo cielo por la palabra sagrada, descendiendo y transformando en nueva sangre el vino y en divino alimento el pan del preso, y creí tambien humanizar a Cristo y divinizar al hombre en ese pan consumido por nuestra fe. Su labio le aspiró en un arrebato de amor; la lámpara se extinguió en la som bra... Era ya de día.

¡El sordo rumor de la muerte nos hizo adivinar la hora! El carcelero vino a abrir la lúgubre mansión y a buscar al anciano para que se encaminase al cadalso. Cayeron sus cadenas dejando una profunda huella en sus carnes. Para que pudiese llevar a cabo el fúnebre viaje, hubo necesidad de sostener su cuerpo, minado por la edad; yo le serví de apoyo, vestido de carcelero; su brazo paralizado se afianzaba en el mío. Bendiciendo a sus verdugos con su aspecto y su sonrisa, se dirigía al martirio cual pudiera marchar al triunfo, sabiendo que, en estos combates de fe, la victoria es del que cae y muere por su ley.

Ayudé a su mano temblorosa y a su vacilante pie

a subir las gradas de la fatal escalera; acompañéle hasta el mismo tablado, al pie del cual se agitaba y rugía un populacho vil; pero él sin prestar atención a aquel estúpido blasfemo, buscaba en mi mirada amiga el supremo adiós; lo leyó en ella e inclinó la cabeza sobre el fatal pilar como la inclinara la noche para dormir. ¡Entonces vi brillar la muerte en el relámpago de la cuchilla! Yo mismo caí teñido en sangre del mártir percibiendo un confuso rumor de gritos, ya porque el horror de la sangre hubiera paralizado mis sentidos, o ya porque, animado por Dios de varonil entereza mientras no hube cumplido sus mandatos, una vez consumada mi obra y muerto el santo anciano, no sacase ya fuerza de mis esfuerzos, o porque viendo de nuevo la imagen de Laurencia momentáneamente borrada de mi corazón, desfalleciese herido por mi propio pensamiento...

La misma fecha, en el mismo sitio y la misma noche

¡Ah! ¡Respiro al fin! ¡Oh, divina Providencia, en todas partes se te encuentra presente y solícita! He revelado el terrible secreto a una hermana del obispo, una santa amable y dulce, que vive oculta en este recinto, enteramente consagrada al servicio del Señor, y me ha dicho que ella misma irá mañana a la montaña a recoger a la niña, que la amará como a una hija, hasta que su familia, avisada por una carta, venga a buscarla para devolverle a la vez su nombre y sus bienes que las leyes le reconocen.



A. Mas y Fondevila, dibujó

¿Qué significan estas camas provistas de blancas sábanas?.. (pág. 161)

12 de agosto de 1795

Precedido de la hermana a quien acompaña el pastor, he subido esta mañana, débil y solo, a la montaña, deteniéndome, vacilando, retrocediendo, como hombre que duda o que marcha a la muerte. Al llegar a la orilla de la profunda garganta, cuyas ondas habían menguado tres días de sol, he encontrado dos abetos atados uno a otro y apoyados por sus extremos en ambas orillas; puente echado sin duda por los dos pastores para facilitar el paso de la pobre hermana. Acababan de atravesarlo y sus voces llegaban a mi oído. Por unos barrancos que tantas veces había cruzado en mis juegos, les tomé la delantera, mientras ellos buscaban una salida, y llegué a la gruta antes que la hubiesen divisado; pero anhelando y temiendo a la vez penetrar en ella, faltáronle fuerzas a mi corazón para entrar. Aparté con una mano el follaje del haya, me afiancé con la otra a la hendedura que hacía las veces de ventana, y con el corazón destrozado, sin aliento y con los ojos espantados, sondeé de una mirada hasta el fondo de la gruta. La vi, mi corazón gritó en mi seno: «¡Laurencia!» pero mis labios ahogaron este grito en su silencio.

Estaba de rodillas, sentada sobre sus talones, apoyando sus miembros vacilantes contra la roca; tenía la pálida y pensativa frente caída sobre el pecho, como si la abrumara el peso del dolor; sus desfallecidos bra-

zos ceñían el cuello de la cierva, recostada en sus rodillas, y estrechaba inerte y convulsivamente al animal que enderezaba sus orejas y la miraba con ternura, esperando también al parecer a aquel a quien ella aguardaba. Los largos cabellos de la joven caían en espesas matas sobre las astas de la cierva; de vez en cuando alzaba la vista sin brillo y melancólica, como para dar paso a las lágrimas que sus ojos no sentían brotar de sus caídas pestañas; su respiración, que agitaba el seno, salía a intervalos en suspiros y sollozos...

El rumor de los pasos que resonaron sobre la cueva despertó con sobresalto su oído y su alma; irguióse como un muerto a quien se llama, corrió con los brazos abiertos y exclamó: ¡Jocelyn!

La hermana se presentó en la sombra.

—¡Oh, cielos, no es él!, repuso Laurencia.

Vaciló, buscó un apoyo en la piedra, y con fulgurante mirada, fija como su alma, miró sin despegar los labios a los pastores y a la mujer.

— Hija mía, le dijo la hermana; venid, nada temáis. Vengo a recibiros en mis brazos como una niña, y Dios que os dió y os priva de un hermano, en lugar de él os envía en mí una madre.

Entonces se lo refirió todo en pocas palabras: cómo Dios había prevalecido en mi destino; en virtud de qué votos, arrancados a mi alma sorprendida, la muerte me había entregado ensangrentado, en brazos de la Iglesia, y cómo mi nombre y todo aquel dulce pasado debían borrarse para siempre de su corazón:

— Es un sueño infantil que se echa de menos y se llora, pero que un rayo de luz disipa en un momento, y del cual no quedará más que un agradable recuerdo, y un amigo invisible que rogará a Dios por vos.

Laurencia, inmóvil, abstraída, lo escuchaba todo, con la diestra extendida hacia la hermana y como rechazando con los ojos y con la mano los golpes de cada palabra que en vano procuraba parar; tenía los ojos desmesuradamente abiertos, pero vagos, perdidos en el vacío, los labios convulsos, entreabiertos, lívidos, y la boca sin palabras para expresar su dolor; pálida como el mármol, parecía convertida en estatua.

De pronto, no sé qué idea subió de su corazón animando sus descoloridas mejillas; su frente recobró vida y se enrojeció un poco; la cólera animó sus ojos con un sombrío fulgor; sus cabellos, aplanados por la angustia en su cabeza, ondularon semejantes a las olas de un mar agitado por la tempestad; sus labios, frunciéndose bruscamente con enojo, reunieron al horror la sonrisa del desdén; la hermana juntó temblando las manos, y los pastores retrocedieron de espanto ante su furibunda mirada.

— ¡Ah! ¡mentís!, exclamó; quienesquiera que seáis, volveos sin mí; id a reuniros con los que os han enviado. Os figurabais que yo era una niña fácil de engañar. Idos, mi corazón no caerá en semejante lazo. Queríais aprovecharos de un día de ausencia para arrancarme del sitio donde aguardo su regreso. Siendo así, desengañaos, señora, porque antes arrancaríais

el cuerpo al alma, y esa piedra a la roca endurecida por los siglos, que mi corazón de su corazón y mis pies de aquí...

Su voz de bronce vibraba conmoviendo la gruta, y su mano convulsa, adherida a sus paredes, parecía aferrarse a los ángulos con tanta fuerza que se hubiera creído que sus dedos se incrustaban en la roca. La hermana le dijo:

—¡Pobre joven insensata! ¿Cómo quebrantar, Dios mío, esa idea en su corazón?

Y enternecióse su voz, y su mano enjugó lágrimas que no pasaron inadvertidas de Laurencia.

—¡Lágrimas! ¡lágrimas!, exclamó ella con sobresaltado acento; si no creo en sus palabras ¿creeré en su llanto? Si mintieran ¿tendrían de mí esa compasión?

Pareció asaltarle la terrible duda, y luego, pasando por su frente su mano rígida y helada, como el que soñando aparta de sí una pesadilla, dijo con exaltación creciente:

—¡No, no! ¡No creo a nadie más que a él! ¿Puede haber huído como un vil perjuro? ¿Puede haberme sacrificado cual otro Caín, cuando Dios y mi padre me habían confiado a él? ¿Puede haberme abandonado en este espantoso desierto, cual corderillo encontrado al que se acaricia y se olvida luego? ¡a mí, a su hija, a su hermana, nutrida por espacio de dos años con la misma leche que él! ¿Puede haberme inmolado sin remordimiento a su Dios? ¿Habríase derrumbado este asilo sobre mi cabeza? Ese corazón, en el que ja-

más tuvo entrada ni la sombra de un crimen, ¿se habría abierto bajo mí como un abismo, tragándome viva en su muerte? No, no; no puede ser. ¡Habéis mentido! Y vuestra mentira es una blasfemia; aunque me lo dijera él mismo, no daría yo crédito a sus palabras.

Luego, con voz más baja y con más abatido aspecto, añadió:

—¡Ah, Jocelyn, hermano mío! ¿Dónde estás? ¡Ah! Si pudieras oirlos desde el pie de los montes ¡cómo, con vengadora mirada, vendrías a defenderme! ¡Cómo los desmentirías con tu sola presencia! ¡Cómo los abrumarías con tu sola vista! ¡Jocelyn! ¡Jocelyn! ¡Acude a través de la distancia! ¡ven a arrancar de sus manos a tu Laurencia! ¡ven a devolverme, en su presencia y en tus brazos entreabiertos, ese asilo en el cual mi corazón desafiaría al universo entero!...

No pudiendo resistir los impulsos de mi alma, me lancé desde la sombra en medio de aquella dramática escena; estalló en la gruta un prolongado grito de alegría, y Laurencia se precipitó de un salto sobre mi corazón; ciñóme el cuello con sus manos enlazadas; rozó con sus helados labios mi frente y mis ojos; plegóse a mi cuerpo como una culebra, y se oprimió contra mi seno cual si quisiera ahogarse en él; me estrechó, me sofocó con tan vehementes abrazos, que todavía siento en mis manos la impresión de las suyas; enlazándome después el cuello con el brazo como en otro tiempo, apoyóse largo rato en él con todo el peso de su cuerpo, arrogante y altiva.

—¡Atreveos a arrancarme! gritó; ¡preguntadle si me ama! aquí le tenéis para responderos. Habla, Jocelyn, diles si es cierto que tu corazón ha vendido a tu amiga, a tu amante, a tu hermana! Diles si desde ese seno en el que Dios me había depositado, me has precipitado a sus pies. Diles si has renegado, aun a la voz de Dios, de este amor, de nuestra vida en este sitio. Si eso fuera cierto, si yo lo dudase siquiera, a todos detestaría tanto como te adoro.

Dibujóse en sus labios una sonrisa áspera y soberbia, y todo su continente parecía desafiarlos mientras profería aquellas palabras.

—¡Pero habla, Jocelyn, habla a esos hombres! repuso; ¡véngate, vénganos, diles quiénes somos!

En el primer momento, el ciego instinto del corazón me tenía allí como clavado, sin vista, sin voz, sin movimiento, como un insensato que, caído en un precipicio, no siente el golpe hasta llegar al fondo, en la roca en que se estrella. La sacudida que su grito causó en mis sentidos, me rodeó súbitamente de una horrible claridad; sentí que mi propio brazo se condenaba a hundir el puñal en el único corazón que me amaba. Traté de huir por sorpresa, de desprender su brazo que parecía anudado a mi hombro; mas como si fuese un nudo corredizo que se aprieta mas a cada esfuerzo, cuanto más procuraba deshacerme, más sujeto me tenía. Por fin dando un brusco salto, me escapé de sus brazos.

—¡No, le dije de rodillas, no, me toques; no, no; no soy el que te figuras, soy!...

—¡No prosigas!, exclamó.

—¡Un sacerdote! ¡Por debilidad, o más bien por abnegación, he hecho traición a mi hija, a mi amor, a mi ventura, a mi juramento, por ofrecer al cielo mi espantoso sacrificio, he bebido en mi primer cáliz tu sangre y la mía! He hecho traición a tu fe... Huye de mí, no me des siquiera el adiós postrero; no bajes tus ojos sobre un miserable como yo; pisotéame, aplástame con tu pie; maldíceme sin remordimiento; pasa sobre mi cuerpo sin piedad; cubre con tu desprecio mi memoria eclipsada, para no volver a pensar en mí.

Y, envilecido, prosternado, con la frente en el polvo, me arrastré hasta sus plantas, para que al pasar colérica sobre mi cuerpo, pudiera aplastar mi vida y mi cabeza contra el suelo.

Mas ella, desviándose paso a paso de mi frente rastrera como se huye a la vista de una serpiente, con las manos extendidas y abiertas con horror, fijas y petrificadas sus pupilas grises, lanzó un grito, uno sólo, como si todo su corazón, destrozado de un golpe, hubiera estallado de horror: terrible y postrer grito del alma desfallecida, eco de un golpe que destruyó una vida y que resonará en mis oídos hasta la tumba.

Luego, resbalando sobre las puntas de la peña, que su frente tiñó de sangre, sus miembros cayeron iner-

tes sobre mis miembros, y sus manos al tocar las mías las helaron.

Yo comuniqué el calor de mi corazón y estreché entre mis brazos a aquel cuerpo, a aquellos miembros fríos disputándolos a la muerte. Proferí contra mí mismo los epítetos más crueles, cubrí de besos – ¡oh ángeles, perdonadme! – aquella frente ensangrentada y aquellos ojos, exclamando:

– ¡Laurencia, despierta! ¡Oh! ¡vuelve en ti a mi voz! ¡Ah! ¡si vives, adjuro mis infames virtudes y mi sagrado perjurio! ¡No he pronunciado nada! ¡No más altar, no más separación! ¡Ah! ¡mi Dios está en tu corazón, en tus brazos! ¡En ellos no tendré más llama que tu llama, ni más cielo que tus ojos, ni más alma que tu alma! No, no; han mentido; vuelve a la vida; el infierno es imposible con semejante amor.

Helados de espanto, la hermana y los pastores se acercaron, y arrancaron a la fuerza de mis brazos contraídos a Laurencia, cuyo seno, reanimado sobre mi corazón, recobraba por grados vida y calor; vi colgar los rubios cabellos de su blanca frente, que oscilaba sobre las parihuelas, al sacarla de la gruta, como se ve el último repliegue del ala de un ángel. Y yo, postrado por el horror y el delirio, sin poder dar un paso para disputar mi vida, fija la mirada en la puerta por donde acababa de verla desaparecer, permanecí tendido en la roca, donde estoy... ¿desde cuándo? ¡Lo ignoro; para mí, todos los días son noches!

Gruta de las Águilas, 15 de agosto de 1795

. . . .

. . . .

¡Oh Jesucristo! ¡yo he sudado, como tú, mi agonía en estas tres dobles noches de horror y de insomnio! ¡Ah! ¿Por qué esa voz no me dice también en mi Gethsemaní: «Todo está consumado»?

Después de haber vivido dos años del pan de la vida, del amor rebosante que tu cielo nos envía, ¿podría yo vivir aquí abajo de esa hiel mezclada con agua? ¿Podría soportar la carga del pasado, seguir día tras día, sin soñar, sin esperar lo que cada uno de ellos sueña y ninguno ha de devolverme, y andando todas las noches sin rumbo y sin objeto, decirme: «Nada aquí, nada allí, nada mañana?»

Mi vida es una tumba donde Dios mismo condena el recuerdo; semejante a la lámpara profana que no debe arder ya en la paz de un sepulcro, corazón muerto, es preciso que extingas también tu antorcha; es preciso que, si tu fuego arde latente o tu sangre mana, lo apague o la estanque siempre la mano de hielo. ¡Oh alma mía! vivir así es un esfuerzo demasiado rudo. ¿Por qué despertarme? ¡Dios mío, la muerte, la muerte!

. . . .

. . . .

¿La muerte? ¡Tal vez sí, si aun fuese yo hombre! ¡Perdonadme, Dios mío! olvidaba que soy sacerdote. ¡Sacerdote consagrado por la sangre de un calabozo!

¡Hombre inmolado ya y ya regenerado! ¡víctima humana ofrecida al Dios que el holocausto adora, cuya carne palpita y humea todavía en el altar, y que se ofrece por sí misma, antes de atreverse a ofrecer la oración de un mundo en que rogar es sufrir!

. . . .

. . . .

¡Dios me priva para siempre del néctar de sus delicias! ¡Pues bien, apuraré la copa de los suplicios, y en los vasos rotos en que el hombre bebe sus lágrimas beberé con él las gotas de sus dolores. Prorrumpiré en el grito de todas sus alarmas, probaré la amargura y la salobridad de sus lágrimas; todos sus gemidos gemirán en mi voz, como en los del Justo inmolado en la cruz, y abriendo, desde lo más agudo de mi dolor, como él desde lo más alto del Calvario, mis ensangrentados brazos hacia la tierra, abrazaré a lo lejos, llevado de santa amistad, a todos mis hermanos en destierro, en miseria y en piedad!

Mi amor fué mi vida; al purificar su llama, préstame ¡oh Jesús! tu caridad por alma; haz que ame al mundo con el mismo amor que sentí por el ángel ausente que sólo divisé un día; haz que cada hijo del hombre sea a mis ojos otra Laurencia. Sí, hazme vivir así de amor y de esperanza. ¡De esperanza! Oh, Dios mío! no condenéis esa gota de agua del cielo caída en la tierra que el hombre bebe en su mano sin detenerse para beber. Mi esperanza, Dios mío, es mi memoria. Cuando hayan sido contados nuestros días

de ausencia, cuando por diversos caminos nos hayamos remontado al seno creador del que bajaron aquí nuestras almas gemelas, ¿se reconocerán? Yo me olvidaré a mí mismo, oh Laurencia, antes que olvidarte a ti. ¿Acaso no soy yo ella, y ella no es yo? ¡Renacer sin verse ni reconocerse, sería volver a morir, Señor, pero no renacer!

Sí, tu cielo entero no es en tu seno, Dios mío, sino el eterno regreso después de la breve despedida, la mirada sin fin, el prolongado grito de júbilo que el alma envía al alma al encontrar de nuevo a su hermana, el inmortal abrazo en que todo lo que se amó halla otra vez los dulces nombres con que lo nombró el amor. Sí, en las profundidades del cielo en que te velas, en esos espacios azules, en esos senderos de estrellas, hay, oh Padre, una mansión suprema, que tu mano prepara como un nido al santo amor; hay desiertos en tus cielos velados de misterios, cimas como aquí, grutas solitarias en que las almas se refugiarán en ti para amarse, y a las cuales apenas se acercarán tus ángeles.

¡Oh Padre, en tu magnificencia fío! Tú devuelves cien mil veces lo que se te sacrifica; mas yo no pido nada en la tierra. Otros sueñan con su cielo; yo he visto ya el mío...

En la gruta, 16 de agosto de 1795

Mientras tanto, abrumado bajo esta árida roca, ciérrate corazón mío, como una tumba vacía, o como

engañosa carne que, después de la herida, cubre por algún tiempo la bala o el hierro, presentando exteriormente la apariencia de la vida, mientras que bajo la carne todo es muerte y sufrimiento. Unico suspiro de mi corazón, duerme en su más profundo repliegue; ¡que tu nombre subsista para siempre sepultado en él! No subas jamás a mis ensueños desvanecidos, ni a mis labios helados, desde el fondo de mis pensamientos. ¡Que los hombres engañados no adivinen jamás que al amarlos era a ti a quien en realidad amaba; que el alma de mi caridad era un misterio; que yo vivía del cielo mientras andaba por la tierra!.. ¡Que la divina llama de esa caridad consuma y devore tu nombre en mi lengua; que ninguna boca humana lo sepa; que hasta el día de mi muerte mi pecho oculte a todos, excepto a Dios, ese nombre, secreto e idolatrado como un tesoro visible al agotarse el manantial!

Pero ¿y ella? ¡Oh, que viva a costa de mi vida! ¡Sí; esto anhelo, Dios mío; que Laurencia me olvide! Por el amargo recuerdo de nuestro amor, os suplico, Señor, que no emponzoñéis la copa de su ventura, y que, dichosa sin mí... ¡Pero que se acuerde de mí en la tumba adonde mi alma ira a buscar la suya!

SEXTA ÉPOCA

26 marzo 1796, en una casa de retiro eclesiástico, en Grenoble, durante el delirio de la fiebre

He salido para siempre del Edén de mi vida, donde aquella Eva fué presentada y arrebatada a mi corazón, como el primer hombre salió de su Edén. Pero ¡cuán envidiable al mío es su destierro! A sus pasos seguían otros pasos al alejarse de las cerradas puertas; ahogaba sus sollozos en otros labios amados, y la áspera conformidad de dos corazones destrozados convertía dos desdichas en una felicidad. Yo, solo toda la vida, solo en mi hora suprema, aborrecido del único corazón a quien mato y a quien amo, obligado a sofocar mis quejas sin eco, y a ahogar mi corazón en sus propios sollozos; obligado a arrancar al alma su idea fija como se arranca un arma de las manos de un insensato; habiendo diseminado a mis pies toda mi dicha, sin que me esté permitido dirigirle una mirada; con el corazón vacío y desangrándose hasta morir; no atreviéndome a nombrar, ni siquiera a Dios, lo que causa mi llanto, tengo que vivir y marchar sin sombra, siempre solo, muerto entre los vivos y llevando este hábito por sudario. ¡Muerto! ¡Ah, más bien precipitado exuberante

de vida entre esos muertos cuya alma está ya helada, ahogándome sin poder morir, y nutriendo con mi sangre más caliente el gusano de mi tumba!

. . . .

¡Oh! ¿qué te había hecho yo, eterna justicia, para merecer tan joven semejante suplicio? ¿Hubiera yo encontrado este amor, como lazo tendido a mi corazón, a no ser por ti, por tus designios? ¿No había yo huído, ardoroso y lleno de juventud, de su ignorado peligro, amparándome en el ayuno y la oración? ¿No puse un espeso muro entre el mundo y yo, para conservar la castidad de mi corazón y la pureza de mis miradas? ¿He sido yo quien lo ha derrumbado sobre su cabeza? Y cuando, para guarecerme de la rugiente tempestad, fuí a sepultarme en el hueco de una roca, ¿era a ella o a vos, Señor, a quien iba a buscar allí? ¿Fuí yo quien, encargándome de esa criatura desconocida, la llevé, la encerré en la inaccesible montaña, y a causa de mi ignorancia y de su disfraz, me creé el peligro de experimentar un doble sentimiento? ¿Fuí yo quien, alimentando la llama de nuestros dos corazones, hice que viviésemos dos años con una sola alma, para que, al separarnos bruscamente y sin compasión, se llevase cada uno la mitad del alma del otro?

. . . .

Si fué Dios quien lo hizo, ¿por qué lo expío yo? ¿Paga a sus ojos el inocente las culpas del impío? ¿O más bien entra en sus sagrados designios que los que él

ha escogido por santos en la tierra, sean los primeros que le sirvan de víctimas en el altar, antes de quemar al hombre en sus sublimes aras?

. . . .

¡Oh! yo me sometería sin murmurar a tu ley, ¡oh Dios celoso! si tu cuchilla sólo me degollara a mí. He querido, he intentado abrazar tu misterio, y sabré soportarlo y callarme, aun a costa de mi sangre. ¡Pero ella, ese ángel apenas descendido a la tierra caído en el lazo tendido al hombre solamente, tierna criatura confiada a mi seno por ti mismo, sacrificada, oh Dios, por mi amor, proscrita de estos brazos abiertos para sostenerla! ¿es justo que venga a tropezar con mis pies en su caída, a arrastrar en las languideces de una viudez eterna la imagen indeleble del rostro que adoró, o a sufrir, joven y muerta, en los brazos de otro esposo, los precoces digustos de un corazón desengañado; a acusarme para siempre del frío que la consume y a blasfemar de su Dios por el nombre que adora? ¡Ah! es superior a cuanto puede aceptar un mortal lo que sería forzoso redimir aún a costa de perder el cielo, lo que yo redimiría con mi vida eterna, con mi inmortalidad, que maldigo sin ella...

. . . .

¡Oh Laurencia, piedad! ¡vuelve! ¡perdóname! ¡Yo te sacrifiqué a Dios, y mi Dios eras tú! De ti y sólo de ti sacaba esa fuerza suprema que me elevaba desde el suelo por cima de ti misma y que me hacía encontrar, para protegerte mejor, todo sacrificio pequeño y

toda carga leve. Yo me creía un Dios..., pero no era más que un hombre. Maldigo mi triunfo antes de alcanzarlo. Me arrepiento cien veces de mi falsa virtud. ¡Ah! Si todavía es tiempo, ¿me escuchas, Laurencia? Yo me postro a tus pies, y te abro para siempre estos brazos para que vuelvas a arrojarte enajenada sobre mi seno; sí, estos brazos, que al estrecharte, oh hija, oh hermana mía, van a retenerte sobre mi corazón. ¡Oh! ¡me oyes, ven, ven, viva o muerta; ven para que te lleve a nuestro cielo! Derribemos la roca; corramos sin escuchar lo que brama allá arriba, lo que maldice aquí abajo; no escuchemos esas voces que mienten a la naturaleza; el oráculo es, en el corazón de cada criatura, la irresistible voz que convida a la felicidad; es mejor que la virtud, la inocencia y el honor; es el grito del mismo cielo que resuena en la tierra; ¡amémonos, vida mía! Vamos a ocultar misteriosamente a las miradas humanas nuestros inefables amores, que no tendrán fin sino con nuestra vida; apuremos las delicias de nuestra doble existencia; cuando la muerte viene a romper la copa en nuestros dientes, ¿quién sabe cuál es el sabio y cuál el insensato, si aquel que la ha bebido tal como Dios la escanció, o el que negándola a su apagada sed, sacrificó su vida al sueño de la muerte? Si esta duda existiera, desearía sentirla. ¡Una vida contigo, y después morir para siempre! ¡Una vida contigo, y luego el infierno y sus llamas! ¡Una vida contigo, y la muerte para nuestras almas! Porque esta horrible vida es un infierno sin ti; la nada

externa comienza en ella para mí! Sí, se acabó, huyo, te arranco de este mundo y te llevo al cielo...

(La campana de la capilla llama a los jóvenes sacerdotes al coro.)

¡Bronce sagrado que resuenas; grito del cielo que me llama a las gradas de mi cruz! ¡Ah! ¡mi corazón extraviado vuelve a encontrar su camino a tu voz!

. . . .

Como alas de ángel agitadas en mi cielo, ahuyentas las vergonzosas ideas de mi mente. Rechazas el crimen junto con la desesperación de este seno que renace a los acentos del deber. Se me figura que lloras con mis propios sollozos. ¡Simpático instrumento de estas santas moradas!, ¡de qué peso tan grande has aliviado a mi corazón oprimido! ¡Cuántas almas en pena han meditado a tus vibraciones! ¡Qué de buenos impulsos, qué de santos ardores han confiado los ángeles a tus sonidos! ¡Qué de pesados suspiros se han remontado a Dios en tus alas desde la sombra del santo lugar! ¡y cuántas veces no has anunciado para la virtud el fin de santas agonías! ¡Tú cantas a los mortales el alba y el crepúsculo! ¡tú sabes cuán cortos son los momentos más largos, y cuán poco puede compararse con la hora eterna lo que la vida se lleva en sus alas! ¡Un poco más de destierro, un poco más de hiel, oh alma mía, y tus horas sonarán en el cielo!

Marchemos mientras tanto, marchemos con la cabeza inclinada, cual hombre abrumado por el peso de

las ideas. Vamos a confiárselas al Dios consolador. ¡Ah! cuando aun podemos orar el uno por el otro en el vasto seno de Dios cuyo amor nos reúne, el encontrarnos en él ¿no es vivir juntos?

. . . .

En mi celda, Grenoble, 14 de mayo de 1797

Para templar mi alma en el fuego del sagrado atrio, vivo hace dos años con estos hombres consagrados a Dios; pero su aspecto de paz y beatitud no puede sosegar la intranquilidad de mi espíritu.

¡Cuán leve parece para ellos la carga de los días! ¡Cómo se conoce que su virgen corazón se seca en el cumplimiento de sus deberes que aceptan con gozoso semblante! La sonrisa del justo se muestra siempre en sus labios; nada hay que arranque un suspiro de su seno. ¡Ah, corazón mío!, ¡si pudieras también someterte como ellos! ¡Si la aparición del pasado que me persigue pudiera borrarse de mi vista hasta en sueños! ¡Si la sombra de estos muros pudiera ocultármela! Pero siempre parece seguir la huella de mi paso, siempre la estoy viendo descender, subir, irradiar de cada artesonado, de cada columna, y si para librarme del fantasma adorado cierro los ojos, resulta que ya ha penetrado en mi alma...

¡Oh cumbres de montaña, aire puro, oleadas de luz; vientos sonoros de los bosques, ondulaciones de los matorrales, tranquila superficie de los lagos, cascadas polvorosas de los torrentes, en que el éxtasis extravia-

ba mis ojos y mis sentidos errantes, en que abrazaba llorando con brazos convulsivos, en vez de estos mármoles fríos, raíces de árboles, y pegándome al suelo como para escuchar, paréceme sentir a Dios palpitando en mi corazón! Desierto en que resuenan los ruidos de la naturaleza, ¡cómo llora mi alma oprimida en este obscuro recinto su magnífico y primer horizonte, y rompe con sus suspiros las paredes de su cárcel!

Paréceme ¡oh Dios mío! que este techo que me abruma hace más pesada la vida y comprime el éxtasis; que yo respiraría más libremente en otra parte; que el viento secaría la acritud de mis lágrimas, y que el aire me ayudaría, como ayuda a las águilas, a elevarme hasta Dios, mucho mejor que estas frías reglas.

. . . .

Sin embargo, esos hombres son dichosos bajo estas leyes, y siguen su camino sin rodeos. ¡Ah! ya lo creo; no han respirado el ardiente aire de las tempestades; la sombra de estas arcadas ha cobijado siempre sus cabezas; su memoria está llena de Dios, de su ley, no tienen que alimentar una hoguera en su seno, ni que matar su pensamiento, ni engañar, ni sonreir ocultando en su mano el áspid que la desgarra; en su vida no hay sombra ni en su corazón doblez; pero ¿y yo, Señor, y yo?.. ¡Dios mío, el olvido, el olvido!

En la misma casa, 25 de julio de 1797

¡Ah! ¡Con razón suponía yo que las falsas apariencias mancillarían nuestra inocencia hasta la tumba!

que nadie creería jamás que dos corazones que han vivido en el desierto en una misma morada, alimentando dos años el amor, se hubieran conservado puros, solos, sin más guarda que la mirada de Dios que los contemplaba. Veo esta sospecha impresa en todas las frentes; la santa caridad de mis compañeros me ahorra sonrojos; pero, a pesar de la dulzura con que me hablan, se conoce que mi presencia es sospechosa a su virtud, que me temen, que me rehuyen, y que soy para ellos objeto de repulsión, como un pobre leproso. Dondequiera que me presento, se hace la soledad en torno mío; me veo solo al pie de los altares, en las comidas, en el estudio, y todavía más en las horas de la tarde dedicadas al esparcimiento; tan luego como resuenan mis pasos en el extremo de un corredor, cesan todas las conversaciones y las frentes se anublan; todos se hacen a un lado, se apartan, ceden el puesto a mi sombra; cada cual desvía en mi presencia su mirada glacial, y no vuelve la animación hasta que he pasado. Y yo, bajando la cabeza, sin encontrar un corazón que me ame, paso esquivándome, avergonzado de mí mismo.

Y sin embargo, ¡cuánto bien me hubiera hecho una mirada amiga! Tal vez mi corazón ha velado también la mía. Tal vez la llama amortiguada en mi seno ha devorado toda la simpatía que pudiera inspirar; y mi mirada, fría como el mármol, extingue todo sentimiento que en ella pudiera encenderse.

. . . .

Grenoble agosto 1797

El obispo me ha dicho al fin:

«Abrevio el tiempo de vuestra prueba, hijo mío; mi pobre Iglesia está escasa de servidores; la vejez, el cadalso o la infidelidad han limitado por desgracia el número de los pastores de mi pueblo, insuficiente ya para sus miserias; crece hierba en el atrio de todas mis iglesias; todos los días acude a mí alguna abandonada parroquia, donde la infancia se halla en la horfandad y los difuntos carecen de honras fúnebres, para pedirme un sacerdote; podría daros a escoger entre mil; pero no ignoráis, hijo mío, que el mundo tiene fijas, con razón, en nosotros sus celosas miradas; que para tocar a Dios quiero manos tan castas como las de los ángeles; y que acerca de vos han circulado extraños rumores. Quiero ignorarlos. Si un día fuisteis débil, vuestra fidelidad lo ha redimido todo; el arrepentimiento, como el fuego de Isaías, al consumir el corazón renueva la vida. Pero la sombra del pasado jamás debe empañar al ministro del cielo; ningún mortal recuerdo debe recordar al hombre en el sacerdote de Dios. Es preciso que se le dé tan sólo el nombre de pastor de almas; que el que llevó en la tierra se borre bajo el otro; que parezca haber descendido del cielo al altar, y que la distancia, el misterio y la gracia borren las huellas de sus pasos en la vida.

»En el último término habitado de los Alpes hay una aldea, accesible en verano, pero cuyos senderos la

nieve acumulada cierra por espacio de ocho meses a los habitantes del valle. Allí, en algunas cabañas diseminadas por las vertientes, viven unas cuantas agrupaciones de pobres montañeses que, en los reducidos campos que disputan al águila, siembran, entre castaños, cebada y centeno, cuya cosecha apenas les permite llevar a término el pálido sol de principios de otoño. El Dios del indigente os entrega ese reino; su altar es de madera y sólo tiene por techo un cobertizo de paja; pero Él acoge mejor las oraciones del pueblo y del sacerdote allí unidos que las que se le dirigen desde un altar de lujo deslumbrador, pues recuerda todavía que su humilde luz alumbró las chozas de los pastores antes que los soberbios templos; y os tendrá sin duda en cuenta en el cielo las almas de esos campesinos que cuidéis, todas las cuales tienen el mismo valor para Él. Id, pues, hijo mío.»

17 de septiembre de 1797

Iré, acostumbraré mi alma a la soledad, desollaré mis pies en los senderos más ásperos. ¡Bendecidme, Señor; que mi corazón, consumido de amor y castigado por haber amado en demasía, se apague y vuelva a encenderse en la hoguera del altar; mas para amar en vos, con vos y por vos, a todos en lugar de un solo ser, y a este ser en todos!

CARTA A SU HERMANA

Siete meses después. Aldea de Valneige, mayo de 1798

¡Hermana mía! ¡Oh, qué tiempos tan felices me trae a la memoria este dulce nombre! Tierna pareja nutrida en el mismo seno, a la que nuestra joven madre sentaba y arrullaba en sus rodillas. ¡Hermana! ¡Oh! permite que borre para escribirlo de nuevo este nombre que mis ojos nunca se saciaron de leer, y que mi pluma estaría trazando desde la noche hasta la mañana siguiente, si dejara que mi corazón se derramase por mi mano! ¡Oh! este nombre que por espacio de tanto tiempo no ha resonado en mi oído ¡qué de cosas dormidas despierta en mi alma! Toda esta mitad muerta y fría del corazón, vuelve a encontrar ante ese dulce nombre su mundo interior, mundo de sentimiento, de amor y de inocencia, en que Dios mece nuestra infancia como en una cuna; cuyo recuerdo punzante nos persigue, y en que más adelante los ojos se llenan de lágrimas al dirigirle una mirada.

¡Mi madre! ¿Pero es cierto? ¡Dios nos devuelve nuestra madre! Los vientos han mantenido sujetas las

amargas ondas bajo las velas de su barco. Tú, tu marido, todos regresados felizmente, y además tres tiernas criaturas venidas a este mundo durante vuestro destierro, como aquellos pajarillos que, siendo niños, encontramos un día al pie de un árbol después de la tormenta, que recogimos de la rama desgajada en que estaban y que te llevaste metidos en el delantal.

Pero no me has hablado bastante de vosotros, sobre todo de ella. Mi memoria fiel la ve perfectamente al través del lejano recuerdo, tal como la vi bendecirme a mi partida, y tal como, a excepción de una criatura, ninguna otra ha dejado impresa en mi mente una imagen más celestial. Pero dime ¿no han cambiado en nada sus hermosas facciones? El tiempo, el prolongado destierro, sus cuidados, sus añoranzas, los fríos ¿han pasado sobre su rostro sin dejar en él huella alguna como tampoco la dejan en el cielo? ¿Conserva su mirada aquel tierno y amoroso rayo que comunicaba a nuestras frentes una impresión de grato calor? ¿Se ve todavía en sus pálidos y tiernos labios aquella sonrisa siempre moribunda y siempre naciente? ¿Tiene en su frente aquella ligera y pensativa arruga que besábamos ambos, oh hermana mía, para disiparla, cuando su alma, recogida de noche en el jardín, nos miraba jugar llena de melancolía? ¿Las separaciones y largas angustias no han aclarado sus negros cabellos, o encanecido sobre su frente aquellos sedosos bucles que ceñían sus sienes reflexivas?

¿Conserva todavía su voz aquel grato timbre argentino, aquellos acentos que nadaban en sus labios, de los cuales con tanta ternura brotaba y resonaba nuestro nombre, y que mi mente cree oir con frecuencia? ¿Te estrecha aún contra su seno como solía hacerlo cuando lo tenía demasiado henchido? ¿Sus piadosas caricias te proporcionan, hermana mía, desde la mañana hasta la noche, el mismo dulce embeleso? ¿Sientes aún, con sólo descansar tu frente sobre sus rodillas, aquellos celestiales éxtasis que descendían sobre nosotros?...

Mi cariño te interroga con inquietud, porque su letra, que tengo tan conocida, podría engañar el ojo de un hijo en las pocas palabras añadidas a tu carta; yo casi hubiera dudado, si su mano no se hubiese revelado en ellas. Tal vez dirás: «Te forjas vanas aprensiones.» Podrá ser; pero a los ojos de un hijo tanto tiempo privado de contemplar a su madre, todo es aprensión y miedo; y desea encontrarlo todo tal como era en un ser tan querido. El menor trazo de la pluma es todavía algo de su madre, y si advierte en el escrito algún asomo de languidez, teme que alguna mudanza haya alterado también el corazón; que esos caracteres faltos de vigor, que sus ojos examinan, revelen en el fondo tristeza o achaques. Asegúrame que esa alteración de su mano no era más que la tierna emoción de la dicha.

. . . .

. . . .

Ahora es necesario que describa mi pluma la agreste morada en que Dios quiere que yo viva. Decís que necesitáis saber dónde encontrarme cuando vuestro corazón desee pensar en un hijo o un hermano, a fin de que, al buscarse, nuestras almas reunidas recorran los mismos senderos, vivan con la misma vida. ¡Oh ángeles míos ausentes!, seguidme con la imaginación: voy a describiros la casa y los parajes.

En una de las verdes mesetas de los Alpes de Saboya, oasis cerrado a toda vía por las rocas, donde la aterrada mirada del hombre no ve sino abismos sobre su cabeza y abismos a sus pies, la naturaleza extendió algunas estrechas pendientes, donde el granito retiene la tierra entre sus hendeduras; y sólo a duras penas permite que germine en ellas el árbol y que el hombre labre ligeramente y siembre algo en la escasa tierra. Inmensos castaños de largas ramas incrustan sus troncos en las grietas de las peñas y penden sobre obscuras simas, como pende el alelí de las paredes ruinosas; vese abajo, a mil pies de sus ramas, la gran llanura azul con sus carreteras blancas, las doradas mieses, los bosques como un punto negro, y los lagos que reflejan el cielo como un espejo; el reducido prado surcado por mil arroyuelos, protegido por la sombra de los árboles, en el que pastan cabritos y asnos, y cuya corta y fina hierba rodea los troncos, y, durante la primavera, que aquí no es más que una fugaz sonrisa, embalsama con sus alegres flores el viento que las respira. Circundan el horizonte montañas cubier-

tas de nieve, cual muro de cristal de mi elevada prisión, y cuando sus picos serenos salen de las tempestades, dejan ver un reducido espacio de cielo azul sobre nuestras cabezas.

En este aislamiento no se oye más que las voces de algunos niños, el balido de alguna cabra o el mugido de alguna ternera que han descendido al barranco, y a cuyo paso suenan las esquilas suspendidas de su cuello: los toques entrecortados del Ave María, que padres e hijos escuchan con la cabeza descubierta, y el sordo murmullo de las cascadas de espuma, al cual acaba por acostumbrarse el oído, y que, mezclado con los demás ruidos del desierto, parece el incansable bajo de un concierto eterno.

Las viviendas encaramadas al azar bajo los árboles, están diseminadas formando caseríos, y parecen haber brotado del seno de la tierra, juntamente con los árboles y las rocas, sin plan ni estilo alguno; los pobres habitantes, dispersos, no se disputan el sol ni el terreno, y cada cual, bajo su respectivo roble y lo más cerca posible de su campo, tiene la puerta de su casa abierta a levante. De uno a otro caserío hay sendas en las cuales se desgasta la pesada pezuña de los bueyes, y todas ellas convergen hacia la iglesia, cuyos caminos el bautismo y la muerte han abierto de doscientos años a esta parte a los pies humanos.

La iglesia se alza aislada al extremo del cementerio, con sus paredes gruesas y bajas, cubiertas de

verde hiedra, y sus zarzas que trepan a modo de festones hasta el musgoso cobertizo que le sirve de frontón. Esta santa cabaña sólo se distingue por el mayor abandono en que se halla el pequeño campo que la circunda, en el cual, el suelo de las tumbas, cultivado por la muerte, sólo presenta uno o dos relieves elevados cada año, y cubiertos en breve de malvas y ortigas, primeras flores que brotan siempre de nuestras cenizas, así como por el humilde campanario que sobresale entre los demás tejados, y que da a los cuatro vientos para esparcir por ellos la voz de la campana.

Mi morada está al lado de la iglesia; es una casita aislada, protegida al Sur por la sombra de la casa de Dios, y al Norte por los nogales que ocultan su acceso a los ojos de los transeuntes. Forman sus paredes trozos de granito sin labrar, tales como los rodaron las aguas de los torrentes; y estas piedras irregulares, ennegrecidas por la intemperie, están aún cubiertas de un musgo nativo; la siempreviva, la menta, y esas flores parásitas que con la lluvia arraigan en las paredes decrépitas, suspenden en ellas por doquiera sus penachos flotantes, haciéndolas reverdecer como un prado en la primavera. Tres altas ventanas cobijadas bajo la techumbre, dos de ellas abiertas a levante y la otra a poniente, practicadas en la pared como nidos iguales, dan paso a los primeros y a los últimos rayos del sol. El tejado, que sobresale una toesa de la pared, tiene por tejas bloques y losas de

pizarra, en cuyos rebordes se posan las palomas torcaces, mientras que bajo los salientes aleros anidan las golondrinas. Para resguardar este tejado de los temporales, hay puestas sobre su cresta grandes piedras, que haciendo ondear las tejas y las vigas, oponen su peso a los huracanes.

Aunque situada en la cumbre de una sierra, su limitado horizonte no tiene gran cielo ni gran llanura; adosada a la vertiente de un estrecho cerrillo, sólo se divisa desde ella un angosto valle que parece abrirse un momento como un lago de verdura para dar a la huerta espacio y vida, y volviendo a adquirir luego su declive y estrechándose más y más, desciende con los montes de barranco en barranco. Los obscuros troncos de los nogales, un lienzo de roca gris, la verdura de mi huerta, las desnudas paredes de la iglesia y el cementerio con sus hoyos y su cruz, es todo cuanto veo.

Pero ¡cómo compensa la naturaleza con vida y movimiento, a los ojos del poeta y del pintor, el espacio negado al horizonte! Una cascada cae cual fina y blanca sábana al pie de la casa y a lo largo de la roca, donde juega con el viento cuyo sopio la inclina y con la luz cuyos cambiantes rayos parecen desarrollarse entre sus plateados hilos, hasta que rota en su caída por las agudas puntas de las peñas, va a suspenderse a modo de rocío sobre las hojas del huerto. Siendo ligera, no produce ese ruido sordo y tonante del to-

rrente caudaloso que rueda despeñado; tan sólo emite un quejido intermitente, fuerte o suave, según que el viento impetuoso o leve la azota o no contra las paredes de granito, dándole o quitándole voz. En los sonidos desiguales que su corriente modula, cada suspiro del alma se articula como una nota: arpa siempre vibrante, de cuyos acordes el viento y las aguas arrancan cantos siempre nuevos, y en cuyas extrañas notas se cree oir de noche el aire sonoro del cielo rozado por los alas de los ángeles. Ya tienes a la vista mi horizonte; mañana pasarás, hermana mía, mi pobre umbral.

CONTINUACIÓN DE LA CARTA A SU HERMANA

Valneige, 3 de mayo de 1798

Le precede un patio, rodeado de una cerca en la que hay una puerta de cañizo sin cerradura; gallinas, palomas, dos cabras y mi perro, portero de una vivienda en la cual no custodia nada, que jamás acomete y que nunca ladra, sino que olfatea al pobre y le acoge con alegría; gorriones que suben y bajan del tejado; golondrinas que pasan rasando el pilon donde bebe el cisne; todos estos huéspedes, amigos del umbral que los reúne, familia del ermitaño, viven aquí juntos y en paz: los unos tendidos a la sombra en un rincón del

césped, los otros tomando el sol arrimados a la pared; éstos lamiendo la sal a lo largo de ella; aquéllos picoteando en otra parte la hierba o la paja: tres colmenas al Mediodía bajo sus tejas; al Norte, en un ángulo, bajo un árbol, un ancho pozo cuya enmohecida cadena ha alisado el brocal y que una parra rodea con el verde encaje de sus pámpanos: he aquí todo el cuadro. Una escalera de siete peldaños, sonora, vacilante, conduce a la meseta, resguardada del viento y de la nieve por un cobertizo, y protegida por las mallas de una añosa hiedra; allí, colgados de un clavo durante el día, mis pájaros domésticos cantan para distraerme.

Hasta aquí, gracias al paisaje, al cielo y a la naturaleza, tu dulce y fraternal mirada contempla con gusto esta pintura; tu tierna ilusión dura todavía; mas ¡ay! si quieres conservarla, hermana mía, no entres. Pero no, no quiero tener secretos para vuestros dos corazones. ¿Podría yo avergonzarme ante vosotros de mi miseria? Entrad, no lamentéis mi rica pobreza: estas paredes no sienten su fría desnudez.

Ved aquí, en primer lugar, el asilo de nuestros quehaceres cotidianos, donde se enciende el hogar y Marta hila; Marta, mueble viviente de la santa casa, que siguió tiempo atrás a su anciano amo a la cárcel: pobre criatura, arraigada dentro de estas cuatro paredes durante treinta años, participando de su próspero o triste destino; sirviéndome sin salario y sólo por honra de Dios, cuidando a la vez de la casa rectoral y de

la iglesia, y que viendo en su amo la imagen de Dios mismo, cree acercarse al cielo viviendo cerca del sacerdote; algunas vasijas de barro, de madera o de estaño, en las que se ve brillar la mano cuidadosa de Marta; en la mesa, sobre un mantel blanco, un pan negro del cual cada mendigo se lleva una rebanada; racimos de uvas que Marta pone a secar, que adornan el techo con sus pámpanos verdes todavía, y en que la savia, hasta en invierno, pone amarillos sus granos de ámbar.

De este salón rústico se pasa a mi aposento, cuyas ventanas dan a Occidente; ya sabes que siempre tuve predilección por el crepúsculo, que mi alma un poco triste necesita luz; que ésta entra en mi corazón por mi pupila, y que, siendo todavía muy joven, me gustaba beber con los ojos esos postreros fulgores que se extinguen en los cielos. La silla en que me siento, la estera en que duermo, la mesa en que te escribo, la chimenea en que arde un tronco, mi breviario encuadernado en cuero, mis gruesos zapatos claveteados, mi bastón, mi sombrero, mis libros confusamente amontonados en su estante, y las flores con que adornamos el altar los domingos, constituyen todo el mueblaje de este pequeño recinto.

¿Todo? ¡Oh, no! Olvidaba su mejor ornamento que descuella aislado sobre mi pobre chimenea; el crucifijo con los brazos abiertos y la cabeza inclinada, esa imagen de madera del Señor a quien sirvo, amigo celestial, único que me puebla estos desiertos; que, cuan-



A. Mas y Fondevila, dibujó

... LOS TOQUES ENTRECORTADOS DEL AVE MARIA, QUE PADRES E HIJOS ESCUCHAN... (pág 203)

do mi mirada le contempla a todas horas, me dice lo que puedo esperar en esta áspera mansión, y recibiendo a menudo mis lágrimas a sus pies, enjuga mis ojos haciendo que resplandezca en ellos su paz. Tú conoces ese crucifijo; es el mismo que mi madre aplicó a los labios de mi padre moribundo; el mismo que, más adelante, teñí a mi vez con la pura sangre de un mártir en un día memorable; aun conserva las huellas de otros labios, y ¡Dios sabe con cuánta piedad lo beso!

. . . .

. . . .

CONTINUACIÓN DE LA CARTA A SU HERMANA

Valneige, 4 de mayo de 1798

Me preguntarás de qué vivo aquí. Muchas veces me lo he preguntado también a mí mismo. Para el hombre, lo mismo que para el pájaro, la Providencia es grande: la voluntaria ofrenda al altar; el óbolo que, a falta de ángel, nos entregan esas almas que buscan una voz para orar; los enlaces que bendigo, los niños que bautizo, esos diezmos de la prosperidad que se entregan a la Iglesia, algunos fondos que el obispo envía a sus curas, el jardín, la huerta, un pequeño prado, las castañas, las nueces, unos rinconcitos de tierra que labro yo mismo alrededor de la rectoría,

bastan ampliamente para mí, para Marta y para el perro; en nuestra frugal mesa no carecemos de nada: la leche de mis ovejas, el vino blanco de mis parras, el fruto de mis manzanos, la miel de mis abejas, todo abunda; aquí cocemos el pan para el indigente, y Marta hasta tiene siempre un poco de dinero en el armario. ¿Quién me había de decir que un poco de oro me causaría tanto placer? Pero no lo necesito; tomadlo, os lo envío...

CONTINUACIÓN DE LA CARTA A SU HERMANA

5 de mayo de 1798

¿Y ahora queréis saber, ángeles míos, en qué me ocupo de la mañana a la noche, y por medio de qué insensible y monótona cadena se enlazan los días formando la semana? ¡Ah! Cada hora sabe bien su empleo. Antes de despuntar el día, la campana me arranca del lecho; al sonido de su cadenciosa voz, paréceme oir el ángel que ahuyenta el sueño de mi mente y le entrega la carga que ha de llevar durante el día; convoco ante el altar a los vecinos ancianos, niños, algunas piadosas mujeres; en una palabra, los que sienten más sed de Dios en sus almas, rodéanme de rodillas formando un reducido círculo, y el Dios de los humildes desciende hasta nosotros. ¡Cuántos suspiros

perciben la santa aurora y sus bóvedas divinas exhalándose de los pechos, y cuántas aspiraciones levantándose del suelo! ¡Y cuán dulce es pensar, oh hermana mía, que todos estos pesos del corazón aliviados por tan solemne hora, vuelan al cielo envueltos en sus propios suspiros; que a cuantos los exhalan se depara en su lugar un santo don, gracia, misericordia, amor, paz o perdón; que uno mismo es el incensario en que arde todo este incienso, y que el canastillo de pan que circula cual símbolo familiar del celestial alimento, va a nutrir a todo este pueblo con el trigo más puro!

Explico con breves frases la palabra del divino Maestro. A este pueblo rural le gusta la parábola, poema evangélico, en el cual cada verdad se hace imagen palpable por su sencillez. Cuando he celebrado el piadoso sacrificio, dedico algunas horas a la enseñanza de los niños, y nutro su alma dándoles gota a gota la leche de una instrucción tierna y sencilla, que les agrada. Terminada mi ocupación matinal, vuelvo a mi casa, y me siento un momento a la mesa coronada de frutos y de leche, como el viajero que se detiene a la mitad de la jornada para cobrar aliento. Paso el resto del día en mis campos, entregado a esos trabajos corporales que esparcen el ánimo, ya abriendo con el azadón un terreno duro, ya sembrando la cebada cuya germinación apresurará un breve estío; ya segando la hierba madura del prado para mi rubia ternera, o bien extendiendo sus haces para que se ponga amarilla, o regando cada planta a la hora oportuna; porque esta

tierra reclama a la vez el sudor de la frente y el sudor del alma del hombre. Al anochecer, cuando cada pareja regresa de su trabajo, cuando el pastor reúne y cuenta su ganado, voy de puerta en puerta con el breviario en la mano, al azar y sin determinado objeto, según me conducen mis pasos, deteniéndome más o menos en cada umbral, diciendo alguna palabra amable a las mujeres y a los niños, llevando a todas partes un poco de bálsamo para alivio de los sufrimientos, algún remedio a los cuerpos que lo necesitan, esperanza a las almas, un secreto al enfermo, un adiós a los que parten, una sonrisa a cada cual y a todos una palabra de Dios.

Así pasa el día sin que las horas resulten pesadas; pero cuando me recojo solo en mi pobre morada, cuando cierro la puerta y cuando la larga noche ha acallado todo ruido, excepto el de mis sienes, ¡ah, hermana mía! entonces es cuando mi alma herida siente su mal, y manando sangre da vueltas a sus pensamientos, como se da vuelta en vano a un calenturiento en su lecho, entonces es cuando me asedia una imagen u otra, cuando os aparecéis vosotras, madre y hermana mías, con todo cuanto contribuye a amargar la ausencia, con vuestras facciones tan dulces, con vuestras voces suavísimas, con vuestras ternuras, con vuestras palabras y besos de otro tiempo, siendo tan vehemente el recuerdo de ese pasado, que os tiendo los brazos, que mi alma me lleva hacia vosotras y al

seno de otro fantasma querido, que creo veros, hablaros, tocaros, y que al encontrar la soledad en torno mío, mi corazón parece caer al suelo, desfallecido. Entonces, para apartar de mí a la fuerza esa ilusión, para librarme de los dientes de la serpiente que me muerde, abrasada la frente, sentado a mi mesa de roble, procuro sujetar mi espíritu como con una cadena a esos libros desgastados por mis ojos y en los que la luz de mi lámpara palidece al mismo tiempo que me alumbra.

Cual espíritu de duda y de soledad, embriago mi razón de ciencia y de estudio. Ora procuro encontrar, en estos restos que la historia ha dejado como pasos casi borrados de los siglos ya muertos, los vestigios de un camino, ese hilo vano que se rompe entre las manos de la duda, ese prolongado designio de Dios que conduce a los humanos, que hace de sus monumentos el lodo de los caminos, disipa su imperio y su fe como un sueño, los eleva sobre su propio montón de escombros, y convierte el dogma y el tiempo, que parece ha de ser eterno, en simple escabel del obscuro porvenir. Pero este hilo se enreda entre mis manos, a cada momento, en el enigma de Dios que llena cada página; el eterno movimiento de las cosas y de los espíritus no es para nosotros más que polvo y deslumbramiento; el misterio del tiempo se consuma en la sombra; los ojos humanos no poseen la mirada infinita y ante Dios, nuestra sola ciencia es nuestra humildad.

Ora, cansado de sondear esas obscuras maravillas, entrego a los santos bardos mi alma y mis oídos; escucho con el corazón esos coros melodiosos que, rompiéndose en tierra al caer de los cielos, estallaron en las arpas a modo de suspiros inmortales y los cantaron para divinizar sus lamentos. ¡Oh! Esos hombres son la voz de la humanidad. Las palabras armoniosas se coordinan a su elección, como a una señal de Dios se ordenan sus obras y vibran en música o brillan en imágenes; sus versos tienen ecos ocultos en nuestro corazón; infunden en las mentes cavilosas esa muelle languidez, ese opio divino, que, en su sed de éxtasis, pretende en vano apurar en su vaso el soñador Oriente; pero a ellos el ángel del Señor los lleva a los altares, para embriagarse de Dios y de inmortales ensueños. Ellos vierten gota a gota en mi alma enternecida su tierno deliquio cual celestial fantasía; mi ensueño, hijo de los suyos, los sigue a veces de la misma manera que una voz que canta arrastra otra voz, mi labio apaga su sed en las oleadas de sus enajenamientos, y, sorprendido, canta con ellos sus tristezas.

Con más frecuencia, postrado por mi aflicción, me consuelo leyendo la *Imitación de Cristo*, libro obscuro y sin nombre, humilde vaso de arcilla, pero lleno hasta los bordes de los jugos del Evangelio; libro que en pocas palabras proporciona al corazón sediento caudalosos raudales de sabiduría divina y humana; li-

bro al cual acude cada alma para aplacar su sed, se inclina y absorbe gotas del sudor de Jesucristo en su ruda prueba; encuentra en él, según la ocasión, la pesadumbre o el esfuerzo, ora la leche del seno, ora el pan del fuerte, y bebe su filosofía en las lágrimas de Cristo, al pie de la cruz en que el hombre ingrato le crucifica.

Así, leyendo, orando y escribiendo, alternativamente, ya con el corazón demasiado lleno y rebosando amor, ya golpeando mi pecho sin que brote de él onda alguna, no encontrando sino heces en el fondo de todo cáliz, mirando el humo que se desprende de mi vacilante quinqué, bañando con mis lágrimas las sábanas que estrujo entre mis dientes y comprimiendo mi angustia entre sollozos ahogados, y cuando toda la sangre ha afluído de golpe al corazón, fijo en la cruz una mirada más llena de consuelo y abro las dos ventanas para respirar a mis anchas las nocturnas brisas cuya frescura me sosiega, con la frente pálida y húmeda de sudor, parézcome ¡oh hermana mía! en mis interminables veladas, a ese Fausto embriagado con los filtros de la escuela, símbolo deslumbrador de la ciencia humana, cuando, en su sombría torre y rodeado de sus aparatos de alquimia, se le oía hablar con los elementos, y al rayar el día tan sólo se encontraba un puñado de negras cenizas en su laboratorio.

¡Ah! Sin la gracia del Señor, ¿qué encontrarían por la mañana en mi corazón? Sí, es Fausto, hermana mía,

pero consolado en estas noches extrañas, no por espíritus impuros, sino por los ángeles. Sí, es Fausto, hermana mía, pero Fausto con Dios. ¡Cuántas cosas me quedan aún por decirte!, mas la campana suena: adiós.

. . . .

. . . .

(Faltaba aquí un gran número de páginas en el manuscrito.)

SÉPTIMA ÉPOCA

En su pueblo natal, 3 de julio de 1800

Presentimientos secretos, desventura sentida de antemano, sombra de los días nefastos que con frecuencia los precede, instintos que me anunciabais la muerte de mi madre y a los que daba muy poco crédito, no me engañabais. ¡Oh cielos, en qué estado la han encontrado mis ojos! La vida, reanimada un momento por mi presencia, al concentrar demasiado cariño en su corazón, parece haber diezmado los días de su languidez; esa alma, tan llena todavía de amor y juventud, se seca a cada aurora y tiembla a cada aliento; ya va contando los días, de uno en uno, y cuando, al dispertar, por las mañanas, besamos esa pálida frente, no acierto a separar de ella mis labios, porque siento que se me escapa, que la muerte me priva de ella, que va a romperse el último eslabón del corazón y que quizá este beso es lo único que la retiene a la vida.

Ha querido ver otra vez este cielo de su infancia, volver a su país natal y morir en él. París era para ella una residencia extranjera; a su juicio, sólo había

cambiado de lugar de destierro, y aquella frívola ciudad le era insoportable. ¡Ah! Para una madre no hay más patria que los sitios en que la sonrió, en que la amó su esposo, en que su primogénito creció en su regazo, en que esos ángeles custodios de la primavera de la mujer le dejaron al partir su luz en el alma.

Sin embargo, ¡qué angustiosos recuerdos tiene para ella esta morada! ¡Volver como extraña a casa de sus abuelos, pobre y desnuda al lugar en que su modesta riqueza era la providencia de las miserias del pobre! ¡Ver que aquellos a quienes se conocía bajan los ojos; que otros se desvían por temor de mortificarnos; que otros, nuevos en el país, sacuden la cabeza, preguntándonos con indiferencia quiénes somos! Alquilar una cabaña en un extremo del caserío para respirar un tanto el aire que se respiró en la cuna; echar desde allí una furtiva mirada a la casa en que se nació, a la hierba o al árbol que todavía llora nuestra ausencia; temer que se acrimine esta ojeada; alejarse por miedo de tropezar con su umbral, y no tener más jardín, ni más abrigo, ni más sombra que las zarzas que se arrastran por los senderos del pueblo, o el árbol sepulcral, el añoso olmo, cuya sombra, de la que todos huyen, sólo pertenece a la tumba, y que todas las tardes ve sentados en el sepulcro de la familia a un hijo con una madre y una hija: tal es su vida y la nuestra en este pueblo. ¡Oh, valor, corazón mío! ¡la verdadera patria está en Dios!

En el mismo lugar, 18 de julio de 1800

Si después de haber llorado por muerta a la mujer a quien dimos en nuestra juventud las primicias del alma, la hallamos, al volver a nuestros lares desde apartadas regiones, viva aún, pero en los brazos de un desconocido, el corazón, comprimido y lacerado, oscilando entre el asombro, el dolor y el júbilo, se anega en sus propias lágrimas, se interroga a sí mismo, y tiembla de llegar a conocer qué es más terrible, si perder o encontrar. Así también, esa casa por la que tantas lágrimas he derramado, que creí devorada por las llamas, está todavía en pie..., mas para rechazarnos de su seno. No nos atrevemos a trasponer ese umbral que fué nuestro, y mi corazón desgarrado, a quien ese recuerdo mata, no sabe si la prefiere intacta o derruída.

En el mismo lugar, 20 de julio de 1800

Ayer ¡fatal idea! deseó ver de nuevo y paso a paso todos los sitios donde transcurrió su vida; recorrer la casa, el jardín, todo, y revivir allí un momento, aunque ello tuviera que causarle la muerte. Mi hermana y yo, cediendo por complacencia a su deseo, espiamos la salida del nuevo posesor, y aprovechando el momento, la acompañamos apoyada en nuestros brazos hasta la puerta del cercado. El guardián, enternecido por aquellas dos voces femeniles, abrióla furtivamente y entramos. Ya fuese por confianza en nosotros, o

por ese pudor que la desgracia inspira lo mismo que la inocencia, aquel hombre volvió a sus faenas campestres; pareció dejarnos dueños del jardín y de la casa. ¡Oh! bendito sea en su corazón tan noble sentimiento!

Mi madre, cuyas mejillas habían recobrado el color; mi madre, a cuya fuerza, reanimada momentáneamente, prestaba nueva vida aquella tierra amada, recorría con la mirada todo el cielo y todos aquellos sitios, viendo resurgir ante sus ojos todo su pasado, y la nube de lágrimas que sobre ellos flotaba, dejaba traslucir a cada nuevo aspecto la conmoción de su alma. Nos conducía a todas partes con aire pensativo, señalándonos de lejos con el dedo cada árbol, cada flor; quería acercarse a ellos, tocarlos, cerciorarse de si se estremecerían ante los ojos que los vieron nacer, ver cuántos palmos habían crecido sus troncos, compararlos con la vista como antes con nuestras frentes, estrujar una hoja, arrancar una rama, llamar por su nombre a cada paloma blanca, que, remontándose desde nuestros pies para volar a los tejados, recordaba a su corazón nuestras torcaces de otro tiempo; escuchar si murmuraban como entonces el viento en la hierba o las plantas y el agua en la acequia; probar si la pared de la casa devolvía al sol sus rayos tan tibios como antes, o si la sombra del tejado, dando en su verde umbral de musgo, se prolongaba con tanta suavidad al ponerse el sol.

A cada objeto prorrumpía en una exclamación, en un suspiro, y luego en una palabra de resignación; nos estrechaba el brazo con más fuerza, demostrando

así el impulso de su alma convulsa. Por último, de un arranque traspuso el umbral de la abierta casa, nos arrastró con paso involuntario por todas sus habitaciones que parecía pisar con recogimiento, como si estuviese en un santuario, sin atreverse a respirar ni a hacer un movimiento, cual si temiese que la imagen tierna y santa del pasado huyera de aquel recinto al menor ruido.

En aquella mansión de nuestra infancia, casi nada había cambiado; el tiempo, tan lento para nosotros, no había alterado nada; era la misma sala con salida al jardín, el mismo aposento sombreado por la celosa enredadera; la estancia materna en que vinimos al mundo; la de nuestro padre, contigua a ella, que daba al patio; aquellos muebles familiares que parecían formar parte de la humilde vida pasada bajo nuestro primer techo, que siempre hemos conocido, querido y tocado, el primer lecho en que Dios nos acostó, la mesa en que servía la madre de familia, la silla en que la hermana hacía alguna labor de aguja, junto al alféizar de la ventana, cayéndole la suelta cabellera sobre su encantadora frente; los dos antiguos cuadros colgados de la vetusta pared y cuyas figuras parecían tener siempre la mirada fija en nosotros; y cerca del viejo diván matizado de flores, la tarima donde mi madre solía mecernos; todo estaba aún allí, en el mismo sitio; veíanse todavía las huellas de nuestras cunas, cada uno de nosotros tocaba su mueble favorito, y al tocarlo prorrumpía en una u otra exclamación.

Pero mi madre, entreabriendo la puerta de la estancia materna y mandándonos con un ademán que penetrásemos en ella, nos dijo:

—¡De rodillas, hijos míos! Ese es lecho en que murió vuestro padre.

Y a su vez se postró de hinojos junto a él, abrazó la columna de la cabecera y aplicó a ella sus labios llorando como nosotros. Sus lágrimas caían a raudales sobre el lecho; y los sollozos llenaron un momento la estancia...

Pero de pronto oimos pisadas de caballos en el patio, sonó el aldabón y tras él las campanillas. Aquel ruido nos sacó de nuestro recogimiento, y como si fuésemos ladrones temerosos de vernos sorprendidos, cogí en brazos a mi madre desfallecida y quebrantada por la emoción, salimos furtivamente por la puerta del jardín, llegamos temblando a la del camino, sosteniendo sobre mi seno a mi madre medio muerta, y en el mismo momento en que mi hermana cerraba con cautela la puertecilla excusada, oí a los hijos del nuevo dueño que salían de la casa cual bandada de alegres pajarillos, corrían de soto en soto, de alameda en alameda, y sus gritos de júbilo resonaban sobre los pasos de la muerte que de allí acababa de salir.

El mismo día, por la noche

¡Oh verdadera y lamentable imagen de la vida! La alegría entra por donde ha salido el dolor; la felicidad

ocupa el lecho del que huye la desesperación; a lo que nace durante el día, Dios le reserva un puesto en la noche. La copa de la vida contiene siempre la misma dosis; pero una mano la coge cuando la otra la deja, y si nuestros ojos pudieran a veces sondear el fondo de esas copas de las que parece rebosar la dicha, ¿no encontraríamos que cada alegría humana está siempre llena de lágrimas y cenizas de otra?

21 de julio de 1800

¡Se acabó, madre mía!.. ¡Ah! aquel postrer esfuerzo quebrantó el resto de su vida espirante. ¡Oh noche de agonía y de emancipación, imprímete en mi alma con lágrimas de esperanza!

Velaba yo solo, rezando, al lado de su lecho, cuando, al aparecer la estrella matutina, me dijo:

—¡Ánimo, hijo mío! Conozco que os dejo; con sus últimos impulsos, mi corazón palpita para vosotros: antes que esa estrella palidezca en medio de la claridad del día, os abrazaré desde la mansión eterna. ¡Oh! regocijaos; ahora empezará para mí la verdadera vida; sin embargo, abracémonos todavía en esta tierra. Ve a despertar a tu hermana...; pero no, te lo prohibo. Escucha, tu hermana lleva un nuevo ser en su seno, y esta hora de agonía es demasiado cruel para presenciarla; es menester evitársela por su fruto y por ella; es preciso dejar este velo entre ella y la muerte.

Tú te encargarás de darle mi último beso. Conoces los sagrados deberes que este momento reclama; cúmplelos, hijo mío: te entrego mi alma. Ya no eres para mí sino el sacerdote de Dios.

¡Oh! bendito sea Él, que dulcificó hasta tal punto la hora siempre amarga de la postrera despedida, haciendo que el hijo abriese a la madre las puertas del cielo.

Ángeles del Dios vivo, vosotros fuisteis testigos de ello. ¡Ah! si mi débil corazón se sublevó a menudo; si, pareciéndome el yugo harto pesado y el deber austero, arrastraba yo como onerosa carga mi sagrado carácter, aquel solo momento me indemnizó de cuanto había sacrificado en la tierra, puesto que Dios permitió que este sacrificio endulzara el cáliz de la muerte de mi madre.

Encendí esos cirios de la última noche, doble imagen del día que empieza y que termina; a su voz saqué la hostia de los moribundos del vaso sagrado de la humilde Eucaristía, e inclinado sobre ella, le di el pan celestial con temblorosa mano bañada en mi llanto. El esplendor de su fe radiaba en el aposento; toqué cada uno de sus miembros con el óleo santo de los moribundos, aquella frente en la que mis besos querían seguir a mis dedos, aquellos costados que me habían albergado nueve meses junto a su corazón, aquellos brazos que enlazándose tiernamente a mi cuerpo en mi niñez, habían sido tantas veces para mí una

cuna de caricias; aquellos pies que habían enseñado a andar a los míos, y de los que mañana iba a desaparecer toda huella. Absorbida en la contemplación de cada gran símbolo, cuando todo hubo terminado, tomó de nuevo la palabra diciéndome:

— Jocelyn, tengo que pedirte otra merced.

— ¿Cuál, madre mía?

— ¡Tu perdón, hijo mío! No el perdón de Dios, que desciende en toda plenitud sobre mí, sino el del hijo a quien dejo en este mundo. Una madre jamás hubiera debido consentir en tu abnegación sublime, en esa inmensa prueba del amor que nos tenías, joven mártir. Tu vida es un desierto, tu corazón un abismo que únicamente puedes llenar a fuerza de virtud. Y yo soy quien lo abrió. Di, ¿me perdonas?

Apliqué en silencio mis labios a sus manos.

— ¡Oh! ¡que mi dulce muerte sea tu recompensa! Yo te cerré el mundo; en cambio, tu mano me allana el camino del cielo abierto por ti. A mi vez, voy a prepararte allí una mansión más duradera y mucho mejor. Aquí, en la tierra, el corazón se seca, las dichas más prolongadas son cortas; tu alma tiene otra patria en la cual se ama siempre.

Y sintiendo que la muerte pesaba ya sobre sus párpados, añadió:

— Recítame, hijo mío, esas divinas preces que acompañan el vuelo del alma cristiana, para que, al expirar, siga aún bendiciendo.

Obedecí, y me puse a leer en su libro de oraciones,

con la vista velada por el llanto, la tristeza del alma en sus horas postreras; sus labios, cuyo acento parecía amortiguarse, murmuraban los responsos de aquel piadoso suspiro, cual remoto eco de una voz debilitada que se aleja y responde ya desde la otra vida. De pronto cesé de oirla... ¡Estaba acabando en el cielo los cantos interrumpidos!.. Escapóse el libro de mis manos que se abrieron, y el himno de muerte... lo concluyeron mis sollozos.

1.° de agosto de 1800, por la noche, en el cementerio, junto a la tumba de su madre

¡Oh noche! cúbreme con tus espesas tinieblas. Mañana... mañana debo ya llevarme a mi hermana de aquí. Mañana habré partido para siempre de esta tierra, alejándome para siempre también de este sepulcro en el que entra mi alma junto a mi madre. ¡Ah, noche que eres para mí el día, deja que me postre sobre este lecho de arcilla en que descansan sus restos, sin que haya entre ella y yo más que el velo de la muerte, esa capa de ceniza tan poco profunda que la levantaría un corazón y que separa un mundo; deja que me postre en el suelo removido ayer, y que le toque; deja que me embriague de tristeza como pudiera embriagarme de júbilo; deja que escuche lo que Dios me envía desde allá al corazón, y que pegando la boca a ese suelo misterioso, lo amase con mis manos y lo riegue con el llanto de mis ojos!

. . . .

¡Bendito seas, corazón mío, y tú, mi fe divina, que tan alto me habláis en mi pecho! En este momento en que mis ojos ven tan sólo la muerte, ¿qué sería de mí, Dios mío, si Vos no me hablaseis, si la infalible esperanza de mi solo instinto no me dijese que todo es apariencia; que un poco de arcilla echada en la tierra no sepulta el alma y la inmortalidad; que la vida, momentáneamente desviada de su curso, no se aniquila al remontar a su origen, como no se extingue allá arriba el rayo que huye de nuestros ojos al remontar a los cielos? No; tú vives, me oyes, me respondes, me amas; nuestros sitios han cambiado, pero nuestras relaciones son las mismas. Alma que fuiste mi madre ¡oh, háblame! Mi coloquio contigo llega al cielo.

Tan sólo en la tierra, separados por la ausencia, nuestros corazones que se buscaban sufrían por la distancia; mas ahora me oyes desde todas partes, para tu mirada ya no hay lugar, ni partida, ni regreso. Tu amor no cabe ya en ese tierno corazón de mujer, y envuelve mi alma como una atmósfera. Por esto, si vengo a llorarte de noche sobre este césped, que siente el peso de mi quebranto, no es porque mi corazón presuma que mi aliento podrá calentar esas cenizas ni que éstas me oirán mejor; no, es que el instinto ciego del tierno dolor guía nuestros pasos, sin que de ello nos demos cuenta, a donde se encamina el corazón, y en la ilusión a que se aferra el sentimiento, nos hace buscar todavía el pie allí donde éste dejó su huella.

. . . .

¡Oh lágrimas, brotad, brotad! ¡Corazón mío, desahógate! ¡Oh tierra, bebe mi llanto, porque estas lágrimas son mi esencia! ¡Oh suelo de mi cuna! ¿por qué no he de poder devolverte este cuerpo amasado contigo? ¿Por qué no he de poder derramar toda mi vida en llanto de mis ojos agotados, y restituir estas lágrimas al manantial de donde las he absorbido, como el arroyuelo que, cansado de su curso, se agota y se filtra en la tierra a dos pasos de la fuente?

. . . .

¡Madre! Cuando fijabas en mí tu tierna mirada que ahora me está vedado contemplar, no sabías, no, porque jamás te lo había dicho y quizá no me lo dije nunca a mí mismo (nadie sabe cuánto ama hasta que ha perdido el ser amado), no, yo no sabía, ni sabré decir nunca, con qué alma filial te amaba, oh madre mía!

. . . .

¡Amarla! Mas para amarla ¿no era yo su propio ser? ¿No me nutrió con el jugo de su pecho? ¿No broté de su amor? ¿No me dió calor y abrigo en su seno? ¿No soy la médula de sus huesos, lo más puro de su sangre? El aire que respiró en su casto pecho ¿no fué el que respiré yo durante nueve meses? El más leve latido de su corazón junto al mío ¿no me inspiraba el mismo sentimiento? ¿No era mi cuerpo todo su cuerpo, y mi alma una llama prestada que otra llama enciende? Al comunicarme su propio impulso cada vibración de esa alma celestial, ¿no imprimía en mi mente juvenil la misma impresión renovada en mí,

como un sonido imprime su mismo acorde en los sonidos, o como una ola recibe el mismo repliegue de la oleada? Ese pensamiento, reflejado del suyo, ¿es acaso un alma que nace, o la continuación de otra?

. . . .

Y más adelante, cuando nacido y crecido en tu regazo, escuchaba yo tus suavísimos acentos; cuando las obscuras nociones del mundo y del cielo penetraban en mi inteligencia infantil, a través de tu sonrisa; cuando tus santas lecciones formaban mi mente y mi razón; cuando la orla de tu vestido era todo mi horizonte, y cuando mi alma entera, atenta a la tuya, era más bien el destello de otra alma en la mía, ¡oh, madre! ¿quién hubiera sido capaz de discernir de una mirada aquella doble existencia, de determinar la parte que a cada cual correspondía, de distinguirte de mí en esta alma común, de separar en dos lo que sentía en una, de ver cuál de nuestras dos claridades era la que había brillado, y de decir, sin mentir al cielo: «¿Es ella o él?»

. . . .

¿Acaso no era yo en la tierra tu viva imagen? Tu mirada parecía haber formado mi rostro; cuando joven, nadie distinguía en la casa el sonido de nuestras voces ni el rumor de nuestros pasos; la repercusión de una misma idea producía a un tiempo idéntica sensación en nuestra alma; el mismo sentimiento palpitaba en nuestros dos corazones; si tú debías llorar, mis ojos derramaban lágrimas; si cruzaba por mi mente

alguna idea halagüeña, asomaba a tus labios una sonrisa antes que a los míos. Uno en dos; tú el tronco, yo el retoño; tú la voz, yo el sonido; tú la fuente, yo el agua. Unión tan profunda y fuerte de dos almas, que sólo la mirada de Dios puede percibir su trama, que sólo Él puede saber, al sondear nuestros corazones, si eres tú la que sobrevives, o si soy yo el que muero.

. . . .

¿Muero? ¡Oh, no, porque creo! ¿Muero? ¡Oh, no, porque vives! ¡Madre mía, aun después de tu muerte sigo siendo tu hijo! En la eterna ventura a donde tu virtud te llama, ¿sería el cielo bastante a llenar el alma de una madre? ¡No! Si Dios le concediera el cielo sin su hijo, su corazón reclamaría su hijo o la nada. ¡Oh! antes creo en la nada que en tu ausencia. Bajo la fe de un corazón, prosigo en tu presencia mi marcha, siento que tu mano calma el ardor de este corazón; mi frente inclinada se estremece como si la besaras. ¡Ah! la presencia de todo lo que se ama y de todo lo que ruega está en Dios, porque Dios es su patria.

. . . .

OCTAVA ÉPOCA

París, 16 de septiembre de 1800

He conducido a mi hermana a los brazos de su esposo. ¡Cuán triste y, sin embargo, cuán grato fué este regreso! Esos hermosos niños, sentados sobre sus maternales rodillas, ¡cómo hacían flotar su alma de las lágrimas al contento! Bajo el sombrío tinte de su traje de luto, ¡cuánta ventura encerraba su pecho, cuánto amor brillaba en sus ojos! La vida se duplica en el corazón de la madre; cuando su pasado se cierra, y se anubla su ocaso, ella ve irradiar de la frente de sus hijos el porvenir lleno de luz y de esperanza para su vejez; su alma se multiplica sobre ellos para amarlos. ¡Oh casto amor! ¡no hay pues heces en tú copa!

París, 20 de septiembre de 1800

Antes de volver para siempre a mi nido, desean que pase algunos días con ellos, a fin de que mi pobre hermana se acostumbre por grados a las separaciones, y también, según presumo, para que antes de retirarme a mi obscuro recinto, haya podido oir el mundanal ruido, de la misma manera que en la duna

se sube a la cresta para escuchar el tumulto de las olas y ver la tempestad.

¡Oh! ¡Cómo ha conturbado mis sentidos ese ruido humano! ¡Qué huracán del alma sopla en París! ¡Cómo resuena a lo lejos su pujante y fragorosa voz, llena de las mil voces del pueblo que lo inunda, semejante al Océano que hincha sus olas, las cuales suben y bajan prorrumpiendo en lúgubres sollozos! ¡Oh! ¡Cuántos gritos dolorosos, cuántos clamores terribles, cuántas angustias, cuántos terrores y cuántas convulsiones hay en las grandes voces de las grandes capitales! Créese distinguir en ellas el acento de las pasiones que, soplando desde el infierno sobre ese millón de almas, hacen chocar entre sí a esos hombres y a esas mujeres, y remontar como un flujo sus clamores al cielo, no formando más que un solo grito de mil gritos confusos; o parece también que se percibe el ruido de las sienes de la tierra que la fiebre hace latir a grandes golpes en las arterias. ¡Qué peso abruma el alma al penetrar en esos muros, al ver circular por esos impuros canales esos torrentes animados y esa oleada humana que una corriente invisible arrastra en sentido contrario, que flota eternamente en su propio lecho y cuyo movimiento se ve sin distinguir su objeto!

¡Qué tempestuosa nada, qué mar de tristeza me oprime y me hiela cada vez que entro allí! Se me figura que ese pueblo, en el que voy a ondear, ha de ahogarme en el piélago de su abismo sin fondo; que la

mirada de Dios me pierde entre ese gentío; que sobre mí gravita todo el peso de esa marejada; que su inmenso tedio y su agitación me arrastran, débil y solo, con su atracción; que la simpática fiebre de esas pasiones se me comunica al ponerme en contacto con ese pueblo; que su alma trabaja y sufre en mi seno; que tengo sed de su sed y hambre de su hambre; que de pasada sus crímenes mancillan mi traje; que, girando en sus movedizos abismos, yo no soy para él más que una gota de agua que no hace bajar ni subir su nivel, un chorro de su espuma, una salpicadura de su lodo, un alga de sus orillas que él ensucia y aplasta; que si llegase yo a caer a su paso, esa muchedumbre no se detendría a mis gritos, sino que, cual máquina lanzada hacia su meta, pasaría sobre mi cuerpo sin parar mientes en mí.

Además ¿debo decirlo? aquí existe para mí un perpetuo motivo de tristeza y de espanto. Involuntariamente me pongo a pensar y a decirme temblando: «Aquí es donde Laurencia respira; ese ruido es el que ella oye; ese cielo es el que ve; éste el empedrado que pisa; ésta el agua que bebe; en este océano, en este inmundo desierto está sepultada esa pura perla en el mundo.» Cuando levanto los ojos hacia esas brillantes miradas cuyas luces, de noche, resucitan el día, y diviso una sombra en la ventana, digo para mí: «Esa sombra que veo, es quizá la suya.» Cada coche que pasa me parece que se la lleva; ese codo con que el mío acaba de tropezar en la obscuridad de la noche,

la huella de ese pie, el vestido con que rozo, ¿quién sabe si es?.. De cada aspecto brota para mí una punzante angustia que me asalta; oigo sonidos de voces que me estremecen, y nombres que hasta mi alma ruborizan; tiemblo al fijar la mirada en una mujer; me estremezco a la idea de que si encontrase por casualidad su rostro, mi corazón podría morir fulminado por una mirada. Regreso luego a mi albergue con el ánimo rendido de cansancio, pero perseguido por los gritos de esa multitud, encontrando el aislamiento, pero nunca el reposo, con el corazón amargo y vacío y lleno de mil ecos; el ruido atronador de la humana tempestad sube, brama sin cesar y me aturde; y solo, sin que caiga sobre mí una gota de fe, ¡ay! apenas oigo mi corazón que en mi interior está rezando.

¡Oh! noches de mi montaña, horas en que todo vuelve al silencio bajo el cielo y en mí; luna que se balancea sobre las plateadas copas del pálido álamo que la brisa del lago apenas inclina; blancos fulgores del cielo esparcidos por la hierba como lienzos puestos a secar; susurro furtivo de las brisas o del agua; lejanos ladridos del perro que a intervalos resuenan; armoniosos trinos del ruiseñor en las enramadas; silencio en mi alma, o a lo sumo algunos murmullos íntimos que una calma universal no tarda en acallar, y que un retorno hacia Dios convierte en piadosos suspiros! ¡Oh días de santa labor, oh apacibles noches de Valneige, cuán largo me parece el tiempo lejos de vosotros! ¿Cuándo os volveré a ver?

París, 21 de septiembre de 1800

¡Señor! ¡qué espectáculo ofrecéis a vuestros ángeles, en esos grandes choques de ideas y en esas extrañas luchas! ¿Quién puede conocer vuestro designio sobre este pueblo? Habéis puesto, oh gran Dios, dos almas en su seno: la una, guiada por un vago instinto hacia lo desconocido, sondea el mar de la duda y descubre la idea; amasando el verbo en su mano, le da la forma que la hace palpable a la mente humana; la extrae como oro de su mina profunda y la acuña cual moneda para uso del mundo; la otra, alma de soldado, siempre firme y alerta, hierve en su pecho cual divino volcán, aspira a los cuatro vientos el soplo de la guerra, y ha tomado toda la tierra por campo de batalla. Obrando a la vez por medio de esta alma doble, sirve a Dios con su corazón y al hombre con su sangre, como el pueblo de Moisés, que el profeta divide en dos partes para el combate, una en el valle muriendo por Israel y otra en las alturas elevando sus manos al cielo...

Para lanzar a todos sus hijos a una lucha desigual, París parece la gran capital de los campos; vense entrar por cada puerta sus batallones, mieses renacientes de sus sangrientos surcos, que para cubrir en los campamentos las bajas de las filas diezmadas, se encaminan cantando hacia sus catorce cuerpos de ejército; por doquiera se ven estandartes desgarrados por el plomo arrastrando a los soldados bajo sus sagrados

jirones; continuamente se oye retumbar el cañón, con la boca aun llena de las balas vomitadas; y, al despertar, la ciudad sólo ve brillar a los rayos del sol espesos bosques de fusiles. ¡Qué pródiga de su vida es esta muchedumbre! ¡Y cómo, sometida de pronto al grande hombre, ella, que no podía soportar un yugo más suave, abraza las rodillas del tirano de su gloria, inclínase ante su nervioso gesto, acepta sin esfuerzo su ruda disciplina, plegándose a su férreo puño como el cuello de su caballo o el guante de su mano! ¡Ah! es que el pueblo tiene ese rápido instinto que le induce a lanzarse tras los pasos de su guía; es que, al verse en peligro, la débil humanidad ha recibido del mismo Dios el instinto de la unidad, y para que un grande hombre haga de ella un gran pueblo, es preciso que el bronce extravasado corra bien en el molde.

Sin embargo, ¿adónde arrastra las masas ese vago impulso? ¿Por qué van a pelear y a morir tan alegremente? Su espíritu lo ignora, pero su instinto lo sabe de antemano: van, como una bala, adonde la fuerza impulsiva los lanza, a conmover el presente, a derrumbar el pasado, a borrar, ¡oh Dios! bajo tu dedo algún imperio caído, a hacer sitio en la tierra a algún destino invisible para nosotros, mas ya nacido para ti, y que tú contemplas en todo su esplendor allí donde nosotros no divisamos todavía sino polvo y ruinas.

Así, Señor, tú haces de todo un pueblo el instrumento misterioso de algún gran misterio, mientras las

naciones, sin conocer jamás tus planes sobre el universo, trabajando desordenadamente en la trama de los tiempos, guiadas por tu mirada sin saberlo, son en la mano de Dios instrumentos de ideas; y el hombre, que no ve más que polvo y sangre, y que cree a Dios muy lejos, se engaña maldiciendo; aprisionado en los estrechos límites de su pensamiento, no sabe que una obra terminada sirve de principio a otra, y que para que la espiga divina pueda germinar en ella, se labra la tierra antes de sembrarla.

¡Oh! ¡Cuán corto es el alcance de nuestros juicios, y cómo haría reir al que supiera leer en el libro de Dios! ¡Cuán poco comprendemos los desenlaces de la suerte, y con cuánta frecuencia lo vivo parece muerto!

La caravana humana había acampado un día en ciertas selvas que cubrían una escarpada ribera, y, sin poder avanzar, encontró en los robles un abrigo contra el sol y el viento; las tiendas, con sus cuerdas atadas a las ramas, formaban alrededor de los troncos ciudades y pueblos, y los hombres, diseminados por espesas praderas; comían su pan a la sombra y conversaban en paz. De pronto, como si los acometiera un furor insensato, levántanse impulsados por la misma idea; empiezan a dar con el hacha a los troncos, derriban a sus pies las copas en que se habían multiplicado los nidos; y las fieras de los bosques, saliendo de sus guaridas, y las aves, ahuyentadas de los árboles

seculares, contemplaban toda aquella ruina con miradas de horror, sin comprender el objeto de semejante tarea, y maldecían de todo corazón a aquella raza estúpida, encarnizada en su propio daño, que destruía hasta la sombra que la había protegido. Pero, mientras las bestias feroces se compadecían del hombre y se llenaban de pesadumbre en sus madrigueras, el hombre, prosiguiendo su sublime devastación, había derribado los troncos a modo de arcada sobre el abismo, y los árboles tendidos de una a otra orilla, cubrían y atravesaban el río; entonces la caravana, continuando en paz su eterno viaje, pronto hubo ganado la orilla opuesta.

Así el tiempo, conducido por el mismo Dios, pasa sobre lo que ha destruído para continuar su marcha. ¡Espíritu Santo, guíalos, cual otro Moisés, por caminos de paz a la tierra prometida!..

París, 21 de septiembre de 1800, por la noche

¡Qué fiebre! ¡oh, alejad la imagen que me mata! ¿Es un sueño, una sombra? ¿Es ella la que he visto? ¡Ah! sí, es ella; corazón mío, tú no puedes engañarte. Nadie sino ella podía descargar en ti tan rudo golpe. ¡Volverla a ver!.. ¡pero señalada con el dedo, envilecida! ¡Oh! ¡todavía faltaban estas heces en mi cáliz!

Anoche fuí a un templo para oir predicar la palabra de Dios por un sacerdote anciano que ha logrado es-

capar del martirio, y cuya voz ha recobrado su imperio sobre este pueblo. El pórtico y la nave estaban llenos de gente. Oculto yo en la sombra, al pie de una obscura pilastra, a la cual llegaban oblicuamente los inciertos resplandores de los cirios que ardían a centenares en el coro, esperaba que la oleada del gentío lo hubiese inundado todo, desde las tribunas al presbiterio; y con la frente apoyada en las manos y el cuerpo en la columna, oía sin ver los pasos de las personas que entraban, y en torno mío, los grupos de curiosos que hablaban en voz baja recorriendo con la vista todos los ámbitos del templo.

De pronto se levantó un inmenso murmullo como el de las espigas en los surcos cuando empieza a soplar la brisa, percibí el roce de una ráfaga, y mi frente sintió el aire que unas plumas en movimiento enviaban a mi ardorosa piel. La muchedumbre compacta se apartaba por sí misma dejando el paso libre, y luego volvía a juntarse tras la persona que había pasado. Todo eran rumores, exclamaciones de sorpresa y de admiración. Un instinto maquinal me hizo volver la cabeza para ver el encantador objeto que así distraía a los fieles; pero ya era tarde, la mujer había pasado; estaba casi borrado el surco que había abierto en la iglesia, y sólo vi su talle y sus hombros desnudos, donde entre flores flotaban unas trenzas sueltas, anunciadas, precedidas y seguidas por doquiera de errantes sonrisas y amorosas miradas.

— Es ella, dijo un joven, sí, ella es. ¿Hay otra tan

bella en ese cielo que se nos promete? No, jamás han resonado en este recinto pasos de ángeles tan divinos como ese ángel terrestre.

—¿Ella?, le respondió otro; más bien será su sombra, porque ella teme hasta la proximidad del templo, y sus hermosos pies, siempre seguidos de una multitud de adoradores, no han pisado nunca las baldosas de estos lugares para venir a rezar en ellos. Este es su único defecto: ¡ah! dícese que esa tierna mujer ha entregado su alma a la desesperación: jamás se la vió en estos sitios; ella, que hace creer en el cielo, no cree en Dios.

—Pues es ella; ¿quieres una prueba? mira su cinturón y su collar de viuda. Mira el que la acompaña.

—¿Y bien?

—¿Y bien? Que es el mártir de ayer y el escogido de hoy. Hará bien en apresurarse a disfrutar de su ventura, porque mañana... ¡Qué lástima que una belleza tan pura sea tan voluble! Mejor dicho: ¡qué suerte que haga circular la copa en que cada cual desea embriagarse y morir!

—Pero ¿qué vendrá a hacer al sermón?

—Viene a distraerse como nosotros, a oir palabras de cadenciosa entonación o piezas musicales tocadas en el órgano y que ella no ha bailado en los salones, pues se dice que desde su primera aventura le gusta mucho oir de noche el murmullo del órgano, sin duda como recuerdo del grato rumor que oía en las montañas con su primer amante. Ya sabes...

En esto el predicador se presentó en el púlpito, y recitando en voz baja su texto, los hizo callar; habló de la dicha de morir por la fe, de los mártires inmolados en defensa de la Iglesia y del rey, y, evocando un recuerdo sobre sus huérfanos, arrancó sollozos de su inmenso auditorio. A los ojos de todos los circunstantes asomaban lágrimas de compasión, y todos entregaban su piadoso óbolo. Una mujer, que según decían era huérfana también, emblema de los desastres de aquellos tiempos, precedida del anciano sacerdote y llevando una bolsa en la mano, iba abriéndose paso entre los conmovidos circunstantes, y haciendo resonar las monedas, solicitaba la caridad de los fieles. Sólo se oía el acento de su tímida voz, los golpes que el sacerdote daba con la cruz en las baldosas, o el monótono ruido del dinero sagrado al caer en la urna de las limosnas; en breve se acercó a las filas próximas a la mía; mi mano buscaba ya en el seno el óbolo del altar, cuando, al levantar la cabeza, mis ojos se encuentran con los suyos quedando fijos en ellos, y, como fascinadas por la mirada que en vano quieren esquivar, cada una de las nuestras sigue a la otra. Hubiérase dicho que ella procuraba distinguir desde lejos al través de una nube mis facciones, y yo veía las suyas presentarse ante mi vista como sombra que se remonta desde el fondo de un recuerdo. A cada paso, la imagen penetraba más radiante en mi corazón; pero a medida que mis ojos, deslumbrados y sumergidos en los suyos, contemplaban con fijeza su mi-

rada absorta que no se apartaba de la mía, como si toda su sangre se escapase por sus ojos, la vi palidecer y convertirse en estatua; con la pupila inmóvil, el pie en suspenso, el cuello inclinado y la mano extendida hacia donde yo estaba, dió un paso, retrocedió, buscó en su pasmado seno un grito que espiró al nacer, y luego, perdidos el color, la voz y la vista, cayó inanimada en los brazos del santo anciano. Yo mismo, sin exhalar un grito, sin hacer un movimiento, quedé muerto de su muerte, e ignoro lo demás...

. . . .

Cuando volví en mí como si saliese de mi tumba, la nave estaba silenciosa y vacía; una sola luz brillaba como una estrella en la bóveda; la brisa nocturna hacía resonar los ventanales; el reloj dió las ocho, y de pilar en pilar, salí silenciosamente del templo; a fuerza de dolor, tenía aniquilada el alma.

Volverla a ver, era ya demasiado; ¡pero verla infamada, caída, ángel de ilusión, befa y escándalo del mundo, por culpa mía, por mi amor, por mi virtud quizá! ¡Oh! ¡qué duda mortal renace en mí! ¡Ángel a quien la dicha hubiera santificado, oh Dios, si seré..., sí, yo soy quien te sacrificó!

. . . .

ESTANCIAS A LAURENCIA

22 de septiembre de 1800

¡Oh Laurencia, ángel de otro tiempo, ahora infeliz mujer; no te equivocabas, era yo, yo, que buscaba la mitad de mi alma, y que la lloro en ti!

Vives, pero ¡con qué vida, oh cielo! ¡Extraño destino! Tú, diamante engarzado en cobre y plomo, que Dios dejó caer en el camino de los ángeles, y que el impío ha recogido.

Acuérdate de aquel cielo que vimos juntos tan cercano..., del día de nuestro encuentro y del de nuestra separación. Sí, fuí un asesino, sí, esta mano te inmoló, pero te inmoló a Dios.

¡Sacrificio insensato que tu falta condena, vana inmolación de mi corazón agitado! Lo que yo respeté, otro lo profana, y el infierno se ríe de mi virtud.

¡Oh Laurencia! vuelve a acogerte al Dios de tus juveniles años. Vuelve al amigo... ¡Gran Dios! En mi dolor, no había conservado en la tierra más que una imagen: no la mancilles en mi corazón.

Vuelve, vuelve al cielo que te llora y te ama; vuelve, Laurencia, si no por tu alma, por la mía. Y si necesitas purificarte con el agua de un nuevo bautismo, mis ojos la viertan por ti.

Aquí dos, uno allá arriba. No se ha roto, no, el invisible vínculo de nuestra doble existencia; tu corazón sube y se purifica en mi corazón, o el mío mana sangre con el tuyo.

¡Oh! cuando, al entregar tu alma a impuras voluptuosidades, mancillas esa blanca azucena que yo guardaba para ti, ¿piensas alguna vez en que llenas de inmundicia ese corazón en que Dios se había contemplado?

¿Piensas alguna vez en que enturbias esa cristalina onda que lejos de ser empañada por el humano aliento, no debía reflejar al sol de este mundo sino un recuerdo y una esperanza?

¡Y yo que te veía, Laurencia, en mis sueños y a través de tantas lágrimas, viviendo castamente con un esposo, con una sombra en la frente, una esperanza en el corazón, y unos hermosos hijos sobre tus rodillas!...

. . . .

. . . .

. . . .

París, 26 de septiembre de 1800

¡Noche funesta! Desde que he vuelto a ver a Laurencia y sé cuál es su morada, siempre que salgo, el instinto encamina mis pasos hacia ese hogar de mi cielo, cuyo umbral no traspongo, pero ante el cual permanezco, oculto por las nocturnas tinieblas, escuchando si sale de él alguna voz del cielo o de la tierra, como Adán, expulsado de los jardines del Señor, escuchaba cómo se alejaban las voces de su perdida ventura.

Esta noche, como ayer, he salido al amparo de las tinieblas; el encapotado firmamento rodeaba la morada de Laurencia de mayor obscuridad, y la lluvia, lavando el empedrado a torrentes, ahogaba el rumor de mis pasos en la calle. Con los pies en el arroyo y la cabeza bajo el alero, me senté junto a una esquina en el borde de un banco de piedra, apoyando el codo en un poste, oculto en la sombra como un mendigo.

Era la hora en que París, convirtiendo la noche en día, cruza la calle en sus innumerables carruajes que resuenan como incesante trueno, y en que sus hijos, arrastrados por las ruedas que hacen brotar fuego de los adoquines, van al azar en busca de mil voluptuosidades. A los gritos de los criados, las colosales puertas de aquella casa se abrían a intervalos a los estrepitosos carruajes, y al través de las vidrieras veía yo brillar rostros en que resplandecía la embriaguez del baile; oía en su interior esas voces de hombres y de mujeres, esos sonidos de los instrumentos, esos zumbidos de gente en los que el oído se esfuerza en vano por distinguir una frase y que no son sino la brisa errante del placer. Cada vez que aquella alegría se desbordaba fuera de las frías paredes, hundía un puñal en mis entrañas, y seguramente hubiera sufrido menos (perdona, oh Señor, mi remordimiento) si hubiese visto salir de ellas la agonía y la muerte.

Agolpábase a mi imaginación un tropel de ideas: ¿si me presentara de improviso en medio de la fiesta; si, hiriendo de una mirada sus ojos petrificados, cual reminiscencia de una época olvidada por su corazón, y derribando con el pie esos vasos de delicias, aterrara todos esos vicios con el nombre tonante de Dios; si, sacando a ese ángel del corrompido ambiente que la rodea, le devolviese la inocencia y la vida?.. Mas ¡ay! ¿con qué derecho? ¿Soy todavía su padre? ¿No he renunciado hasta el dulce nombre de hermano? Desde el momento de nuestra separación, ¿no somos extra-

ños el uno para el otro en todas partes, excepto en Dios? ¡Oh! Tan sólo en el seno de Dios y en el del silencio me es dado bendecir, orar, llamar, buscar y llorar a Laurencia. Cuando hubiera deseado morir cien veces por ella, no puedo, oh Dios mío, volar siquiera en su auxilio. Desesperado, abrazaba la fría piedra del poste, y mis ojos se deshacían en llanto y mis labios en plegarias.

. . . .

. . . .

. . . .

Perdónala, Dios mío, si busca en la tierra ese amor que, siendo tan niña, pusiste a su paso; perdona que después de haber vivido dos años de esas delicias, absorba aún ese amor en profanas copas. ¡Ah! yo solo, oh Dios mío, hice en su corazón ese vacío que una dicha glacial no puede llenar. Caiga sobre mí la pena con el crimen. Hiere al tentador y no a la víctima. ¡Oh tierno, oh buen pastor, ampara en tus amorosos brazos a esa oveja prendida en los lazos terrenales, a esa alma que aspiró el amor con la vida, y que todavía la sigue absorbiendo en su manantial agotado! Si tú no hubieras roto su copa entre sus dientes, ¿quién sabe lo que el cielo hubiese vertido en ella? ¿Quién sabe los tesoros que contiene esa alma? ¿Quién sabe los perfumes que se derramarían de ella a tus pies, cual de los cabellos de otra Magdalena, para lavar con su llanto sus pecados olvidados? ¡Oh, que mis lágrimas, Señor, sean acogidas por Vos como si brotaran de sus párpados!

¡Que mis noches sin fin, mis ayunos, mis oraciones, y el agua que mis ojos vierten sirvan para lavar su culpa!

E iba ya a caer de rodillas al suelo, cuando los bulliciosos que salían del baile me despertaron de mi éxtasis con sus alegres carcajadas.

. . . .

Había cesado el ruido, los convidados se habían retirado, habían rechinado los goznes y cerrojos de las cerradas puertas, y de pronto oí que se abría una ventana sobre mi cabeza. La luna acababa de reaparecer en el cielo; la sombra de los macizos balcones, cubriéndome de un negro manto, me sumía en la obscuridad, desde la cual podía verlo todo. Asomóse al balcón una mujer: era ella. Aunque pálida y hastiada, ¡cuán bella estaba, oh Dios! ¡Cómo el contacto del mundo había madurado en su precoz estío, sin ajarla, su hermosura angelical! A pesar de aquel traje y de su diferente aspecto, ¡cómo encontraban mis miradas en todos sus rasgos al primitivo Laurencio! Era él crecido en ella, pero seguía siendo ella en él! Su cabeza inclinada parecía soportar un gran tedio; apoyaba un codo en el dorado antepecho, y su mejilla, alumbrada por la luna estaba descolorida, sus blondos cabellos, desprendidos ya de su frente, flotaban sueltos sobre la baranda, y hasta mí llegaba el olor de la brisa que los acariciaba y que se escapaba en perfumes del oro de cada trenza. ¡Oh! ¿cómo no hubiera embriagado mi corazón el

balsámico aroma de las flores que caían de sus cabellos?..

. . . .

. . . .

. . . .

Levantó la cabeza y estuvo largo tiempo contemplando la luna, como aquel a quien molesta una imagen; con un lento suspiro, extendió los brazos, y cruzándolos luego sobre su corazón, prorrumpió en un ¡ay! profundo. Después, con acento y mirada distraídos, murmuró entre dientes nuestra canción de la montaña, cantó algunas frases con baja y trémula voz..., pero faltóle el aliento y las notas se convirtieron en sollozos, hasta que interrumpiéndose como con violencia, cerró el balcón, y todo quedó en silencio.

. . . .

. . . .

. . . .

¡Oh! ¡mi imagen, Laurencia, estaba entonces en ti! ¡Sólo dos pasos me separaban de mi cielo, sólo una oleada de aire que atravesar para remontarme a él! ¡Bastaba dejar escapar un solo aliento, pronunciar un nombre, para que mi amor perdido volviese a mis brazos; y ni el cielo ni el infierno le hubieran arrancado de ellos! ¡En mis oídos resonaban el dulce eco de su voz; el aire que ella respiraba le llevaba mi aliento; bastaba un grito emanado del corazón, un ademán, un movimiento, para que nuestros dos corazones se confundieran en un solo latido, para que nuestras al-

mas saciadas se unieran atravesando de un solo impulso el abismo de nuestras vidas! Tú triunfaste, Dios mío, de mi fragilidad; mi silencio volvió a poner la inmensidad entre nosotros. Me alejé temblando, seguido de sombra, y volví a entregar mi alma y la suya a tu misericordia.

En camino, 28 de septiembre de 1800

La nueva aurora no me encontró ya en París, y mi corazón se encuentra en las alturas a donde van mis pasos.

NOVENA ÉPOCA

Valneige, 12 de octubre de 1800

¡Oh nido que en la montaña sirve de abrigo a mi alma! Heme ya de regreso para siempre a mi albergue, como un pajarillo sin alas que se refugia en un agujero de la pared para morir. ¡Mi alma, anhelante de un poco de reposo, precedía desde gran distancia a mis pasos con el pensamiento. ¡Cuán grata fué a mis ojos la sombra de las grandes montañas que se perdían en el cielo, cuando llegué a sus faldas! ¡Con qué fruición respiraba, al trepar por sus colinas, los vientos armoniosos que venían de los barrancos, esas brisas que salen, cual suspiro medio consolado, de las dentelladas ramas del alerce! ¡Cuán agradable me fué contemplar la corteza del primer abeto! ¡Qué triste y fatigado me tendí a su pie sobre el musgo! ¡Cuán largo tiempo pasé con mis silenciosos labios aplicados a él, escuchando solamente los fuertes latidos de mis sienes, y el tempestuoso embate de mil encontrados pensamientos, derramados en lágrimas más bien que en palabras, sobre la hierba! ¡Cuántas veces bebí en el hueco de mi mano un poco de agua del torrente

que corre a lo largo del camino! ¡Con cuánta frecuencia creyó percibir mi oído, atento a sus oleadas, un grito producido por las aguas al despeñarse por su álveo, grito que obligándome a encoger todo el cuerpo recorrido por glacial estremecimiento, me detenía anhelante a la orilla del sendero!

Por fin, a la caída de la tarde, divisé entre las copas de los árboles los contornos de las cenicientas paredes de mi casa situada junto a la vertiente de los abismos; los aldeanos, diseminados sobre sus montones de heno, me saludaban desde lejos con el ademán y la mirada, en tanto que yo, con el corazón henchido de tristeza y la vista fija en mi hogar solitario y frío, me iba acercando a mi cerrada puerta.

Cuando mi pie polvoriento pisó mi pobre umbral, un tierno ahullido fué mi única acogida. Era mi perro, tendido al pie de mi ventana y enflaquecido por los tres meses de ausencia de su amo.

Marta hilaba, sentada en la meseta de la escalera; se le escapó de las manos el uso que fué rodando por la escalera; miróme sin despegar los labios, y como si su vista hubiese podido leer en mi corazón, abrió la puerta de mi cuarto y siguió guardando silencio. Sólo el perro corrió a mi encuentro ladrando, saltó en torno mío lleno de júbilo y ternura, se revolcó a mis pies, ávido de caricias, lamiendo mis manos, mordiendo mis ropas y mi calzado, brincando del suelo a

la cama y de la silla a la chimenea, festejando toda la estancia y pareciendo anunciar hasta a las mismas paredes, con sus saltos y sus gritos, la llegada del ser a quien amaba; tendido luego a mis pies sobre mi polvoriento morral, clavó en mis ojos una cariñosa e insistente mirada.

¿Me perdonaréis vosotros los que ni siquiera tenéis en la tierra este amigo del pobre solitario?; pero aquella mirada tan dulce y tan triste de mi perro hizo que las lágrimas subieran de mi corazón a mis ojos. Rodeé con mis brazos su cuello henchido de gozo y humedecí su sedoso pelo con las gotas de mi llanto. «¡Mi pobre y único amigo, ven, le dije; amémonos, pues doquiera puso Dios en contacto dos corazones, es tan grato amarse!»

¡Ay! volver solo al desierto hogar, sin ver al acercarnos a él una ventana abierta, sin que al divisar en el horizonte su techumbre podamos decir: «¡Mi regreso alegra esa casa; una esposa, una hermana, una madre, los amigos, están contando los pasos que me faltan para llegar, y dentro de breves instantes, conmovidos por mi vuelta, esos muros se animarán para rodearme de amor!» ¡Llegar solo, penetrar silencioso en el patio sin que ninguna persona conocida nos salga al encuentro, sin que de tantos ecos como hallaban en otro tiempo, ni siquiera uno solo se estremezca al oir nuestra voz; sin que el amargo sentimiento que

nos inunda, encuentre en el mundo un solo ser en quien desbordarse, excepto en el corazón del viejo perro del hogar, que ha ladrado al percibir el rumor de nuestros pasos errantes; no tener más que ese corazón al unísono del nuestro, sin que lo que en él sentimos, se refleje en otro; ni más que esos ojos que nos ven partir o regresar, que nos miran llorar sin conocer la causa de nuestro llanto, y a los cuales faltaría algo, si llegásemos a faltar: ah, todo esto es horroroso sin duda, y sin embargo es consolador!

¡Oh perro mío! Sólo Dios sabe la distancia que media entre nosotros. Sólo Él conoce el grado de la escala de los seres que separa tu instinto del alma de tu amo; pero también Él solo sabe en virtud de qué secreta relación vives tú de su mirada y mueres de su muerte, y en virtud de qué compasión hacia nuestros corazones, hace que ames a aquellos a quienes ya nadie ama. Por esto, pobre animal, aun cuando te arrastras por el suelo, jamás te ha tocado mi pie con necio desdén; jamás he contristado tu ternura con una palabra brutal, ni mi corazón ha rechazado tus conmovedoras caricias; sino que, al contrario, siempre, siempre he respetado en ti la inefable bondad de tu Señor y el mío, como se debe respetar su más insignificante criatura, porque todas son hermanas nuestras, sea cualquiera el grado en que las haya colocado la naturaleza.

¡Ah mi pobre Fido! Cuando, fijos tus ojos en los míos, el silencio comprende nuestros mudos coloquios; cuando, echado junto a mi cama, espiando si duermo o velo, un solo soplo desigual de mi seno basta para despertarte; cuando, leyendo la tristeza en mis anublados ojos, procuras adivinar mis pesares en las arrugas de mi frente, y para distraerme de mis penosas cavilaciones, muerdes con tierna suavidad la mano que en ti apoyo; cuando mi alegría o mi disgusto, reflejándose en tus ojos como en un claro espejo, hacen que tu mirada sea intranquila o serena; cuando el alma se revela en ti con tanta evidencia, y tu amor aun excede a tu inteligencia; no, no eres vana ilusión del corazón, no eres befa del sentimiento humano, un simple cuerpo organizado que una caricia anima, un engañoso autómata de vida o de ternura. ¡No! Cuando ese sentimiento se extinga en tus ojos, se reanimará indudablemente en algún cielo. La tierna simpatía de lo que tanto se amó, sea hombre o planta, jamás muere aniquilada; Dios la rompe un momento para volverla a unir; su seno es bastante grande para que todos tengamos cabida en él. Sí, nos amaremos como nos hemos amado. Ni almas ni instintos pueden serle indiferentes a Dios.

Dondequiera que la amistad consagre un corazón amante, dondequiera que la naturaleza inflame un sentimiento, Él mantendrá vivo su divino destello, así en la estrella de las noches cuyo esplendor centellea, como en la humilde mirada de ese tierno

sabueso que servía al ciego de guía y murió sobre su tumba.

Ven, último amigo a quien alegra mi presencia, no temas que me avergüence de ti ante Dios; lame mis ojos empapados en llanto, pon tu corazón junto al mío, y puesto que hemos quedado solos para amarnos, amémonos, pobre perro.

Valneige, 9 noviembre de 1800; una noche de invierno

¡Cuán lento es el año y qué triste el día durante estos meses de invierno en que la sonora lluvia, azotada por el huracán y chocando contra las vidrieras, obscurece los cristales con sus chorros; en que el horizonte, velado por heladas brumas, limita mis pensamientos lo mismo que mis miradas, y en que tan sólo escucho el cierzo que silba quejumbrosamente en todas las rendijas, la caída monótona de las cascadas de invierno, el alud que en mil fragmentos se despeña y retumba, el cacareo de las gallinas en el corral, y a Marta que hila todo el día en su torno!

Entonces es cuando mi alma aislada, comprimida por todos los elementos en mi seno, y devorándose en mi interior como hoguera sin aire, anhela huir de sí misma, busca algo en torno suyo, siente que el tedio penetra por cada poro, y mira a lo lejos si hay alguien que la ame todavía, si existe un solo ser que,



A. Mas y Fondevila, dibujó

Laurencia levantó la cabeza y estuvo largo tiempo contemplando la luna (pág. 249)

unido a ella por algún vínculo, me dedique un recuerdo y subsista gratamente en mi memoria; pero no viendo en derredor más que indiferencia y silencio, vuelve a caer con todo su peso en su vacío sin límites.

De la misma manera el hombre, olvidado por la caravana en el desierto, busca la huella de un pie, y examina, hasta donde puede alcanzar su vista, si hay en el horizonte algún punto que se mueva, alguna tienda de la cual salga humo, o alguna verde palmera que interrumpa la línea del desierto; pero no divisando más que áridos arenales cuya superficie ha llenado de ondulaciones el viento del simún, perdida toda esperanza de ajeno socorro, cierra los ojos a la luz y se sienta resignado a morir.

Lüego, como un corazón destrozado que una palabra conmovedora reanima, y lanzando mis lamentos al cielo desde el fondo de mi abismo, envío a Dios mi alma y digo para mí: «En Él tengo el agua que aplaque mi sed, el término de mis pesares, el amigo cuyo corazón rebosa amor, la familia inmortal y el mundo invisible.» Y rezo, y lloro, y espero, y siento circular el agua por mi árido corazón, y bajo a mi huerto empapado por los fríos aguaceros a visitar un momento mis plantas inundadas; examino si los retoños de las campanillas blancas han echado ya flores, levanto los

tallos caídos sobre el agua, sacudo al sol los cogollos de mis lechugas, llamo de paso por su nombre a todos mis árboles, toco cariñosamente sus ramas con la mano, y me acerco a ellos como si fuesen antiguos amigos; porque en el aislamiento de mi alma henchida de esa necesidad de amar, que es su vida y su tortura, se une al mundo vegetal por sentimiento, y si Dios redujese las plantas a polvo, yo besaría el suelo y amaría hasta las piedras...

Al volver a casa, acaricio mis palomas que tiemblan de cariño sobre la pared de mi patio, o paso la mano por el lomo de mi perro, cuyo pelo se eriza de alegría; o si asoma un rayo de blanco sol, me entretengo en escuchar los gorjeos de mis pájaros, que anhelan la vuelta de la primavera, y repartiendo así mi alma entre lo que me ama, procuro engañarme a mí mismo en mi aislamiento, mientras que el oculto abismo de mi profundo hastío va cegándose en la superficie, pero quedando siempre el vacío en el fondo.

8 de diciembre de 1800

El pobre buhonero murió anoche. Nadie quería dar tablas para su ataúd, y hasta el herrero se negó a proporcionar clavos.

— Es un judío, decía, que no sé de dónde ha salido, un enemigo del Dios que nuestro país adora, a

quien seguiría ultrajando si resucitara; su cuerpo infeccionaría el cadáver de un cristiano. Arrastrémosle a las hendeduras de la roca como a un perro. La cruz no debe cobijar con su sombra al que la niega, y la tierra sólo se ha bendecido para dar sepultura a nuestros huesos.

En vano la mujer y los tiernos hijos del judío imploraban la compasión de los transeuntes, y disputando el cadáver a la animadversión popular, se interponían llorando entre la turba y la mortaja. Avisado yo por casualidad de tan inhumano escándalo, acudí y con una mirada hice que se apartase la muchedumbre; tendí mis manos a la viuda y a los huérfanos, eché en cara a los cristianos la dureza de su alma, y avergonzándome por ellos, dije a fin de que dieran sepultura al cadáver:

– Si nadie quiere dar tablas para el ataúd, id y tomad las de mi cama.

Para enseñarles luego un poco de tolerancia, primera virtud de la ignorancia humana, y demostrarles que Dios y el sol lucen para todos y que a todos alcanzan sus beneficios, a pesar nuestro, les referí la sencilla y breve historia que acudió en aquel momento de mi memoria a mi corazón:

En el tiempo en que los hombres andaban en busca de un país que habitar, algunos se establecieron cierto día a orillas del Nilo, y aquellas gentes igno-

rantes, enamoradas y celosas de la corriente que las alimentaba, hicieron del río un Dios. «Dará la vida a los que de él beban, dijeron: esos seremos nosotros, y los demás morirán.» Y cuando alguna errante caravana quería llenar de agua del río sus odres profanos, la rechazaban con celoso brazo y se decían unos a otros: «El agua del cielo es exclusivamente nuestra. Sólo se vive en nuestros campos, y no se bebe sino donde estamos nosotros. Los demás no beben y no son hombres.» El ángel del Señor, que oyó estas palabras, exclamó: «¡Qué corto es el entendimiento de esa gente!» Y para demostrarles a su costa que el agua que cae del cielo corre para todo el mundo, hizo venir de lejos un pueblo con sus camellos que al cruzar el Nilo quisieron beber de sus aguas, y mientras los estúpidos defensores del dios prohibían sacar agua a sus sedientos rivales, el ángel, abriendo el cerrado depósito del cielo, hizo llover a torrentes sobre uno y otro ejército; el pueblo extranjero bebió en el lago de las tempestades y el ángel dijo al otro: «¡Insensatos! Las nubes suministran agua a aquellos a quienes se la negáis, y su manantial está mucho más alto que el vuestro. Id a ver el universo: cada raza tiene su río que desciende de sus bosques, la fecundiza y mitiga su sed; pues todos esos torrentes proceden del mismo sitio, toda onda brota de la gracia de Dios. Él la vierte en la ocasión y en la medida necesarias, más cenagosa o más pura, formando con ella riachuelos o ríos caudalosos. Si los vuestros, oh

mortales, son más claros y más dulces, guardaos de estar por ello orgullosos y mucho más de mostraros egoístas; sabed que tenéis hermanos en la tierra; que los que carecen de un río como el vuestro, tienen lluvias en invierno y rocíos en verano, que el mismo Dios hace manar del lago de su bondad, dando a todas las criaturas la gota de agua que necesitan; porque todo pueblo es su pueblo y toda onda su onda.»

Esta religión, que nos enorgullece, es ese río hecho dios cuyo cauce se defiende. Vosotros creéis ser los únicos poseedores de los esplendores divinos, os figuráis que reina la obscuridad más allá de vuestras colinas, que aquel a quien no alumbra vuestra luz camina a ciegas y sin cielo en las tinieblas de la muerte; pero habéis de saber que sólo Dios, fuente de toda luz, la difunde en todas las almas y en todas las pupilas; que cada hombre tiene su luz, cada edad su resplandor, cada rayo celeste su parte de verdad, y que solamente Él sabe cuánta luz o sombra contiene para sus hijos ese rayo siempre obscuro. Si el vuestro es más puro y más templado a vuestros ojos, seguid vuestro camino alumbrados por su esplendor, dando gracias al cielo, y no interpongáis entre el astro y vuestros hermanos la sombra de vuestras vanidades, la mano de vuestra saña; para hacer que la verdad brille a sus miradas, reflejad su luz en vuestra caridad, porque el ángel que vendrá a hacer la prueba de vues-

tra religiosidad, juzga el culto del corazón, como se juzga el río por sus ondas. El arco iris que Dios pinta es de todos los colores, pero el brillo del rayo se juzga por su calor.

Esta moral en acción produjo tal efecto en sus almas, que al fin todos querían amparar a los huérfanos y a la viuda.

. . . .

. . . .

(Aquí faltan varios pliegos del manuscrito.)

LOS LABRADORES

Aldea de Valneige, 16 de mayo de 1801

A veces, cuando el tienpo es bonancible, después de celebrar el sacrificio de la misa, me alejo de mi iglesia y de mi casa desde la aurora, con mi Biblia debajo del brazo, y paso el día por los campos, sin guía, sin rumbo fijo, andando a la ventura, hojeando al azar la naturaleza como si fuese un libro; pero en todas partes con profundo recogimiento, porque doquiera hallo escrito algún fragmento del inmenso nombre de Dios. Quien así puede leer en las páginas del gran libro no debe cansarse ni lamentarse de vivir.

La tibia atracción de los rayos de un cielo más cálido me hizo subir esta mañana por los montes a mayor altura que de costumbre; llegué a la cresta de una ruda colina, bañada en su base por un lago y dominada por un glaciar, y cuyas verdes laderas de suave declive están salpicadas de abetos entre prados. En su cúspide sólo hay grupos de copudos castaños y de robles seculares, cuyas dentelladas cimas se destacan sobre el azul del firmamento, cual vetustos muros de

almenados torreones, haciendo que el cielo parezca más azul por su contraste obscuro, y cubren a sus pies algunos campos con su sonbra. Al través del ramaje se ve relucir el lago, cuyas aguas centellean a los rayos del sol, y deslizarse al soplo del viento la barca de blanca vela como el ala de un ave que pasa de rama en rama. Pero más cerca, sus largos brazos colgantes sobre el abismo y empapados de la humedad que durante la noche cae gota a gota sobre ellos, dejan pendiente su follaje y sueltan su rocío sobre un angosto espacio que mira a Levante, circundado por otros troncos negros como un lago de verdura en su reducida cuenca; desde allí, con el codo apoyado en sus raíces, podía yo verlo todo, hasta el fondo de los barrancos, sin ser visto de nadie.

Ya empezaba a oir por momentos cerca de mí el rumor de pasos, voces y mugidos que subían: era el campesino de la alta choza, que iba a labrar su pedazo de colina con el rechinante arado arrastrado por su yunta de blancos bueyes y su mulo en el que cabalgaban su mujer y sus hijos. Leyendo mi Biblia o la naturaleza, pude contemplar todo el día aquella escena y apuntarla con distraído lápiz en el papel. ¡Oh naturaleza, se te adora aun en tu espejo!

Dejando que sus bueyes cobren aliento, el joven campesino se apoya de pie en el tronco de una encina, y enjuga con su callosa mano el sudor que de su

varonil y simpática frente ha hecho brotar la subida del sendero; su mujer y sus hijuelos, arrodillados delante de los mansos bueyes que inclinan al suelo sus astas, les parten retoños de fresno y de helecho, y echan ante ellos en verdes montones las hojas que van mondando de las ramas; los animales rumian tranquilos, mientras que la sombra se repliega gradualmente a medida que sube el sol, y dejando que se entibie la frialdad de la gleba va a morir a los pies del labrador. Éste unce el yugo con la fuerte correa a la cerviz de los bueyes que su mano robusta hace inclinar; los niños van a coger ramas desgajadas, empapadas aún de gotas de rocío; las atan con sus hojas a modo de festones que los cuadrúpedos sacuden sobre su velado testuz, para que sus jadeantes flancos y su polvoriento pecho lleven consigo un poco de sombra que los resguarde del sol. Engánchase la lanza al yugo de alisada madera, la reja del arado se endereza y vibra bajo el gimiente eje, el hombre coge la esteva, y guiando el penetrante hierro que ha de abrir los surcos, conduce la yunta al extremo del campo.

¡Oh trabajo, santa ley del mundo, tu misterio va a efectuarse! Para que la gleba sea fecunda, es preciso ablandarla con sudor. El hombre, hijo y fruto de la tierra, abre el seno de esta madre, en que germinan los frutos y las flores, de la misma manera que el niño muerde el pecho materno para que la leche brote y chorree como lágrimas del seno de su nodriza.

La tierra, hendida por la reja a la que ella misma aguza, se amontona, se rompe en terrones palpitantes, y mientras se va abriendo, humea como carne que se abre y palpita bajo el cuchillo. Las alas del arado la dividen en dos polvorientos montones, las hierbas se dispersan con sus raíces en descubierto; los reptiles, los gusanos, desenterrados por el hierro, se retuercen en su seno divididos en fragmentos; el hombre los pisotea, y sacudiendo la esteva del arado, hunde más y más la reja que los despedaza; la lanza tiembla y el fuerte temblor le lastima los dedos; la mujer anima a los bueyes con la voz y con el ademán; los animales afianzándose en sus jarretes que se doblegan, pesan con toda su frente sobre el yugo que los tiene ligados; sus ijares palpitan con ardor como un corazón generoso, y hacen saltar el suelo hasta lo más profundo. El hombre acelera el paso, la mujer apenas puede seguirle; todos llegan sin aliento al extremo del surco, y se detienen: los bueyes rumian y los niños les espantan las moscas con la mano.

Ya está abierto, todavía humea en el suelo ese profundo trazo. ¡Oh tierra, tú viste cómo brotó todo del primer surco abierto en tu seno! Hubo un Edén sin cultivo; pero la naturaleza, a fin de estimular al hombre, sepultó para él bajo tierra su destino y su misterio, ocultos en su primer surco.

El primer día en que la llanura, entreabriéndose bajo la robusta mano del hombre, bebió el santo su-

dor humano y recibió la semilla en depósito, para ver a tan noble criatura ayudando a Dios y sirviendo a la naturaleza, el cielo abierto retiró sus pliegues, palpitaron las fibras del suelo, y los ángeles asombrados celebraron la realización del segundo prodigio.

Y los hombres, enajenados de gozo, uncieron al yugo sus parejas de bueyes; y en los collados los pueblos se multiplicaron como las mieses; y las ciudades, exuberantes colmenas, se desbordaron en las llanuras; y los buques, descomunales alciones, llevaron en sus anchurosas alas su alimento a las naciones, como las golondrinas a sus nidos.

Y para consagrar la herencia del campo cultivado por sus manos, los labradores se repartieron la tierra, fijando límites en sus posesiones; y el hombre, propicio a todos los derechos, halló en su corazón la justicia, grabó su código por doquiera, y para consagrar sus propias leyes, elevándose hasta la ley suprema, buscó un juez y encontró a Dios.

Y la familia, arraigada en el collado que plantara, floreció de año en año, cual colectiva inmortalidad; y bajo su amorosa tutela nació el amor de la patria, simiente de pueblo germinada al calor del sol. Simiente de fuerza y de gloria, que no es otra cosa sino la santa memoria del campo sembrado por sus padres.

Y los templos del Invisible salieron de los flancos de la roca, y por una insensible escala pudo el hombre acercarse a Dios; y las plegarias que elevan, y las virtudes que éstas inspiran, brotaron del corazón de los mortales; y Dios admiró en el hombre su propia gloria, y, para conservar memoria de ella, recibió la espiga como ofrenda en sus altares.

Después de un momento de reposo, empiezan a abrir otro surco paralelo al primero, y así van y vienen, del uno al otro extremo del campo, pareciéndose su trabajo al del tejedor que, teniendo todo el día su telar en movimiento, empuja y trae el lino que se va desarrollando, y junta un hilo a otro en su rápida trama. En el sonoro valle resuenan sus voces; el mirlo azul huye silbando por los bosques; y las hojas del roble, agitadas por el ruido, dejan caer sobre ellos las gotas que destilan.

Mientras tanto, el sol lanza sus rayos a descubierto, el grillo parece tocar a fuego en el lomo del surco. Yo veo flotar, correr sobre los abrasados terrones la atmósfera palpable en la cual nada el rocío que vuelve a brotar del suelo y hierve a la luz como el hálito ardiente de la boca de un horno. El yugo de los bueyes se inclina con más pesadez hacia el surco; el hombre se pasa la mano por la frente, su voz se debilita; la resbaladiza esteva vacila entre sus nerviosos dedos; el sudor de la mujer empapa sus cabellos; detie-

nen el arado a la mitad de su carrera; van a libar en la fuente que mana de una peña, y con los labios aplicados al húmedo granito, saborean su frescura y su humedad.

¡Oh, que beban en esa gota el olvido de los pasos que tienen que dar! Señor, haz que cada cual encuentre en su camino el agua que necesita; que tu gracia aplaque su sed. Cuantos caminan por la tierra están sedientos a todas las horas del día; haz que brote de tu oculto manantial la gota de paz y de amor que ha de refrescar sus ardorosos labios.

Todos tienen esa agua del alma: unos la fortuna que ansían; otros el corazón de una mujer; éstos la ternura de sus hijos, aquéllos la íntima amistad o los éxtasis del poeta; cada colmena humana tiene su miel. Aplaca su sed con esa agua de las fuentes de la vida. Pero mi fuente ¡ay! mi fuente está en el cielo.

El agua de la tierra no tiene más que amargura para los labios que bebieron amor, y la onda que ha de apagar la sed que me consume no se halla en esta mansión; no existe más que en mi pensamiento dirigido siempre a mi Dios, en algunos sollozos de mi pecho, en mi resignación al sufrimiento, y la gota de mi única esperanza la bebo en mis lágrimas.

El medio día los llama a comer; dejan tendido el arado en el suelo; el hombre desunce sus bueyes del

caliente y humeante yugo, y ellos van pausadamente a tenderse, lejos de la reja, bajo un espeso follaje; la mujer y los hijos reunidos a la sombra de un árbol y sentados sobre la hierba alrededor del padre, se pasan de mano en mano las frutas, los huevos duros, el queso y el pan; y el perro, mirando de hito en hito el rostro del amo, sigue con ojos de confianza las migajas que espera.

Acabada la comida, la madre se acerca a la cuna que descansa reclinada en un nuevo surco y saca de ella un hermoso niño desnudo que le alarga los bracitos; lo levanta, lo suspende en el aire, y le da el pecho; le duerme luego meciéndole en su regazo y se duerme ella a su vez con un brazo apoyado sobre su esposo; y bajo la pesadez del día la familia dormita en su lecho de tierra, mientras el perro los guarda; y los ángeles del Señor pueden contemplarlos desde las alturas y los celestes ensueños descender sobre sus cabezas.

Dormid bajo la verde nube de las hojas que cobijan ese nido, hombre, mujer, hijos que sois su imagen, reunidos todos por la ley del amor. ¡Oh familia, compendio del mundo, instinto que halaga y fecundiza a los hijos del hombre en esta baja tierra! ¿Acaso no eres tú la que nos recuerda ese fraternal parentesco de los hijos cuyo padre es Dios?

Foco de amor, en que esa llama que circula por el universo une entre sí los corazones y las almas y en-

cadena los diferentes sexos; tú estrechas y enlazas las generaciones y las vidas con tu misterioso vínculo, y el amor que del cielo emana, culto profano de las voluptuosidades, se convierte en virtud, si es el tuyo.

Dios te guarde y te santifique; el hombre te confía a la ley, y la naturaleza purifica lo que sería impuro sin ti. Bajo el santo techo en que te reúnes, ni las miradas ni los sueños mancillan tu castidad, y el manantial humano renueva los torrentes de la humanidad, sin que cieno alguno enturbie sus aguas.

Han abandonado su árbol y vuelto a su trabajo. La sombra, que ha dado la vuelta de Oriente a Ocaso, se prolonga al pie de la encina y va a envolverlos en breve; la superficie del lago, menos brillante, se riza al soplo de la brisa vespertina. El surco se va acercando al otro extremo del campo. Mas ¿qué sonido ha vibrado en el follaje? La campana difunde por el aire conmovido sus apagados ecos, cual suspiro emanado del seno de las aguas, y puesta en movimiento en la aldea por infantiles manos, viene a repercutir desde tan lejos en la mente; es el toque de la oración, que recuerda en todo lugar que el alba y el crepúsculo de todos los días pertenecen a Dios.

Al oir el religioso toque, el labrador se detiene, vuélvese hacia el campanario, se descubre, y uniendo sus robustas manos de las que se desprende el aguijón, eleva un poco su alma sobre la tierra que labra, mien-

tras sus hijos, arrodillados en el suelo, cruzan sus tiernos dedos entre las manos de su madre.

¡Oración, voz sobrenatural que nos hace caer de rodillas; instinto del cielo, que nos recuerda que la patria está lejos de nosotros; viento que sopla en el alma humana, haciendo que se desborde de los henchidos párpados el manantial de las lágrimas, cual brisa que hace llover a intervalos las aguas virginales del cáliz inclinado de las flores!

Sin ti, ¿qué sería de ese fango? ¡Un montón de cieno impuro, en que el hombre, después del bruto, come las hierbas que siega en el surco! Pero gracias a ti, eleva todavía su pensamiento sobre sus quebradas alas para respirar en la verdadera mansión, mitigar su sed en su carrera, y hacerle beber en su mismo manantial el agua de la vida y del amor.

Te exhalas a modo de suspiro del corazón de las madres; el aire sonoro conduce tu voz en su seno; el labio del niño te respira, la avecilla te escucha en el lindero de los bosques; emanas de toda la naturaleza, cual misterioso murmullo cuyo sentido saben los ángeles, y lo que sufre, y lo que gime, y lo que canta, y lo que ora, no es más que un cántico de mil acentos.

¡Oh santo murmullo de las plegarias, haz también que mi henchido corazón cante mis penas en mi pro-



A. Mas y Fondevila, dibujo

DESPUÉS DE UN MOMENTO DE REPOSO, EMPIEZAN A ABRIR OTRO SURCO...
(pág. 268)

pio seno, como las ondas murmuran sobre las piedras; que el leve rumor de mi vida, arrobada en íntimo éxtasis, se eleve en aspiraciones, y que este corazón que rompes, instrumento de brisas celestiales, estalle en bendiciones!

Terminado un trabajo, empieza en seguida otro. Ya está la tierra abierta por todas partes y en disposición de recibir la semilla; la mujer, sacando el grano a manos llenas de los cestos de junco, lo desparrama cual polvorienta nube; mientras los niños, siguiendo sus huellas, entregados a sus juegos, recogen con sus manecitas aquel polvo que dejan caer de nuevo y que los pajarillos acuden a arrebatarles. Esparcido ya el trigo, el hombre engancha el rastrillo que los terrones del surco mecen y traquetean; y los chicuelos agrupados sobre él van aplanando los surcos con su peso. Declina el día y el relente humedece ya las hierbas; los tibios vientos de otoño traerán la lluvia; las nieves del invierno, extendiéndose sobre la tierra cual abrigada alfombra, cubrirán las espigas con un manto de plumón; los ardientes rayos del sol de estío vendrán a dorar las mieses; las jóvenes campesinas atarán las gavillas, y trenzando sus cabellos con violetas y amapolas, irán a bailar en corro sobre los nuevos montones; y el molino triturará el trigo entre sus muelas, y la mujer de las cabañas, dejando el lecho antes de rayar el alba, escogerá la flor de la harina para hacer la levadura y amasar el pan de sus hijuelos; y las aves

del cielo, y el perro, y el indigente, recogerán en paz las migajas de la mesa, y todos bendecirán a Dios cuyas fecundas manos llaman a todos los hombres al festín de la tierra.

Así es, Señor, como tu providencia siembra y coge el género humano, noble semilla que germina para la eternidad. ¡Que ese purísimo trigo fructifique en los surcos de la vida! Derrama, oh Dios, tu rocío en los valles de sus penas y que en la tierra fertilizada germinen hombres y flores!

(Aquí faltan varias fechas.)

Valneige, julio de 1801

Dos hermanos se disputaban hoy un pedazo de tierra por haberse corrido un mojón al cavarla; designáronme como árbitro de su contienda, y yo juzgué el caso por medio de esta parábola:

«Al principio del mundo en que todo era común, dos hermanos, como vosotros, tenían dos campos reunidos en uno. Como el uno tomaba menos y el otro más, llegó un día en que quisieron alindar su propiedad: un solo árbol, plantado en lo más alto del campo, dominaba los surcos por la parte de Poniente, y un hermano dijo al otro: «La extremidad de la sombra »divide exactamente por igual el número de nuestros

»surcos: sea pues la sombra nuestra línea divisoria.» Quedó así convenido, pero al caer la tarde alargóse la sombra, y bajando poco a poco hasta lo último del campo, hizo que uno de los hermanos resultase dueño exclusivo de toda su extensión. Este se apresuró a ir en busca de los representantes de la ley y les dijo: «Mirad, toda la sombra es mía.» Y los jueces humanos sentenciaron como hombres que eran, y adjudicaron a un solo hermano toda la heredad, mientras el otro, despojado por el cielo de su hacienda, acusó de ello al sol y se quedó sin nada.

»Llegó el invierno, y el huracán que esta estación suele desencadenar, engolfándose una noche entre el ramaje del roble y encontrándolo aislado y sin apoyo, le arrancó de raíz y se llevó con él su sombra. El hermano despojado, viendo al otro sin títulos de posesión, bajó a su vez, fué a buscar al árbitro, y le dijo: «Ved, ya no hay sombra, por consiguiente todo es »mío.» Y el juez, interpretando literalmente la ley, juzgó como el viento y el sol y la sombra, y sin meterse a igualar el número de los surcos del campo, le adjudicó la heredad con todo su contorno, de manera que los hermanos tuvieron sucesivamente demasiado o demasiado poco, y bajando del campo cuyos límites eran tan movedizos, decían para sí: «¿Dón»de está la justicia?»

»Oyólos un sabio que por allí pasaba, escuchó sus razones sonriendo, y dijo: «Han juzgado mal vuestra

»querella; pero juzgadla vosotros mismos. Vuestro lí»mite oscilante es el emblema de vuestras leyes: el lí»mite de los mortales jamás está en su justo medio: »estimad la colina con la medida de Dios, la cual no »está, amigos míos, en el árbol ni en la cerca, ni en la »sombra que el día prolonga o disipa, ni en el poste »que derriba el arado o el choque de los torrentes, ni »en la presencia de testigos, ni en el rótulo estampado »en una tabla, ni en el dedo levantado del juez que fija »los límites: la justicia está en vosotros, ¿a qué buscar»la en otra parte? ¡El mojón de vuestros campos! Plan»tadlo en vuestros corazones, y nada cambiará de pues»to el del uno ni el del otro; cada uno de vosotros ten»drá su parte en su mutua mirada.»

»Los dos hermanos, siguiendo el consejo del sabio, no dividieron ya más su tierra por la sombra o por el sol, sino que, poniendo su confianza en su equidad, se repartieron su campo con su conciencia, y ante este invisible y fiel testigo, ninguno de ellos trazó su surco ni sobrado cerca ni demasiado lejos.»

(El autor intercala aquí una extensa poesía sobre Roma, cuya traducción omitimos porque la composición no guarda relación alguna con este poema.)

Valneige, 8 de agosto de 1801

Yo instruyo a los niños de la aldea, y las horas que paso con ellos son para mí las mejores; inician el día y terminan la tarde. ¿A quién no le gustaría ver en

un plácido día de estío esa escuela al aire libre y en plena campiña, en la cual se sientan los discípulos? A la puerta de la iglesia hay dos viejos nogales profundamente arraigados, cuyas ramas y follaje penden sobre una hondonada cubierta de verde musgo, por la cual circulan entre pequeños guijarros las aguas de la fuente del pueblo; algunos pedruscos de granito, bruñidos por las ondas y blanqueados por su espuma, interrumpen su lecho.

Desde aquel otero, y deslizándose de colina en colina, la mirada abarca por la mañana un vasto horizonte, y a través de las ramas del nogal, contempla los azulados matices de los lagos y las ondulaciones de la llanura. Allí se reúnen todos, en los días serenos, agrupándose según el sexo y la edad, los unos se apoyan de dos en dos o de tres en tres contra el tronco del árbol; los otros se sitúan en las gradas de la cruz; éstos sobre las ramas, aquéllos sobre las raíces del nogal que serpentean al nivel del barranco; algunos sobre las tumbas y las verdes eminencias que cubren a los que fallecieron en la primavera, como nuevos trigos que reverdecen donde germinaron los granos perdidos de las espigas trilladas.

En medio de esos hijos de la aldea, mi voz grave se mezcla con el murmullo del agua mientras sus ovejas pastan la hierba naciente sobre el lecho de los muertos, y la ágil golondrina pasa rasando los bordes del arroyo, y los gorriones, aleccionados por la cos-

tumbre, y alentados por el sosiego y la actitud de los niños, los rodean, se posan y se agrupan a sus pies para picotear las migas de su pan.

Me penetro bien de la sublime misión que mi palabra ejerce sobre esos corazones infantiles; pienso que voy a proporcionar a su espíritu el alimento inmortal de que se nutren los ángeles, la verdad, incompleta herencia del hombre, que desciende a nosotros de nube en nube, antorcha de una luz más pura, que la tradición hace pasar de mano en mano a las generaciones; pienso que soy para ellos un rayo de esa alma eterna que calienta y renueva la tierra, una chispa de Dios que, brillando a su vez, debe encender su luz en la obscuridad de esos corazones; y puesta la mano sobre sus inclinadas frentes, le suplico que prepare mi corazón para que descienda en él un Verbo; que eleve mi espíritu a la sencillez de esos espíritus infantiles, alborada de verdad; que ponga bastante claridad en mis palabras para que ellos la comprendan, y que me revele esas sencillas parábolas merced a las cuales el Maestro, dignándose descender hasta la penetración humana, hacía tocar el cielo aun a las manos más pequeñas. Luego expreso para ellos mis ideas en alta voz; el círculo me escucha, y mi corazón se trasvasa gota a gota a sus corazones.

No recargo sus sentidos ni su imaginación con el estéril saber de que se alimenta el orgullo; instruyo mucho más su conciencia que su razón, y baso toda

mi ciencia en la naturaleza y en sus ojos. Abro ante ellos ese libro y les hago ver doquiera la esperanza del hombre y la bondad divina. Para enseñarles lo que es Dios, sus prodigios y su culto, no les cuento ninguno de esos vulgares prestigios que, confundiendo el error con la verdad, convierten en credulidad la fe celeste. Es una vergüenza el querer demostrar por medio de la impostura la existencia de un Dios tres veces santo. Su testimonio eterno, para nosotros, es la naturaleza; su testimonio eterno, para nosotros, es su razón. Sus cielos son bastante claros para que podamos leer en ellos su nombre.

Con ellos descifro y deletreo cada día alguna nueva letra de ese nombre infinito: les muestro ese Dios, ora en su bondad, madurando el grano que destina para el pájaro; ora en su sabiduría y en su providencia gobernando tan ostensiblemente la naturaleza; ora... Pero hoy se lo presentaba en su grandeza. Anochecía; la obscura profundidad de los cielos permitía que la mirada se sumergiera en el espacio sin velo alguno y contase los astros de la estrellada bóveda, como desde la cubierta de un buque, rodeada de obscuridad, se ve brillar el coral y la perla en el fondo de los mares al través de las transparentes olas.

«Esos astros, les decía, han nacido con el cielo; sus rayos llegan a nosotros hace millones de años; son los soles, los centros de otros mundos que sólo puede pesar la mente de Dios; el etéreo piélago los absorbe en

sus ondas como granos de arena, y cada uno de esos mundos es a su vez centro de otros mundos semejantes que tienen, como el nuestro, su luna y sus soles, y ven, como nosotros, firmamentos sin límites que se dilatan ante Dios, sin que nada le contenga... Aquellos, trazando círculos sin compás, pasaron una noche y no volverán a pasar. En la inagotable página del firmamento entero no podría escribirse la cifra incalculable de siglos que habrán de transcurrir antes que su inmensa órbita quede cerrada. Trazan la curva por la que Dios los lanzó; el hombre los sigue desde su nada con el pensamiento... y esto, hijos míos, basta para probaros que el hombre es un espíritu, puesto que puede elevarse desde este grano de polvo y desde la humana sombra hasta los cielos sin fondo y hasta esos grandes fenómenos. Y si no, medid, interrogad vuestros cuerpos; haced todos los esfuerzos posibles para subir hasta esos astros; vuestros pies no pueden llevaros sobre esas ondas etéreas; vuestras manos no pueden tocar, pesar esos mundos; cuando éstos han desaparecido en los repliegues de los cielos, vuestros ojos no pueden verlos ya tras el velo que los oculta; ningún oído percibe su tempestuosa armonía en el mar infinito de sus oleadas de éter; el soplo de su vuelo no llega hasta nosotros; os parecen tachones bajo el dosel de la noche. Y sin embargo, el hombre recorre esa bóveda y traza de antemano el camino que las estrellas han de seguir en lo futuro; podemos decir ya a nuestros descendientes qué día aparecerá en un punto

determinado del cielo tal o cual astro que vendrá a iluminar el espacio con su fulgor, devolviendo al firmamento su estrella perdida. Y ¿quién lo sabe? ¿quién lo describe? No son vuestros sentidos, hijos míos; por consiguiente es vuestro espíritu, esa alma inmensa, infinita, inmortal, que ve más que la estrella, y que vivirá más que ella...

. . . .

»Esas estrellas, cuyo hervidero es el éter, adquirieron de Dios su primitivo movimiento. ¿Os habéis parado alguna vez a calcular la fuerza de ese brazo que las balanceó? A menudo cogéis en la honda o en la mano una nuez del nogal o un guijarro del camino, e imprimiendo un esfuerzo a vuestra muñeca que los despide, medís la fuerza y la distancia; la una cae a vuestros pies, la otra vuela a cien pasos, y decís: «Ese »brazo es más vigoroso que el mío.» Pues bien, si comparáis las hondas por sus disparos, ¿cuál no será la mano que lanzando todos esos mundos, cuyo enorme peso no puede concebir la imaginación, como el jardinero que siembra guisantes en la huerta, los hace hender el vacío y dar vueltas sobre sí mismos en virtud del movimiento primitivo emanado del brazo supremo, ir y venir, subir y bajar durante siglos sin fin que solo Él puede contar, Él, que se burla del espacio y del peso y del tiempo, y hace que esos miles de carros sin ruedas corran por el firmamento sin carriles y den vueltas sin eje?.. Inclinemos la frente, hijos míos. Esa fuerza, esa mano, son la fuerza y la mano de Dios...

»¿Queréis averiguar ahora cuál es la inteligencia que entrelaza todos los hilos de esa inmensa trama y los hace gravitar para siempre unos sobre otros sin que jamás choquen en su órbita? Hijos míos, cuando vais a apacentar vuestras terneras lejos de aquí, por las vertientes de la montaña, al borde de los precipicios, y sentados sobre una peña, tenéis a vuestros pies ese lago azul semejante a un cielo que se despliega abajo, veis a veces el enjambre de blancas velas diseminadas por el agua como las estrellas por el cielo, destacándose por todas partes de las orillas del lago, saliendo de los verdes golfos o regresando a las ensenadas, o agrupadas en círculo, trazando con la proa evoluciones que vuestros ojos admiran, y no teméis sin embargo que, chocando esos frágiles esquifes, se sepulten bajo las aguas, o que sus blancas alas, rozándose en su vuelo, se desgarren mutuamente; pues, aunque a tal distancia no se distingue nada bajo esas velas, sabéis que un pescador maneja los remos o el timón de cada barquilla, que cada una de éstas tiene su ojo y su alma que gobierna a su albedrío su rumbo y le hace discernir y elegir su camino.

»Pues bien, si se requiere una inteligencia para dirigir por el agua tan frágiles embarcaciones, esos mundos, que sólo el esfuerzo de Dios puede refrenar, ¿no tendrán también una inteligencia para guiarse? La tienen, hijos míos. El mismo Dios es su piloto. Él es quien singló su flota por el cielo; cada uno de esos soles, alumbrado por sus ojos, conoce su puerto o su

escollo en esos océanos; todos han recibido de Él la señal o el derrotero para aparecer a su hora en el punto designado de su bóveda. La obra de cada globo que asciende a su llamamiento consiste en glorificar su santa voluntad, en recorrer con amor la ruta que Él le traza, y en reflejar a Dios en el tiempo y en el espacio. Y todos ellos, obedientes, se transmiten de rayo en rayo sus órdenes y hacen brillar su nombre, y su gloria brota de sistema en sistema, y todo cuanto ha creado le glorifica lo mismo, y sin excepción sus miradas suben y bajan desde la órbita de los soles a la frente del niño, y hasta al latido de la insensible arteria del insecto que se arrastra a nuestros pies...

»Y no os confundáis ante tamaña grandeza; no temáis que en la profundidad de los seres cuya muchedumbre obscurece sus párpados, la sombra de esos grandes cuerpos llegue a ocultarnos su luz. No digáis, hijos míos, como otros han dicho: «Dios no me conoce, porque soy demasiado pequeño; mi insignificancia »se pierde en su creación. El ve demasiado universo »para que su mirada se fije en mí.»

»El águila de la montaña dijo un día al sol:

» —¿Por qué has de lucir más abajo de esa dorada »cumbre? ¿De qué sirve alumbrar esos prados, esas »gargantas obscuras, empañando tus rayos en la hier»ba de esos lugares sombríos? El imperceptible musgo »es indigno de ti.»

» — Ave, le contestó el sol, ven y sube conmigo...

» El águila, remontándose con el rayo a la nube, vió cuál se deshacía la montaña y parecía hundirse a su vista, y cuando hubo llegado a su nuevo horizonte, advirtió con sorpresa que todo parecía nivelado.

» — ¡Y bien!, replicó el sol; ya ves, ave orgullosa, si » para mí es más alta la montaña que la hierba. No hay » nada grande ni pequeño para mis gigantescos ojos; » la gota de agua me refleja lo mismo que los océanos; » yo soy el astro y la vida de todo cuanto me ve, y la » hierba más humilde me glorifica de la misma manera » que el altivo cedro; yo doy calor a la hormiga, bebo » las lágrimas que la noche derrama sobre la tierra, y » mi rayo se impregna de perfumes calentando la corola » de las flores.»

» Así también, Dios, que es su propia medida, contempla toda la naturaleza con mirada igual para todos... Hijos míos, si vuestro corazón ha comprendido bien, bendecid esa mirada que ve el insecto y para la cual todo es grande.»

(Faltan aquí muchas fechas).

21 de noviembre de 1802

Yo soy el único sacerdote de este agreste país; pobre rebaño sin pastor. Un hombre bañado en sudor ha subido hasta aquí desde una lejana aldea; estuvo andando desde el amanecer, y me dice que en un mí-

sero caserío del camino de Italia ha tenido que refugiarse una mujer enferma: joven, hermosa y moribunda, reclama un sacerdote que la auxilie en sus últimos momentos: ¿llegaré a tiempo?

Maltaverne, en el camino de Italia, 22 noviembre 1802

Sólo un quinqué alumbraba muy débilmente el obscuro aposento, y la sombra de las cortinas de la cama me ocultaba el rostro de la enferma; en medio de aquella semiobscuridad yo no distinguía más que su frente pálida y moribunda reclinada en la almohada y sus largos y rubios cabellos diseminados en desorden, que dos manos de alabastro parecían retorcer sobre el seno y que, cuando estas manos los soltaban, caían desde el borde del lecho hasta el suelo.

— ¡Padre!, murmuró en voz baja la mujer...

El acento de aquella voz penetró hasta el fondo de mi alma; no sé qué vago recuerdo de otra voz vibró en ella; sólo a medias pude retener un grito que el respeto contuvo en mi boca, y me senté temblando a la cabecera de la cama.

— Padre, perdonadme, repuso la misma voz: los caminos son malos, los días cortos, el tiempo frío. Os he hecho venir desde lejos, desde muy lejos quizá, pero tendréis presente que vuestro divino Maestro, sin temor de ensuciar sus pies ni sus ropas, recogía y llevaba al cuello la más mísera de sus ovejas ¡Ay!

ninguna fué menos digna que yo de su bondad; sin embargo, en otro tiempo me marcó con su sello, y al dejar este valle de lágrimas, deseo volver a morir a los pies del buen Pastor. Me he descarriado tanto de su vía, he perdido hasta tal punto su gracia, que hace ya mucho tiempo que me abandonó. Pero antes de juzgar las faltas que he cometido contra la fe, escuchadme, Padre mío, como hombre, como amigo. En breve conoceréis aquellas de que me acuso; cuanto más grandes son mis pecados, más necesidad tengo de perdón.

»Mi madre, que murió al darme a luz, me privó demasiado pronto de sus amorosos cuidados; mi padre, que me quería con sobrada ternura, me nutrió hasta los quince años con sus caricias y halagos incesantes; yo vivía libre como el pájaro de los campos, y todas mis virtudes no eran más que inclinaciones. El alma, como la onda, va por donde la lleva la pendiente, y yo tan sólo sabía amar. A los quince años quedé huérfana, y, no sé si mi suerte o mi desgracia hizo que descendiese del cielo, atravesándose en mi camino, un amigo, un joven de rostro de ángel, tal como puede representárselo en su alma el naciente corazón de una mujer; tal como más adelante su corazón lo sueña en vano. Arrogante, tierno, de ardorosa mirada, de divina sonrisa, meteoro que comunica al alma un fulgor celestial y decolora después el resto de la vida. El hado nos tuvo recluídos dos años en un desierto; yo le amé sin pensar que amaba; él me amó sin distin-

guir el amor de la amistad más pura, porque yo ocultaba mis formas bajo mentido traje; y nuestra gruta presenció los inocentes amores de ese cielo en que el amor no necesita sentidos. Él me amó. Dispensad mis lágrimas, Padre mío. Esa palabra aun encierra dulzura para mis labios expirantes. ¡Me amó! ¡él! ¡a mí!.. ¡Él!.. Esta palabra me enorgullece. Aun resuena con suavidad al borde de mi tumba. Cualesquiera que sean los remordimientos de que está sembrada mi vida, Dios me atenderá, porque fuí amada....»

Su acento se elevaba, pero yo no lo oía ya. ¡Laurencia!.. ¡Era ella! Un rumor sordo y confuso zumbaba en mis oídos y me atronaba el cerebro; mi frente, mi corazón, mi sangre, no eran más que una tempestad; los objetos se borraban a mi mirada errante; las ideas se agolpaban a mi mente en tropel, y mi espíritu, flotando sobre todas, en vano quería retener alguna; todas huían una tras otra, arrastrándome en pos; en el caos de mi mente todo se derrumbaba, todo daba vertiginosas vueltas; si me decidía a hablar, mi voz iba a darme a conocer y a matarla quizás antes de otorgarle el santo perdón. Si continuaba callado, ella revelaría sus secretos a un indiscreto confidente. Culpable si hablaba y culpable si guardaba silencio, iba a hacer traición a mi vida o a mi santo ministerio. ¿Podía yo recusarme, siendo ministro del Señor? No. ¿Quién mejor que yo podía concederle el divino perdón? ¿Qué corazón más amigo elevaría su fervorosa plegaria al cielo para que descendiese sobre ella la paz de Dios?

¿Qué lágrimas se confundirían más con las suyas? ¿Qué mano le ofrecería mejor el pan del festín de la muerte? Y en tan suprema partida, ¿qué adios más tierno podría acompañarla que el de esta voz tan amada de ella? ¡Oh! sin duda era Dios el que me enviaba, pagando así en una sola hora el prolongado sacrificio de un amor vencido. En su inmensa justicia me había reservado este día. Conduciéndome junto a Laurencia en sus últimos instantes, su gracia me convertía en instrumento del perdón; en el augusto misterio, iba yo a dar el cielo a aquella a quien hubiera deseado dar la tierra, iba a enviar a la celeste mansión, para que en ella me esperase, al aliento de mi pecho, a la luz de mis ojos.

En la confusión de tan terrible duda, permanecía inmóvil cual insensible mármol. Por fin atenuóse la turbación de mis sentidos. Ella recobró el timbre de su voz y continuó diciendo:

—¡Ay, Padre! Apenas separada de él, el mundo sabe hasta qué punto me extravié; el esposo a quien fué unida mi suerte sin mi corazón, vióse castigado de este mismo corazón por el crimen de haberme amado; mi repugnancia hacía que su ternura me inspirase horror, y viese un oprobio en sus menores caricias. Murió de amargura adorándome, y yo no le perdoné que me hubiese amado, sino a su muerte.

. . . .

. . . .

»Viuda y dueña de mí misma a los veinte años, celebrada ya por mi belleza cuya fama se extendía con mi nombre por todas partes, vime rodeada de multitud de adoradores, a quienes dejé que me amaran, pero sin corresponder a ninguno; la sombra de mi amigo, envolviéndome en una nube, interponía entre ellos y yo su idolatrada imagen; y cuando yo sonreía a aquellos insensatos, era a él a quien veía. El alma juvenil a quien deslumbra a tal punto un fulgor demasiado puro empaña luego todo lo demás en la vida. ¡Ah! desgraciado del que ve pasar ante sus ojos una aparición que no puede desvanecerse! Una sombra perpetua obscurece el resto de sus días; después de un día divino, Padre, todo es sombrío...

. . . .

. . . .

»Sin embargo, hastiada del vacío en que mi corazón se perdía, embriagada con el recuerdo abrasador que de mí se desbordaba, traté algunas veces de engañarme a mí misma, de mirar un rostro y decirme: «Le amo.» Y me hacía la ilusión de que en realidad amaba; pero, fría en medio del fuego que yo había encendido, sentía de pronto que mi mente desfallecía, que mi ardiente corazón se atería bajo una mano helada, y rechazaba el objeto indigno de mí. Decíale iracunda: «¡Vete!» ¡No eres tú!...» Y buscando al azar otra ilusión entre los que me adoraban, la rechazaba también. En el momento de caer, llegaba a mi corazón el profundo aroma de un amor angelical, y la gota

del cielo que había quedado en mis labios, hacía que cualquiera otra copa me pareciese amarga y detestable. Pero, aunque tanta sombra haya empañado mi belleza, aunque un mundo testigo de mi ligereza, midiendo mi debilidad por mis efímeros gustos, me haya colocado en la vergonzosa categoría de las grandes pecadoras; aunque yo hubiese querido convertir en bien propio el daño ajeno, vengándome en otros corazones de las torturas del mío, o pagar con mi vida y con mi fama la facultad de amar como era amada; aunque consideraba con enemigo corazón al Dios que me había privado de mi hermano y amigo, puedo decir ante vos, ante Dios mismo, ante la verdad que resplandece en el día supremo, ante el idolatrado fantasma y el grato recuerdo de aquel a quien creería mancillar si yo mintiese, que, no por mi voluntad, sino por impotencia, por desprecio, por hastío, más bien que por inocencia, mi corazón ha permanecido virgen y puro hasta hoy. Sí, mi alma es aún virgen a fuerza de amar, y se lleva a la tumba, sin haberla alterado en lo más mínimo, la imagen de aquel que la había consagrado.

. . . .

. . . .

»Entretanto, mis días, por el dolor abrasados, transcurrían agostados en flor; y yo sentía que mi vida, herida en su mismo manantial, moría, moría siempre a los golpes de una idea constante. Mi frente juvenil ocultaba la languidez que me consumía como árbol pri-

maveral cuyo corazón roe un gusano; pero al ver la muerte, próxima, en mi camino, sentía en el alma una alegría feroz. Era el único remedio para mi mal sin esperanza. Sin embargo, antes de morir, quise ver el lugar de nuestro destierro, aquellos montes, aquel rincón de la tierra, que fué por espacio de dos años el santuario de mi dicha, y volver a encontrar en aquella mansión, aunque en sueños no más, mi primitiva inocencia y mi celeste amor. Volví a ver el desierto y la roca escarpada; pero allí recibió entonces mi alma su última herida. Presentóse ante mis ojos toda mi felicidad pasada; estreché mil veces su sombra entre mis brazos; las peñas, el lago, los precipicios me depararon otras tantas horas de delicias; pero mi corazón, que tanto las deseaba, no ha podido resistirlas, pues así como se muere de dolor, él muere de recuerdos. Y me trajeron aquí desde la gruta, desalentada y muriendo de una muerte que he esperado en demasía...»

. . . .

. . . .

Guardó silencio; sus dientes rechinaban; luego repuso:

—Ya sabéis quién fuí; juzgadme ahora.

Inclinado sobre su lecho, con la mirada fija en el cielo, las manos levantadas, la bendije de todo corazón y escuché el relato de sus faltas. Cuando hubo terminado, le dije algunas palabras ahogadas por el llanto y entrecortadas por los sollozos, en que el acento alterado de mi voz llena de emoción la mantenía

aún desconocida para su oído. Busqué en mi corazón conmovido esos tesoros de perdón de que Dios nos ha dotado para la hora postrera, y antes de derramar la inocencia en su alma, le pregunté:

—¿Os arrepentís de esos pecados? Tengo la indulgencia suspendida sobre vuestra frente; Dios no espera más que esa palabra.

—¡Oh, sí, me arrepiento de todo cuanto mi corazón reprocha a mi mente, de mis días prodigados sin utilidad, de mi vida insensata, de haber deseado tanto encender en otra parte lo que Dios no encendió más que una vez en dos corazones; de ese olvido del cielo de que me había provenido esa misma gracia que me perdió; de ese tiempo malgastado en infructuosos suspiros; me arrepiento de todo, menos de haberle amado! Y si mi amor es culpable a los ojos de ese Dios, que su venganza me abrume en la eternidad. Ni aun hoy puedo arrancar de mi corazón la imagen del único ser que en la tierra me ha hecho creer en Él, y se presenta todavía tan bella su imagen a mi moribunda vista, que no comprendo el paraíso sin ella. ¡Oh! ¡si estuviese aquí, si Dios me lo devolviera; si me mirase aunque fuese al través de la muerte; si hubiese estado reservada esta hora a mi vida; si yo escuchase su acento, me creería salvada! Su voz endulzaría hasta mi mismo lecho mortuorio.

—Pues bien, Laurencia, óyela, exclamé.

La lámpara despidió como un fulgor celeste en la

obscuridad; la moribunda se incorporó para examinar mi rostro y gritó:

—¡Dios mío, es él!

—Sí, Laurencia, soy yo, tu amigo, tu hermano, vivo, en tu presencia. Soy yo, a quien el Señor envía en su día de perdón para tenderte la mano y allanarte el camino, para lavar más que tú tus pecados con mi llanto. Tus faltas, hija mía, no son más que tus desgracias. Yo solo soy el que perturbó tu vida; tus pecados son los míos, y yo te justifico de los que cometiste. Penas, crímenes, remordimientos, son comunes a entrambos; yo los asumo todos para expiarlos todos: tengo tiempo, tengo lágrimas, y Dios te redimirá allá arriba tomando en consideración mi dura penitencia. ¡Ah! recibe de este corazón predestinado al tuyo el perdón más tierno que jamás se haya dado en la tierra. Recibe de esta mano, que sólo Dios te arrebató, tu precoz corona y la vida eterna. Reunidos al principio y al fin del camino, todos los dones del Señor te aguardan en mi mano. Amala por esos dones de Dios. Cree, ama, espera. Laurencia, esta mano te absuelve en nombre del Padre...

Y al acabar de hacer sobre ella la señal de la cruz, mientras las palabras sagradas espiraban en mis labios, sentí que sus dedos helados se apoderaban a la fuerza de mi mano y la atraían a su boca estrechándola con ardor; y cuando quise oponerme a este arranque, su alma había volado al cielo al dar aquel último beso. Mi mano, que sus rígidos dedos seguían estre-

chando, permaneció toda la noche en su mano helada, hasta que empezó a clarear el alba, y las mujeres del caserío vinieron a amortajarla.

. . . .

. . . .

Caserío de Maltaverne, 24 de noviembre de 1802

Abrióse el testamento. Me deja todos sus bienes. ¿Qué haré de ellos? Ruega, ordena que se lleve su cadáver a la tumba de su padre, de noche, acompañado por un solo sacerdote, para que su corazón mortal se duerma y resucite en el único punto de la tierra en que mora su pensamiento.

¡Ah, Laurencia! Soy yo, yo quien te conducirá a allí. Yo, hermana mía, te depositaré en la tumba. ¡Ay! ¡ojalá sea yo también quien te despierte con mi voz, en otro tiempo tan grata a tu oído! Recibo de buen grado ese cuerpo; pero no acepto esos bienes. Devore el fuego mi nombre estampado en este escrito: Dios lo sabe, esto basta; pero que el mundo lo ignore.

26 de noviembre de 1802, en la gruta de las Águilas

¡Oh Dios mío! Dispón ya de tu servidor, que desfallece una vez terminada su dolorosa misión.

. . . .

. . . .

27 de noviembre

Cuatro montañeses habían venido a buscar el cadáver para llevarlo en unas parihuelas de ramas de sauce. Partimos de noche, ellos, un guía y yo. Yo iba detrás, un tanto lejos del fúnebre convoy, por miedo de que mis sollozos, que con dificultad podía ahogar, revelasen un dolor humano en el sacerdote, y para que no se advirtiera en mi rostro bañado en llanto la lucha que la fe divina sostenía con la desesperación.

Era una de esas crudas noches de noviembre, cuyo rigor se deja sentir en todos los miembros del cuerpo, y en que todo se estremece o gime en el suelo, que muere de rudas convulsiones. Los senderos encajonados, resbaladizos por efecto de una finísima lluvia, bebían las heladas brumas de la montaña; las nubes pasaban rasando los árboles; la hojarasca se arremolinaba en el suelo; los pesados vientos del invierno que soplaban a ráfagas mugían a intervalos escapándose de los barrancos, sacudían el féretro en los brazos de sus conductores, y desprendiendo del paño que le cubría la corona de flores que las mujeres de la aldea habían puesto sobre él, me lanzaban silbando las hojas al rostro; símbolo espantoso del destino, que arroja con desprecio a la frente del hombre venturoso los pedazos de su felicidad.

La luna, que corría entre las pálidas nubes, tan pronto alumbraba las calles de pinos, como, ocultando en

el cielo su claridad, nos obligaba a andar a tientas en las tinieblas; y yo, para cumplir con mi cruel ministerio, encerrando mi secreto en mi mente fría y muerta, procuraba entonar, haciendo un sangriento esfuerzo, algunas notas de los cánticos consagrados a la muerte; pero mi voz, repelida a mi seno, se paralizaba truncando la antífona comenzada, y mis lágrimas devoradas a raudales en mis cánticos, saliendo al fin con mis gritos, los convertían en sollozos. ¡Oh canto de paz de los muertos desmentido por mi alma! ¡Coro fúnebre entonado durante el horror del drama! ¡Ah! Jamás habéis salido de las voces de un coro haciendo estallar más fibras del corazón. Y sin embargo, Dios mío, ¿debo confesarlo? a veces una idea sonreía en mi rostro y una amarga dulzura venía a aliviarme. Como el hombre que se siente algo aligerado de un peso, decía para mí, excitándome y animándome: «Ya no me resta sino seguir a lo que amo. En ese borde de la tumba ya no queda nada detrás de mí, ni nada bello que lamentar en este destierro. Todo cuanto amé ha abandonado la tierra. Yo continúo en ella, solitario, y ya no tengo nada que hacer aquí sino sentarme un instante, y tender las manos hacia esas manos que se me tienden.

. . . .

. . . .

De vez en cuando los conductores, cansados de llevar su fúnebre carga, hacían alto, y dejando el féretro en el verde margen del sendero, iban en busca

de un poco de agua que refrescara sus secos labios. Yo me quedaba solo rezando de rodillas, con la frente apoyada en la cabecera del ataúd, aplicando mis labios sobre la madera, ¡casto y secreto beso del eterno amor! Luego me levantaba y proseguía mi camino, como si también hubiera mitigado mi sed en algún manantial.

El crepúsculo y su pálida claridad me iban permitiendo ver por grados el horizonte, y como hombre que vislumbra entre sueños un fantasma adorado que se alza de la sombra, cada uno de los sitios por donde pasábamos hablaba de Laurencia a mis ojos; ya era la hendedura de la roca en donde el compasivo pastor escondía el pan de nuestras delicias; ya el puente natural en que la vi por primera vez, o la orilla en que mis brazos la recibieron estrechándola contra mi corazón; o la nieve en que todavía me figuraba ver caer gota a gota la sangre de un padre que nos marcaba el camino; luego el valle en que habíamos pasado tantos días de inocente amistad, de celestiales amores; el lago que rizaba sus aguas como un tejido de seda, y cuyas ondas parecían saltar de júbilo a nuestra vista; los cinco robles que extendían sus negros brazos sobre la hierba; todos los sitios en fin de nuestras dichas y de nuestras desesperaciones, en cada uno de los cuales había dejado impresa su adorada imagen el drama divino de nuestra edad juvenil. De vez en cuando, los conductores y yo descansábamos en el sitio, en la misma hierba donde mi mirada recordaba de pronto

haberla visto sentada a mi lado sobre las flores que en aquel momento tronchaba su ataúd. Y su sonrisa, y sus ojos, y su rostro y su voz penetraban en mi corazón como cuña en la madera. Y entonces me volvía un poco hacia la orilla del lago para que el viento que de él venía secara las lágrimas que vertían mis ojos.

. . . .

Por último depositamos el cadáver junto a la tumba de su padre; sentéme a la orilla del agua con la frente apoyada en las manos, mientras aquellos hombres abrían el lecho de su sueño eterno en que iba yo a dejarla. Cada azadonazo que yo oía, disipaba una de las imagenes que subían a mi corazón al aspecto de aquellas riberas, las deshacía una tras otra como se deshacen las olas contra el escollo, y las conducía a abismarse en la fosa. Cuando ésta quedó abierta, quise yo mismo depositar en ella aquel hermoso cuerpo, para que dormido entre mis brazos, se apoyase, aun allí, sobre mi corazón amigo. Estrechándola contra mi seno como una pobre madre que pone en la cuna a su hijuelo dormido en tierra, la extendí silencioso en la huesa; al punto oí que el terreno resonaba a mis pies a causa de la tierra que el pastor iba echando a paletadas, y cuando el suelo se hubo elevado a su primitivo nivel, me encontré de pie sobre la tumba.

. . . .

. . . .

Deseando pasar a solas todo aquel día de misterio, fingí que aun me quedaba algún sagrado deber que

cumplir, y dije negligentemente a los conductores que bajaran poco a poco de la montaña sin mí, con lo cual me quedé solo para llorar en silencio la hora sin fin de la eterna despedida.

¡Oh! lo que pasó en tan solemnes momentos de duelo entre aquella alma y yo reclinado sobre aquella sepultura, el amor y la esperanza que emanaron de aquella huesa adonde me llamaba Laurencia, aunque pudiera no intentaría describirlo. Hay coloquios de la vida con la muerte, hay frases sagradas que el alma puede oir, pero que ninguna lengua humana es capaz de expresar. Sus acentos abrasarían la mano del que los escribiera, y hay que morir sin haberlos pronunciado ni aun para sí.

. . . .

. . . .

Cuando hube agotado todas mis lágrimas, solo ante Dios, deseé recorrer, antes de morir, aquellos sitios tan llenos de tristes atractivos, y pasé la tarde visitándolos todos. Pero ¡cómo habían borrado en poco tiempo nuestras huellas los estíos y los hielos! ¡En cuán pocos días nos había olvidado la tierra en aquellos senderos tan recorridos por mis pies! La vegetación, como un mar de plantas, lo había cubierto todo con sus oleadas trepadoras; los bejucos y las zarzas interceptaban el paso; la hierba que hollaba con mis pies no me conocía; el lago lleno de hojas caídas, las despedía por todas partes con sus olas plomizas; en su empañado espejo no se reflejaba nada, y su espuma

muerta estaba amarillenta en las orillas; dos de aquellos robles que cubrían el antro con sus raíces, no eran más que tristes ruinas; sus troncos tendidos en el suelo estaban negros y podridos; y los lagartos habían devorado sus corazones; uno solo que continuaba en pie, aunque tronchado por la tempestad, extendía hacia la gruta un largo brazo sin follaje, como esos negros postes que se plantan en un camino para que sobresalgan de la nieve y sirvan de guías. ¡Ah! harto conocía yo aquel fatal camino; mis vacilantes pies me arrastraban hacia la gruta; acercábame a ella paso a paso andando sobre movedizos montones de hojas de otoño aglomeradas por el viento. Al pisar aquellos restos que el tiempo descompone, oí resonar y crujir algo bajo mi pie; incliného hacia el suelo amarillento, vi que eran huesos y conocí, por los de los pies, los restos de nuestra pobre compañera, la cervatilla, que dejamos olvidada al abandonar la montaña, y que, muerta sin duda de hambre o de pena, había dejado sus huesos blanqueados en el umbral de nuestra antigua morada.

Penetré sin atreverme a respirar en la gruta desierta, como entraría un muerto olvidado de sus deudos, sin que nadie lo conociera, en su propia casa, cuyas paredes ya no saben el nombre del que las construyó. Mi mirada recorrió todo el recinto, y cayó sin vida como lámpara apagada. ¡Oh templo de una felicidad desconocida en la tierra! ¿qué había sido de ti en tan poco tiempo? La arena y el lodo que cubrían la entra-

da tan sólo daban paso a una claridad tenue y macilenta; la hiedra, espesando sus tenebrosas ramas, interceptaba la brisa y el reflejo de las aguas; el cieno, amontonado en el canal de la roca, y el pilón, de eterno murmullo, sólo tenía musgo árido en sus orillas. Ningún ave bebía ni lavaba allí sus alas. Los nidos de nuestras palomas y de nuestras golondrinas, desprendidos y roídos por los dientes de las raposas, flotaban contra la bóveda colgando de sus hilos, con sus blancos plumones, sus plumas y sus escamas, que llenaban el suelo o ensuciaban las paredes.

En aquella morada de paz, de cariño, de amor, todo era profanación y ruina. En el sitio en que Laurencia había dormido en otro tiempo con el sueño de la pureza infantil sobre su cama de helechos, las fieras habían amontonado en la sombra su cubil de espinas mezcladas con malezas; y huesos descarnados, lívidos esqueletos, restos medio roídos por los ávidos cachorros, pelos ensangrentados llenaban de asco aquel sagrado recinto de inocencia y de amor. Retrocedí horrorizado. ¡Oh vil montón de cieno! ¡Oh tierra que produces tus flores y a los que se adornan con ellas! ¡Eso es lo que haces de nosotros! Borras todos nuestros pasos por tus valles; no nos permites imprimir en tu faz ni siquiera la fugitiva huella de nuestras penas; encontramos la alegría allí donde hemos llorado; la fiera ensucia el antro que sirvió de morada al ángel. La sombra de nuestros amores, disipada en el espacio, no se cierne dos días seguidos en nuestro

punto de vida, y nuestros ataúdes ni siquiera guardan en tu seno ese puñado de ceniza amada a donde nos guían nuestros pasos. Nuestras lágrimas, esa agua del cielo que vierten nuestros párpados, se equivocan de polvo al lavar las tumbas: el suelo bebe al azar la medula de nuestros ojos. ¡Ah tierra, no eres nada! ¡No pensemos más que en los cielos!

Me levanté, fortalecido por este grito de cólera. Cuando salí del antro y volví a encontrarme en la montaña, el alud se había precipitado al lago; una blanca alfombra de nieve lo había nivelado todo; la tumba no era ya más que una ligera eminencia, semejante al montoncillo de nieve que un niño acumula; el huracán barría sus ondulantes surcos, y dos pobres tortolillas (¡ah! las conocí), luchando con los torbellinos cuyo polvo glacial entorpecía sus alas, se esforzaban por huir de aquella tumba movediza, giraban y abatían juntas su vuelo. Llamé por su nombre a aquellas aves, que eran nuestros símbolos; pero el huracán de nieve se llevó mis palabras, y luego bajé de la montaña sin pensar ni ver, como arrastrado por una corriente de plomo.

. . . .

Valneige, noviembre 1802. Escrito sobre
una página de la *Imitación de Jesucristo*

Cuando el que quiso sufrirlo todo por sus hermanos hubo apurado nuestras miserias en su sangriento cáliz,

dejó en él una áspera voluptuosidad; y esta muerte del corazón, que se recrea en sí misma, este sabor prematuro del cielo en el dolor supremo, oh Dios mío, es tu voluntad.

Yo he encontrado, como Él, en mi completo sacrificio, esa perla oculta en el fondo de mi cáliz, esa voz que bendice a todo trance, en todo lugar; cuando el hombre ya no tiene en sí nada que se pertenezca, cuando tu gracia ha hecho de tu voluntad la suya, el cuerpo es hombre todavía, pero el alma es Dios.

Valneige, 19 de mayo de 1803

Hacía seis meses que había cesado de escribir. Mi alma muere cada día de mil muertes, desde que la miseria y la epidemia suben hasta estas altas regiones para diezmarlas. ¿Qué importaba a mis ojos este espejo de mi vida (1)? Mis ojos estaban constantemente llenos de lágrimas; no tengo, desde la mañana hasta la noche, un momento de descanso ni deseos de descansar; siempre fijo a la cabecera del lecho de los moribundos, dulcifico en lo posible su prolongada agonía, presento ante sus ojos al santo crucifijo, les estrecho la mano, les designo el cielo, y tributo a sus pobres restos las honras fúnebres, único bien que me

(1) El Diario.

es dado proporcionarles. Gracias a mí, no mueren abandonados en sus cabañas; uno tras otro han tenido mis sábanas por mortaja, y la fosa, que mis manos han abierto para sus restos, depara a cada cual un lecho de tierra en el cementerio.

Hace dos o tres días que la epidemia va disminuyendo en mi pobre aldea. ¡Ay, ya era hora! ¡Cuántos hogares sin humo! ¡Qué de campos sin labrar! ¡Qué de puertas cerradas! En cambio aumenta diariamente en la ciudad. Allí los pobres atacados mueren sin socorro; los hospitales están llenos de enfermos, y los muertos no dejan bastantes sitios desocupados para los moribundos; los templos, demasiado reducidos, rebosan de ellos; la aglomeración de cadáveres en su pórtico no permite que se reciban otros nuevos; los enterradores están rendidos a fuerza de cavar fosas; un puesto en el sepulcro es un don que se solicita con empeño; los convoyes de muertos son numerosos y una cruz acompaña a cada mil ataúdes; los sacerdotes, diezmados, son pocos para auxiliar a tantos moribundos; abren a los apestados el camino de la tumba, y así como el pastor va detrás de su rebaño, el sacerdote conduce el suyo al sepulcro para reunirse con él en la misma fosa al día siguiente. Apenas sobreviven tres o cuatro, y para ayudarlos en su piadoso deber, bajo a la ciudad todas las mañanas y regreso por la noche. ¡Oh! ¡con qué presteza me dirijo al camino de la tumba! ¡Cuánta será vuestra gracia para conmigo, oh Señor, si sucumbo en esta sagrada tarea! Si yo,



A. Mas y Fondevila, dibujó

Cuatro montañeses habían venido a buscar el cadaver... (Pág. 294)

que daría por nada mi vida marchita, viese que la aceptabais a cambio de la de mis hermanos salvados! ¡Ah, Señor, para conservar un esposo a su mujer, una madre a su hijo, tomad alma por alma!

. . . .

. . . .

. . . .

Valneige, 16 de diciembre de 1803

Regresaba yo esta noche de la ciudad para volver a bajar mañana con el corazón manando sangre, los pies lacerados, y el ánimo abrumado por el peso de las miserias ajenas, como Jesucristo subía a su Calvario encorvado bajo el peso de la cruz, e iba recitando en voz baja las preces de los difuntos en obsequio del alma de los que acababa de enterrar. Las tinieblas nocturnas envolvían las silenciosas campiñas; sin embargo, mientras continuaba mi subida, la luna tardía iba bañando con tenue claridad las crestas de las montañas por las que en breve debía asomar. Apareció por fin como enorme ascua, deslizándose su resplandor como un arroyo, alumbró mi senda, desviada de toda otra, áspero y escabroso sendero suspendido al borde de los abismos, que se hundía en las gargantas para subir de nuevo a las cumbres, y que, dando luego la vuelta al declive de la roca, iba a parar a mi iglesia.

Hacía ya mucho tiempo que iba subiendo trabajosamente la empinada cuesta, de mi frente caían gruesas gotas de sudor, y cuando llegué a la mitad del camino, en el punto en que el sendero cortado por un barranco encuentra un puentecillo que une las dos orillas de la negra garganta y por debajo del cual corre despeñado el torrente, me senté un instante para cobrar aliento al pie de la cruz que allí se alza. Un profundo silencio adormecía a la naturaleza; el torrente, casi seco, se deslizaba sin murmullo; yo veía las rocas de su lecho poco profundo bañadas por la luz de la luna y que blanqueaban hasta el fondo; la calma de la nocturna atmósfera, tranquila y despejada, era tal que se hubieran percibido las palpitaciones de las estrellas.

Un rumor extraño, como el de un resuello agitado, sacóme de mi ensimismamiento; escuché y conocí que era en efecto la penosa respiración de un pecho humano, que salía de debajo del puente, entrecortada de vez en cuando por un sordo y tenue gemido. Contuve breve rato el aliento, y, asomándome al parapeto, miré al fondo y llamé, pero no vi nada ni nadie respondió. Entonces bajé por el profundo cauce del torrente hasta llegar debajo del arco. Los rayos de la luna temblaban en las arenas que la escasez de agua dejaba en descubierto, y difundiendo bastante claridad para alumbrarlo todo, permitían que la vista y los pies penetraran allí sin tropiezo. Separé algunas matas de espinos y juncos, y entré con tembloroso paso bajo el

puente. Allí tropecé con un hombre joven, tendido en la arena, con la avidez de la muerte estampada en su rostro, sin vista, sin voz, apoyando los brazos en un objeto largo, estrecho y blanco, que parecía apretar instintivamente contra su corazón como si fuese un tesoro. Retrocedí al verlo, pero la compasión volvió a acercarme a él; recogiendo un poco de agua en el hueco de una roca, humedecí con ella su rostro desmayado; abrió unos moribundos ojos, deslumbrados por la luz de la luna, echó una vaga mirada sobre mi traje, y en seguida la fijó en el objeto que estrechaba para cerciorarse de que nadie lo había tocado. Buscó luego en vano en sus labios alguna palabra para bendecirme; quiso incorporarse, mas como no pudiera sostenerse, le hice tragar, aunque con trabajo, un poco de vino añejo que yo llevaba en un frasco para el camino; y cuando hubo recobrado algunas fuerzas, le dije:

—¿Qué hacéis, amigo, bajo este puente y a estas horas? ¿Sois algún criminal perseguido por su crimen, o algún indigente que, no teniendo casa ni hogar, pasa las noches de invierno debajo de las arcadas? Culpable o desgraciado, no debéis ocultarme nada; mi ministerio consiste en aliviar, en perdonar; soy el ojo, la mano y el oído de Dios; soy su providencia para todos; soy, en una palabra, el cura de este país.

Al oir este nombre brilló en su rostro un destello de alegría, juntó sus manos y exclamó:

—¡El cura de esta aldea! ¡Vos, vos! ¿No me enga-

ñáis? ¡Ah! Dios es quien os ha enviado; ¡oh buen samaritano, séame dado llegar hasta vos, y expirar luego con placer!

—¿Qué esperáis de mí? le pregunté.

—¡Ah! Mirad, mirad lo que al caer deposito a vuestros pies.

Y, retirando su cuerpo, que proyectaba una sombra más obscura hacia la parte del arco y del objeto misterioso, vi sobre la arena una gran caja de madera, cubierta con una tela blanca a cuyo lado más ancho estaba cosida una cruz de paño negro tan pequeña que casi pasaba inadvertida; en la parte inferior tenía la imagen de una santa, entre azucenas, como las que el pueblo suele colgar a la cabecera de su lecho, una rama de boj seco, y algo más arriba una corona de esas flores de papel que figuran en los esponsales, y que se entretejen por medio de un alambre de cobre con plateados oropeles, mísero lujo marchito del amor indigente. En aquellas señales, tan presentes a mi alma, reconocí al punto que aquella caja era el ataúd de una mujer.

—¡Desgraciado! exclamé llevado de mi primera impresión; hablad: ¿qué hacíais aquí? ¡Profanabais la muerte! ¿Pretendíais arrebatar a la tumba su misterio? ¿Osabais disputar sus restos a la tierra?

Esta sospecha mía le hizo levantar la frente horrorizado, y juntando ambas manos sobre el ataúd, exclamó:

—¡Yo! ¡Yo, profanar y despojar la tumba! ¡Ah! Si

hace dos días que sucumbo bajo ese peso, es por no haber podido obtener de los vivos que una mano consagrada quisiera bendecirla, que se dijera una oración aparte por su pobre alma. ¡Ese ataúd es mío; esa difunta es mi mujer!

– Explicaos, le dije, y si decís verdad, no oraréis solo junto a ese querido féretro; mis lágrimas brotarán del corazón juntamente con las vuestras, pues aunque ya no me quedan para mí, todavía tengo para los demás.

Esto diciendo, sentéme junto al cadáver en el lecho del torrente.

– Señor, dijo, soy un pobre tejedor: casado joven aun con la que amaba, vivíamos de trabajo y esperanza en nuestro humilde hogar, y Dios bendijo nuestra unión concediéndonos una hija que por San Dionisio cumplió tres años. ¡Cuán felices éramos los tres, siempre juntos, en derredor del telar en que nos reunía nuestra cotidiana tarea! ¡Cuántas canciones, miradas y sonrisas de amor nos dirigíamos mutuamente al través de la trama! Mi mujer hacía labores de aguja a mi lado o me pasaba la lanzadera, y la niña, que conocía ya las piezas del telar, llenaba los husos o devanada los hilos, y al anochecer, cuando el lino descansaba en la trama, ¡qué gusto daba vernos a mi mujer y a mí sentados a la ventana, en la que nos perfumaban con sus gratos aromas algunas macetas de azucena y reseda, contemplando sosegadamente la puesta del sol y sus largos rayos de oro que se reflejaban

en nuestro lecho, comiendo sobre las rodillas un poco de pan y fruta, haciéndonos mutuas caricias, mientras uno de los dos mecía con el pie la cuna de la que sonreía entre sueños! ¡Ah, señor! Aun me parece estar viéndolos, y esa imagen me mata y me corta la voz. El trabajo marchaba bien entonces; cada semana, mi asiduo salario bastaba para cubrir mis atenciones; jamás faltaba tela en el telar, y podíamos alimentarnos bien: de suerte que solo teníamos gracias que tributar al Dios de bondad. Y ¡cuán tierna es la oración que inspira un amor dichoso! ¡Cuántas lágrimas de ventura brotaban de nuestros ojos todas las tardes al manifestar al Señor nuestra gratitud por sus dones! Mas ¡ay! ¡cuán breve fué aquel tiempo! Dios hizo soplar en los aires desde el fondo del abismo el mal que nos está diezmando; nuestros vecinos iban sucumbiendo uno tras otro a sus golpes, y subiendo de piso en piso llegó a nosotros. Nuestra hija fué la primera en respirar una fiebre abrasadora, y cual tierno retoño que se hiela antes que la planta, expiró casi de repente en nuestros brazos. Vendí su cruz de oro para comprarle el ataúd; su misma madre la amortajó con su vestidito blanco, la adornó para la muerte como para un día de fiesta, y llenándola cien veces de besos y lágrimas, y esparciendo sobre sus juntos piececitos las flores de nuestras macetas, sacrificó por ella su última alhaja, a fin de que se le tributaran honras fúnebres como a los difuntos pudientes; yo mismo, desprendiéndome de mi única joya, arranqué de mi dedo mi ani-

llo de oro, y compré al guardián del cementerio la fosa de tres pies abierta en terreno sagrado.

»La epidemia, introducida ya en nuestra morada, arrebató de mis brazos a mi esposa aquella misma noche. Viéndome sin dinero, sin médico, sin sacerdote, sin remedio, hube de limitarme a llamar a todos los santos en su ayuda, a calentar sus pies helados contra mi cuerpo, entre mis brazos, y a disputarle largo tiempo, soplo a soplo, a la muerte. En esa noche de mortal angustia, ¡cuántas veces me dijo estrechándome la mano!: — Prométeme que no dejarás que echen mi »cuerpo sin ataúd y sin tumba en la fosa común, sino »que mandarás celebrar honras fúnebres en la iglesia »para que nuestro ángel nos conduzca más pronto al »cielo, y para que estando más cerca de Dios y orando »por ti, podamos llamarte más pronto a reunirte con »nosotras!» Así se lo prometí, Padre, y fiada en esta promesa su alma voló al cielo contenta y cariñosa. ¡Ah! se lo prometí, creyendo que podría obtener más de lo que en estos rudos tiempos es dable alcanzar! Entibiada la caridad a causa de la prolongada epidemia o de la miseria, apelé en vano a nuestros fríos amigos para que me facilitaran el cumplimiento de lo prometido, esto es, cuatro tablas, un sudario, clavos para el ataúd, una misa por su alma, y un rincón en el cementerio.

»Volví triste y solo a sentarme junto al cadáver, contemplando con desesperación cómo ardía el único

cirio que lo alumbraba. Cuando se hubo consumido, hice a mi esposa, en un arranque feroz, una mortaja con su vestido de boda; arranqué y clavé las tablas de nuestro lecho, y mis manos la encerraron en este féretro de amor; aguardando luego esa hora matinal en que se dice una misa por el alma de los difuntos, y echándome a cuestas esa querida y sagrada carga, fuí, solo, a ocupar un puesto a la cola de los convoyes; pero hasta de los barrios más apartados de la ciudad acudían en tropel carros mortuorios, y así en muerte como en vida los más ricos pasaban delante. Relegado al último, de féretro en féretro, y encorvado bajo el mío, me quedé detrás de todos; la iglesia estaba ya llena, y el cadáver de mi esposa, sin séquito, sin que nadie llorase por ella, fué rechazado del umbral.

»Dos días enteros anduve de iglesia en iglesia, procurando obtener las preces prometidas, o santamente importuno, sorprender al menos la bendición que se da en común; y dos días enteros, mendigando en vano la sepultura, volví a mi hogar sin lecho, sin alimento, cada vez más abrumado bajo el peso de mi dolorosa carga... Por último, Dios me inspiró una idea. – Vamos a la montaña, dije; quizás la admita allí algún »sacerdote por caridad, y apiadándose de mi miseria »y mi promesa, le bendecirá gratuitamente la tierra »que ocupe en el campo del Señor.»

»Echéme de nuevo a cuestas mi carga; salí de noche de la ciudad dormida, cual ladrón furtivo, temblan-

do al menor ruido, conducido sin notarlo por el ángel de mi esposa: penetré al azar por desfiladeros desconocidos, guiándome por los ecos de las campanas, doblegándome a cada paso bajo el peso de mi alma y de tres días mortales, sucumbiendo ante tan rudo esfuerzo, reanimándome un tanto, y arrastrándome con el ataúd a cuestas, con las manos y las rodillas desgarradas por las piedras. Sintiendo al llegar aquí que mi corazón desfallecía, y temeroso de encontrar algún transeunte antes que rayara el alba, puse mi carga al abrigo de este arco. Casi muerto, he vuelto a abrir los ojos merced a vuestros cuidados; la gracia del Señor ha hecho que me encontraseis.»

—¡Oh hermano! le dije; ¡oh modelo de hombre! quienquiera que seáis, ¿qué persona caritativa no se ruborizará en vuestra presencia? ¡Ah! Cuando se encarnizan en nosotros tantas calamidades, cuando el hombre a quien se arroja y se arrastra al cadalso no es más que vil estiércol barrido por el enterrador, y hasta la tierra se niega a ofrecerle una tumba, ¡cuán dulce, cuán bello es para el corazón contristado ver a la humanidad, en una clase obscura, revelando con semejantes rasgos su naturaleza, guardando tanta fidelidad a la muerte, y no viendo en un ataúd más que la inmortalidad! ¡Cuánto orgullo inspira, en este mundo de miserias, ser hombre con ese hombre y darle el dulce título de hermano! ¡Ah! Venid conmigo; ¡ánimo! levantaos. El ángel de vuestros amores nos guiará; yo mismo llevaré a tierra sagrada este cuerpo cuya alma

os contempla y os ama en el cielo; yo abriré su huesa al amparo del Señor, y haré por sus restos lo que pudiera hacer por una hermana. Pero consolaos, hijo mío; su alma no necesita en el cielo que mi voz la reclame; a los ojos de Aquel a quien un suspiro satisface, ¿qué plegaria valdrá lo que habéis hecho? ¿Qué honras fúnebres podrían tener más eficacia que esa noche mortal, ese camino, esa sangre, ese sudor que habéis derramado por ella? ¡Ah! Dios no habrá tenido jamás en su santo tesoro un tributo que con mayor suavidad haya subido hasta él. Venid: no debemos hacer otra cosa sino devolverla a la tierra; la noche va a terminar, y el día... Ocultemos a su luz este misterio.

Cogí por un lado el ataúd; el joven tejedor lo cogió por el otro, y con acompasados pasos, subimos poco a poco por aquellos rudos senderos. Nuestros miembros vacilantes se apoyaban en nuestras almas; el sudor que de nuestras frentes brotaba inundaba el féretro, y la aurora despedía su primera claridad cuando llegué con el moribundo y su querido cadáver a la puerta cerrada de la desierta iglesia.

Preparé solo y en silencio el altar sin despertar a Marta, ni al monaguillo, ni al anciano sacristán; celebré el oficio solemne del día; canté las preces de los que mueren en el Señor, mientras el esposo respondía con sus sollozos, desde el umbral del sagrado recinto, a los salmos de la muerte. En seguida, abrí yo mismo la huesa en el cementerio, bajé el ataúd regado con mis lágrimas; eché sobre él la primera tierra, lue-

go imitóme el esposo; mi pala cerró la fosa en pocos golpes, y la cruz sirvió de remate al lecho del sueño postrero.

Cuando todo quedó terminado, el desdichado joven, triunfante en medio de su llanto, se sentó sobre la tumba, como hombre que se sienta sobre su carga al llegar al punto de su destino.

. . . .

. . . .

Valneige, 27 de diciembre de 1803

El joven tejedor ha muerto esta mañana. ¡Que su pobre alma descanse en paz! Para darle sepultura abriré la tumba en que duerme su esposa.

. . . .

. . . .

28 de diciembre, en el lecho

¡Bienaventurados los ojos que se cierran en el lecho misterioso que cubre la muerte, y la frente que se duerme reclinada en la almohada divina de una santa esperanza! ¡Oh sueño! ¡oh despertamiento! ¡Madre! ¡Laurencia! ¿Habrá llegado el momento tan deseado?

. . . .

. . . .

Siento una desconocida necesidad de reposo; noto un velo sobre mis ojos, sombras en mi aposento, alas en el corazón, plomo en cada miembro; mi perro me lame la mano mirándome con más ternura; ¿prevé acaso mi muerte?... ¡Ah, si fuese mañana!..

. . . .

. . . .

(El diario, interrumpido por una enfermedad larga y dolorosa, no fué nunca proseguido.)

EPÍLOGO

Hubiérase dicho que la muerte había puesto fin al diario; pero la robusta naturaleza de Jocelyn le había permitido sobrevivir a aquel golpe, y presumo que fué por entonces cuando trabé conocimiento con él a fines de la primavera; que desde nuestra primera conversación se confundieron nuestras almas, y que desde el primer día nos amamos. A partir de aquel momento hasta que comenzaron a encanecer sus cabellos, subía yo todos los años a su pacífica morada.

Siempre que yo sentía algún tedio de la vida o que durante el año experimentaba un disgusto, mi instinto me llevaba al punto a su lado; depositaba mis sinsabores en un rincón del corazón, e iba a derramarlos en su seno, para regresar a mi morada con la paz que rebosaba la suya.

Además, ¡cómo me ayudaba él en mis gratos estudios! ¡Qué perfectamente conocía las costumbres de las plantas, de las aves y de los insectos!

Para él cada hierba era un rayo de evidencia, un signo de la gran palabra en que la Providencia brilla. Yo contemplaba la letra de aquel signo escrito por la suprema sabiduría; él leía el espíritu, atribuyendo a cada hierba un fúlgido destello de alma clara y dis-

tinta en el seno del alma universal, y la naturaleza convertíase en sus labios en un poema sin fin, pero siempre conmovedor y divino.

Ahora que he leído en esa alma tan tierna, repaso toda su vida; y no acierto a comprender cómo él pudo vivir como otro cualquiera, después de haber anegado tanta alma en la corriente de sus días.

Pero él se formó una idea varonil de la vida; su dolor no la había aniquilado de un golpe; adorando el severo designio de Dios, supo llevarla en toda su plenitud y pureza en su seno, y sin apresurarse a derramarla a su vez, su resignación la fué vertiendo gota a gota, según las circunstancias y las necesidades ajenas, para vivificarlo todo en la tierra en torno suyo.

Las almas bien templadas por Dios viven del ardor del combate hasta la muerte. En vano mana la sangre de su desgarrado seno; cuanta más brota, más se renueva, y a menudo su herida es manantial de lágrimas del cual destilan el bálsamo y el incienso mejor que de cualquiera otra parte.

Cuando, después de su fallecimiento que yo no había podido presenciar, hube cumplido los fúnebres deberes, quise formarme una familia de cuanto él dejaba, y llevarme a mi lado a Marta, la pobre sirvienta; pero ésta me respondió, señalando con el dedo el ar-

busto arraigado en las hendeduras de la techumbre:

— Como él ha echado mi vida raíces en estas paredes: séame dado envejecer entre estas ruinas. ¿Quién cuidaría del perro abandonado? ¡No faltará quien me traiga pan, a mí que tanto he repartido!

También en vano silbé al perro del pobre sacerdote: conmovióse a la voz del amigo de su amo; pero olfateando el sendero que iba a parar a su tumba, me siguió con la vista sin dar un paso más; los pájaros puestos en libertad, volvieron a su jaula; de modo que de su querida herencia no pude llevarme más que su santo crucifijo de boj y de latón, estos pliegos medio rotos, su bastón y su Biblia.

Desde aquel día, subo todos los años a la montaña de las Águilas en el mes de la siega, y recorro el camino de la gruta leyendo el relato de mi pobre amigo; exploro el teatro del drama de su vida, y suelo encontrar allí a su viejo amigo el pastor, que, dejando a su rebaño que rumie a la sombra, piensa en los dos amantes sentado sobre su tumba, porque a pesar del misterio y a pesar de la distancia, Jocelyn duerme también junto al cuerpo de Laurencia. Cuando en la montaña se tuvo conocimiento por lo que yo dije del secreto de aquellos santos amores, sus pobres feligreses, compadecidos de su alma, llevaron sus cenizas a la *tumba de la dama;* y hace ya siete primaveras que los tres reposan en los sitios que tanto amaron y a la sombra de la misma cruz.

Con frecuencia paso allí días enteros abstraído o meditando; porque se tiene amor a ese suelo habitado por mortales despojos, como nos gusta sentarnos sobre el banco de musgo en que después de la puesta del sol, la bruma de poniente desplegada por aquella hora apacible nos rodea de sombra y de melancolía, pero en el cual el apagado rayo del astro rey que vela su esplendor, deja largo tiempo sobre la hierba un resto de suave calor.

NUEVO EPÍLOGO (1)

VISIÓN

Seis meses después en la época de la siega, fuí a herborizar por las montañas de las Águilas, y, leyendo el diario de mi pobre amigo, buscaba el camino de la gruta. Exploraba el teatro del drama de su vida, cuando encontré por casualidad al viejo pastor. Sentéme a su lado, sobre el césped, a la orilla del agua, y hablamos a poca diferencia en estos términos:

EL PASTOR

¿Qué buscáis, señor, en este desierto?

YO

El lugar de una historia de amor que este libro refiere, la gruta en que dos jóvenes, bajo la mirada de Dios, fueron tan inocentes como dichosos.

EL PASTOR

¡Cómo! ¿También ha llegado a vuestra noticia esa historia?

(1) 1839.

YO

Yo era el único amigo de uno de los dos amantes, *(enseñándole el manuscrito)* y aquí tengo el relato de los sentimientos de ambos.

EL PASTOR

Quisiera saber si se me nombra en ese libro.

YO

¿A vos?

EL PASTOR

Sí, a mí.

YO

¿Y cómo?..

EL PASTOR

Fuí causa, sin saberlo, de su dicha tan breve y de su desesperación.

YO

¿Eh? ¿Sois por ventura?..

EL PASTOR

Soy el que les enseñó el camino de la gruta y los tuvo allí ocultos durante dos años; yo los alimenté con

mi pan. Mirad, allá arriba, por encima de ese abeto, a la derecha, un poco más abajo que la aguja blanca; seguid el barranco lleno de nieve del alud; por una angosta garganta bajaréis luego hasta la orilla del lago, rodeado de pequeños prados; y allí veréis tres tumbas a dos pasos de una gruta.

YO

¿Tres tumbas? El libro no habla más que de dos: la del proscrito y la de Laurencia.

EL PASTOR

Y la de su amigo, al lado.

YO

¡Cómo! ¿Jocelyn aquí? Estáis en un error.

EL PASTOR

Jocelyn descansa ahí, junto a lo que amó en vida. Cuando Marta, conocedora, no se sabe cómo, de los grandes secretos, lo descubrió todo con palabras indiscretas, sus pobres feligreses, apiadados de su alma, transportaron su cuerpo a la tumba de la dama; hace dos años que yacen juntos los tres bajo la misma cruz.

YO

¡Ah! buen pastor, conducidme a esas tres sepulturas. Tengo deseos de pisar el suelo que cubre sus despojos. ¡Vamos! la luz del día aun alumbra la montaña.

EL PASTOR

No esperéis que os acompañe; no volveré a subir a esas cumbres. Id solo.

YO

¿Os espanta ese rincón de tierra?

EL PASTOR

Señor, pasa allí arriba algún misterio que la mirada del pecador profana, como si hubiese un Dios oculto en un espino albar.

YO

¿Qué habéis visto? Hablad.

EL PASTOR

Cosas extrañas, hechas tan sólo para las miradas de los ángeles.

YO

No me abráis a medias el corazón. Yo creo en Dios, y era amigo de los difuntos.

EL PASTOR

¿Queréis pues que os lo cuente? Sabe Dios si os miento, y sin embargo me da vergüenza. Diréis que es un sueño, y sin embargo yo no dormía. Habíame acercado un día a las tumbas, y después de rezar por

los tres difuntos y haber hecho tres veces la señal de la cruz y besar las tres piedras sepulcrales con los ojos anublados por las lágrimas, fuí a sentarme pensativo, a la orilla del lago que está allí cerca. Ningún viento rozaba su límpida superficie; el agua profunda dormía, transparente y tersa; y yo dejé flotar distraídamente sobre aquel espejo mis ojos que miraban sin ver. La cima de los glaciares con sus blancas nieves, la gruta y sus tumbas, los robles y sus ramas,-la serena bóveda de un pedazo de firmamento, todo se reflejaba en él, claro y en lontananza. De pronto la onda inmóvil, en que se hunde mi mirada, se ilumina, y veo, como en sueños, salir dos figuras del cielo radiante y descender abrazadas a la cumbre del glaciar, y como dos aves de resplandecientes alas bajar sobre la gruta y cernerse a la entrada. Deslumbrado por la claridad que el agua parecía despedir, sin respiración, apenas me atrevía a mirar, pero aclarándose la imagen en el agua, reconocí una y otra figura.

YO

¿Y eran?..

EL PASTOR

Jocelyn y Laurencia. Si yo hubiera podido moverme, hubiera huído; pero quedé clavado en el suelo por el terror, y mis ojos, a pesar mío, los veían en el espejo, vestidos de aire y de luz en vez de ropajes, asidos de la mano como dos amantes; detuviéronse sobre la

hierba, que se estremeció, y de allí, sin hablar, dirigieron su mirada a los árboles, a las aguas, a diferentes sitios del hermoso lugar, como cuando se llega o se da una despedida. Señalábanse uno a otro con el gesto lo poco que quedaba del tiempo de sus amores, las plantas, las rocas, los robles aclarados, el musgo a la orilla del lago, en que tantas veces se habían sentado, la fuente desviada y los nidos de golondrinas, las plumas arrancadas de sus alas que rodaban por el suelo; se miraban, sonreían, como si leyeran mutuamente en su pensamiento; Laurencia, bajando una mano hasta el césped, cogía grandes ramos de flores con las cuales se adornaba desde la cabeza hasta los pies, como una aurora que en el cielo se reviste de nubes, y el amante se embriagaba de verla tan hermosa. Y todo lo que llamaban resucitaba para ellos; las plantas crecían, la cervatilla corría a lamerles la mano, el perro se echaba a sus pies al sol, las palomas, que habían huído del nido, asustadas, acudían a Laurencia que las llamaba por su nombre, picoteaban sus hombros y revoloteaban en torno de ella. Luego, vi venir de arriba y subir de abajo, hombres, mujeres y niños a quienes no conocí, muchedumbre convidada por Dios a aquella boda celeste para recordar y bendecir una vida. Jocelyn los reconocía a todos, pues cada uno le bendecía por su nombre mortal. Bajaron sobre la hierba dos ángeles del Señor, que extendieron sus alas sobre la bendita pareja, formando como una bóveda azul para resguardar sus cabezas de un invisible

fuego. Oí las voces de un millón de genios, que se extendían sobre la onda en vagas armonías; y mientras cantaban, los ángeles del Señor pusieron en los dedos de los amantes sonrojados de dicha el doble anillo de la boda eterna, y, abriendo un poco las alas sobre sus inclinadas frentes, dejaron penetrar un celeste rayo de amor. Mis ojos, deslumbrados por tanta luz, vieron a los dos amantes no formando más que un solo ser en que ambos se confundían, y fundirse en un luminoso desvanecimiento como una estrella a la luz del día. Y al volver yo la cabeza para ver mejor, todo el lago se estremeció al soplo de la tempestad, haciendo resonar en medio de su estruendo estas palabras:

«¡Laurencia! ¡Jocelyn! ¡amor! ¡eternidad!»

FIN

ÍNDICE DE LÁMINAS

